

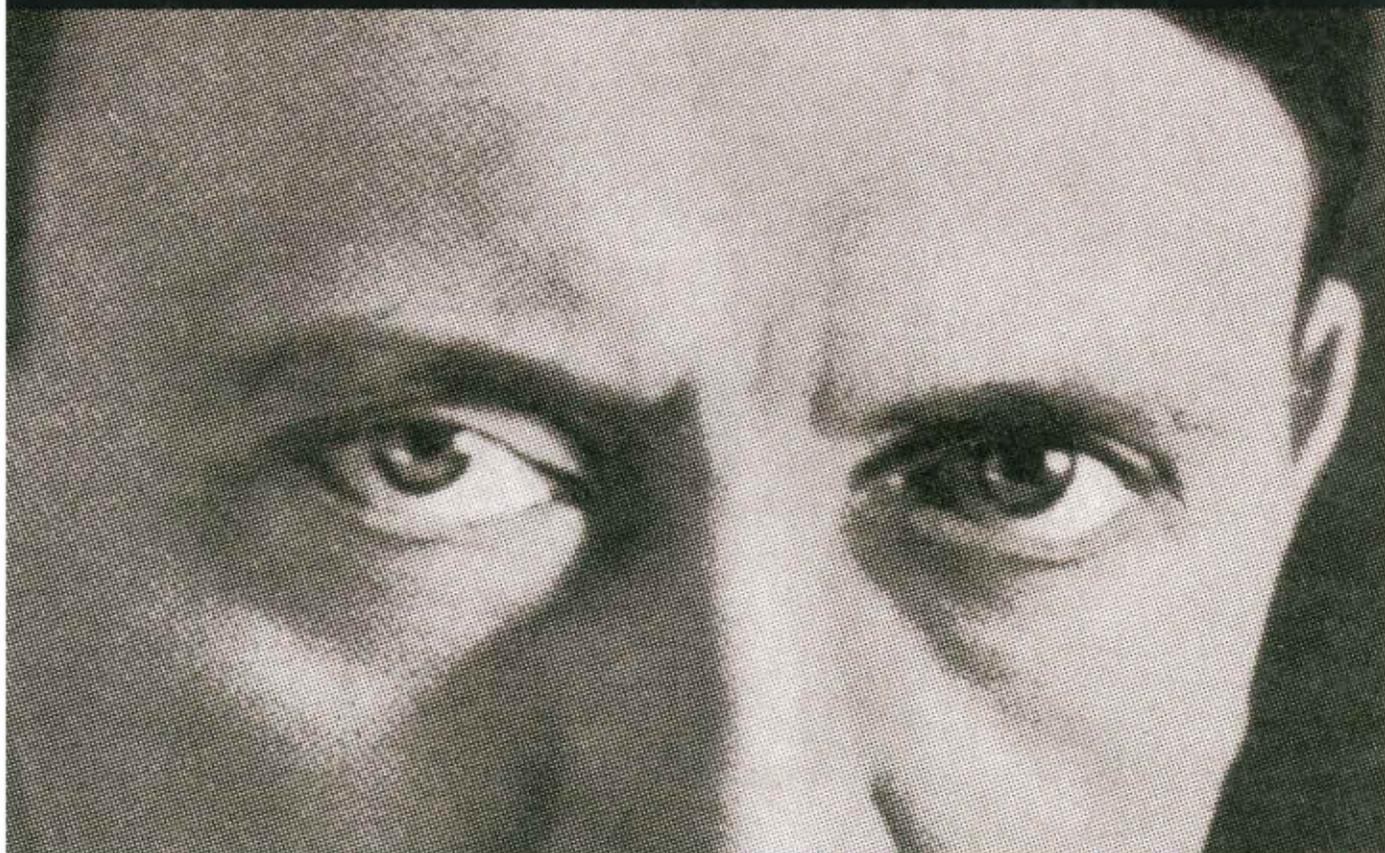
HITLER

EL HOMBRE DETRÁS DEL MONSTRUO

«Si quieres brillar como el sol, primero tienes que arder como él»

- Mein Kampf (Mi lucha).

MICHAEL KERRIGAN



HITLER

EL HOMBRE DETRÁS DEL MONSTRUO

MICHAEL KERRIGAN



EDIMAT LIBROS, S.A.
Calle Primavera, 35
Polígono Industrial El Malvar
28500 Arganda del Rey
www.edimat.es
MADRID-ESPAÑA

Telf. (+34) 918 719 088 - Fax (+34) 918 719 071
E-mail: edimat@edimat.es - www.edimat.es

Copyright de la traducción a la lengua castellana © 2017 Edimat Libros, S. A.
Copyright © 2017 Amber Books Ltd, London

Esta traducción de Hitler el hombre detrás del monstruo, editada por primera vez en 2017,
se publica por acuerdo con Amber Books Ltd

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9794-380-2
Depósito legal: M-1974-2017

Título original: Hitler the man behind the monster
Autor: Michael Kerrigan
Editor del proyecto: Michael Spilling
Diseñador: Jerry Williams
Investigación de imágenes: Terry Forshaw
Traducido por: Seven Servicios Integrales S.L.

Impreso en España

CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO 1. INFANCIA	15
CAPÍTULO 2. RETRATO DEL ARTISTA...	45
CAPÍTULO 3. EN EL FRENTE	81
CAPÍTULO 4. INICIOS POLÍTICOS	101
CAPÍTULO 5. MI LUCHA, MI TRIUNFO	125
CAPÍTULO 6. LLEGADA AL PODER	145
CAPÍTULO 7. VUELTA A LA GUERRA	175
CAPÍTULO 8. UN LEGADO DIFÍCIL	211
APÉNDICE: LA CANCELLERÍA DEL REICH	218
BIBLIOGRAFÍA	219
ÍNDICE	219
CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES	224



INTRODUCCIÓN

¿Cómo podemos calibrar a un hombre que, por lo general, se ve como un monstruo? ¿Cómo se puede dar sentido a un personaje que se ha convertido en un mito diabólico?

La monstruosidad de sus crímenes hace que sea aún más necesario acercarse a Hitler como el hombre que realmente era.

Dice el proverbio que comprender es perdonar, pero ¿cuánta comprensión hace falta para dar sentido a un continente devastado, una moral envenenada y más de cincuenta millones de vidas arrebatadas? No cabe duda de que Adolf Hitler destaca entre las figuras monstruosas de la historia moderna, no solo por la magnitud de sus crímenes, sino también por la forma metódica en la que los llevaba a cabo.

Los historiadores de la Guerra Fría intentaron con ahínco convertir a Joseph Stalin en su igual (o incluso en uno peor) en genocidios, pero estas tesis no

Página anterior: «Sobrecogedores e inolvidables» para Martha Dodd, hija del embajador estadounidense en 1933, los ojos de Hitler expresaban su obstinada ansia de poder.

sobrevivieron a la desclasificación de los archivos soviéticos. Al lado de los treinta millones de compatriotas de Stalin asesinados en la invasión nazi, el «Gran Terror» del dictador comunista no parece para tanto, aunque naturalmente fuera horrible para su millón de víctimas. Y saber que iban a morir por un fanatismo ideológico más que por racismo no sería de consuelo para los cinco millones aproximadamente que murieron de hambre o tiroteados en el transcurso de la colectivización de Ucrania. Pero, en general, la paranoia demente de Stalin, igual que la del dirigente chino Mao un par de décadas después, parece relativamente racional en comparación con el análisis filosofado (y «Solución final») de Hitler de lo que llamaba «el problema judío». O con las absurdices cuidadosamente

articuladas de su actitud contra otros grupos, como los gitanos, los polacos, los eslovenos, los homosexuales, los discapacitados y los testigos de Jehová.

Aun así, no cabe duda de que Stalin no se quedaba corto en atrocidad. A él se atribuyen las palabras «una muerte es una tragedia; un millón de muertes es estadística». Un corolario de esta regla podría ser que la auténtica magnitud del historial delictivo de Adolf Hitler hace que sea imposible llegar a cualquier tipo de comprensión, ni de Hitler ni de sus crímenes. Desde luego, podemos visualizarlo, con ese bigotillo casi cómico y el pelo echado a un lado; verlo hacer muecas y gesticular mientras despótica en un discurso. Sabemos mucho sobre él, tanto que el reto para este biógrafo ha consistido más en seleccionar que en encontrar material. Pero



Hermanos de armas: segundo por la derecha, con chaqueta clara, Hitler posa con sus camaradas en mayo de 1915.

a sus enemigos, desde Saddam Hussein y los talibanes hasta Barack Obama y Donald Trump. La asociación con él enturbia lo que de otro modo serían cuestiones inocentes, como el vegetarianismo, el interés por el folclore o el gusto por el aire fresco y el senderismo.

*Parece ser que
Hitler fue víctima
y testigo de
violencia doméstica*

VIDA Y OBRA

¿Dónde deja todo esto la vida de Hitler? Siempre que leemos una biografía lo hacemos con la esperanza de que explique o dé cuenta de la fama (o infamia) del protagonista. No podemos evitar buscar algún tipo de equivalencia (en trasfondo, educación o experiencia) con el individuo en cuestión y lo que ha hecho. Sin embargo, con Hitler es difícil dar con lo que el poeta y crítico T.S. Eliot (1888-1965) llamaba un «correlato objetivo»: una especie de equivalencia entre causa y consecuencia, que es difícil de encontrar, puede llevarnos a una espiral de especulación inútil.

Al embarcarse en una biografía, especialmente en una tan breve, uno debe tener en cuenta que solo podemos esbozar posibilidades,

¿en qué sentido podemos decir que lo conocemos?

ICONO DEL MAL

No ayuda mucho el hecho de que el líder nazi se haya convertido en una comparación recurrente siempre que se habla de tiranía política y atrocidad criminal; una especie de «patrón de referencia» en opresión y un absoluto en maldad. Cuanto más nos alejamos históricamente de Hitler y su mundo, más importancia parece cobrar. La célebre (y

semihumorística) «ley» de Mike Godwin que dice que «a medida que una discusión en línea se alarga, la probabilidad de que aparezca una comparación en la que se mencione a Hitler o a los nazis tiende a uno» subraya la forma en la que la reputación del dictador alemán ha trascendido no solo a su persona, sino al lugar que ocupa en lo que normalmente entendemos por «historia».

Ahora parece que Hitler es un emblema, un punto de referencia para quienes quieren desacreditar

no determinar explicaciones. Podemos exponer hechos conocidos (y faltan muchos en la historia de Hitler), pero eso no implica presentar la verdad con toda la exhaustividad que requiere.

Como veremos en el primer capítulo, Hitler era producto de una familia disfuncional, donde parece ser que fue víctima y testigo de violencia doméstica. La familia en sí misma era producto

de lo que podría definirse como un estado disfuncional en una época de confusión social y crisis cultural. Pero también lo fueron otros muchos y, aunque es cierto que como Führer él estaba



Hitler promovió una estética de agresividad y masculinidad alemana. Aquí saluda a sus Camisas pardas en una demostración de poder en Núremberg en 1927.



destinado a encontrar cómplices entusiastas para sus crímenes, solo habrá un Adolf Hitler. Resulta difícil ver cómo estos problemas en la vida podrían haber generado una monstruosidad a tamaño escala.

HOMBRE Y MITO

Tampoco ayuda que Hitler fuese un automitificador tan diligente, empezando por sus incendiarias memorias *Mein Kampf* (*Mi lucha*, 1925-1926). Pero sus biógrafos cayeron con demasiada frecuencia en la tentación de retratar a este personaje tan exuberante en sus propios términos de vanagloria. No se trata solo de los simpatizantes nazis de la época o los apologistas posteriores; también para sus detractores, sus crímenes parecen requerir una caracterización hiperbólica.

Algunas valoraciones también han asumido un carácter retributivo, mostrando la necesidad de degradar y humillar (póstumamente). De ahí los relatos de la homosexualidad de Hitler, sus múltiples disfunciones sexuales, su supuesto «micropene», su masoquismo, su coprofilia... Se han aportado argumentos ingeniosos para demostrar estas hipótesis y se hizo acopio de todo tipo

Derecha: Como figura paterna para la patria, Hitler recibe a unos niños: la garantía de un futuro glorioso para Alemania.

Página anterior: Artista frustrado pero, literalmente, un visionario, Hitler lanzó no solo una ideología, sino también un «look», como muestra este póster.

de «pruebas». Al final, no podemos desechar categóricamente ninguna de ellas.

No obstante, hay que reconocer que cualquier credibilidad que tengan como explicaciones del carácter de Hitler depende

en gran medida de su apelación a la emoción. ¿No sería perfecto que el arquitecto de la «Solución final» tuviera raíces judías? ¿Y si el Holocausto hubiese estado motivado en realidad por un odio a sí mismo? ¿Podría deberse la



persecución de Hitler a los homosexuales a un sentido de culpabilidad por sus propios deseos y ser su larga relación con Eva Braun un intento desesperado de sobrecompensación? ¿Podría su aparente determinación a someter a un continente a la fuerza ser resultado de una creatividad frustrada, producto de su fracaso al intentar cumplir sus primeras ambiciones en el mundo del arte?

VIDA CONTRA TIEMPO

¿Hasta qué punto la dictadura de Hitler estuvo marcada por la época en la que vivió? ¿Se engañaba a sí mismo pensando que dominaba su era e intervenía en los acontecimientos? ¿Cabe la posibilidad de que estemos aceptando su propia caracterización heroica cuando su papel fue en realidad más pasivo? Como veremos, el Tercer Reich surgió en una época de cambio

traumático para Alemania; las fuerzas económicas y culturales aplicadas en toda Europa eran profundas. Aunque no era en ningún caso un gran erudito, Hitler era un intelectual en cuanto que se tomaba las ideas en serio, tenía en cuenta muchos de los cambios en el pensamiento científico y filosófico de la época y trataba, aunque torpemente, de encontrar sus propias respuestas.



El segundo capítulo intenta mostrar cuánta de la propia filosofía en desarrollo de Hitler, en toda su estupidez, podría ya hacer sombra al pensamiento de su era.

Sería exagerado ver al joven Hitler como un verdadero contribuyente a la intensa fermentación artística e intelectual de la Viena de principios del siglo XX, al nivel de Wittgenstein, Klimt o



Freud. Aunque podría decirse que acabó siendo la nefasta conclusión lógica de aquella época dorada, el oscuro y siniestro secreto al que apuntaban sus expresiones más gloriosas. «Cuando llevas mucho tiempo mirando al abismo», hacía notar el filósofo Friedrich Nietzsche, «el abismo también te mira a ti». Si el ascenso y reinado de Hitler no fueron abismales, no sé qué lo sería.

En ese sentido, pues, por horrible que fuera, el imperio de Hitler podría verse como «apropiado» a su tiempo. Esto nos lleva a otra cuestión: si Hitler no hubiera existido, ¿habría que haberlo inventado? Es una pregunta difícil de responder y es un alivio que no haya que hacerlo.

Hitler se relaja en una residencia de vacaciones en Baviera en 1934. El nazismo decía estar fuertemente arraigado en la belleza del paisaje alemán.

Esta imagen es una reproducción de un cuadro atribuido a Hitler. Aunque muy limitadas, sí que tenía dotes artísticas.

Lo cierto es que existió, independientemente de nuestros intentos por explicar su formación o ascenso al poder. Y consiguió construir un Estado y una sociedad en torno a él.

Hitler también podría verse como un producto de su época en cuanto que tuvo una oportunidad sin precedentes ni comparación. Ningún tirano anterior (Pisistrato, Gengis Kan, Tamerlán) podría haber contado con un aparato estatal, una infraestructura industrial o una capacidad de atrocidades de esta magnitud o sofisticación. Aun así, nos hemos quedado con un misterio desconcertante envuelto en un enigma perturbador. Por mucho que intentemos explicar a Hitler, sigue siendo único.





INFANCIA

Sugerir que los orígenes y los primeros años de Hitler son «un misterio» sería innecesariamente melodramático, pero no cabe duda de que fueron oscuros y quedan detalles importantes sin aclarar. Sin embargo, lo que más cuesta encontrar es cualquier amago (a pesar de las penurias y humillaciones reales y evidentes) de explicación convincente para la maldad a la que acabaría dando rienda suelta.

La historia de Hitler ya se estaba reescribiendo incluso antes de empezar. El proceso parece haber empezado con su padre. En 1876, cuando rozaba los cuarenta años aunque todavía no tenía hijos, Alois Schicklgruber inició los trámites para cambiar oficialmente su nombre. Aquel inspector de aduanas de la pequeña ciudad de Braunau am Inn, en el estado de Alta Austria, pasó entonces a llamarse Alois Hitler. También se hizo con una partida de nacimiento «legítima» otorgada retrospectivamente por

Página anterior: Clase de 1899, Adolf Hitler en la escuela de Primaria de Leonding, Austria. Hitler es el alto que está en el centro de la última fila. No era muy buen estudiante y dejó la formación reglada en 1905.

un párroco; hasta entonces figuraba como «hijo ilegítimo».

ORIGEN DUDOSO

Alois no se sacó de la manga su ahora célebre apellido. Un tal Johann Georg Hiedler (1792-1857) tuvo un papel fundamental en su infancia tras casarse con la madre de Alois, Maria Anna Schicklgruber, en 1842. Aun así, no está claro que este Johann Georg fuese el padre biológico del chico: para cuando se casaron, Alois ya tenía cinco años. Tampoco lo está esa media década indocumentada de la vida de Maria Anna: el misterio rodea los meses, incluso los años, antes del nacimiento de su hijo.

Maria Anna Schicklgruber, una sirvienta de cuarenta y dos años en el pueblo de Döllersheim, en Baja Austria, no era una

«persona de interés» desde el punto de vista histórico. Pobre e inculta, trabajadora doméstica y residente en casa de otros, no gozaba de un estatus social importante. Si ahora es objeto de investigación académica es por un nieto al que nunca conoció, ya que nació más de cuarenta años después de su muerte.

Maria Anna nació en Strones, un pueblecito de Waldviertel, Baja Austria, al noroeste de Viena, donde su padre era granjero. A partir de ahí se pierde más o menos la pista de Maria Anna hasta que el 7 de junio de 1837 se anota el nacimiento de su hijo Alois en el registro parroquial de Döllersheim. No se sabe cuánto tiempo llevaba viviendo allí antes del alumbramiento, ni tampoco dónde estuvo antes de llegar al pueblo.

¿UN ROTHSCHILD EN REALIDAD?

A falta de pruebas, el campo para la especulación no tiene límites: la biografía de Maria Anna es una pizarra en blanco para la especulación académica más increíble. Es extraordinariamente difícil demostrar que algo no es cierto. ¿Y quién querría hacerlo, cuando es tan gratificante para nuestro sentido de alegría histórica por el mal ajeno afirmar que el hombre responsable del Holocausto era en cierto modo judío en «realidad»?

Ya a principios de la década de 1920, se rumoreaba en Alemania que, en el momento de

la concepción de Alois, la abuela de Hitler estaba trabajando en el servicio doméstico vienes de Salomon Mayer von Rothschild, cabeza de familia de la rama austriaca de la conocida dinastía de banqueros. Sin embargo, aunque la historia se contase con vehemencia, ya entonces muchos la veían improbable: no había ninguna prueba que la sostuviese.

EL FACTOR FRANKENBERGER

Luego está el atractivo de una tesis menos escandalosa que sostenía que el padre de Hitler podría haber sido un miembro

de la familia Frankenberger (o Frankenreiter). En 1946, el antiguo ministro de Justicia del Tercer Reich, Hans Frank, reveló (basándose, según dijo, en pruebas aportadas por el sobrino de Adolf, Alphonse Hitler) que la madre de Alois había trabajado de cocinera en el servicio doméstico de este burgués en Graz, importante ciudad comercial al sur de Viena.

Algunos miembros de la familia mantuvieron el contacto con Maria Anna durante años después de que dejara de trabajar para ellos e incluso le pagaron una manutención para el niño. La conclusión a la que llegaron algunos es que la cocinera también había servido (voluntaria o involuntariamente) como amante de

La pobreza rural en el siglo XIX no era nada pintoresca. Maria Anna Schicklgruber nació aquí, en Strones, Baja Austria.





Salomon Rothschild (1774-1855) extendió a Austria el negocio bancario de su conocida familia. Según rumores recientes, era el padre de Alois Hitler.

Sin embargo, a pesar de su estatus clerical, respetabilidad política e integridad general, las teorías de Jetzinger no se sostenían. No hay ningún registro de una familia judía llamada Frankenberger o Frankenreiter que viviese en Graz en la década de 1830. (Tampoco es de extrañar: en aquella época, los judíos tenían prohibido vivir en esa parte de Austria. Las Leyes de Núremberg de Hitler solo fueron las últimas de una larga lista). Como sucede con tanta frecuencia al hablar de la vida y época de Adolf Hitler, lo que parecía una fuente académica sólida y con autoridad resulta estar más relacionada con las emociones que con los hechos.

SECRETOS Y MENTIRAS

La propia Maria Anna no fue de gran ayuda para los historiadores del futuro. Por alguna razón, se negó a revelar la identidad del padre de su hijo y Alois quedó inscrito en el registro bautismal como ilegítimo. El candidato más evidente para la paternidad parece ser Johann Georg Hiedler. Sin embargo, esta evidencia plantea una duda adicional: si Johann Georg era el padre de Alois e iba a casarse con la madre unos años después, ¿por qué no se casó con ella en ese momento?

La explicación más corriente sería que le daba igual y no tenía prisa. La legitimidad era importante, desde luego, pero

uno de los hombres de la familia, muy posiblemente, como sugería Frank, del hijo de diecinueve años de los Frankenberger.

Esta revelación sensacional y oportunista, hecha en el contexto de las memorias de Hans Frank (escritas poco antes de su ejecución con el acertado título de «Al pie de la horca»), empezó a parecer mucho más plausible cuando

Franz Jetzinger la volvió a sacar en los años cincuenta. El autor de *Hitler's Youth* (1956) no era un criminal de guerra escarbando para lograr el favor de sus captores, sino un sacerdote, un ilustre socialdemócrata, un funcionario y, durante algún tiempo, bibliotecario de Linz. Como cabría esperar, este estudio causó un gran revuelo.

básicamente porque los nacidos fuera del matrimonio no podían heredar propiedades. Puede que importase mucho a Alois, pero mientras Johann Georg siguiese vivo y en situación de ahorrar y gastar su dinero y disponer de

su propiedad no había una gran diferencia.

Además, puede que haya menos cera que la arde en estos chanchullos de archivo. Hay una llamativa informalidad en la forma en la que el párroco

de Döllersheim hacía su trabajo. Un simple tachón quitó a Alois la condición de «fuera del matrimonio» y un garabato la cambió por «dentro del matrimonio». Es cierto que el registrador firma con su nombre (haciendo que nos planteemos la validez legal que podría tener en realidad esta «legitimización»), pero tampoco es que se esmerase mucho por cubrir sus huellas.

¿QUÉ HAY EN UN NOMBRE?

Otra posibilidad es que el tío de Alois (el hermano de Johann Georg, Johann Nepomuk Hiedler (1807-1888), que no tenía hijos y se enfrentaba a la perspectiva de que su apellido desapareciera) hubiese exigido el cambio como precio por su herencia. Sería otra explicación del cambio tardío de Schicklgruber a Hitler. También plantea la pregunta de por qué Alois no adoptó la grafía favorita de Johann Nepomuk, «Hiedler», o alguna de las otras versiones que solía usar: «Hüttler» o «Huettler». No existe necesariamente una contradicción entre el orgullo del tío de Alois en su apellido y su actitud despreocupada al escribirlo. Aun así, esto añade otra capa de misterio a lo que ya de por sí es un enigma.

Y todavía podemos hacernos otra pregunta: ¿podría el «tío» de Alois haber sido realmente su padre? Eso dejaría a Johann Georg como nada más que un servicial e involuntario sustituto de

La piedad católica marcaba la tumba de María Anna como parece que caracterizó su vida entera. Su nieto despreciaría esa fe tan simple.





Hans Frank (delante, a la izquierda) sirvió a Hitler con lealtad como ministro de Justicia, pero sus memorias después de la guerra solo sirvieron para desprestigiarle.

su hermano como padre de Alois, con Johann Nepomuk convirtiéndolo en heredero legal cuando llegase el momento. Lo cierto es que no lo sabemos: no hay más pruebas de que Johann Nepomuk fuese el padre de Alois que de que lo fuese el barón Rothschild, y tampoco hay pruebas irrefutables de que lo fuese Johann Georg.

Una tormenta de confusión, secretismo e ignorancia ya se había cernido sobre los antepasados de Adolf Hitler antes de que él naciera. Dicha confusión se debe a nuestra incapacidad

para comprender realmente los valores morales y sociales de la época. La Austria del siglo XIX permanecía imperturbable ante temas sobre los que pensaríamos que habría más secretismo y estaba mucho más preocupada por cuestiones que a nosotros nos darían igual. Si alguno de estos temas tiene más relevancia que la meramente académica, puede ser por la sensación de duda que sus orígenes inciertos sembraron en el joven Adolf, fortaleciendo su determinación por forjarse y cumplir su propio destino.

¿DE TAL PALO...?

A pesar de las dudas sobre su familia, la determinación personal de Alois era incuestionable. Dejó el colegio a los trece años para entrar como aprendiz en una zapatería, pero parece ser que no era lo suyo. Cinco años después, en 1855, sirviéndose de un programa gubernamental creado para reclutar y formar funcionarios de los lugares más remotos del Imperio, Alois ingresó en el servicio civil imperial. El hecho de que persiguiese este objetivo denota voluntad y determinación,

¿UN AGRAVIO LEGÍTIMO?

Hasta qué punto Alois podía haberse sentido una «mancha» de ilegitimidad es discutible y, de hecho, es un tema muy debatido. Lo cierto es que, a pesar de las desventajas que podía tener ser un «bastardo» desde el punto legal, no significaba necesariamente llevar la marca moral de Caín.

Maria Anna fue una de los seis de once hermanos que llegó a la edad adulta, nada extraordinario en su estrato social, época y región. Ese tipo de desgaste ayuda a entender lo que *a posteriori* parece una actitud sorprendentemente informal, pragmática e incluso permisiva hacia el sexo y la paternidad en una zona rural bastante conservadora por lo demás, en una época que asociamos con los puritanos valores «victorianos».

En las pequeñas y dispersas comunidades rurales de Austria, iba y venía una población nómada de jornaleros, según las

El joven Adolf vería este ceño fruncido a menudo cuando era pequeño. La condición de bastardo influyó de alguna manera en la vida de su padre, Alois.

necesidades de la temporada, desde el arado otoñal hasta la cosecha al final del verano. Los hacendados más ricos vivían junto a una tropa generalmente femenina de sirvientas, sometidas a la seducción, el acoso sexual o incluso cosas peores. Los niños

eran una consecuencia inevitable de este trajín y tumulto clandestino. Sin el control y supervisión de los funcionarios de Viena, el mantenimiento de registros era casi ficticio y la gente aprendió a no indagar demasiado en sus orígenes.



igual que su ascenso, lento y firme, por la escala burocrática.

¿Pero sería esta carrera también una fuente de resentimiento? Alois no fue un fracasado en absoluto. En 1892, llegó al cargo de inspector de aduanas, el más

alto que podía ocupar un funcionario sin educación secundaria. Era un puesto honorable y que Alois llegara a ocuparlo fue un gran logro, pero también un recordatorio de lo poco a lo que podía aspirar alguien como él. La

pompa, el ejército de secretarías y subordinados y las oficinas suntuosas con alfombras y arañas en Viena eran honores con los que un hombre de su estatus solo podía soñar. En vez de eso, durante treinta años fue trasladado de

oficina local en oficina local y su ascenso, aunque constante, resultaba agonizantemente lento.

*Alois Schicklgruber
dejó el colegio
a los trece años
para entrar como
aprendiz en una
zapatería*

Si queremos, podemos ver cierta similitud entre la tenacidad de Alois y la de su hijo, cuyo ascenso también requirió una perseverancia indómita. Pero puede que fuera su amargo sentimiento de agravio lo que transmitió a su hijo: la idea de una vaga pero profunda injusticia que tenía que compensarse, o incluso vengarse. Sin embargo, de momento, la vida de Alois como hombre familiar tardaría en llegar: estuvo más o menos solo en el mundo mientras se abría paso.

HOMBRE FAMILIAR

Alois no estaba completamente solo: engendró un hijo ilegítimo en la década de 1860. Pero el hecho de que no se sepa nada de ese niño, qué fue de él o quién era la madre sugiere bastante desapego. Alois se casó por primera vez en 1873, cuando tenía treinta años y su mujer, Anna Glasl-Hörer, cincuenta (y estaba

Alois tiene una imagen imponente con su uniforme de funcionario, pero su estatus como inspector de aduanas era bastante modesto.





Vista de una Viena grande, animada y vibrante en la década de 1860, cuando el rey del vals, Johann Strauss hijo, compuso *El Danubio azul*.



AUSTRIA AMBIGUA

Como centro geográfico de Europa, Austria fue durante gran parte de la Historia moderna su potente corazón: la Casa de Habsburgo había reinado en el Sacro Imperio Romano desde la Edad Media. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, su importancia estaba en tela de juicio. Maltratada primero por Francia con Napoleón y luego por la Prusia de Guillermo I y Bismarck, Austria vio su autoridad progresivamente limitada. En 1867, aunque todavía era una potencia imperial en alianza con la Corona de Hungría, su estado debilitado quedaba de manifiesto en el nombre del nuevo «Imperio Austro-Húngaro».

Viena seguía siendo la flamante capital de un estado rico e importante y los austriacos

podían volver la vista atrás hacia una historia imperial gloriosa, aunque cada vez miraban más hacia los lados, hacia el norte y el oeste, donde una Alemania unificada estaba ganando poder e influencia con rapidez.

En el trono desde 1888, el káiser Guillermo II había prometido a sus súbditos «tiempos de gloria», pero los austriacos no tenían ninguna esperanza. Los germanoparlantes ansiaban formar parte de una nueva nación valiente en pleno apogeo, mientras que el Imperio Austro-Húngaro se estaba claramente marchitando. En el norte de Austria, donde Alois pasó buena parte de su vida y crió a sus hijos, ese impulso era especialmente fuerte: allí se sentían más cerca de Alemania que de Viena.

ya enferma). Alois se casó por interés, ya que su esposa era hija de un superior. Parece ser que se tomó el matrimonio como un simple negocio: por lo que se ve, sentía cierto grado de libertad en su contrato con Anna, a la que fue infiel desde el principio.

Una de las relaciones más duraderas de Alois fue con la criada Franziska (o Fanni) Matzelsberger, que empezó a trabajar en la casa de Alois en Braunau am Inn en 1876. Alois y Anna se separaron formalmente en 1880 y, a partir de ese momento, Alois y Fanni

empezaron a vivir como una pareja casada, aunque no se casaron hasta unos meses después de la muerte de Anna en 1883. Para entonces, Fanni ya había dado a luz a un hijo, llamado también Alois (1882-1956), al que siguió una hija, Angela, en julio de ese año. Sin embargo, Fanni enfermó pronto y falleció en agosto de 1884, dejando a Alois viudo por segunda vez.

No estuvo soltero mucho tiempo. Su tercera esposa se casó con él ya embarazada de cuatro meses el 7 de enero de 1885. Klara Pölzl (1860-1907) era nieta



El hermanastro de Hitler, Alois Jr., vivió unos años en Liverpool, Inglaterra, antes de regresar a Alemania tras la Primera Guerra Mundial.

de Johann Nepomuk Hiedler, el tío de Alois y puede que su padre. Esto los convertía en primos en el mejor de los casos. Si el abuelo de Klara, Johann Nepomuk, fuese en realidad el padre de su marido, serían tío y sobrina, un parentesco demasiado cercano. (Semejante relación tendría cierto eco en la de un Adolf adulto con su joven media sobrina Geli Raubal).

La clasificación del incesto como tabú se explica por la necesidad de las comunidades de impedir la endogamia y las desafortunadas consecuencias físicas y mentales que suele acarrear. Si fuera ese el caso, es evidente por qué la relación de Alois y Klara ha sido objeto de especulación académica. Adolf Hitler era tan extravagantemente malvado que no podemos evitar buscarle una explicación. Pero es difícil deter-

La cara de Klara llamaba únicamente la atención por sus ojos «hermosamente expresivos»; para su hijo, en cambio, representaba un ideal de amor maternal.

minar si el emparejamiento de sus padres fue lo bastante «incestuoso» como para tachar a sus hijos de monstruos raros y descabellados. No parece que escandalizara a la comunidad cercana a los Hitler. En las relativamente pequeñas y aisladas comunidades de la Europa provincial en una época en la que los viajes y las comunicaciones no eran fáciles, hombres y mujeres hacían lo que podían con los contactos sociales que tenían a mano y las relaciones resultan-

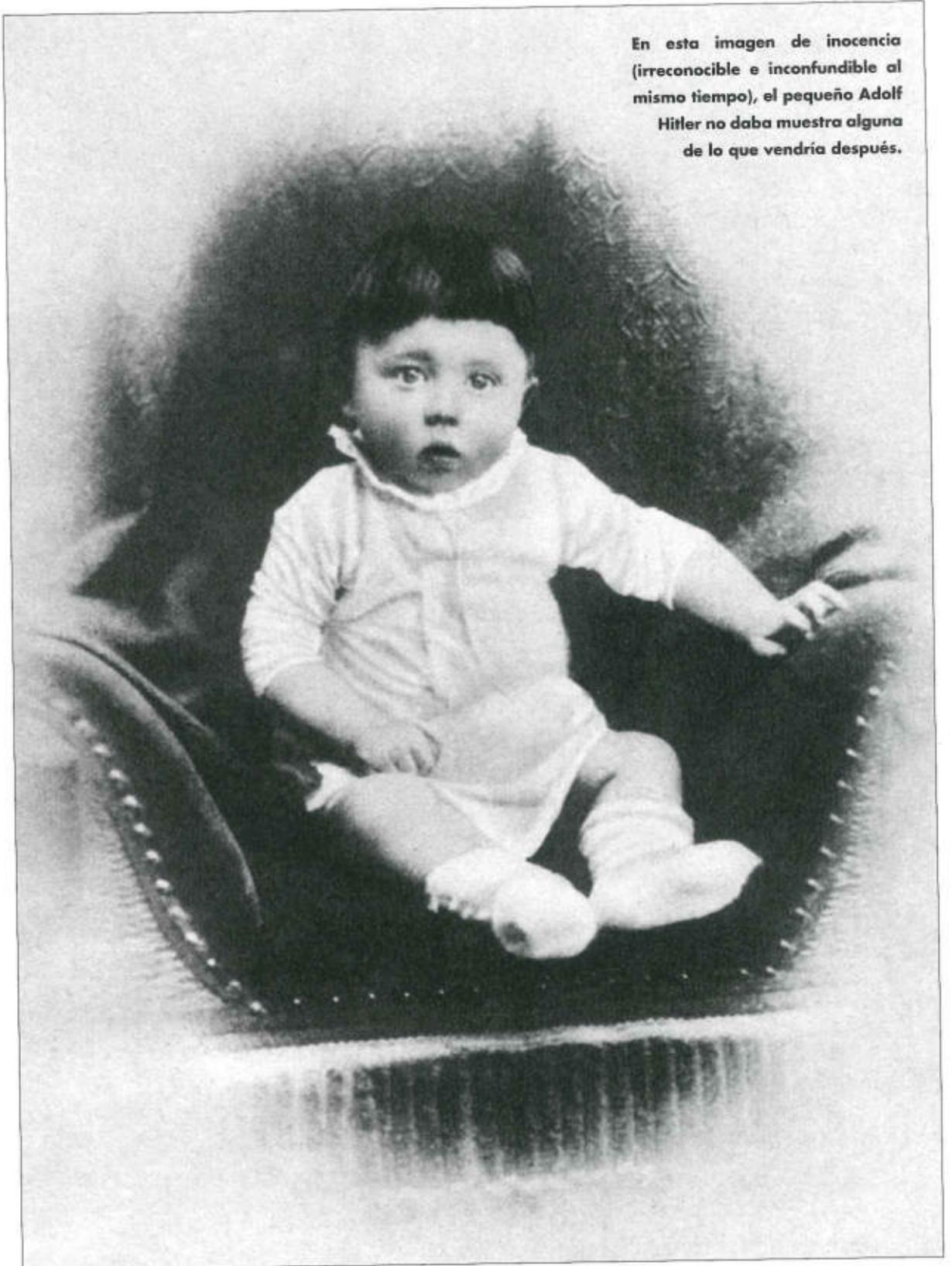
tes no se sometían a demasiado escrutinio.

La boda de Alois y Klara fue bastante anodina, poco más que una formalidad. Se celebró una breve ceremonia en casa de Alois en Braunau am Inn antes de ir a trabajar como cualquier otro día. Obviamente, la finalidad era legitimar al hijo que nacería en mayo.

Por desgracia, tanto Gustav como otra hermana menor, Ida (nacida en septiembre de 1886), murieron por difteria en la infancia. Lo mismo ocurrió con el segundo hijo varón, Otto, nacido en 1887. Adolf nació el 20 de abril de 1889; su hermano pequeño, Edmund, que nació a principios de 1894, murió por el sarampión



En esta imagen de inocencia (irreconocible e inconfundible al mismo tiempo), el pequeño Adolf Hitler no daba muestra alguna de lo que vendría después.



¿UN ARIO HONORÍFICO?

«Si todos los judíos fueran como él, no habría ningún problema judío», escribió Adolf Hitler a las autoridades del *Anschluss* en Austria. La impresión que tenía Eduard Bloch de que el hijo de su paciente Klara Hitler estaba «enormemente agradecido» por sus cuidados demostró ser cierta años después. En 1938, a medida que el antisemitismo ganaba fuerza por todo el país, Bloch escribió al Führer para pedirle protección, y la recibió.

Hitler no fue el primer fanático ni el último que hizo una excepción por un conocido suyo e hizo saltar por los aires toda coherencia pseudocientífica al dar a su antiguo médico de familia el estatus de *edeljude*,



o «noble judío». Tanto si este deseo de eximir a Eduard Bloch de su acusación general a los judíos fue un atisbo redentor de compasión como si fue la confirmación de la absoluta irracionalidad de la Solución final, lo cierto es que benefició a Bloch y su familia. Primero, les protegieron mientras atacaban a los demás judíos de Linz, luego les dejaron cuando reunieron y trasladaron al resto de su comunidad y, finalmente, les dieron un permiso especial para marcharse en 1940 a buscar un refugio seguro en Nueva York. Eduard murió allí, de cáncer de estómago, en 1945.

Eduard Bloch y su familia recibieron la protección de Hitler.

seis años más tarde. La única hermana de Adolf que sobrevivió fue Paula (1896-1960). ¿Podría ser esta sucesión de muertes infantiles consecuencia de debilidades heredadas marcadas por la endogamia? Parece posible, pero hay que tener en cuenta que la mortalidad infantil era muy alta en aquellos tiempos.

NIÑO DE MAMÁ

Fuese cual fuese la causa de estas crueles pérdidas, era inevitable que el médico de la familia llegase a conocer bien a los Hitler. Eduard Bloch (1872-1945) se convirtió en una fuente importante de la

historia y biografía temprana de Adolf y en prácticamente la única fuente que tenemos sobre Klara, una «mujer sencilla, modesta y amable», según Bloch. Aunque era alta, dice, su aspecto era por lo demás bastante anodino, con «el pelo castaño siempre bien trenzado» y una «cara larga y ovalada», que recordaba bien por sus «bonitos y expresivos ojos de un color azul grisáceo».

Bloch describió la relación entre Klara y Adolf como de cariño y afecto por parte de la madre y de profunda devoción por parte del hijo. «Aparentemente», recordaba más tarde, «el amor por su

madre era su rasgo más llamativo. Aunque no era un niño de mamá en el sentido habitual de la expresión, nunca he visto tanto apego». Durante la enfermedad que marcó los últimos años de Klara, el joven Adolf dormía en la habitación de al lado, relataba Bloch. Aunque era una mujer estoica, su sufrimiento «parecía torturar a su hijo». El hombre que después se convertiría en encarnación de la sociopatía mostró algo parecido

Página siguiente: Maltratada por su hermano igual que este lo era por su padre, Paula parece haberle perdonado en la vejez.



a la empatía al ver a su madre consumirse y morir. «Se le ponía una mueca de angustia cuando el dolor contraía la cara de su madre. Poco se podía hacer. Una inyección de morfina de vez en cuando le daba un alivio momentáneo, pero nada duradero. Aun así, Adolf parecía enormemente agradecido por esos cortos períodos de tregua».

EN CONSTANTE MOVIMIENTO

La vida de un funcionario de aduanas como Alois no podría describirse como romántica y aventurera, pero él y su familia viajaron con frecuencia. En 1892,

cuando Adolf tenía tres años, cruzaron la frontera con Alemania (por la Baja Baviera), donde Alois ocupó un puesto en Passau. Como ya se ha dicho, el cargo de inspector de aduanas era el más alto al que podía aspirar un funcionario que solo había acabado la escuela primaria, así que Alois podía estar orgulloso de lo que había conseguido en sus treinta años de servicio al Imperio.

Pero otra forma de verlo es que Alois había tardado mucho tiempo en subir por una escala corta en la jerarquía. Dicho de otro modo, había llegado todo lo lejos que podía llegar, y lo sabía. Si el típico niño crece en un entorno

de optimismo, con unos padres de veintitantos años llenos de energía y esperanza, lo primero de lo que Adolf Hitler se habría dado cuenta en su vida familiar sería la frustración de su anciano padre al comprender que su larga y lenta trayectoria profesional había llegado a un punto muerto.

¿Era la sensación de Alois de abandono profesional lo que hacía que le acompañase la inquietud allá donde fuese? Como era de esperar, le trasladaban de puesto

En esta conocida foto de clase de 1899, un Adolf de diez años ya muestra una presencia dominante y segura.





Adolf nació en el piso de Alois en este edificio de Braunau am Inn. Muchos quieren que se acabe con este legado histórico.

en puesto, pero su familia fue más nómada de lo necesario. Se cree que hubo varios traslados dentro de Passau antes de que Alois fuese destinado a Linz en abril de 1894. Temporalmente, Klara, Adolf y el pequeño Edmund se quedaron en Passau.

Podemos suponer que esto fue un respiro para Klara y Adolf, dado el ambiente tóxico que parece que prevalecía en su hogar. La forma de ejercer la paternidad de Alois iba en consonancia con su personalidad irritable y tiránica, y descargaba sus resentimientos contra su esposa, dócil y sumisa.

En febrero de 1895, la familia se reunió infelizmente cuando se trasladaron a Hafeld, Fischiham, cerca de Lambach. El joven Adolf empezó a ir allí al colegio en mayo. Unas semanas más tarde, Alois se jubiló y comenzó a dedicar mucho tiempo a su afición: la apicultura. En 1897, la familia se fue a Lambach y se mudó dentro de la misma ciudad a principios de 1898, antes de irse a Leonding, a las afueras de Linz, unos meses más tarde. Linz sería lo más parecido a una ciudad natal para Adolf Hitler.

Sin embargo, todavía les quedaban dramas por vivir: el 2 de

febrero de 1900 murió Edmund. El paso de Adolf a la escuela secundaria (la *Realschule* de Linz) aquel otoño debió ser como una moneda de dos caras: sin haber llegado a la adolescencia, ya tenía más educación oficial que su frustrado padre. Parece ser que Alois duplicó sus esfuerzos para influir a su hijo: en algún momento de 1902, le llevó a la oficina de Aduanas de Linz con la esperanza de inspirarle, pero la visita surtió el efecto contrario.

QUERER ES PODER

Igual que Alois trataba a palos a su esposa y a su hijo, el joven Adolf atormentaba a Paula. «El terror del Tercer Reich se cultivó en la propia casa de Hitler»,

LINZ, CIUDAD DEL FÜHRER

La capital de Alta Austria, Linz, siempre ha sido consciente de su importancia, tal vez por ser la cuna del pastel más antiguo del mundo, la enrejada tarta Linzer. También ha gozado de un prestigio más convencional, siendo durante algún tiempo en la Edad Media la ciudad principal del Sacro Imperio Romano. Federico III estableció su corte allí en el siglo xv. Pero lo cierto es que aquel momento se fue tan rápido como llegó y Linz se vio enseguida superada en tamaño y esplendor por Viena y Budapest, aunque conservó cierta aura de prestigio.

El piso de Klara en el 31 de Humboldtstrasse estaba en el corazón de la ciudad, a un tiro de piedra del Hauptplatz, que es el ayuntamiento desde cuyo balcón un Führer exultante tras el *Anschluss* proclamó el inicio de su Imperio alemán en la tarde del 12 de marzo de 1938.

Hitler tenía grandes planes para su ciudad. Tras su triunfo en la guerra, pretendía convertirla en una de las cinco «ciudades del Führer», cuya escala y magnificencia proclamarían su gloria al mundo. Alentada por el crecimiento industrial y económico, estaba destinada a duplicar su tamaño. Habría casas espléndidas para sus ciudadanos destacados y una colección de

edificios públicos impresionantes, que incluía un estadio, una sede del partido e instituciones educativas (incluido un observatorio cuya investigación astronómica serviría para dinamitar

la «pseudociencia de la Iglesia católica»).

En la realidad, Linz resultó bastante dañada por la lucha, perdiendo doce mil edificios en doscientos ataques aéreos

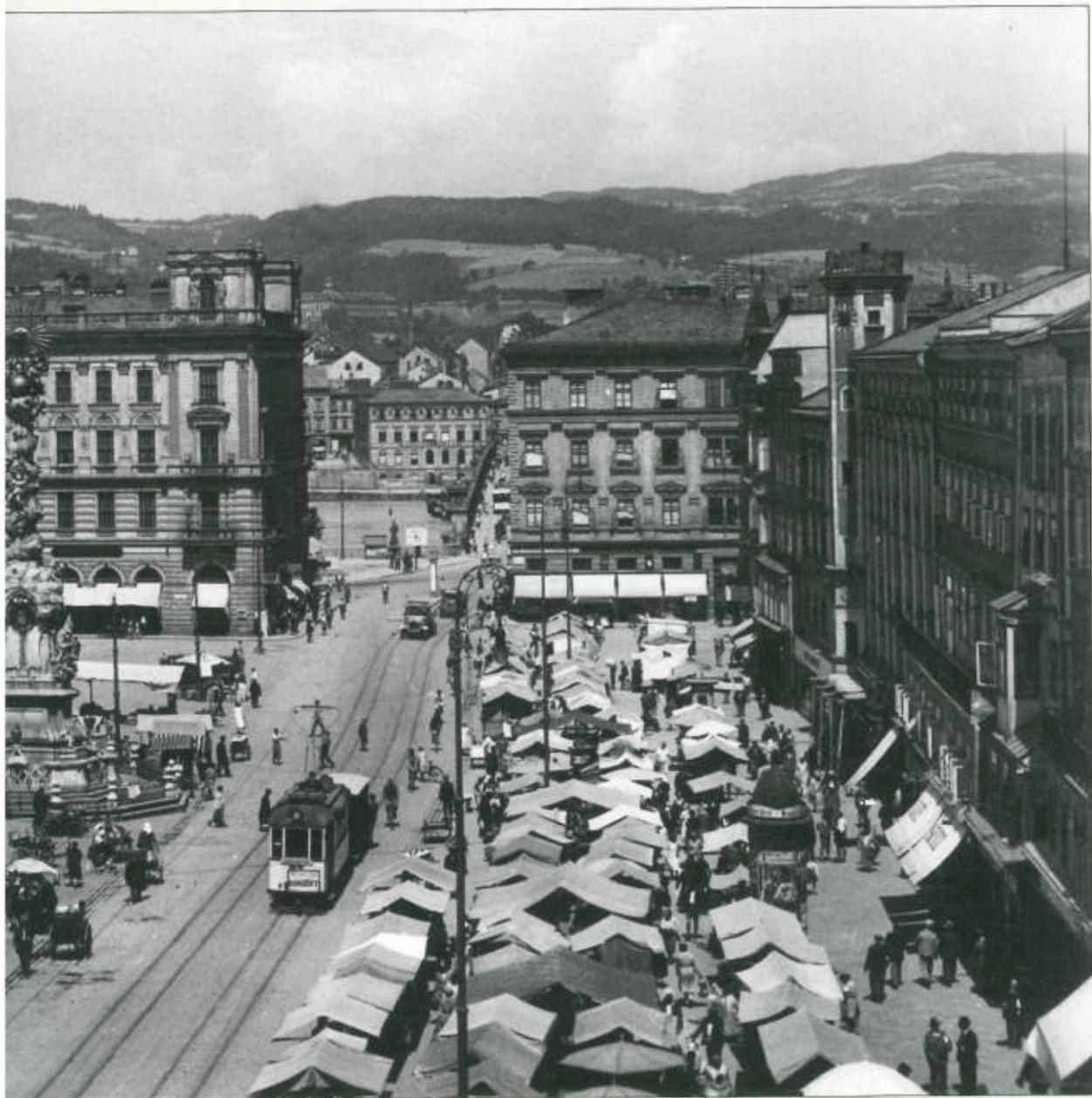


Linz era una ciudad bonita. Es comprensible que Hitler estuviese orgulloso de este lugar.

entre 1944 y el fin de la guerra. La ciudad, que no solo fue la de la infancia de Hitler, sino también la de Adolf Eichmann, que ayudó a Hitler a diseñar la Solución final, hizo grandes

esfuerzos por «desnazificarse» en la posguerra. Se llevaron a cabo investigaciones del pasado reciente cuando se desclasificaron los registros secretos y se alzaron monumentos en memoria de

los asesinados. Aunque su legado hitleriano puede ser un arma de doble filo, Linz sigue siendo una ciudad con atractivo cultural que emerge ahora como centro de nuevas tecnologías.



Un solo estudiante separa al futuro filósofo Ludwig Wittgenstein (segunda fila, tercero por la derecha) del futuro Führer Adolf Hitler (extremo derecho de la última fila).

dice el historiador Florian Beierl. No cabe duda de que la vida bajo el techo de Alois era triste. Pero hay mucha diferencia entre la tiranía doméstica del padre y la dominación geopolítica y nacional que

acabaría ejerciendo el hijo, y los hogares infelices como el de los Hitler son muy comunes. Sin embargo, los testigos están de acuerdo en que la opresión violenta que presenció debió afectar



negativamente al joven Adolf, sobre todo a medida que crecía y sentía la necesidad de proteger a su madre. Y hasta cierto punto la protegió: fue notable la rebeldía que mostró ante los ataques de su



DEJAR ESPACIO

«Reflexiónese...», invitaba Hitler al lector de *Mi lucha*:

En un sótano, compuesto por dos habitaciones oscuras, vive una familia proletaria de siete miembros. Entre los cinco hijos, supongamos que hay uno de tres años. Es esta la edad en que la conciencia del niño recibe las primeras impresiones. Entre los más dotados se encuentran, incluso en la edad adulta, huellas del recuerdo de esa edad. El espacio, demasiado estrecho para tanta gente, no ofrece condiciones favorables para la convivencia. Solo por este motivo surgirán frecuentes riñas y disputas. Las personas no viven unas con otras, sino que se comprimen contra otras. [...]

Para los niños eso es aún soportable, pues en tales circunstancias, si pelean entre ellos, olvidan todo de prisa y completamente. Si, no obstante, la riña se trasplanta a los padres, de forma cotidiana, en un recinto pequeño y groseramente, el resultado se hará sentir entre los hijos. Quien desconoce tales ambientes difícilmente puede hacerse una idea del efecto de esa lección objetiva, cuando esa discordia recíproca adopta la forma de groseros abusos del padre para con la madre y hasta de malos tratos en los momentos de embriaguez. A los seis años, ya el joven conoce cosas

deplorables, ante las cuales incluso un adulto solo puede sentir horror.

Aunque Alois no era «proletario», ni su casa era «un sótano», ni convivían siete personas, es difícil, sabiendo lo que sabemos, ver esta situación tan hipotética como dice Hitler que es. Ninguna morada podría haber sido lo bastante grande como para dar a Klara y sus hijos el espacio emocional que necesitarían para salir ilesos de la tiranía patriarcal de Alois.

Incluso aunque tomemos esta descripción de Hitler al pie de la letra, es bastante triste. Si, como sugiere Gertrud Kurth, nos fijamos en frases como «groseramente», «quien desconoce tales ambientes difícilmente puede hacerse una idea» o «cosas deplorables, ante las cuales incluso un adulto solo puede sentir horror», es difícil evitar la sensación de que Hitler está indicando algo mucho más serio y siniestro. Algunos creen que este pasaje sugiere abusos sexuales a menores; y, como mínimo, están los «groseros abusos» del padre contra la madre.

¿Se originó el posterior concepto de *lebensraum* geopolítico de Hitler (la idea de que Alemania necesitaba expandirse hacia el este, conquistando tierras eslavas, para tener más «espacio vital») en los sentimientos de horror y miedo por su madre de un niño?

padre contra una Klara indefensa; parece que no le faltaba el valor cuando lo necesitaba.

¿Podrían haber sido estas circunstancias de su infancia las que llevaron a Hitler a pensar que el

auténtico heroísmo reside en la resistencia indómita? Más tarde, formuló una doctrina de supremacía de la «voluntad» basada en sus lecturas de Friedrich Nietzsche (1844-1900) y Martin

Heidegger (1889-1976). Como señala J.P. Stern, el Führer se tomó demasiado al pie de la letra la idea que estos filósofos apuntaban metafóricamente. De todas formas, no deja de ser intrigante que Hitler se aferrase a este aspecto concreto de su trabajo. Desde luego, se mantuvo en sus trece incluso cuando en la adolescencia plantó cara a su padre, que quería que se hiciese funcionario.

Hitler insistiría después en que ya entonces sabía que quería ser artista. No hay pruebas sustanciales que lo demuestren, pero sí testimonios de que enfurecía constantemente y sin temor a Alois cuando se negaba a obedecer.

ANTIGUOS LAZOS ESCOLARES

Esto de Nietzsche y Heidegger nos lleva a Ludwig Wittgenstein (1889-1951). El famoso filósofo fue compañero de clase de Adolf en la *Realschule* de Linz. Hablando en términos cronológicos, eran coetáneos casi perfectos: Wittgenstein nació el 26 de abril de 1889, solo seis días después que Hitler. Sin embargo, cuando el precoz Wittgenstein subió un curso y Hitler repitió empezaron a separarles dos cursos. No se sabe si se verían con frecuencia o si tendrían alguna razón para interactuar. Podría tratarse solo de una curiosa coincidencia.

Compañero de clase durante algún tiempo, Ludwig Wittgenstein siguió un camino muy diferente al de Hitler, llegando a ser uno de los filósofos más importantes de su época.





La casa de los Hitler en Leonding, donde el conflicto de Adolf con su padre alcanzó su punto álgido. Discutían por la dirección que tomaría su vida.

Kimberley Cornish no lo ve claro: en su libro *The Jew of Linz* (1998) sostiene que el conflicto entre los dos fue un punto de inflexión en la vida de Hitler y en su formación como antisemita. Es cierto que el futuro dictador tenía (o creía tener) motivos de resentimiento contra el joven Wittgenstein, vástago de una rica e influyente familia local. También lo es que tenía tres abuelos judíos, aunque no su abuela materna, y que tanto su madre como su padre eran católicos romanos.

La conexión es intrigante y es difícil resistir la tentación de sacar algo de este vínculo potencial entre dos de las personalidades más importantes del siglo XX. Pero, pese a un período de proximidad, no hay pruebas reales de que se conocieran, y menos de que tuvieran algún enfrentamiento en clase o en el patio.

Cabe suponer, que, pese a la distancia, Wittgenstein sería una figura reconocible en el colegio: destacaba por una parte por su brillantez académica y, por otra, por su tímida sensibilidad y su

tartamudeo, que lo convertía con frecuencia en objeto de burlas. Pero no hay ninguna razón para pensar que Adolf Hitler y él compartieran la vida cotidiana en la *Realschule*. Tampoco está claro que Hitler supiese que su compañero listo fuese «judío», cosa que técnicamente no era, aunque lo sería según los posteriores estándares raciales de Hitler. El lazo llega a una especie de punto muerto. «De lo que no se puede hablar hay que callar», dice una de las citas más célebres de Wittgenstein. Este parece ser uno de esos temas.



UNA EDUCACIÓN OBSTINADA

Si la etapa de Hitler en la escuela fue realmente educativa, no es probable que lo fuera por ningún incidente o conflicto. Quizás lo más significativo sería la humillación, más o menos constante, inherente a ser un chico que soñaba con la grandeza y la gloria teniendo un intelecto normalito y una aplicación y rendimiento académico seguramente por debajo de la media.

La determinación necesaria para desafiar a su padre parece haber fomentado en el joven Adolf una autoconfianza admirable (en cierto modo), capacitadora y a la postre engañosa y destructiva. No hay evidencias directas que apoyen esta conjetura, pero sí de que, más adelante, en pleno apogeo de su poder y en las crisis más importantes de su liderazgo, tenía un déficit de atención considerable y era incapaz de aceptar una crítica constructiva o un consejo cuando más falta hacía.

LA CUESTIÓN ALEMANA

Un hombre que, por el propio testimonio entusiasta de Hitler, ejerció una gran influencia en él en la *Realschule* de Linz fue su profesor de Historia, Leopold Poetsch (1853-1942). Todo un carácter, lo bastante destacable como para permanecer en la memoria de un adolescente, pero también típico de su país, su

Página anterior: Alois Jr. aportó su granito de arena para hacer la familia Hitler más multicultural casándose con la dublinesa Bridget Dowling en 1910 (aquí la vemos en 1941).

Con fecha de 2 de febrero de 1900, este certificado confirma los derechos del joven Adolf Hitler como miembro de la comunidad de Linz.

época y sus asunciones, Poetsch era natural de Sankt Andrä, en el sur de Austria. Sin embargo, había conseguido su primera plaza de profesor en Maribor, ahora Eslovenia, una zona en la que los habitantes alemanes de la época se encontraban en pleno ascenso de una conciencia «paneslava».

Poetsch mitificó el aspecto germánico de la historia de Austria en términos heroicos

Los propios eslavos se veían como parte de un movimiento nacional más grande que unía a los pueblos desde Eslovaquia hasta Rusia, desde Bulgaria hasta Polonia. Un renacimiento similar estaba cobrando fuerza entre los húngaros de Eslovenia y las minorías rumanas. Este tipo de nacionalismo llevaba décadas en ascenso en buena parte de Europa central: su mayor logro había sido la unificación de Alemania con Otto von Bismarck (1815-1898). Pero, en las marcas eslavas del sur, el dominio alemán parecía verdaderamente inseguro, un insulto para un patriota como Poetsch.

Su respuesta fue mitificar la historia de Alemania y del aspecto germánico de Austria para redibujarlas en términos heroicos,



reuniendo todas sus vicisitudes en una épica de autosuperación nacional.

Es difícil precisar cuánto de lo que Hitler creía recordar de las clases de Poetsch es realmente atribuible a Poetsch y cuánto es producto de su desbordada imaginación histórica. Pero no cabe duda de que encontró inspiradoras aquellas clases. «Todavía hoy», recordaría una década después en *Mi lucha* (1925), «me acuerdo con cariñosa emoción del viejo profesor que, en el calor de sus explicaciones, nos hacía olvidar el presente, nos fascinaba con el pasado y, desde la noche de los tiempos, separaba los áridos acontecimientos para transformarlos en viva realidad. Nosotros le escuchábamos muchas veces dominados por el más intenso entusiasmo y otras profundamente apenados o conmovidos».

Poetsch no solo evocaba un pasado glorioso: lo utilizaba de una manera explícitamente



Los hermanos Grimm encontraron en cuentos populares la base para un nuevo y poderoso sentimiento de nación alemana.

Romanticismo europeo en general. En una potente reacción a las tendencias sistematizantes y reguladoras de la Ilustración y la «Era de la razón», los poetas y artistas buscaban liberar al espíritu humano en toda su pasión y creatividad. Mucha de esa creatividad se desataría con la contemplación de la naturaleza en todo su esplendor, la idea del paisaje rural como cuna y la nación como hogar.

La influencia de este movimiento en Alemania se nota en todo, desde los poemas de Goethe hasta los cuentos de los Grimm. Colocando a Alemania y el idioma alemán en el mapa literario de Europa, las obras de Wolfgang Johann von Goethe (1749-1832) ayudaron a fortalecer un nuevo sentimiento de orgullo alemán. Los hermanos Grimm (Jacob, 1785-1863 y Wilhelm, 1786-1859) recogieron cuentos tradicionales de todos los rincones del país. Muy arraigados en la tradición y casi sin retocar con convenciones literarias, estos cuentos parecían representar la cultura alemana en una especie de estado «natural».

La unificación progresiva del país en el transcurso del siglo XIX quedó reflejada en la obra de poetas como Heinrich von Kleist (1777-1811) y Heinrich Heine (1797-1856). Compositores como Franz Schubert (1797-1828) y Robert Schumann (1810-1856) no solo aumentaron el prestigio alemán con su música, reconocida

política para señalar paralelismos con la Austria y Alemania de la época:

«Nuestra aprobación era tanto mayor cuanto este profesor entendía que debían buscarse las causas para comprender el presente. Así daba, frecuentemente, explicaciones sobre los sucesos de la actualidad diaria que antes nos sembraban la confusión. Nuestro fanatismo nacional, propio de los jóvenes, era un recurso educativo que él utilizaba a menudo para completar nuestra formación más deprisa de lo que habría

sido posible por cualquier otro método».

La cruda parcialidad de las enseñanzas de Poetsch llama mucho la atención hoy, pero evidentemente no consternó a Hitler, lo cual no es ninguna sorpresa, viendo cómo se refiere tranquilamente a su propio «fanatismo» y al de sus compañeros.

EMOCIONES ROMÁNTICAS

El señor Poetsch no estaba solo en la romantización del pasado alemán: el nacionalismo con minúscula era una marca distintiva del

internacionalmente: las canciones o *lieder* que crearon con letras poéticas promocionaron la literatura y los mitos alemanes por todo el mundo.

Pero el tipo de «nacionalismo» que representaban estos escritores y compositores no iba más allá de un orgullo básico en su Alemania natal, su belleza natural, su historia y su cultura y la lengua y literatura a la que había dado lugar. Desde luego, era orgullo patriótico y los escritores alemanes se referían sin pudor a «la patria», sin que esta palabra connotase todavía más que un

sentimiento de amor, confianza y pertenencia familiar.

EL DESPERTAR WAGNERIANO

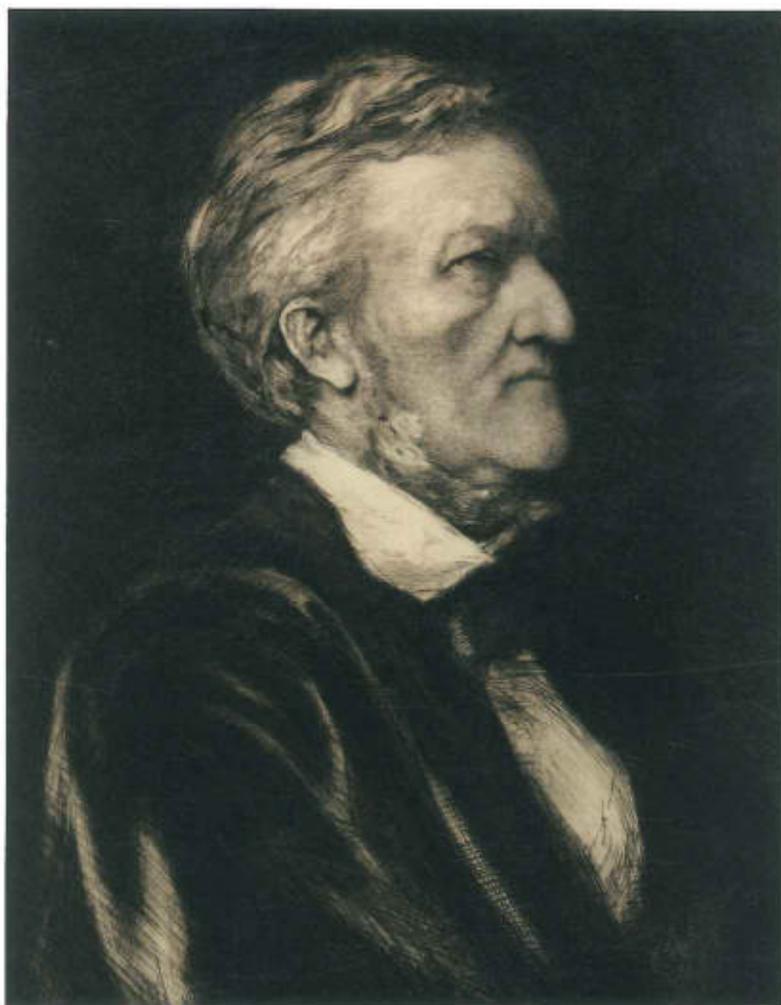
Hasta ahora, era algo comedido y bastante razonable en realidad, pero la situación cambió cuando Richard Wagner (1813-1883) irrumpió en la escena alemana. Aunque sus obras se describen como «óperas» en un sentido amplio, él las veía como «teatro musical», una experiencia totalmente inmersiva, sensualmente estimulante y emocionalmente explosiva de música, decorados,

imagería simbólica y discursos. Este compositor de grandísimo talento buceó en el folclore antiguo para buscar sus temas centrales; evocaba un mundo de héroes guerreros, princesas solteras y espíritus míticos. Era, sobre todo, un mundo *germánico*, en el que la idea de la patria adquirió un cariz casi de santidad mística y en el que los enemigos eran monstruos diabólicos, enanos... o judíos.

El prejuicio antisemita alcanzó un nivel sin precedentes en Wagner, que había crecido albergando no se sabe qué resentimientos desde su juventud en un barrio judío de Leipzig y sus inicios profesionales en lo que consideraba una escena musical alemana dominada por los judíos.

El poder y la mezquindad de su odio no pasan desapercibidos, aunque en sus obras, en grandes óperas como *Lohengrin* (1850), *Los maestros cantores de Núremberg* (1868), *Parsifal* (1882) y el ciclo *El anillo del nibelungo* (1876), el veneno racista se convierte en una música sublime. A pesar de sus defectos, Wagner fue un genio componiendo. No solo eso, sus obras son peculiarmente llamativas. Con sus melodías interminables (cada canción, cada escena se enlaza con la siguiente), sus armonías inquietantes y sus orquestaciones suntuosas, no solo deleitan la mente, sino que además transportan el espíritu.

La música arrebatadora de Richard Wagner hechizó al joven Hitler, igual que el antisemitismo rábido que llevaba implícito.



En vivo, como Wagner las ideó (ponía mucho interés en todo, desde el libreto hasta el escenario) su impacto puede resultar abrumador. Es fácil entender por qué estas obras tuvieron un gran efecto en un chico joven, impresionable y con bastante imaginación: Hitler dijo haber visto su primera representación de *Lohengrin* a los doce años. «Me sentí inmediatamente cautivado por la música», recordaba. «El entusiasmo juvenil por el Maestro de Bayreuth no conocía límites». Por una vez, la metáfora de cautivado no parece excesiva. Ver una sola vez *Tristán e Isolda* (1859)

Las obras de Wagner tuvieron un gran efecto en el joven e impresionable Adolf

puede cambiar una vida, pero, en unos pocos años, Hitler asistió a la representación de esta celebración suprema de un amor trágico más de cuarenta veces. Estaba obsesionado con Wagner y sus obras. Devoró los ensayos publicados por el compositor,

El amor, la muerte y el autosacrificio se unen con gran euforia en el final apoteósico de *Tristán e Isolda*, de Wagner.

asimilando sus afirmaciones poco sólidas y despotriques como una auténtica filosofía. El pensamiento de Wagner, explicaría más tarde, «me es íntimamente familiar. En todas las etapas de mi vida vuelvo a él».

No cabe duda de que la admiración de Hitler por Wagner contribuyó a acrecentar y perfilar su antisemitismo. Es posible que también le inspirase en un sentido político. La visión de Wagner no era solo musical, sino totalitaria, apelando a todos los sentidos y englobando todos los aspectos de la apreciación artística. La máxima ambición de Hitler no era simplemente triunfar como hombre de Estado, sino como una especie de superpromotor



LOS JUDÍOS COMO CHIVO EXPIATORIO

El odio a los judíos no era una novedad en Alemania ni en el resto de Europa. En la Edad Media, los judíos habían sido perseguidos como extranjeros infieles, como los «asesinos de Cristo». Ese era un prejuicio prerreformista que Martín Lutero (1483-1546) había adoptado y conseguido mantener en el corazón del protestantismo alemán. En el siglo XIX, sin embargo, a medida que el patriotismo romántico empezó a consolidarse con teorías raciales cohibidamente modernas y supuestamente «científicas», el antisemitismo dio un nuevo giro perturbador.

Christoph Meiners (1747-1810) fue un ejemplo temprano: como producto de la Ilustración europea, intentó analizar las diferencias raciales de una forma tan clara y desapasionada como un naturalista estudiaría especies animales o vegetales. Era un poligenista que creía que las distintas

razas procedían de orígenes completamente diferentes. Pero, como suele ocurrir cuando un enfoque supuestamente científico no es lo bastante sofisticado en el entendimiento ni riguroso en el método, llenó de suposiciones subjetivas su visión «objetiva».

Así, concluyó que los negros de África tenían el cerebro más pequeño que los caucásicos. También aseveraba que los eslavos pertenecían a una raza «inferior» a la de los europeos occidentales: igual que las razas asiáticas, tenían una capacidad mental limitada.

La de Meiners fue solo una de las múltiples teorías «científicas» de aquella época. A finales del siglo XIX, esos puntos de vista se convirtieron en lo normal, en gran medida por la necesidad de justificar el gran proyecto colonial europeo. Por ejemplo, la opinión de Meiners de que los africanos tenían «nervios más

gruesos» que anulaban sus sentidos, reduciendo su sensibilidad al dolor, era una clara aprobación de la conciencia del dueño de esclavos y el capataz con el látigo. Pero, mucho antes de eso, la base emocional de este tipo de prejuicios raciales ya se había asentado en las obras mitificadoras de artistas, poetas y músicos, sobre todo en las de Richard Wagner.

Parece que fue él en realidad quien caracterizó la existencia de los judíos como «el problema judío» y quien pensó en su erradicación como la «Solución final». Para Wagner, eran «el enemigo nato de la humanidad pura y todo lo noble que hay en ella». En un mundo degenerado y en declive, donde el heroísmo era historia y el verdadero patriotismo y el sentimiento personal estaban muertos, insistía Wagner, mandaban los avaros, traidores y cínicos judíos.

que representase y reorquestase a toda una nación. Con sus esvásticas, pancartas y grandes desfiles, el nazismo no era solo una ideología: también era una estética, una nueva forma de responder al mundo.

¿UNA FAMILIA DEVOTA?

La confesión religiosa de Hitler y el papel que tendría esta en sus creencias morales, políticas y sociales fueron en su día objeto de acalorados debates. No se sabe hasta qué punto esto

marcó su visión, pero sabemos que recibió una estricta educación católica.

Klara se consideraba devota incluso para los estándares de la época. Los apologistas señalan, con razón, al anticlericalismo de su padre. Sin embargo, se da la circunstancia de que esta especie de división espiritual dentro de la familia es un cliché católico. Aunque se diese aires de intelectual crítico con la autoridad eclesiástica, Alois respaldaba tácitamente la educación

religiosa que su esposa daba a sus hijos. Así pues, el joven Adolf recibió los sacramentos habituales de bautismo, eucaristía y confirmación.

En enero de 1903, la familia recibió el golpe de la muerte de Alois: al margen de sus abusos, la conmoción por su muerte debió de impactarles. Es difícil atisbar sus efectos: desde luego, las notas de Adolf en la escuela aquel año no mostraron una mejora por la liberación ni una bajada por la pena. No hacía falta una bajada para



Página anterior: Las visitas de Hitler a la tumba de sus padres en el cementerio municipal de Leonding eran parte del ceremonial nacionalsocialista.

Derecha: La sepultura de Alois y Klara Hitler fue un importante santuario para los neonazis hasta que se retiró en 2012.

que el mediocre Adolf suspendiese otra vez y repitiese curso mientras sus compañeros promocionaban. No es fácil explicar la lentitud de Hitler en la escuela. ¿Fue aquel «insuficiente» en francés debido a una obstinación patriótica o a una incompetencia académica? Si se debió a esto último, ¿era el resultado de una falta nata de capacidad intelectual o de la (entendible) desmotivación de un niño con un hogar desestructurado? Fuese como fuese, en 1904 su madre lo cambió a la *Realschule* de Steyr, donde tuvo que quedarse interno porque estaba demasiado lejos. En cualquier caso, sus notas siguieron siendo mediocres.

DESPUÉS DE ALOIS

Hitler podía volver en vacaciones a casa, un piso impresionante y sorprendentemente grande en el centro de la ciudad al que su madre se había mudado tras la desgracia de la muerte de Alois.

Más adelante, en su automitificación, Hitler se referiría a la desdicha de su infancia, que hasta cierto punto era real. Pero la furia e irritabilidad de Alois (y la violencia que causaban y la infelicidad que traían) nunca estuvieron originadas por la pobreza material como tal. A pesar de ser



un funcionario de rango inferior, Alois había heredado cierta riqueza, de ahí que su viuda, sirvienta durante un tiempo, pudiese instalarse en Humboldtstrasse. Si bien su marido no le había tratado bien en vida, la dejó bien situada a su muerte: Klara y sus hijos podrían vivir como burgueses.

Y, como un auténtico miembro de esa clase, Hitler podría permitirse concederse un tiempo para tomar decisiones importantes en

su vida. Aunque durante su estancia en Steyr mejoró sus calificaciones lo bastante como para graduarse y, en teoría, poder ir al menos a una escuela técnica, le pareció más cómodo quedarse en casa con Klara. Y eso es lo que hizo desde finales de 1905 hasta 1907: un período en el que no consiguió nada destacable, pero que, según decía, sirvió de preparación para su vida como gran artista.



RETRATO DEL ARTISTA...

La primera opción de Hitler para conseguir la gloria eterna no era el campo de batalla, sino la del arte. Creía que su destino era convertirse en un famoso pintor. Sometido a la prueba de fuego del fracaso, salió profundamente amargado, pero también curtido.

Todo este tiempo, la salud de la madre de Hitler, Klara, se había estado deteriorando. Padecía un cáncer de mama, así que estaba exhausta y con constantes dolores. Esto debió resultar desolador para un hijo que, a pesar de su reputación posterior, parece haber estado muy unido a su madre. Su tía Johanna, hermana de Klara, se ocupó de cuidarla y también de limpiar y cocinar. Adolf era pues libre para seguir alimentando sus sueños y esperanzas de gloria artística. ¿Desconsiderado? ¿Egoísta?

Página anterior: Otro chico, conocido solo por su apellido, Sturmlechner, retrató a Hitler a los dieciséis años. Ojalá Adolf hubiese tenido la mitad del talento de su compañero de clase.

Desde luego, y monstruoso: pocos se han obsesionado consigo mismo en la adolescencia como Hitler. Horas de soledad en casa, en «estudio» o contemplación «artística», salidas nocturnas con amigos al teatro o a los cafés y bares de Linz: la persecución de su vocación se parecía asombrosamente a la vagancia. Sin embargo, en el verano de 1907, mientras el estado de su madre seguía empeorando, sus planes parecían a punto de cumplirse. Aquel septiembre viajó a Viena para realizar los exámenes de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Austria. Pasó el primer corte, que redujo los candidatos de 113 a 80, pero no pudo ser uno de los 28 que consiguieron entrar. Aunque sea difícil hoy ver con imparcialidad las obras de Hitler, hay que dar la razón a

los académicos: no era un caso perdido, pero su talento era muy limitado.

ADOLF A LA DERIVA

Estas limitaciones ni se le habían pasado por la cabeza al artista. El rechazo, recordaría años después, le cayó «como un rayo» que lo dejó dando tumbos conmocionado. No tenía un plan B: realmente parece que no hubiese contemplado la negativa de la Academia. Para mayor escarnio, cuando pidió explicaciones, el rector le dijo que su ineptitud en las áreas de dibujo y pintura nunca habían estado en duda: los examinadores de la academia solo se habían planteado su «posible» potencial como arquitecto. (Unos cuantos de los cuadros de Hitler que sobrevivieron tenían edificios como tema). Como el propio Hitler admitiría,

había rechazado obstinadamente la formación en matemáticas que le ofrecía la *Realschule*, quedándose en mala situación para intentar recibir ahora formación como arquitecto.

El escarnio se duplicó cuando, negándose a aceptar un «no» por respuesta, Hitler volvió a presentarse al año siguiente:

Abajo: La caja de pinturas de Hitler iba con él a todas partes. Aquí la vemos autenticada en una carta por el oficial estadounidense que se hizo con ella en 1945.



parece que la academia lo trató con mayor displicencia todavía. Hitler borró el recuerdo de este segundo intento y su ignominioso resultado y no lo incluyó en sus memorias. Pero en su día debió de escocerle, sobre todo al juntarse con la muerte de su querida madre. Klara había muerto en diciembre de 1907, unas semanas después del primer rechazo. Para finales de 1908, Hitler había perdido la comodidad que le había acompañado toda su vida y, por lo que parecía, su mayor ambición. ¿A dónde se supone que tendría que ir ahora?

La respuesta era sencilla: a Viena, donde pensaba ir de todas formas si (o, mejor dicho, cuando, porque él no contemplaba otra posibilidad) los académicos le hubieran dicho «sí». Hitler ya había comprendido la importancia de la persistencia.

«Llevando en una mano una maleta con ropa y en el corazón una voluntad inquebrantable, salí rumbo a Viena», escribía en *Mi lucha*. ¿Una apertura melodramática para este nuevo capítulo?

Derecha: Esta acuarela de la década de 1900 da muestra del talento del artista y sus limitaciones. Es una escena bien ejecutada pero que no dice nada (y está extrañamente desierta).

«Años de estudio y sufrimiento» le harían falta para arreglárselas. Hitler encontró algo muy diferente a la rutina tranquila y el progreso ordenado que cabría esperar en la academia.



LA COSMÓPOLIS AUSTRIACA

Hitler encontraría Viena muy distinta de supreciado ideal de ciudad alemana: un crisol multiétnico (el propio Hitler se refería a

Austria-Hungría como un «popurrí de naciones») para un imperio extraordinariamente diverso y complejo. El alemán era solo una de las múltiples lenguas que se oían por las calles, luchando por

sonar más alto que el húngaro, el croata, el rumano, el esloveno y el checo.

Recién llegado de la tranquila Linz y abruptamente despojado del afecto y el apoyo de Klara, no



«DEMASIADAS POCAS CABEZAS»

Los críticos posteriores han hecho cola para ridiculizar los dibujos y cuadros del joven Hitler. Y con bastante justicia: no era ni de lejos el genio que él creía ser. Pero es difícil no pensar que se están recreando demasiado en su deseo de venganza. En líneas generales, la negativa a reconocer que un hombre universalmente identificado como un monstruo moral pudiera tener un poco de talento artístico sugiere cierta confusión en el concepto de inspiración creativa.

El rechazo instantáneo de las obras de Hitler también es desafortunado en cuanto que cierra lo que podría ser una vía de entendimiento, una ventana a la consciencia (y subconsciencia) del individuo. Los jueces de la academia hicieron notar que sus obras mostraban «demasiadas



pocas cabezas» (parece que lo entendían como la elusión de la dificultad técnica). Pero, si bien las obras que sobrevivieron están sorprendentemente «desiertas», ¿podría haber una explicación más profunda, tal vez oscura, en el alma del artista?

Los «Hitler» valen ahora más de cien mil dólares, pero no precisamente por su valor artístico.

También resulta curioso que el «fracaso» de Hitler parezca hasta cierto punto decisión propia. La Academia de Viena gozaba de prestigio internacional. ¿Fue su rechazo la puntilla para el joven artista? ¿No tenía realmente posibilidad de desarrollar o mejorar su talento? Tal vez sea revelador el hecho de que mientras se preparaba para volver a insistir en su arte y, en cierto modo, volver a sufrir por ello, Adolf no explorase otras opciones, como probar en escuelas menos prestigiosas. Parece que quería todo o nada; Hitler no dudaba de su destino ni de su capacidad de alcanzar la gloria únicamente con su fuerza de voluntad.

nos sorprende que Hitler encontrase la ciudad intimidante. Menos de la mitad de la población había nacido en Viena, lo que hacía que esta ciudad moderna resultase grande y anónima. La gente iba y venía inadvertida, reinaba una sensación general de temporalidad y provisionalidad. De ahí el atractivo de la ciudad para fugitivos extranjeros, como los revolucionarios rusos León Trotski y Joseph Stalin. (Curiosamente su estancia en Viena se solapó con la de Hitler, aunque no hay pruebas de que llegaran a encontrarse). Pero

esta identidad mestiza era lo que hacía de Viena la opción menos recomendable para alguien que, por fuertes que fueran sus anhelos de éxito metropolitano y reconocimiento mundial, echaba de menos a su madre y la seguridad de su hogar.

Sería una grave afrenta para el alumno del profesor Poetsch descubrir que su lengua y cultura alemanas eran solo una más que pujaba con otras allí. Pero lo peor de todo era la presencia (y la presencia descaradamente segura) de una importante población judía. «Cierta vez, al caminar por

los barrios del centro», contaba Hitler a los lectores de *Mi lucha*, «me vi de súbito frente a un hombre de largo chaflán y de rizos negros.

¿Será un judío?, fue mi primer pensamiento.

Los judíos de Linz no tenían ciertamente esa apariencia racial. Observé al hombre sigilosamente, y, a medida que me fijaba en su extraña fisonomía, rasgo por rasgo, fue transformándose en mi mente la primera pregunta en otra inmediata:

¿Será también este un alemán?».

EL REFUERZO DE LA LECTURA

Huelga señalar el antisemitismo implícito en la descripción y en las preguntas. Tal vez sea más interesante la respuesta de nuestro joven protagonista:

«Como siempre en casos análogos, traté de desvanecer mis dudas consultando libros».

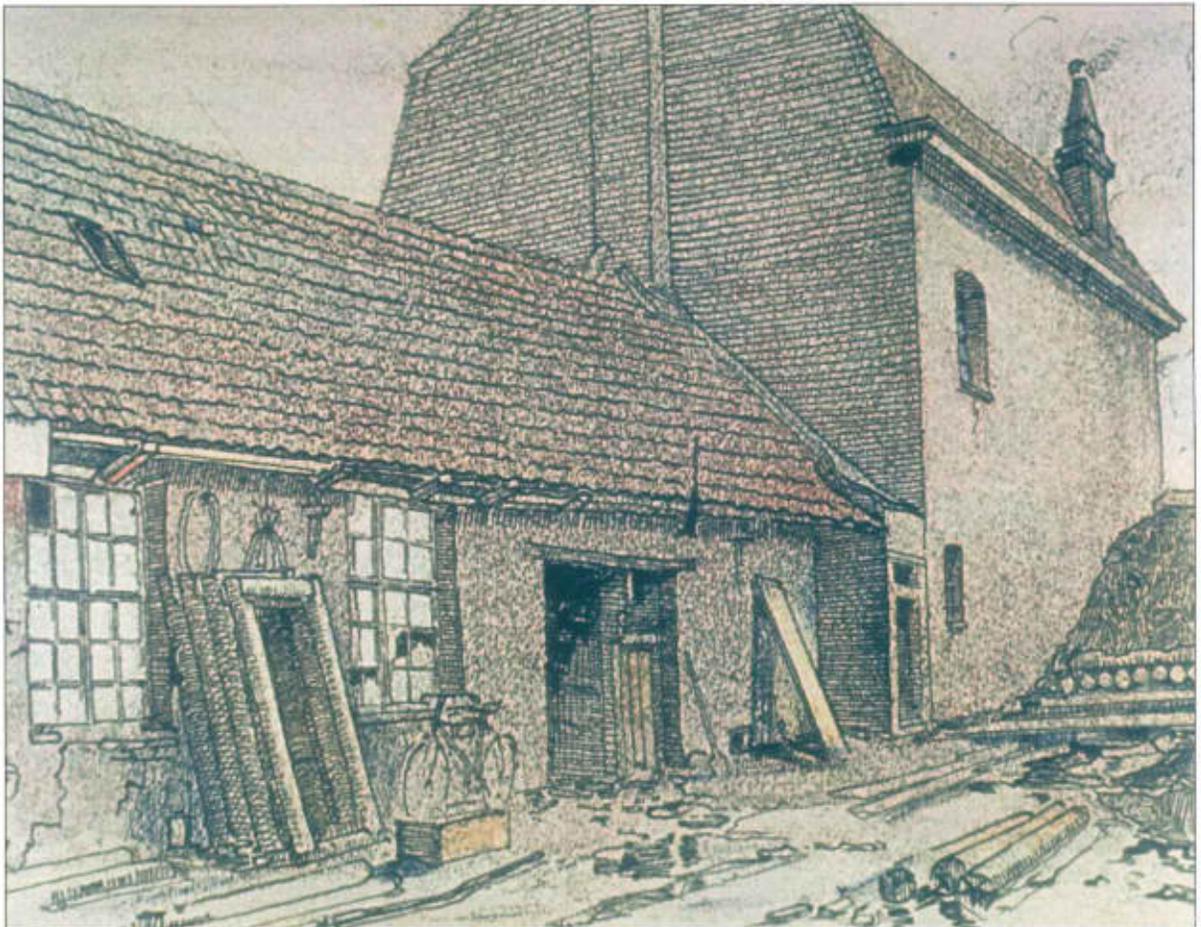
Consultar libros en busca de información e ilustración parece razonable, incluso encomiable, pero es un poco perverso leer para desvanecer las dudas de uno. Hitler pretendía hacer justo lo que se indica con la elección de su material de lectura: «Con pocos céntimos adquirí por primera vez

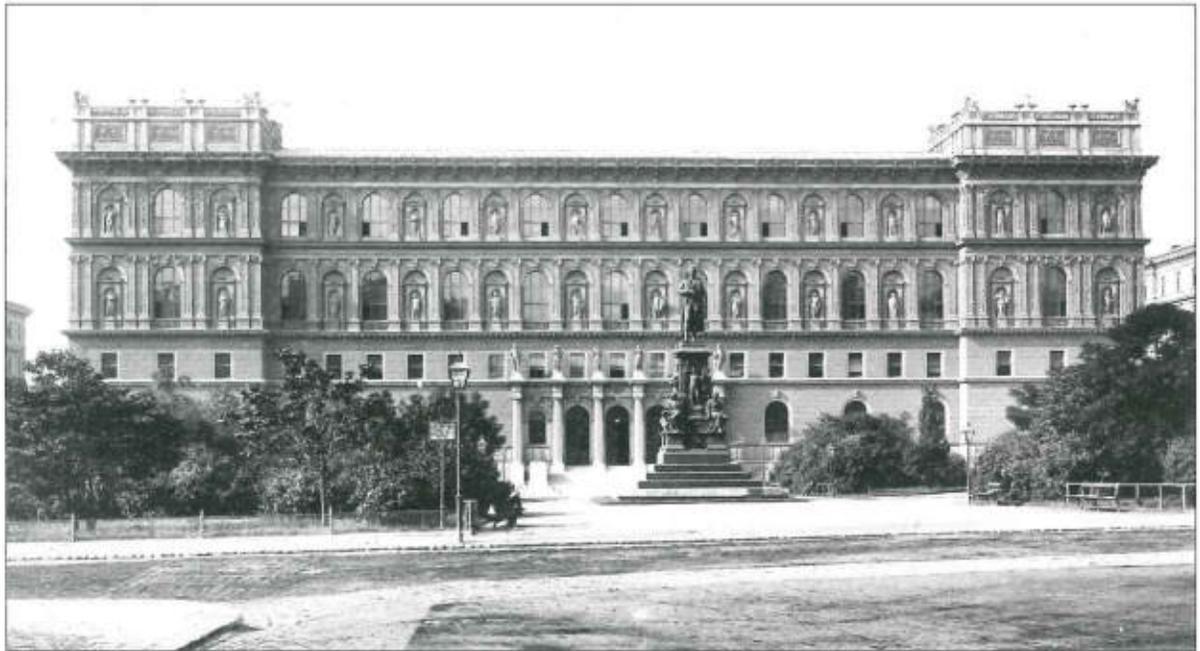
en mi vida algunos folletos anti-semitas», dice. Esto parece haber sido su acercamiento a la lectura durante esos «años de estudio» y, en realidad, en años posteriores cuando reunió una biblioteca impresionante como Führer de su país.

Al margen de los panfletos, no le faltaba material de lectura. A nadie de la Europa central germanoparlante le faltaba. Aunque solo fuese como espectador anónimo, el joven Hitler había llegado a Viena justo en los estertores finales de una excitante y

dramática revolución intelectual. Pero, como nos recuerda el ejemplo de Wagner, el genio puede ir acompañado de un equipaje impropio. Fue una época dorada con un lado muy acentuado que aunó lo sublime con lo sórdido, el prejuicio crudo y el odio con la belleza trascendental. Los mejores ejemplos de esta ambivalencia los encontramos en los escritos del filósofo más destacado de la época, Friedrich Nietzsche, tan estimulantes como escandalosos, incluso, por qué no, peligrosos.

Este granero tiene cierto interés: es fácil ver por qué los examinadores de Viena consideraban que Hitler podría ser arquitecto.





EL FIN DE LA VERDAD

«¡Sobre todo, no me confundáis con otros!», pedía Nietzsche a los lectores de su *Ecce Homo*. Pero constantemente se le malinterpretaba y tergiversaban sus palabras. Hay que decir que no es sorprendente, teniendo en cuenta el carácter abstruso de sus teorías sobre el ser y la epistemología (la naturaleza del conocimiento). En los últimos años de Nietzsche, la extravagancia de sus ideas dio paso a la incoherencia literal de la locura, pero para entonces ya había dejado el pensamiento occidental tan desconcertado como estaba él mismo. Nietzsche vertió un desprecio elocuente y articulado de una forma irrefutable sobre todas las

filosofías existencialistas anteriores y los códigos morales a los que habían dado lugar. Su ataque dejó todo el campo de la indagación filosófica como tierra calcinada.

¿Cómo podemos afirmar con realismo que tenemos cualquier

tipo de acceso a la «verdad», cuando esa verdad podría expresarse solo en las palabras e ideas que teníamos ya a nuestra disposición, y que solo son capaces de dar con las mismas soluciones preestablecidas?, preguntaba.



Página anterior: Academia de Bellas Artes de Austria, baluarte cultural del país a cuyas imponentes puertas llamó sin éxito el joven Hitler.

La investigación filosófica quedaba así condenada a una circularidad infinita y, en definitiva, inútil. «Si alguien esconde una cosa detrás de un matorral», observaba con ironía, «después la busca de nuevo exactamente allí y, además, la encuentra, en esa búsqueda y en ese descubrimiento no hay, pues, mucho que alabar».

LA MUERTE DE DIOS

Esta percepción no cambiaría simplemente la filosofía, la pondría patas arriba: no era solo que nuestras creencias estuviesen equivocadas, sino que las propias creencias son equivocadas. La afirmación de Nietzsche de

que «las convicciones son más poderosos enemigos de la verdad que las mentiras» seguía la misma lógica, pero desproveyó de sentido a la forma en la que veíamos el mundo. Ante semejante confusión, la humanidad quedó tan desamparada, desorientada y perdida que parecía que el orden universal se estaba desmoronando. «Dios ha muerto», proclamó Nietzsche: todas aquellas estructuras universales que conformaban nuestro mundo, nuestras experiencias, estaban vacías, no había ninguna autoridad superior que mantuviese todo en orden.

La idea de la «muerte de Dios» no era ninguna novedad, llevaba décadas existiendo, al menos como epigrama irónico. La Ilustración y el advenimiento de la ciencia moderna habían abolido las certezas de la «Era de la fe»: una humanidad indefensa

se había quedado existencialmente huérfana con su desaparición. Nietzsche llevó la idea más lejos y la expresó de una forma mucho más memorable, esbozando una visión impactante pero estimulante a la vez del absurdo; una comedia cataclísmica de «risa trágica».

EL NACIMIENTO DEL SUPERHOMBRE

Tras declarar la muerte de la deidad con la rotundidad de un forense, Nietzsche comenzó a suplantarse su función como divinidad con la del «superhombre». Este ser contaba con los valores que «Dios» tenía antes. Con un esfuerzo de pura voluntad, podía conferir a su universo el significado que necesitaba para darle sentido, creando leyes por las que regirse y un contexto moral para ello.

Publicado póstumamente en 1908, *Ecce Homo* es como una autobiografía filosófica en la que

El cuaderno de bocetos de Hitler atestigua la seriedad con la que persiguió su vocación y, quizá, la calidad ordinaria de esa persecución.





Nietzsche da cuenta de su propia formación intelectual e imaginativa. El título, que significa «he aquí el hombre», está tomado de las palabras de Poncio Pilatos al presentar a Jesús ante la multitud para su farsa de juicio en el Evangelio según San Juan (19,5). Como cabría esperar, dado su desdén por el pensamiento convencional de la época, la actitud de Nietzsche hacia Cristo y su credo

Izquierda: Comerciantes locales haciendo negocios fuera de una tienda de sombreros en el barrio judío de Viena.

Abajo: Un vendedor ambulante muestra su mercancía en Mariahilfer Strasse.



era de desprecio. En su opinión, los Evangelios solo ofrecían una «moralidad esclava», con todo eso de amar al enemigo, el perdón, el poner la otra mejilla para recibir bofetones.

IRONÍAS EMBRIAGADORAS

Ciertamente, es difícil saber hasta qué punto Nietzsche realmente quería decir lo que decía. Su escepticismo radical respecto a la «verdad» supuso que la ironía abundase en todos sus escritos. No se puede culpar a Hitler por no haber llegado a comprender los matices en las palabras de Nietzsche: ni siquiera las eminencias académicas se ponen de acuerdo en su significado hoy.

Aunque las interpretaciones de Hitler eran insensibles y simplistas, está claro que las ideas de Nietzsche se prestaban, en una lectura superficial, a la teoría de que la moral era debilidad y el poder lo bueno. La prosa de Nietzsche era fascinante por su opacidad, pero lo que podríamos definir como su «música ambiental» era electrizantemente desafiante e iconoclasta. Para el tipo de lector que era el joven Hitler (poco sofisticado pero muy receptivo a su atrevimiento y osadía), es fácil ver que sería embriagadora.

¿DEL SUPERHOMBRE A LA RAZA DOMINANTE?

No es difícil ver cómo la idea del «superhombre» de Nietzsche encaja con una especie de



Tomada en torno a 1910, esta fotografía muestra ya su imagen básica: el bigote, el porte arrogante, la mirada fría...

dominante». Nietzsche nunca había sugerido que ninguna raza existente fuese inherentemente «superior» a cualquier otra (aunque sí parece que su visión del «superhombre» tenía el pelo rubio y los ojos azules). Aun así, caracterizaba su «raza noble» en términos animales más que humanos: tenía la gracia y fuerza del depredador de la jungla, decía.

El nombramiento de Hitler como el tirano más monstruoso de la historia del siglo xx es acertado (aunque el dictador soviético Joseph Stalin también había hecho méritos) y su «Solución final» destaca por su crueldad criminal, pero la ideología que respalda estas políticas racistas (por mucho que fuese una interpretación extremista de lo que de por sí ya era una idea extremista) no era tan excepcional como podría parecer.

ASPIRACIONES ARIAS

Houston Stewart Chamberlain (1855-1927) articuló su filosofía de la jerarquía racial de una forma muy elocuente. Era inglés de nacimiento, pero alemán de adopción y por matrimonio: se había casado con la hija de Richard Wagner, Eva, en 1908. Pero, para entonces, ya había mostrado sus credenciales racistas con su estudio *Los fundamentos del siglo XIX* (1899).

darwinismo social que veía a hombres y mujeres alzándose como líderes en una selección natural. Semejante pensamiento era una caricatura de la teoría de la evolución de Charles Darwin. Su noción de la «supervivencia del más apto» sugería que las mutaciones que se habían adaptado bien para la supervivencia tenían más posibilidades de perdurar, replicarse y fortalecerse, pero con frecuencia se ha malinterpretado como una celebración de la competencia feroz.

Las opiniones de Nietzsche también parecían armonizar, al menos por analogía, con la teoría racial que estaba aflorando en Austria, Alemania y otros lugares proponiendo que los europeos blancos eran la «raza



En 1910, Viena se encontraba entre las ciudades más grandes, diversas y animadas del mundo.



Los fundamentos eran, según él, la inteligencia, el talento y el ingenio superiores de las naciones arias o europeos blancos, sobre todo de los nórdicos y los teutones. Sin embargo, estos fundamentos estaban debilitados por la influencia ubicua de los judíos. La historia de la civilización, decía, estaba destinada a culminar con una última confrontación fatal entre las fuerzas del bien (los arios) y el mal (los judíos).

*Su ideología
postulaba la
superioridad
intelectual, en
talento y en ingenio
de las naciones
arias*

Inevitablemente, tal vez, cuando debería ser una mitad completa de una dualidad integral, la definición de Chamberlain del «judío» era demasiado amplia. Incluía, por ejemplo, a los chinos. Por otro lado, hizo una sorprendente excepción con la India, asombrado por los descubrimientos lingüísticos y arqueológicos que apuntaban a que un pueblo «ario» de piel clara había invadido el sur del subcontinente asiático en tiempos prehistóricos y se había establecido como casta dominante brahmán. (De ahí la popularidad entre sus seguidores del símbolo de la esvástica, originalmente hindú, que se incorporaría en su día a la iconografía nazi).

**UNA «CIENCIA»
DE LA SUPREMACÍA**

Las ideas de Chamberlain se basaban en trabajos anteriores de pensadores como Georges Buffon (1707-1788), Petrus Camper (1722-1789) y el propio Christoph Meiners. El conde Georges Vacher de Lapouge (1854-1936) las había llevado más lejos. Escribiendo con estilo y una seguridad suprema (y una apariencia abrumado-

ra de conocimiento profundo), Chamberlain reunió prejuicios vulgares y los presentó bajo la apariencia de una «ciencia».

Si bien su obra maestra fue un éxito en la Alemania natal de la «raza dominante», también hay que decir que tuvo repercusión fuera. Todas las naciones europeas blancas encontraron sus conclusiones halagadoras, por lo general, más cuanto más al

norte estaban. *Los fundamentos del siglo XIX* se recibió con entusiasmo en Inglaterra, cuya orgullosa élite anglosajona estaba encantada de ver justificado su estatus de constructores de imperios, de tener «derecho» a gobernar en África, la India y otras colonias.

Este derecho lo estaban ejerciendo mucho todas las principales potencias europeas de la época. La Conferencia de Berlín de 1884 había dado el pistoletazo de salida a un apresurado «reparto de África». En alianza con el Imperio Austro-Húngaro, Alemania había construido un imperio que se extendía por el este del continente (Ruanda, Burundi y Tanzania), el sur (Namibia) y el oeste (Camerún, Togo y Ghana).

**CIVILIZACIÓN
Y SALVAJISMO**

Puede que la verdadera motivación fuese la competencia por los recursos y el poder estratégico, pero el reparto de África necesitaba una justificación moral. Los nativos del «continente negro» necesitaban un gobierno europeo, la conversión al cristianismo y una educación occidental para salir del salvajismo animal en el que vivían. Por oportunista que fuera, el argumento pareció convencer a un público europeo para el que los pueblos indígenas de África, con sus idiomas y

Los escritos de Houston S. Chamberlain daban verosimilitud a los prejuicios; otorgaban al chovinismo europeo un aire de verdad académica.





tradiciones incomprensibles, su piel oscura y pelo raro, parecían muy diferentes y, evidentemente, inferiores.

La oposición conflictual entre Europa y África/Asia parecía verse reflejada analógicamente en la oposición entre «civilización» y «barbarismo», «razón» e «instinto», «humano» y «animal». Y, al menos con imaginación, en el contraste entre un principio masculino que mantenía el orden, la disciplina y el autocontrol varonil y un principio femenino compuesto de sentimientos y deseo desenfrenados.

Esos principios se enfrentaban en la sociedad y la cultura, igual que en la psique individual delineada por psicólogos como Sigmund Freud. El psicoanálisis puede verse en retrospectiva como una especie de asentamiento colonial de este subconsciente incivilizado: «Allí donde era el ello, el yo ha de advenir», había dicho Freud.

MÚSICA AMBIENTAL

La cultura alemana, en general, había acumulado muchos logros en las últimas décadas, sobre todo en el campo de la música clásica.

¿Podían los alemanes tener este aspecto? La suspicacia de Hitler hacia los judíos era compartida por muchos, aunque, por lo general, no con un sentimiento tan fuerte ni un desarrollo tan extravagante.

Anton Bruckner (1824-1896), nacido en Linz, había empezado a rivalizar (y desafiar) con el clasicismo casto de Johannes Brahms (1833-1897), con sus obras sinfónicas grandes e inconexas marcadas por armonías profundas y exuberantes. La intensa emoción iba de la mano con el atrevimiento artístico en las obras de Hugo



Representantes de las potencias europeas reunidos en la Conferencia de Berlín para repartir el territorio africano en colonias.

Wolf (1860-1903), que inventó el *lied* alemán para esta nueva era. Aunque algunos lo despreciaban como judío y sus composiciones tenían dificultades para conseguir la aceptación que realmente merecían, Gustav Mahler (1860-1911) presidía la escena musical vienesa como director.

La influencia de Wagner fue inmensa, desde luego, sobre todo en las óperas, canciones y sinfonías de Richard Strauss (1864-1949). Nadie llevó mejor a la música el espíritu transgresor de Friedrich Nietzsche que Strauss, cuya última obra siempre parecía más

atrevida que la anterior. En 1896, publicó un poema sinfónico basado en la obra maestra del filósofo, *Also Sprach Zarathustra* (*Así habló Zaratustra*, 1891), «el libro más alto que existe», según su propio autor.

LLAMANDO A ROLLER

Sabemos que Hitler se interesaba (o por lo menos lo intentaba) por cuestiones filosóficas; su amor por la música (al menos por la de Wagner) está bien documentado. Pero su ambición confesa en aquella época era la de ser artista y la primera persona a la que

pensaba recurrir al llegar a Viena tras el rechazo de la Academia parece haber sido Alfred Roller (1864-1935). La última casera de su madre, Magdalena Hanisch, le había dado una carta de presentación para Roller, un amigo de su familia. En ella, aseguraba que Hitler era un «joven sincero y esperanzado», con un «objetivo serio» en mente.

Ese contacto no tenía precio: Roller era el escenógrafo jefe de la *Hofoper* (Ópera de la corte) de Viena, pero también era una importante figura de la escena artística vienesa.

PSICOANÁLISIS DE UNA ÉPOCA

Cada uno de nosotros, sostiene el psicólogo vienés Sigmund Freud (1856-1939), tiene dos instancias: una es el *ego* («yo» en latín) consciente; la otra es un *id* («ello» en latín) inconsciente y básicamente incontrolable.

El «ello» era completamente instintivo, puro deseo sin mediación de la moral o la conciencia. Pensaba Freud que dentro de cada uno de nosotros bullían deseos rebeldes (quizá incestuosos) y una furia celosa. Desinhibidamente irracionales, estas furias podían ser perversas hasta límites espectaculares: una

fuerza denominada *thanatos* (pulsión de muerte) nos dirige con ímpetu hacia nuestra propia destrucción, incluso cuando la razón consciente intenta refrenarnos.

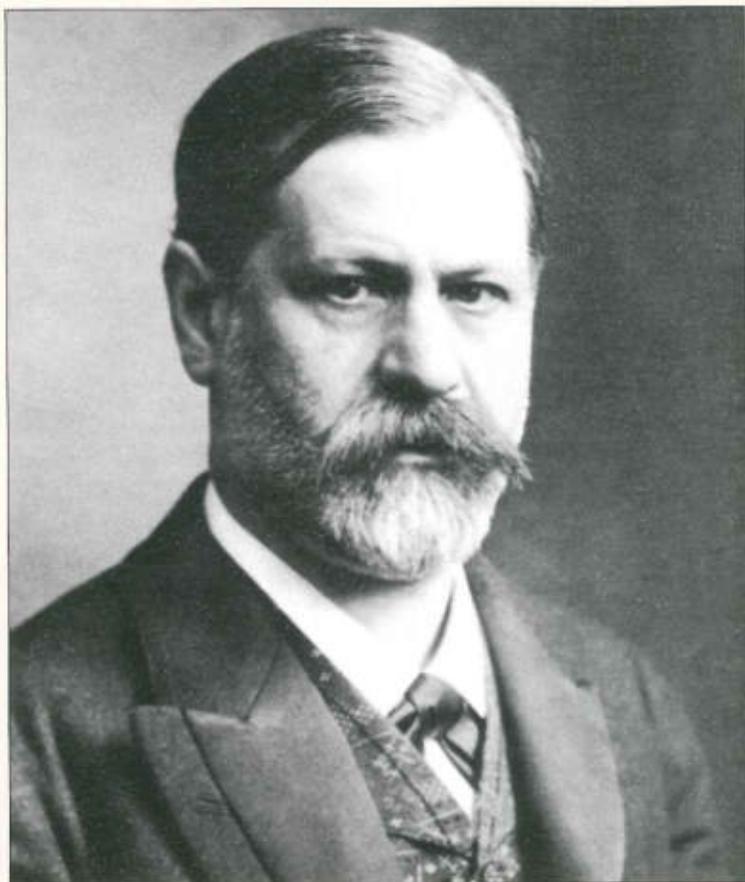
El subconsciente era inaccesible: por definición, el paciente no era consciente de él, pero Freud desarrolló una disciplina mediante la cual el hábil y experimentado «psicoanalista» podía desvelar sus misterios. Según él, salían a la superficie esporádicamente en los sueños, así que desarrolló sorprendentes teorías sobre cómo podrían interpretarse

ciertos símbolos. También se revelaban al invitar a los pacientes a hablar de forma inconexa y aleatoria ante la presencia pasiva y sin intervención del analista en un proceso que denominaba «asociación libre».

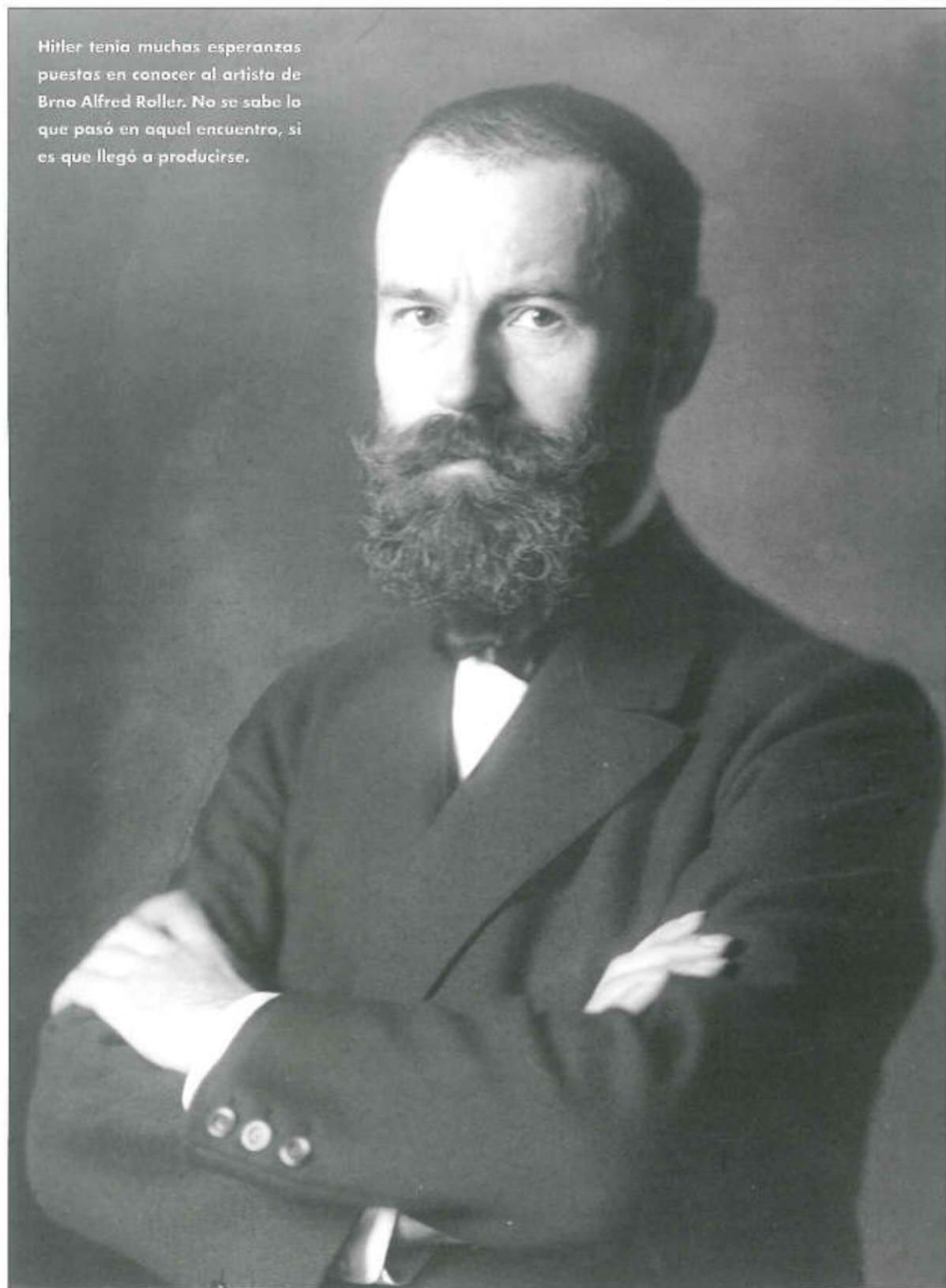
Los métodos terapéuticos de Freud han seguido siendo tan polémicos como el contenido detallado de sus teorías: ¿realmente quieren los hijos matar a sus padres y poseer sexualmente a sus madres en un nivel subconsciente? Pero su planteamiento básico (dentro de nuestras mentes racionales y pensadoras alimentamos deseos ignorados y a menudo profundamente perturbadores y destructivos) tocó una tecla que sigue resonando.

Ciertamente resonó en la conciencia más amplia de la Viena de principios del siglo XX, donde una superficie social resplandeciente (edificios preciosos, bailes lujosos, veladas llenas de glamur, arte y cultura) escondía realidades más oscuras de pobreza, miseria, delincuencia y prostitución. ¿Se apoyaba la Viena oficial, elegante y civilizada, sobre (o en cierto modo dependía de la existencia de) esta otra ciudad de la misma manera en la que el «yo» se apoyaba en el descontrolado «ello»?

Sigmund Freud sondeó las profundidades del subconsciente en toda su crueldad, pero ¿podría haber imaginado los crímenes de Adolf Hitler?



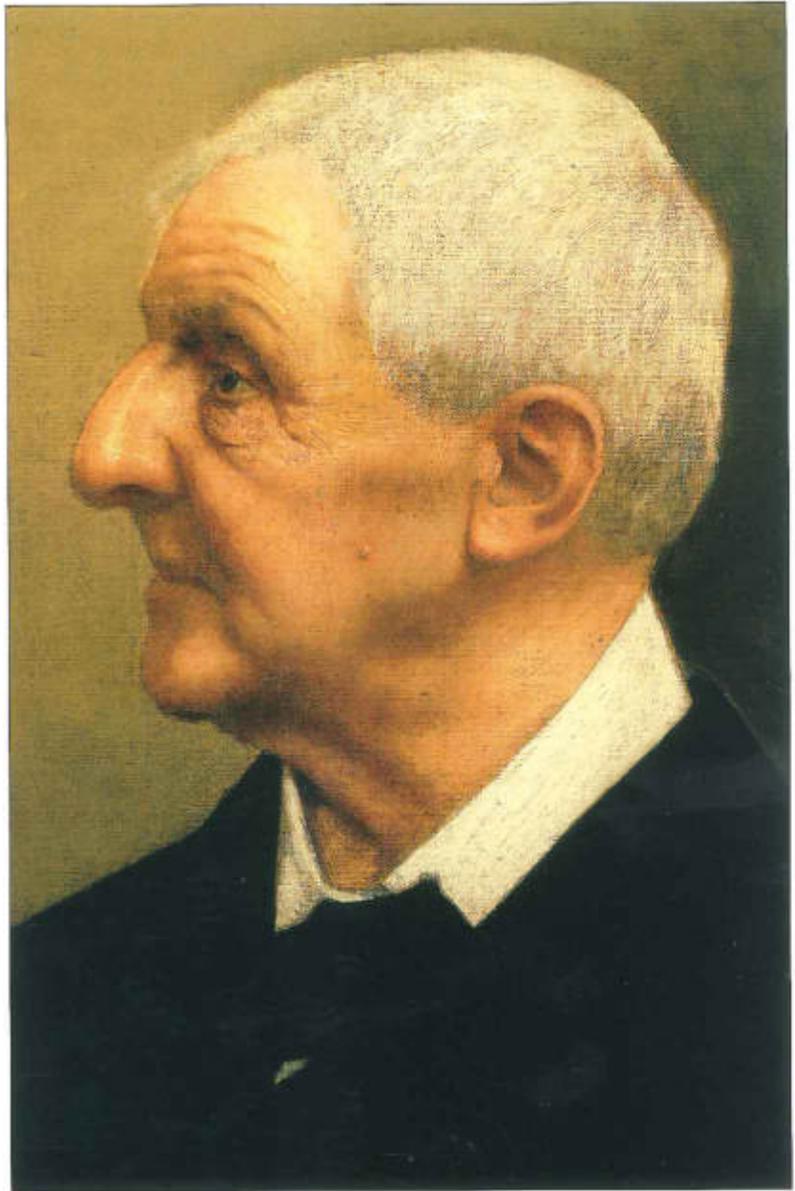
Hitler tenía muchas esperanzas puestas en conocer al artista de Brno Alfred Roller. No se sabe lo que pasó en aquel encuentro, si es que llegó a producirse.



Había hecho historia en el arte en 1897, cuando con otros artistas y escultores vanguardistas se liberó de las restricciones conservadoras impuestas por la Asociación de artistas austriacos en lo que pasó a conocerse como la «secesión vienesa». Al año siguiente, Roller fue nombrado editor jefe de la revista del movimiento, *Ver Sacrum* («Primavera sagrada»). Esta publicación reunía el talento de importantes artistas como Gustav Klimt (1862-1918), Koloman Moser (1868-1918) y Joseph Hoffmann (1870-1956) con el de escritores como el poeta bohemio Rainer María Rilke (1876-1926), el dramaturgo alemán Arno Holz (1863-1929) y el belga Maurice Maeterlinck (1862-1949).

El arte ya no era algo aislado, sino un continuo integrador

El estilo de los secesionistas presentaba sorprendentes paralelismos con lo que los franceses denominaban *Art Nouveau* y los alemanes *Jugendstil*. El objetivo de todas estas escuelas no se limitaba a mostrar todo tipo de esfuerzos artísticos, sino que pretendían derribar las fronteras entre las distintas disciplinas y disolver las diferencias entre ellas. Aunque en varios aspectos habían roto con los cánones que hasta el momento habían conferido la condición de «artístico» a determinadas imágenes



Aunque no tuviese la carga del «bagaje» antisemita de Wagner, Hitler apreciaba la música de Anton Bruckner por su grandiosidad «germánica».

y objetos, solo consiguieron elevar la importancia del arte todavía más. El arte ya no era algo aislado, confinado a una colección o una exposición en un museo, sino un continuo integrador. Por ejemplo, en un número de *Ver Sacrum* (1901, IV), el poema *Vohrfrühling* («Primavera

temprana») de Rilke aparecía grabado en un diseño decorativo de Koloman Moser. ¿Se trataba de un texto literario ilustrado suntuosamente o una obra gráfica asombrosa con un comentario incorporado? ¿Qué fue primero: la imagen o el poema? ¿O todo el conjunto?



Con su portada conjugando el arte visual con la palabra escrita, *Ver Sacrum* supuso un nuevo comienzo para el arte alemán.

Sin embargo, todos estos artistas tienen en común la búsqueda del mismo tipo de ideal artístico: el de la *Gesamtkunstwerk* u «obra de arte total».

¿ACEPTADO O DESPRECIADO?

Todo parece indicar que el joven Adolf Hitler habría aprovechado la ocasión de unirse a este movimiento artístico modernista, que habría abrazado su estética y mentalidad abierta étnica si hubiera podido. Ciertamente, estaba ansioso por llevar la carta de presentación de la señora Hanisch a Alfred Roller, como seguramente cualquier otro aspirante a artista de la época. No es solo que Roller conociese a todos los que eran alguien en el mundo del arte vienes, es que apoyaba una visión del arte extraordinariamente abierta e inclusiva. Para un joven esperanzado como Hitler podría haber sido un mentor valiosísimo, fuente de consejo y crítica, y de ricos patrocinadores. Sin embargo, aunque fue a visitar a Roller en más de tres ocasiones, los propios relatos de Hitler no cuentan nada de lo que sucedió.

Se cree que Roller despachó a Hitler con ánimos y consejos genéricos, pero no tenemos forma de saber lo que sucedió realmente. Algunos investigadores conjeturan que Roller quiso imponer a su presuntuoso posible discípulo un régimen de disciplina y trabajo, que este no encontró de

HACIA LA TOTALIDAD

Dos años después, Moser y Hoffmann fundaron la *Wiener Werkstätte*, una agrupación artística y artesana dedicada al diseño en todos sus aspectos. El arte era demasiado importante como para confinarlo en un cuadro enmarcado o una estatua en un pedestal: empezaron a rodear a sus clientes con belleza por todas partes. Cuando remodelaban un interior, no se ocupaban solo del diseño de paredes, techos, jambas y estucados, sino de todo, desde el papel de pared y las cortinas hasta la cubertería y las aceiteras.

El arquitecto Otto Wagner (1841-1918), que no tenía nada que ver con el compositor favorito de Hitler, incorporó los mismos principios a sus famosos diseños

para conseguir lo que concebía como una ciudad de Viena totalmente nueva y artísticamente integrada. Aunque nunca llegó a realizarse esta completa reforma, podemos hacernos una idea de lo que Wagner tenía en mente con las estaciones que construyó para el metro de la ciudad, el *Wiener Stadtbahn*. Cada centímetro estaba meticulosamente planeado, cada detalle subordinado al aspecto general, cada entrada, cada lámpara, la barandilla de cada escalera.

Unos gemelos de Koloman Moser o un espejo de Hoffmann pueden parecer un eco lejano de *Tannhäuser* o *La valquiria*, igual que un metro de Otto Wagner parece a años luz del *Idilio de Sigfrido*.

Los diseños de Otto Wagner para el nuevo sistema *Stadtbahn* de Viena llevaron principios artísticos al corazón de la vida urbana.



TODO O NADA

Solo podemos intentar adivinar qué dejó la idea de la *Gesamtkunstwerk* en la imaginación de Adolf Hitler una vez que ya se había visto obligado a renunciar a su ambición de ser artista o arquitecto.

¿Puede haber una analogía imaginativa entre esta idea de la «obra de arte total» y la visión que tenía Hitler del «totalitarismo» como dictador? El nazismo no era solo una ideología: Hitler no se ocupó solo de controlar el poder, la política y la economía. Quería dejar huella de su personalidad y de la fuerza de su visión en todos los aspectos del Estado. Desde el espectacular ceremonial de los Congresos de Núremberg hasta los detalles de los uniformes de las *Schutzstaffel* (SS) y las *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas), hasta lo más mínimo debía estar perfecto.

No solo «perfecto», también bonito, al menos según cierto estándar. Como señalaba en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (1936) el pensador judío marxista Walter Benjamin (1892-1940), que después sería una de las víctimas de Adolf Hitler: «El fascismo estetiza la política».

La política, decía Goebbels, es «el arte más elevado y el más amplio que existe, y nosotros, que damos forma a la política alemana moderna, nos sentimos como artistas».

Hitler introdujo una visión artística a todos los detalles de su nueva sociedad: hasta estos niños de las Juventudes Hitlerianas ejemplificaban el «look» nazi.









su agrado al esperar una serie de encargos fáciles. Pero también se ha sugerido que Hitler era demasiado tímido como para llegar realmente a hacer esas visitas. En vez de eso, habría caminado hasta la puerta de Alfred Roller tres veces y se habría ido frustrado, sin reunir nunca el valor para llamar.

SUFRIENDO POR SU ARTE

Ocurriese lo que ocurriese, parece que Hitler decidió tomar las riendas de su destino creativo y desarrollar su talento artístico solo. Tenía algunos ahorros y unos pequeños ingresos por la herencia de su madre, así que no se iba a morir de hambre. Pero tampoco es que fuera rico. La pobreza resultante no fue menos real por haber sido en gran medida autoimpuesta. Luchó por estar al día con los alquileres y las relaciones con los caseros se echaban a perder a medida que se mudaba de aposentos por toda la ciudad en lo que era en una vida cada vez más peripatética.

La trayectoria de Hitler entró en una espiral descendente lenta y constante a medida que pasaban las semanas y los meses, se le acababan los ahorros y sus objetivos seguían sin cumplirse. Aunque parece que habría vendido algún cuadro a turistas que estaban de paso, este «éxito» era un arma de doble filo. Seguro que el gusto de esos compradores por

Lo opuesto a la vanguardia: algunas de las representaciones de Viena de Hitler eran tan conservadoras que estaban ambientadas más bien en el siglo XVIII.

sencillas representaciones realistas de monumentos importantes era lo más parecido a la fortaleza artística que experimentaría Hitler. Por otro lado, producir el equivalente a postales comerciales no le daría mucho renombre ni le ayudaría a desarrollar significativamente sus habilidades; al contrario, reforzaba la convencionalidad de su estilo establecido.

En el invierno de 1909, Hitler buscó cobijo en un albergue para indigentes; el febrero siguiente se mudó al Haus, otro albergue en Meldemannstrasse,

Se cree que Hitler pintó en la década de 1900 esta acuarela idealizada que muestra a una pareja disfrutando del paisaje idílico de los Alpes.

Hitler describió su estancia en el Haus como la época «más dura y triste» de su juventud

en Brigittennau, en el norte de la ciudad. Allí se quedaría durante tres años, que recordaría después como el episodio «más duro y triste» de su juventud, pero también en un ejercicio de autoexaltación, como su «sucesdáneo de universidad».

CUESTIONES JUDÍAS

Incluso en una trayectoria tan larga y cruel como la del antisemitismo en Europa, destaca

la contribución de Adolf Hitler como especialmente diabólica. Es natural, pues, que los historiadores se interesen por los tratos que tuvo con los judíos en los años anteriores a su infamia y que noten la ironía que estas interacciones (por lo general positivas) suponen hoy.

El Haus, su hogar durante muchos meses, había sido fundado por un filántropo judío y organizaciones benéficas judías se ocupaban de las cocinas en las que con frecuencia obligaban a Hitler a comer. Pero Hitler no era solo beneficiario de la generosidad judía; parece haber apreciado realmente esa munificencia. Muchos de sus compañeros en Meldemannstrasse eran judíos y se sabe que varios se hicieron





Karl Lueger (con barba, en el centro) posa con simpatizantes del Partido Socialcristiano. Convirtió el antisemitismo en algo normal como alcalde de Viena.

amigos suyos. Algunos de los que lo conocieron en los tiempos de Meldemannstrasse no daban crédito a su posterior antisemitismo. «Hitler se llevaba bien con los judíos», declaró uno: «Una vez dijo que eran gente inteligente que estaba más unida que los alemanes».

En retrospectiva, ese elogio tiene potencial para convertirse en algo más siniestro; la inteligencia judía se convertiría en «malicia» y el hecho de que estuviesen más unidos en una lealtad «tribal» más amenazadora. Aun así, esa caracterización no es monstruosa y no parece una moral adecuada

ni un fundamento emocional para el tipo de odio genocida del que Hitler haría gala después. De momento, por lo que se ve, disfrutaba de relaciones sencillas y amistosas con los judíos que lo rodeaban.

Se cree que dos de ellos (Siegfried Löffner y Josef Neumann) fueron íntimos amigos suyos en aquella época. Se sabe que con Neumann, bruñidor de cobre de profesión pero intelectual y pensador espiritual por vocación, Hitler tenía largas y detalladas conversaciones (en apariencia empáticas) sobre la vida y cultura judías y sobre el antisemitismo. Otro judío,

el inmigrante de Galicia Jakob Wasserberg, recordaba desayunar regularmente con el futuro Führer.

Mucho para su vida social: si se puede decir que el joven Hitler tuvo una «carrera» artística, parece ser que fue gracias a la amistad y el apoyo de los judíos. Marchantes como Samuel Morgenstern, Jakob Altenberg y Samuel Landsberger fueron los compradores más fieles de sus obras y sus mecenas. Según sus contemporáneos, a Hitler le parecían más generosos y complacientes que sus clientes cristianos.



Gustav Klimt era igual de radical que los artistas a los que Hitler tacharía de «degenerados», pero su popularidad permitió que sus cuadros evitaran la censura.

¿RETRATO O PATRÓN?

La escalada de hazañas del Modernismo se deja notar en todos los aspectos del arte postsecesionista de Viena. Se podría decir, paradójicamente, que donde más se nota es en los cuadros en apariencia sencillos y convencionales de Gustav Klimt. Durante siglos, la pintura individual había sido icónica estética-

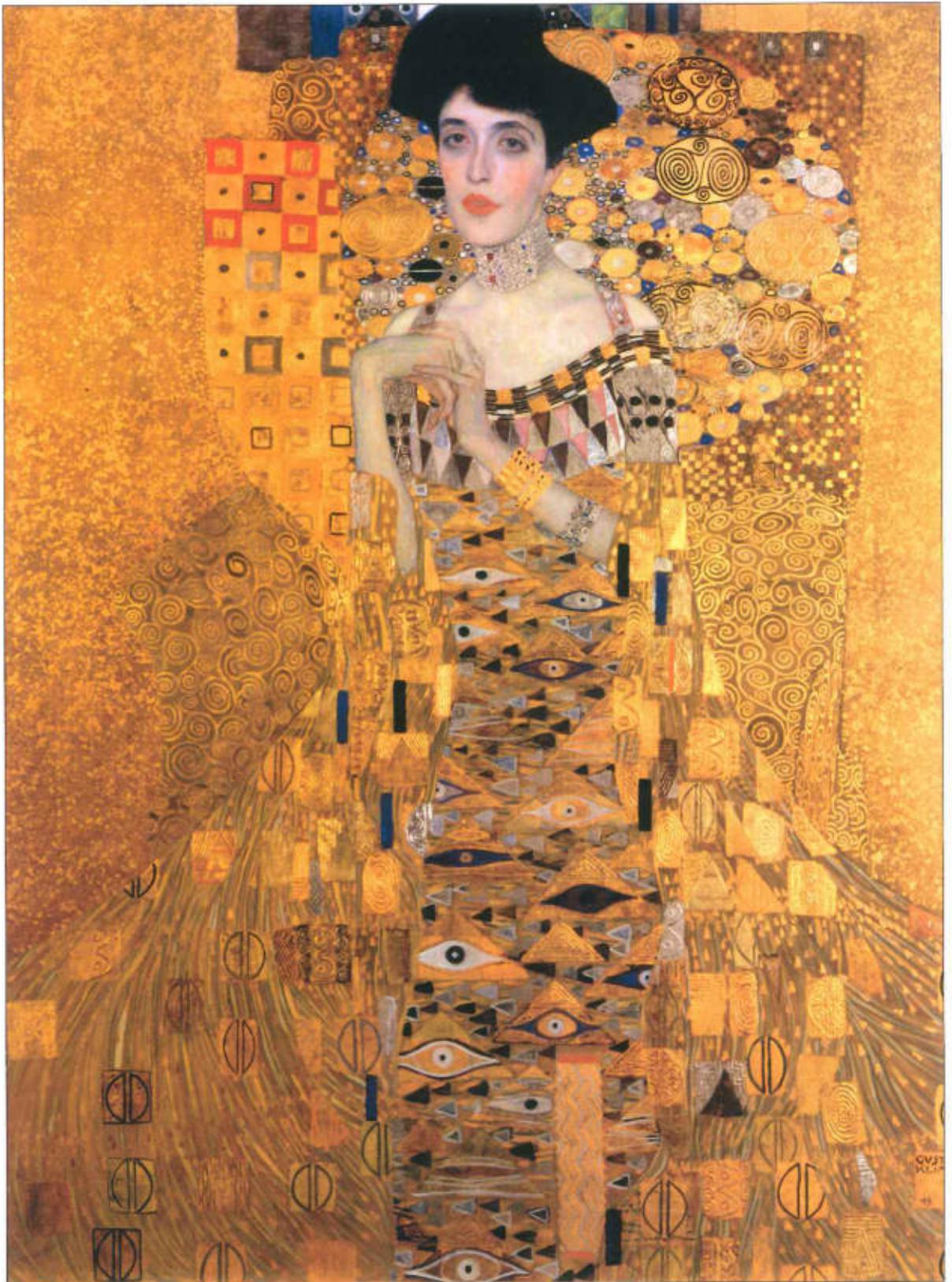
mente, tan sagrada para el arte secular como las imágenes de los santos habían sido para las iglesias antiguas. Expuesta en lo alto de una pared, ya fuera en un museo o en la casa de un coleccionista rico, ocupaba un lugar privilegiado, en sentido tanto literal como simbólico, elevada sobre el mundo de lo cotidiano. El marco, ya fuese sencillo u ornamentado,

parecía demarcar una vista externa e interna, abrir una «ventana» a un mundo diferente, más imaginativo y expresivo.

El alcance de la revolución que la nueva aproximación al arte había provocado queda claro al pensar en una de las obras más célebres de Gustav Klimt, el «Retrato de Adele Bloch-Bauer I» (1907). Aunque pueda presentarse como una pintura convencional de tipo tradicional, no es en sentido real una «ventana» a otra realidad; de hecho, se representa una dramatización artística en la propia obra.

Más que una rica anfitriona, vemos una especie de cara de alabastro que emerge entre un resplandor de oro. Con un patrón extravagante, este resplandor es demasiado complejo y dinámico para considerarse un simple «fondo». Las espirales del papel tapiz detrás del sujeto se ven retomadas y amplificadas por la tapicería en espiral en la que está entronada, igual que en la gargantilla y en la caída ondulante al tiempo que extrañamente rígida del vestido. Hay una clara continuidad: un personaje de artesanía en metal, marquetería o vidrio subrayado por la monotonía de una pintura en la que la perspectiva no es más que un recuerdo. ¿Dónde termina esta habitación tan decorada y empieza el personaje suntuosamente adornado de la señora Bloch-Bauer?

Página siguiente: Los nazis no se preocuparon por el carácter judaico del sujeto más célebre de Klimt. Para ellos, sería simplemente «La dama dorada».



UNA MUSA MESTIZA

¿Dónde acaba la belleza, estilo y glamur incuestionables de la señora Bloch-Bauer y empieza el aire exótico que los apuntala? Ser exótico es ser extranjero: esta belleza es de todo menos aria.

No es una rubia germánica, sino una morena con un encanto siniestro. Adele Bloch-Bauer era (obvia y notablemente) judía. Fuera cierto o no, el rumor de que ella y Klimt habían sido amantes es otra gota en el vaso de la mística escandalosa de su retrato; una sugerencia no solo de

sexo prohibido, sino también de mestizaje.

A decir verdad, toda la estética secesionista, con el énfasis en la ruptura de los límites y en una mezcla genérica, podría caracterizarse como una especie de *rassenschande* («vergüenza de la raza») creativa, como la contaminación de unas aguas artísticas que deberían haberse mantenido «puras». Parece ser que en algún momento indeterminado, la propia perspectiva de Hitler cambió así; rechazó el pluralismo de buen trato que

antes había aceptado o incluso apoyado.

¿Hasta qué punto podemos atribuir este cambio en sus tendencias artísticas y de política racial a sus experiencias en Viena en aquella época? Dicho de otro modo, ¿cómo un joven en apariencia abierto y bohemio, con amigos en la comunidad judía de la ciudad y el sueño de unirse a la vanguardia artística, se convierte en un perseguidor despiadado de todos los que eran extranjeros racialmente o transgresores desde el punto de vista estético? ¿Hasta dónde la frustración de la ambición de Hitler marcó su acercamiento al arte y la cultura? ¿En qué medida aquellas humillaciones (por no mencionar el hambre y las carencias en esa época de su «lucha») avivaron la rabia que le gobernaría en sus últimos años? ¿Y hasta qué punto sus antiguos amigos de Meldemannstrasse acabaron siendo un chivo expiatorio de su sentimiento de fracaso, incurriendo en una deuda imaginaria que tendrían que pagar sus compañeros judíos?

PROSTITUCIÓN, SÍFILIS Y PARANOIA

¿Qué historia del paso a la vida adulta de un joven artista estaría completa sin comentar su despertar al amor o, hablando en plata, sus primeras experiencias sexuales? Y más aún dada la importancia que esas relaciones

El famoso retrato de Adele Bloch-Bauer pintado por Klimt (1907) convirtió a la esposa de un rico industrial judío en un icono de la era nazi.



MAL-EVOLUCIÓN

Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829) ocupa un lugar especial en la historia de la ciencia como pionero de la teoría de la evolución. Observando la magnífica variedad que hay en la naturaleza y la forma en la que se adaptan las distintas especies a sus diferentes funciones, concluyó que la naturaleza tal como la conocemos es el resultado de un largo proceso de evolución, gobernado por reglas científicas consistentes.

La idea de que los caracteres adquiridos se heredan era fundamental en la teoría de Lamarck. Así, por ejemplo, un animal herbívoro que alargase el cuello hacia arriba repetidas veces para alcanzar al follaje de los árboles podría acabar al cabo de los años con un cuello ligeramente más largo que heredaría su descendencia. Durante generaciones, podría evolucionar una criatura parecida a una jirafa. Los mecanismos por los que se producirían esas adaptaciones y herencias dentro del organismo no estaban muy claros. Sin embargo, la teoría de Lamarck dio intuitivamente en el clavo de lo que después se conocería (en términos de Darwin) como la «adaptación» de las especies a sus funciones.



La noción de Darwin de selección natural daría cuenta del proceso evolutivo bastante mejor en los dominios de la ciencia, así que el lamarckismo fue desbancado. Sin embargo, más allá de la biología, en el campo de los estudios sociales, sus ideas siguieron ejerciendo cierta influencia. Mientras que el darwinismo social planteaba la idea de que los mejores individuos llegaban a lo más alto de la sociedad en términos de riqueza y poder (para beneficio de la sociedad en

Lamarck se sorprendería de los usos a los que se adaptaron sus teorías en las primeras décadas del siglo xx.

general), el nuevo lamarckismo adoptó un cariz más pesimista. Igual que la costumbre de estirarlo extendía el cuello de la jirafa en generaciones sucesivas, cambiando la naturaleza de la especie, las actitudes y elecciones de un estilo de vida podían incrustarse en la naturaleza humana.

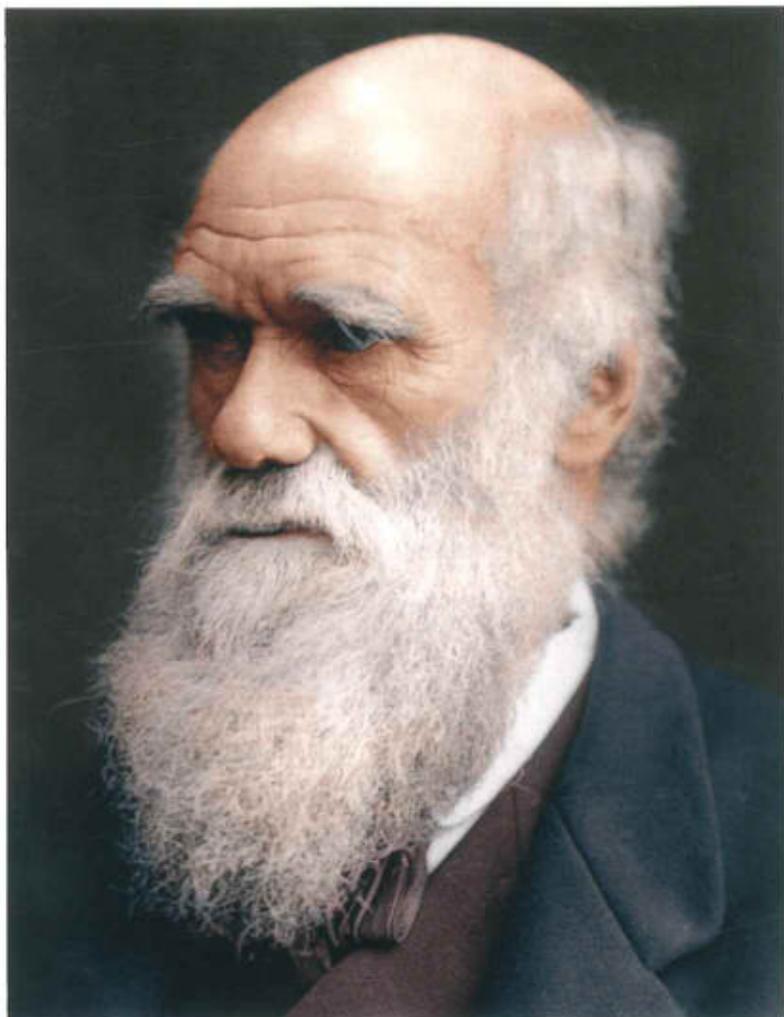
En resumen, las sociedades podrían «degenerar», haciéndose vagas y autocomplacientes, hundiéndose cada vez más en una ciénaga de lujo y permisividad. Con el tiempo, los nacidos en esas sociedades se harían «de forma natural» más débiles física y moralmente, menos capaces de tener valor o pensamientos nobles. Huelga decir que Lamarck no habría admitido semejante interpretación de sus teorías. Por otro lado, tampoco podemos asumir que Hitler fuese «lamarckista» en sentido alguno. Aun así, al elevar las ideas de degeneración social y depravación étnica a la categoría de «hechos» casi científicos, esta filosofía fortaleció el tipo de pensamiento social que atraería en su día al joven Adolf.

suelen tener en el desarrollo psicológico y emocional posterior. En el caso de Hitler, sin embargo, casi no se sabe nada de su vida amorosa o sexual durante aquellos años en Viena. Eso no significa que no pasase nada, por supuesto, pero ha dado lugar a todo tipo de especulaciones calenturientas y disparatadas.

Las manías y enfermedades de Hitler se relacionaban con la soledad del poder

Una teoría persistente es que, en algún momento de 1908, Hitler tuvo relaciones sexuales con una prostituta judía y acabó con sífilis, y con lo que podría ser el rencor más grande de la historia. No hay nada inherentemente improbable en esta historia: no hay ninguna razón para que no se hubiese producido el encuentro, ni para que no hubiese contraído la sífilis, que era una enfermedad demasiado habitual en la Viena de la época. Tampoco hay pruebas de que sea cierta, solo su innegable atractivo como justicia poética.

Para algunos, esta historia da cuenta no solo de la intensidad del antisemitismo de Hitler, sino también de la forma escandalosamente desequilibrada que llegaría a adoptar. El deterioro mental, con ataques de paranoia y manía, es un conocido síntoma de la sífilis en sus últimos estadios, igual que otros síntomas más físicos



La idea de «selección natural» de Darwin transformó la biología moderna, pero se malinterpretó con demasiada facilidad y, a menudo, peligrosamente.

que se cree que presentaba el dictador alemán, como encefalitis, mareos, pústulas en el cuello, dolores de tórax y taquicardia.

Naturalmente, todos estos síntomas podrían deberse a orígenes no relacionados con la sífilis; es incluso más fácil buscar una explicación alternativa para los mentales. Las «manías» de Hitler pueden corresponderse con un cuadro de sífilis avanzada, pero también con la soledad del poder, sobre todo la de un

estado en el que un cruel dictador domina mediante el miedo. Los accesos de paranoia del Führer en sus últimos días podrían tener un origen sifilítico, pero también estar causados por el estrés que cabría esperar que experimentase un dictador en guerra en su asedio final.

No cabe duda de que, en su juventud en Viena, Hitler asoció las ideas de prostitución y judaísmo. El comercio sexual estaba claramente «controlado»

por judíos, como explicaría en *Mi lucha*. Sin embargo, ninguna otra autoridad coincide con él (y él tenía demasiada seguridad en su opinión como para sentirse en la obligación de aportar pruebas). Es posible que las mujeres judías tuvieran demasiada representación entre las prostitutas callejeras de Viena. Refugiadas de las constantes masacres de Rusia, llegaban a la ciudad y no tenían muchas alternativas para sobrevivir. Pero la idea de que unas malvadas mentes maestras judías dirigían el negocio para minar la energía moral de la sociedad austriaca parece más producto del estereotipo antisemita que de los hechos.

¿LA MUJER DETRÁS DEL HOLOCAUSTO?

¿Es creíble, aunque sea por un segundo, que un único encuentro sexual con una sola mujer pudiera haber «provocado» la destrucción criminal de los campos de concentración? Es difícil no pensar que la historia de la «prostituta judía» surge de una interpretación demasiado literal de lo que para el joven Hitler eran miedos morales y simbólicos mucho más generales. No habría sido el primer joven en sentir un miedo misógino a la sexualidad femenina; y, desde luego, no era el primer alemán en sentir un odio profundo por los judíos. Años después, en *Mi lucha*, dejaba claro su desprecio por la prostitución y su generalización en la Viena de su época. Pero parece que la veía más como una condena para toda la sociedad (y la institución del matrimonio burgués que la

sustentaba) que como una afrenta personal. «La causa», decía en su denuncia de la degeneración de la Alemania del siglo xx, «hay que buscarla en la prostitución del amor».

Esa «prostitución» era, por lo que parece, más un principio

que una práctica, y se veía más claramente en refinados salones que en burdeles y callejones de Viena. El contrato del matrimonio se sumaba a la «mammonización de nuestro instinto de reproducción», escribía Hitler. «Mammón» era rico cuando se

Esta pintura de Moriz Jung se titula «Conversación nocturna», pero es la mujer la que está hablando, aprovechándose en apariencia de un cliente extrañamente pasivo.





le concedió una importancia inmerecida y se le adoró como a un dios según las escrituras cristianas. Hasta ahí, no deja de ser una crítica de la sociedad burguesa y las instituciones del matrimonio y la familia. Karl Marx había dicho algo similar medio siglo antes, y la escritora feminista inglesa Mary Wollstonecraft ya había comparado el matrimonio con la prostitución en la década de 1790.

Sin embargo, Hitler fue más lejos sacando conclusiones neolamarckianas sobre los efectos de esta situación en la raza alemana. «Tarde o temprano», se lamentaba, esta reducción del amor al nivel del contrato y la convención «ensuciará nuestra nueva generación, ya que, en lugar de los hijos vigorosos del sentimiento natural, solo saldrán adelante los miserables especímenes de la conveniencia económica».

Tenía cierto sentido para una mente antisemita imaginar una conexión entre la comercialización del amor (dada la notable codicia de los judíos) y una «judaización» de la vida espiritual del país. La moral y la supuesta ciencia se aliaban, por lo que respectaba a Hitler, para convertir a las relaciones interraciales en pecaminosas y socialmente destructivas. «El pecado contra la sangre y la Raza», decía Hitler, «constituye el pecado original de

Página anterior: Las obras de Arthur Schnitzler fueron quemadas por los partidarios de Hitler por ser «basura judía», pero revelaban muchos de los miedos sobre los que se fundó el nazismo.

IMPULSO SUICIDA

«La muerte es el lado de la vida que no podemos ver», escribió Rainer Maria Rilke en una carta a un amigo. Una presencia constante más que un final constante. No solo constante, sino, tal vez, amable: hay una vena de melancolía que corre por la literatura alemana de finales del siglo XIX tan profunda

que parece convertir la muerte en una amiga.

¿Anhelaban aquellos hombres y mujeres en algún sentido el olvido, incluso la extinción? ¿Sentían realmente la «pulsión de muerte» de Freud? ¿Fue aquella una época que, en sus más profundos deseos, ansiaba su propia destrucción?

este mundo y marca el ocaso de la Humanidad que lo comete».

La sífilis se convirtió en emblema de este fluir de contaminación por las venas de una Alemania debilitada, igual que el mestizaje representaba «la sifilización de nuestro cuerpo nacional».

Las plagas y epidemias llevaban siglos formando parte de la vida humana y había vagas ideas de contagio bastante consolidadas. Sin embargo, lo que ahora llamamos «teoría de los gérmenes» infecciosos era todavía relativamente nueva. La idea del «virus» como tipo de microorganismo era más joven que el propio Hitler. El concepto del «virus judío», que ahora suena repugnante, tenía para muchos en la época de Hitler una base que parecía científica.

ENFERMEDAD SEXUAL

Sigmund Freud siempre insistía en que los poetas habían notado la existencia del subconsciente siglos antes de que él lo estudiase y esquematizase. Lo que llamamos imagería «freudiana» (serpientes y espadas «fállicas», cuevas

«vaginales» y paisajes que ondulan como curvas femeninas) abundan en la literatura antigua, igual que lo que él llamaba *thanatos* en todos esos sueños de pasión abrasadora y descripciones de orgasmos como *petit mort* («pequeña muerte»).

Pero el sexo y la muerte se asociaban también en formas menos poéticas, pero no menos turbadoras. La moral del matrimonio burgués era, como muchos moralistas, incluido Hitler, habían señalado, inherentemente hipócrita. Se suponía que las mujeres debían irradiar castidad e inocencia infantil y se esperaba que los maridos fuesen «hombres de sustancia», «hombres de categoría», «hombres con posibles». Esto suponía inevitablemente que tenían que ser hombres de cierta edad y, como solía ocurrir, «hombres de mundo».

No podía esperarse que estos hombres se mantuvieran castos y «puros» durante los años anteriores al matrimonio, lo que significaba que una clase baja de mujeres tenía que ser impura para satisfacer sus necesidades. Esto no

solo incluía al grupo más obvio (las trabajadoras del sexo «profesionales», desde prostitutas callejeras hasta cortesanas de clase alta), que eran un rasgo distintivo de la sociedad vienesa del siglo XIX, sino también a miles de sirvientas, costureras y dependientas que se veían persuadidas o forzadas a tener relaciones.

Era fácil desecharse a esas mujeres cuando se ponían pesadas o se quedaban embarazadas, pero los

caballeros se enfrentaban a otros peligros que podían ser difíciles de evitar. No había forma realmente de saber si una mujer era tan inocente como podría parecer; ninguna forma de saber en qué cama había estado la noche anterior.

La sífilis no era solo una enfermedad peligrosa: era el símbolo definitivo de una sociedad en la que los que tenías más cerca eran básicamente desconocidos y en la que el amor podía matar. Lo que

hizo que la enfermedad fuese tan potente como metáfora del mal y de la desintegración social fue la forma en que su predominio minó los mitos más reconfortantes de la respetabilidad de la clase media.

LO QUE CIRCULA POR AHÍ...

Esta era la paradoja sobre la que el dramaturgo austriaco Arthur Schnitzler (1862-1931) había construido *Reigen* o *La ronda* (1897), su célebre obra teatral sobre el carrusel social y sexual de la vida moderna. En una serie de escenas, como «La prostituta y el soldado», «El soldado y la criada», «La criada y el señorito», «El señorito y la joven esposa», «La joven esposa y el marido», hace un seguimiento de los contactos y conexiones que de otro modo pasarían inadvertidas. Al hacerlo, apuntaba a la posible transmisión de sífilis, que podía corroer el cuerpo y en última instancia destruir la mente. Así pues, el instinto sexual, por difícil que fuese reprimirlo, podía llevar, casi literalmente, al individuo a la enfermedad y la locura y al final a la muerte.

Pero la enfermedad no terminaba ahí: la sífilis congénita pasaba de los padres a los hijos fruto de cualquier relación contaminada, dando de pleno en el corazón de la institución más venerada de la época: la familia burguesa.

Y lo que es peor: los niños que eran producto de semejantes uniones nacían con la enfermedad en la segunda fase, que afectaba al

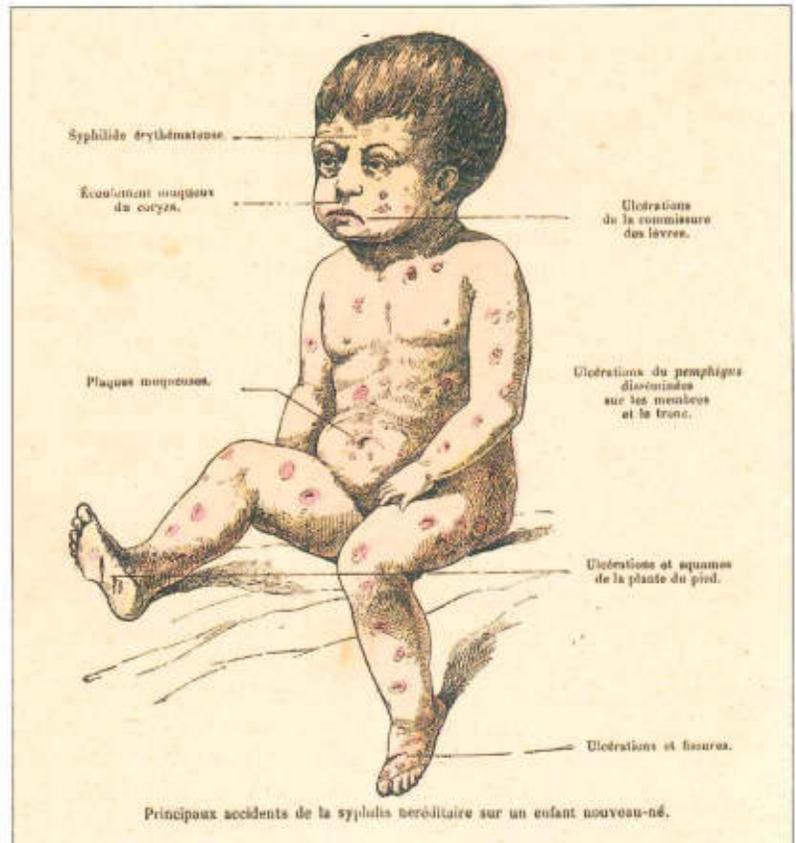
La escandalosa *Reigen* (*La ronda*) de Schnitzler ponía al descubierto la corrupción que corroía el corazón de la familia burguesa.



sistema nervioso central. Los niños sífilíticos, atrofiados, enfermizos, disminuidos psíquicos o incluso perturbados, eran el testimonio viviente de los pecados de sus padres, que pasaban a la siguiente generación. En otras palabras, los síntomas parecían «escenificar» el proceso de degeneración de la teoría neolamarckiana.

AMOR Y ODIO

No hay duda, pues, de que la pasión sexual masculina sería vista con frecuencia (por los propios hombres) como fuente de ansiedad y repugnancia; ni de que la belleza femenina que la desataba podía inspirar tanto miedo como deseo. La idea de la *vagina dentata* (la vagina con dientes que arranca a mordiscos el miembro masculino cuando satisface sus deseos) parece haber poseído la imaginación masculina de



Al ser hereditaria, la sífilis golpeó a los miembros más inocentes de la sociedad, como muestra esta ilustración francesa de 1883.

Enfermedades como la sífilis tuvieron gran importancia como símbolos de una sociedad enferma

finales del siglo XIX y principios del XX. Pero su significado trasciende el reino de lo puramente sexual para abarcar la ansiedad de una época en la que todo lo que parecía bonito y tentador era al mismo tiempo aterrador; todo lo que parecía cálido y acogedor iba acompañado de sensaciones de miedo y malos presagios,

mientras la civilización se veía como un mínimo revestimiento sobre un abismo de horror.

Este tipo de ambivalencia angustiada se ha reflejado en toda esta cultura en conjunto. El miedo a la degeneración nacional perseguía a todo ese orgullo alemán; todos los esfuerzos artísticos parecían perturbar a todo el mundo; toda esa confianza intelectual estaba erosionando las antiguas certezas. Y, en lo que respecta a las teorías psicológicas, lejos de ofrecer la esperanza de la curación y la felicidad, solo parecían traer más y más malas noticias.

En líneas generales, cuanto más de cerca miramos el contexto

vienes en el que maduró Adolf Hitler, más aumenta la sensación de un hervidero extraño y perturbador de ideas, imaginería y deseos. Las enfermedades infecciosas, como la sífilis, eran una realidad cruel y destructiva, pero también tuvieron gran importancia como símbolos de una sociedad «enferma».

Esa enfermedad ya no era solo moral. En toda Europa estaba tomando forma un oscuro y potente mal presentimiento. El continente parecía hundirse inevitablemente en una crisis cada vez más profunda, con el horizonte dominado por la perspectiva de una guerra en ciernes.



EN EL FRENTE

La llamada a filas durante la Primera Guerra Mundial fue, para muchos jóvenes, una liberación de la rutina insulsa y la decepción, y Hitler no fue una excepción. Experimentó la adrenalina del combate y la desilusión de la derrota: ambas serían determinantes en la formación de su visión política.

La oscuridad se había hecho más profunda desde que, en 1901, el káiser Guillermo II había prometido, irónicamente, dar a su Reich un «lugar bajo el sol». A lo que se refería, en realidad, era a asegurar las colonias en África y Asia, pero, en cualquier caso, hablaba en sentido figurado. El primer objetivo era esencial para el segundo en una época en la que otras potencias, como Gran Bretaña, estaban construyendo imperios en los que se solía decir que «nunca se pone el sol». Alemania quería reivindicar una supremacía entre los Estados europeos que el pueblo veía con buenos ojos.

Página anterior: Hitler y Alemania fueron moldeados en gran medida por la Primera Guerra Mundial. Aquí (a la derecha) posa con dos de sus camaradas.

Otras naciones estaban comprensiblemente inquietas: tanto que, en 1902, Gran Bretaña firmó una inesperada alianza con el imperio de Japón. Así, la Marina Real británica podría concentrarse en aguas más cercanas. También se firmó una *entente cordiale* («acuerdo amistoso») sin precedentes entre Gran Bretaña y Francia en 1904; la amenaza alemana estaba eclipsando antiguas enemistades. Rusia ya tenía (desde 1892) su propio tratado con Francia, así que la firma del acuerdo anglo-ruso en 1907 dio lugar a una «Triple Entente» entre estas tres potencias. Pero un simple tratado no sería suficiente ante el militarismo descarado del régimen del káiser.

El Imperio Austro-Húngaro y Alemania ya eran aliados y sedujeron a un imperio otomano cada vez más preocupado por las

ambiciones expansionistas del zar ruso. A pesar de su desconfianza histórica por los turcos, Bulgaria tenía más miedo todavía a Rusia, así que también se unió a una alianza de «potencias centrales».

EL CAMINO HASTA LA GUERRA

El «káiser Bill», como era popularmente conocido en Gran Bretaña, era nieto de la reina Victoria y un gran admirador del mundo inglés en general y de la Marina Real británica en particular. Se dice que la vergüenza de ver la pobre posición de su marina al pasar revista en el jubileo de diamante de su abuela en 1896 le hizo sentir la necesidad de ponerse al mismo nivel. Colocó al almirante Alfred von Tirpitz al frente de la Oficina Naval Imperial, con órdenes explícitas de fortalecer la Marina Imperial alemana.



El káiser Guillermo I, nieto de la reina Victoria, posa de pie, a la derecha de su abuela, junto a otros miembros de la familia en Coburgo, año 1894.

A pesar de su ventaja, Gran Bretaña sabía que tenía que responder y lo hizo con el HMS Dreadnought (botado en 1906). Propulsado por turbinas de vapor, era considerablemente más rápido que sus predecesores. También llevaba armas mucho más grandes, lo que le permitía atacar a sus enemigos a una distancia superior al alcance del torpedo. Transformó

las batallas navales hasta tal punto que una generación entera de buques de guerra lleva su nombre. Alemania construyó su propio equivalente, el Nassau, en 1908.

También se llevaron a cabo avances en otras áreas militares y otros Estados europeos se unieron a una carrera armamentística cada vez más grande. Uno de los secretos peor guardados de la época, el Plan Schlieffen (trazado por el conde Alfred von Schlieffen por orden de Guillermo II en 1904, aunque sufrió varias modificaciones), preveía la invasión simultánea

Para cuando estalló la guerra, Hitler había dejado Viena para instalarse en Múnich como artista

de Rusia al este y de Francia (a través de países neutros del Benelux) al oeste. Una vez contempladas estas posibilidades, ya no podían ignorarse: las potencias aliadas sabían que tendrían que estar preparadas.

El militarismo alemán provocó respuestas militaristas en el extranjero y la cúpula militar entró en el gobierno. Con el régimen supeditado a las fuerzas armadas, la guerra empezaba a parecer inevitable: la única incógnita era cuándo.

CONFLICTOS COLONIALES

Estuvo cerca dos veces. Berlín estaba cada vez más alarmado por las implicaciones coloniales de la alianza franco-británica. En marzo de 1905, el káiser visitó Tánger con toda la fanfarria, prometiendo al rey de Marruecos su ayuda contra Francia. París y Londres reaccionaron airados a esta «primera crisis marroquí». Un segundo incidente se produciría seis años después, tras el envío del cañonero alemán Panther al puerto de Agadir. La amenaza de la guerra en Europa volvió a disiparse tras un intercambio territorial para guardar las apariencias en noviembre de 1911. Alemania renunció a sus aspiraciones en Marruecos a cambio de un territorio en África ecuatorial que añadiría a su protectorado en Camerún.

¿EUROPA ESTALLA...

El problema con unas alianzas internacionales tan grandes y complejas era que producían demasiados detonantes potenciales. Y no ayudaba el hecho de que el Imperio Austro-Húngaro fuese ya en sí mismo una alianza internacional grande y compleja. Al final, la chispa que produjo la explosión no saltó en las colonias, sino en la Europa continental, en Sarajevo, Bosnia.

Allí, en un clima de actividad frenética de los separatistas eslavos, el anarquista serbio Gavrilo Princip atentó contra el coche del archiduque de Austria el 28 de junio de 1914. El asesinato de Francisco Fernando precipitó la «crisis de julio» y el 28 de julio estalló la guerra entre las potencias centrales y Serbia, aliada de Rusia. Cuando las fuerzas del zar se movilizaron para entrar en la guerra, también lo hicieron las de Francia. Gran Bretaña guardó las apariencias exigiendo a

Alemania la promesa de que respetaría la neutralidad de Bélgica, pero no lo hizo: los alemanes ejecutaron la última versión del Plan Schlieffen con la invasión de Bélgica el 4 de agosto. Acababa de estallar la que después se conocería como Primera Guerra Mundial.

Alfred von Schlieffen marcó el curso estratégico para la Alemania de finales del siglo XIX como potencia militar decididamente expansionista.



... Y HITLER SE ESCONDE?

Para cuando estalló la guerra, Hitler había dejado Viena para instalarse en Múnich como artista. Vivía en la capital bávara desde la primavera de 1912. Muchos analistas creen que fue allí expresamente para evitar que Austria le llamase a filas para una guerra que ya parecía inevitable. Ciertamente, esa fue la consecuencia de su traslado a Alemania, pero solo hasta finales de 1913, cuando las autoridades de Múnich lo arrestaron y lo devolvieron a su país para que cumpliera con su deber. Al final,

¿DESERTOR?

Algunos historiadores sostienen la idea de que Hitler eludió su servicio militar austriaco para minar su credibilidad como líder militar más tarde, incluso para desenmascararlo como un cobarde. Y es cierto que su justificación para esa acción evasiva (su negativa a servir al Imperio Austro-Húngaro, que no era una «nación», sino un conjunto de «nacionalidades») parece demasiado altisonante.

Pero es coherente con sus opiniones conocidas y tacharlo de «cobarde» difícilmente encaja con el hecho constatado de que, cuando estalló la guerra en agosto de 1914, se alistó de inmediato en el ejército alemán. Parece, pues, que, aunque no estaba dispuesto a abandonar su vida de artista para defender a Austria, para Hitler, la defensa de Alemania merecía cualquier sacrificio.





el problema se resolvió solo, cuando los oficiales vieneses lo consideraron no apto desde un punto de vista médico y pudo volver a Múnich para seguir con su vida donde la había dejado.

La posición de las autoridades alemanas no está tan clara: ¿Por qué Hitler fue reconocido apto para el servicio en Baviera cuando no lo había sido en Austria? ¿Y por qué le dejaron volver a Alemania tras no

Página anterior: El archiduque de Austria, Francisco Fernando, era el primero en la línea de sucesión al trono del Imperio Austro-Húngaro hasta que su asesinato puso a toda Europa en guerra.

Hitler celebra el inicio de la Gran Guerra. En aquel momento no era más que una cara (ya inconfundible) en la multitud.

superar la prueba en Salzburgo? A pesar de ser descartado por los reclutadores austriacos, tuvo que escribir a su gobierno para pedir permiso para servir en el ejército alemán.

LA LUCHA MÁS DURA

No se puede acusar a Hitler de no tener agallas para servir, incluso aunque su primera lucha fuese con los burócratas por todos estos detalles. En retrospectiva, vería todo el conflicto en términos heroicos, casi místicos, como una lucha nacional en la que toda Alemania estaba implicada.

«Gracias a Dios, la lucha del año 1914 no fue, en realidad, impuesta», insistiría después en *Mi lucha*, «y sí deseada por el pueblo entero».

Él la «deseaba» más que nadie, experimentando, aparentemente, el estallido de la guerra con el fervor que muchos asociarían a un éxtasis religioso o amoroso:

«Hasta hoy no me avergüenzo de confesar que, dominado por un entusiasmo delirante, caí de rodillas y, de todo corazón, agradecí a los cielos haberme proporcionado la felicidad de haber vivido en esa época».

Nationale des Soldatenführers.

1. Vor- und Familiennamen: *Adolf Hitler*
 Geboren am *20. April 1889*
 in *Graunau o. Am.*
 Verwaltungsbezirk *Graunau*
 Bundesstaat: *Preußen*

2. Stand oder Gewerbe: *Küchnecker*

3. Religion: *ev.*

4. Ob verheiratet: *nein*
 Kinder:

5. Datum und Art des Dienstbeginns:
16. 8. 14. o. Anglo-Französisch

6. Bei welchem Truppenteil (unter Angabe der
 Compagnie, Eskadron, Batterie):
Res. D. 11. / L. B. / 2. D. B.

La cartilla militar de Hitler de 1914 no da pistas de los horrores que le esperaban, ni de los que infligiría después él al mundo.

frente con la primera batalla de Ypres, en octubre de 1914. Entre los que resultaron muertos en el primer día de batalla se encontraba el coronel del regimiento, Julius List; a partir de entonces, aquel regimiento se denominaría «regimiento List». De sus 3600 hombres, solo 611 sobrevivieron a los tres días de batalla, una merma extraordinaria, pero solo un aperitivo de lo que estaba por llegar. Uno de los que lo consiguieron fue Adolf Hitler, aunque con mucha suerte, si hacemos caso a lo que contaba en esta carta a un amigo de Múnich, Ernst Hepp:

«Cuatro veces salimos a la carretera y otras tantas nos vimos obligados a retroceder. De mi grupo solo quedábamos con vida otro muchacho y yo. Él también cayó. Una bala me arrancó la manga derecha de la guerrera, pero milagrosamente salí ileso del ataque. A las 2 hicimos el quinto intento y, en esta ocasión, logramos tomar el lindero del bosque y las granjas».

No tenemos forma de determinar escrupulosamente la exactitud de este relato, pero parece cierto que Hitler se las arregló de un modo encomiable. Tras la batalla, fue condecorado con la Cruz de Hierro por rescatar a un camarada herido.

También fue ascendido del rango de recluta al de soldado de primera y pasó a desempeñar funciones de *Meldeganger* o mensajero del regimiento. Es difícil saber si este ascenso fue en reconocimiento a su valor y determinación en el campo de batalla o se debió a los estragos causados en los rangos superiores (o las dos cosas).

BAJO EL FUEGO, EN SENTIDO FIGURADO

La opinión académica, a menudo influida inevitablemente por la hostilidad partidista o (con menos frecuencia) por la compasión, se divide entre si esa función era muy peligrosa o, por el

Página derecha: Hitler, con un inusual bigote, aparece aquí con sus compañeros de la primera compañía del decimosexto regimiento de la reserva bávara.

Su única «preocupación» en el momento de partir hacia el frente, según cuenta, era perderse algo: «Pensar que llegaríamos demasiado tarde al frente de batalla».

BAJO EL FUEGO, LITERALMENTE

El temor de Hitler era infundado. Como soldado de infantería en la primera compañía del decimosexto regimiento de la reserva bávara, el *Schütze* (recluta) Hitler vería mucha acción, empezando semanas después de su llegada al

KINDERMORD

En Alemania, la primera batalla de Ypres, que duró un mes, enseguida se empezó a conocer como *kindermord*, que es como la Biblia alemana llama a la masacre de los «santos inocentes» a manos de Herodes (Mateo, 2, 16-18). Los primeros testimonios

decían que tres cuartas partes de las aproximadamente ocho mil víctimas mortales del bando alemán eran jóvenes estudiantes voluntarios. La investigación posterior sugiere que las historias de idealistas que avanzaban cantando impertérritos hacia la muerte

eran una exageración, aunque es comprensible que surgiera el mito. Una nación que entraba en guerra con el patriotismo «por las nubes» tuvo que bajar a la tierra con una sacudida en Ypres. Seguro que se perdió algún tipo de «inocencia».



contrario, segura y «fácil» en la retaguardia. Por una parte, está el propio testimonio de Hitler en *Mi lucha*, una obra cuyas intenciones ocultas no están claras. La explicación más humillante viene de la mano de Thomas Weber (en *La primera guerra de Hitler*, 2010), quien sugiere que, en comparación con las condiciones que soportaban las tropas en la vanguardia, las de la retaguardia, donde estaba destinado Hitler, eran de todo menos infernales. Al contrario, era como un

«paraíso». Aun así, dice Weber, Hitler se las arregló para convertirse en objeto de burla: las cartas de sus compañeros soldados describían a un inútil patoso que se moriría de hambre en una tienda de comida; solitario, distraído con sus camaradas pero servil con sus superiores. Para las tropas de vanguardia que lo conocían, era un «cerdo de retaguardia». Semejante testimonio (acotaciones triviales hechas por hombres desconocidos que escribían bajo la presión de una de las

guerras más horribles de la historia) no puede tomarse más en serio que el del propio de Hitler. Sin embargo, pone los relatos de Hitler en una perspectiva mucho más amplia. Y, desde luego, pone en duda la imagen de la vida en el ejército que conjuran como un mundo de valor, camaradería y confianza mutua.

Por mucho que lo veamos con recelo, el comportamiento de Hitler como soldado bajo el fuego por primera vez parece haber sido, como mínimo, respetable, probablemente mejor. La Cruz de Hierro que ganó en Ypres es prueba de ello; no es de sorprender que la llevase toda su vida.

Tampoco hay indicios de que se escaquease de sus deberes a la vanguardia durante su servicio en la guerra. En los meses y años siguientes, vio de cerca la acción (y, de hecho, resultó herido) en la batalla del Somme (octubre de 1916), donde le retiraron del frente en contra de su voluntad para que recibiese tratamiento. Después, parece que se empeñó en volver a servir en Arras (abril-mayo de 1917) y Passchendaele (julio-noviembre de 1917). De nuevo fue condecorado por su valentía (por recomendación de un superior judío, Hugo Gutmann). Cuando la guerra se aproximaba al armisticio, en octubre de 1918, Hitler quedó cegado temporalmente por un ataque con gas mostaza.

Marchando enérgicamente para cumplir con su deber, el soldado de primera Hitler camina por una calle empedrada en esta fotografía de mayo de 1915.





Aquí vemos a Adolf Hitler (sentado en la primera fila, a la izquierda) con otros mensajeros del decimosexto regimiento de la reserva bávara en Fournès, Francia, en septiembre de 1915.

UN MITO EN PROCESO

Hitler admitiría que, con el paso de los meses y los años, la guerra empezó a perder el «romanticismo» que antes tenía para él y dio paso, dice, al «horror». Aun así, era un horror paradójico, que sería desafiante y trascendente heroicamente y, por consiguiente, idealizado en retrospectiva.

Hitler no seguiría a los famosos poetas bélicos británicos, como Wilfred Owen (1893-1918) y Siegfried Sassoon (1886-1967),

cuyas experiencias les condujeron a amargas denuncias del conflicto que han contribuido mucho a forjar nuestras actitudes modernas hacia lo que, durante siglos, se había visto como el campo glorioso de la guerra. Para Owen, la «poesía» de 1914-1918 yacía «en el dolor» que sus atrocidades causaban.

En cambio, la guerra de Hitler era wagneriana en su grandeza. Él entendía su propio sufrimiento como una

Esta placa y tarjeta de identificación se expidieron para la hospitalización del soldado de primera Hitler tras la batalla del Somme.

Nichttransportfähig:	zwei rote Streifen
Transportfähig:	ein roter Streifen
farschfähig:	kein roter Streifen
Name:	Hitler Adolf
Dienstgrad:	gnfr. 3./R.7.R.16
Truppe:	
Verletzung:	
(Krankheit)	Graustiftler u. Oberarmkugel
Hilfeleistung:	
(Art, Zeit)	urkaut 6.10.16 500 H.m.
Blinde oder Schlauch:	
(Inhalt)	
Erhielt an starkwirkenden Arzneien:	
(Zeit, Gabe)	Taf. Inf. 20 A F



FRONTGEMEINSCHAFT

La visión de Hitler del «frente férreo» de los «grises cascos de acero» que emergen descorriendo el «velo» de un pasado brumoso puede interpretarse como un sorprendente mensaje de la época de Nietzsche y Freud. Aquí la historia surge cuando una voluntad esencialmente masculina (bastante fálica, de hecho) declara su intención y dota de forma y finalidad a un pasado inherentemente femenino (pasivo, amorfo, receptivo).

La fuerza del «frente» sería clave en la visión de Hitler de una sociedad construida sobre el sacrificio militar y dirigida por la voluntad de un hombre fuerte. Desde el siglo XIX, los pensadores sociales han estado buscando una forma de crear *gemeinschaft*, un

sentimiento de comunidad que sería cálido, real y «orgánico», en vez de abstracto y de construcción artificial. La contribución de los nazis a esta búsqueda (esencialmente romántica) sería la propuesta de la idea de una *frontgemeinschaft*, una «comunidad del frente». Los valores y virtudes en el campo de batalla serían tan esenciales para la sociedad en tiempos de paz como en los tiempos de guerra. (Aunque tampoco es que sus mentes militaristas esperasen que los tiempos de paz fuesen a durar mucho...).

En la década de 1930, el propagandista nazi Günther Lutz se entusiasmó con la forma en que una nueva Alemania se había forjado en la *dreck und not* («inmundicia y necesidad») del

frente de batalla; en las trincheras y zanjas de la Primera Guerra Mundial. Dejando a un lado su atractivo romántico, la idea de *frontgemeinschaft* tenía la virtud obvia para una sociedad militarista de subordinar todas las demás experiencias y especialidades a las del ejército. También creó una aparente sensación de solidaridad que sería contraria a la tradicional división de clases. Como apunta Hitler con su comentario de los soldados abriéndose paso en la batalla para conseguir la condición de «hijos de su patria», asentó la idea (útil para él como inmigrante austriaco) de que la nacionalidad alemana podía conseguirse mediante un servicio leal.

prueba necesaria para transformar al «joven voluntario» en un «veterano» y veía esa transición replicada en todo el ejército:

«[...] experimentado y recio por virtud del eterno batallar. Los que no pudieron resistir la tempestad fueron vencidos por ella».

La supervivencia de los más aptos bajo el fuego, en otras palabras. Una evolución nefasta, pero cuyo resultado fue un «ejército único». No fue solo una máquina de luchar formidable, sino la base de una leyenda:

«Transcurrirán milenios y jamás se podrá cantar al heroísmo sin dejar de recordar al Ejército alemán de la Gran

Hitler entendía su propio sufrimiento como necesario para transformar al «joven voluntario» en un «veterano»

Guerra. Descorriendo el velo del pasado emergerá siempre la visión del frente férreo de los grises cascos de acero, frente inquebrantable y firme monumento de inmortalidad. Y mientras haya alemanes, nunca se olvidará que aquellos héroes fueron hijos de la Patria alemana».

¿CAMARADERÍA DE CAMPAMENTO?

Los soldados siempre han tendido a confraternizar con sus camaradas. Se les anima a ello: el trabajo en equipo bien organizado es esencial en el negocio de la guerra. Además, no pueden evitarlo: las lealtades y amistades forjadas en el campo de batalla, en lo que en circunstancias normales parecería un estrés y un peligro insostenibles, parecen tener una fuerza especial.

Obviamente, la lucha es brutal: el soldado tiene que estar preparado para matar al enemigo y ver morir a sus camaradas. Tiene que ser duro, mantener a raya cualquier empatía, conservar la

«masculinidad» caricaturesca que se define como la «otredad» de lo femenino, manteniendo a las mujeres (salvo a las «conquistas») a un brazo de distancia. El tipo de camaradería viril de compañerismo que suele resultar es lo que los psicólogos describirían como «homosocialidad».

¿Nos lleva la conclusión lógica a la homosexualidad? «Mis queridos camaradas», los llamaba Hitler. ¿Pero iba ese amor por sus hermanos de armas más allá de la solidaridad militar? ¿El vínculo masculino definitivo era el sexo? Hubo rumores sobre el soldado de primera Hitler. Primero, paradójicamente, por su incomodidad con sus camaradas por su desagradable cotorreo, sus fanfarronadas sexistas y sus chistes verdes. Este tipo de remilgos solo podía significar una cosa, pensaban varios

soldados, y algunos investigadores están de acuerdo. En segundo lugar, por lo que parecía haberse convertido en una amistad irrompible con otro mensajero, Ernst Schmidt. Los dos dormían juntos: Adolf «dormía por las noches con "Schmidt", su puta masculina», en palabras de otro camarada, Hans Mend. En su libro *El secreto de Hitler* (2001), Lothar Machtan desarrolla un supuesto muy detallado y persuasivo en muchos aspectos.

Pero las pruebas, por abundantes que sean, son abrumadoramente circunstanciales. Hitler era diferente, educado con delicadeza, tímido, un poco recatado. Eso no lo convertía en gay, aunque, naturalmente, podría haberlo

sido. El único testimonio directo que tenemos procede de Mend, un mentiroso probado y chantajista potencial.

Además, como ocurre con tanta frecuencia con Hitler, da la sensación de que lo que hace la sospecha tan convincente es su atractivo para nuestro sentido de justicia poética. Hitler predicaba un mensaje de hipermasculinidad cercana a la parodia; los homosexuales eran enviados a los campos de concentración en su estado nazi. Pero, por mucho que nos satisfaga pensarlo, igual que otros muchos homófobos declarados que hubo y habrá, podría haber sido un homosexual en el armario, lo cual no significa que lo fuese.

Firmado «A. Hitler 1917», este boceto a lápiz y acuarela muestra una iglesia en ruina en el frente occidental de Flandes.



OTRA VEZ

¡Es Nochebuena! En una noche oscura, en un búnker de la Francia rural, un grupo de tropas británicas reparten chocolate para celebrarlo. El ambiente es relajado. Por un breve momento entre el estrés y el miedo de la guerra, pueden sentarse a descansar, sucumbir al cansancio y

casi deleitarse en él. ¡Paz en la Tierra! De hecho, por tonto que suene, la bondad y la amistad parecen reinar realmente. Por la nieve, desde una trinchera a unos cien metros, llega el sonido de voces alemanas cantando tranquilamente un villancico: *Stille nacht...*, o lo que es lo mismo, *Noche de paz*.

La primera Navidad de la Primera Guerra Mundial se ha convertido en una historia tan mítica como militar, gracias a una espontánea explosión de compañerismo y calidez. La escena descrita se repitió treinta años después, en la última Navidad de la Segunda Guerra Mundial. Esta vez no hubo «tregua», pero los ecos del pasado



Derecha: Adolf Hitler dibujó este retrato en el reverso de una postal para inmortalizar a su amigo (y puede que algo más) Ernst Schmidt.

eran ineludibles, sobre todo porque la ofensiva de las Ardenas de Hitler (tan inesperada y quijotesca como parecía) era en sí misma la repetición de un movimiento de la Primera Guerra Mundial.

En marzo de 1918, el ejército alemán había avanzado repentinamente hacia el oeste, sobre Amiens, atacando la «costura» vulnerable que unía dos grandes fuerzas aliadas. La batalla de las Ardenas, un último lance desesperado, costó valiosos recursos a un frente oriental que se desmoronaba rápidamente, mientras que para los británicos y los americanos no fue más que un susto. Aunque no funcionase, fue muy reveladora: estando muy cerca de la derrota, Hitler había vuelto a sus raíces tácticas de la Primera Guerra Mundial.

UNA «PERSPECTIVA DE TRINCHERA»

Se ha convertido en un cliché el que los comandantes militares «siempre libran la última batalla»: las viejas costumbres, las viejas expectativas, las viejas suposiciones son difíciles de abandonar. ¿Fue eso un problema concreto con el generalato de Hitler? Su caso se complica por el hecho de que en la Primera Guerra Mundial

Página anterior: Junto con varias postales y fotos, los efectos personales de un camarada (Karl Lippert) incluían un pase para un viaje oficial a Lille con el recluta Adolf Hitler.



fuese un soldado de a pie y no un comandante. Y, porque lejos de ver esto como una razón para ser humilde, parece que pensaba que daba más peso a sus opiniones e instintos. En vez de tirar de galones con sus comandantes de campo, tiraba de su experiencia en infantería: había estado allí, en la inmundicia, la necesidad y la miseria.

Estas experiencias debieron de darle una perspectiva que sus

comandantes de campo (miembros de pura sangre de la «clase oficial») seguramente no tenían. El famoso comentario del general Friedrich Fromm (1888-1945) de que un civil estaría mejor equipado como comandante en jefe que un soldado de primera en la nueva guerra mundial fue, obviamente, producto del esnobismo. Pero, como hemos visto, no cabe duda de que Adolf Hitler dotó a su experiencia en la Primera Guerra

Mundial de un significado mítico, incluso místico, que eclipsó factores más racionales y realistas.

Hitler dotó a su experiencia en la Primera Guerra Mundial de un significado mítico, incluso místico

La historia suele asociar a Hitler con la idea de *blitzkrieg* («guerra relámpago»), una doctrina relativamente moderna que confiaba en la tecnología más puntera y en la fuerza, velocidad y movilidad que aportaba. La batalla de Francia y (al menos en sus fases iniciales) la «Operación Barbarroja» ofrecen ejemplos de manual de esta filosofía en acción. Sin embargo, los generales de Hitler se quejaban con frecuencia de la «perspectiva de trinchera» de su Führer.

Pero, por radical que fuese su retórica de *blitzkrieg*, con toda su velocidad y osadía, sus instintos parecían estar a favor de un estilo de guerra más estático. Defender la posición con firmeza y luchar a brazo partido, como luchaban los héroes. Eso es lo que hicieron los hombres de Hitler en Stalingrado, mucho después de que sus comandantes creyesen que estaba estratégicamente justificado.

Hitler creía que aquí es donde se forjó su carácter (y el de la nueva Alemania): en el tumulto de las trincheras de la Gran Guerra.





UN PUNTO CRUCIAL

La Gran Guerra dejó una marca permanente en todos sus combatientes, bueno, en los que consiguieron sobrevivir, y en los países y el continente de Europa, y más allá, como corresponde a una guerra mundial. Hitler no fue, de ninguna manera, el único

que se vio profundamente afectado e influido a largo plazo por su servicio en la guerra, ni fue Alemania la única nación.

Pero fue un caso especial por la forma en que interpretó esas experiencias y creció a partir de ellas, y por la energía y habilidad con la que impuso esa interpretación a

su país. Alemania, como gran perdedora de la Gran Guerra, se sentía traicionada y victimizada, con una sensación enorme, casi incapacitante, de historia inconclusa.

Que la versión que ofrece *Mi lucha* de la guerra sea mitológica en un noventa por ciento no significa nada. Lo importante es que

Hitler sentado (a la izquierda) con unos compañeros en algún momento libre en la Primera Guerra Mundial.



Hitler consiguió crear su mito. La humillación de Alemania, su resentimiento y su furia fueron lo que lo alzó al poder para dirigir el programa que les daría la revancha nacional.

«LA MAYOR VILLANÍA»

No fue tanto la derrota como la forma en que se produjo lo que disgustó a Hitler tan profundamente.



Alemania, tras meses contra las cuerdas, estaba, en apariencia, a punto de conseguir la victoria gracias a la caída de Rusia en la revolución. En vez de mantener su posición para alzarse como la suprema potencia imperial de Europa, había sido vendida por los que se supone que tendrían que haberla defendido con su vida. Rusia se merecía haber sido tomada por una panda de socialistas judíos y eslavos, pero el destino de Alemania tendría que haber sido mejor.

En el momento de la caída militar de Alemania, Hitler era un mero espectador, o ni eso, porque en ese momento estaba ciego. (Aunque la historia parece cierta, tiene también una función simbólica en la narrativa de *Mi lucha*, ya que da al autor una buena «coartada» en el momento de la ruina del país). En la noche del 13 de octubre de 1918, su compañía sufrió un ataque británico con gas que se saldó con la muerte de varios camaradas; él tuvo que ser hospitalizado, con unos ojos rabiosos y rojos como «ascuas».

Pero la agonía física que sintió, dijo, se vio superada con creces por la angustia que le produjo el alboroto del rumor que empezaba a llegarle. La guerra estaba terminando, se decía, y no con un triunfo alemán, sino con una huelga general.

DERROTA Y PERDICIÓN

Era una completa catástrofe; la dignidad nacional de Alemania destrozada. Los soldados y sus familias habían sido traicionados, su sacrificio había sido en



Un simple soldado, pero ya con la mirada del héroe: Adolf Hitler, durante su servicio en la Primera Guerra Mundial.

vano. «Todo había sido, pues, inútil», escribió Hitler:

«En vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿Sería que no se iban a abrir las tumbas de los cientos de miles que antaño habían partido con fe en la Patria para no regresar? ¿No se abrirían esas tumbas, para enviar a la Nación a los héroes mudos llenos de barro y ensangrentados, como espíritus vengativos, por la traición del mayor sacrificio que un hombre puede ofrecer en este mundo? ¿Acaso habían muerto para eso los soldados de agosto y septiembre de 1914 [...]?».

MAR REVUELTO

La narración de Hitler de la caída de Alemania en 1918 es memorable, tanto por el enfado que muestra, como por lo vívida que es. Pero también tiene matices sorprendentes. Un detalle curioso es la culpa que echa a los marineros, que se mezclan con los agitadores judíos en su queja.

«Los marineros llegaron en camiones», escribía Hitler, «proclamando la Revolución. Unos cuantos mozalbetes judíos eran los cabecillas de esta lucha por la "libertad, la belleza y la dignidad" de la existencia de nuestro pueblo. ¡Ni uno solo de ellos había estado en la línea de fuego!».

Había cierta base para la hostilidad de Hitler hacia los marineros. No se regían, ni lo habían

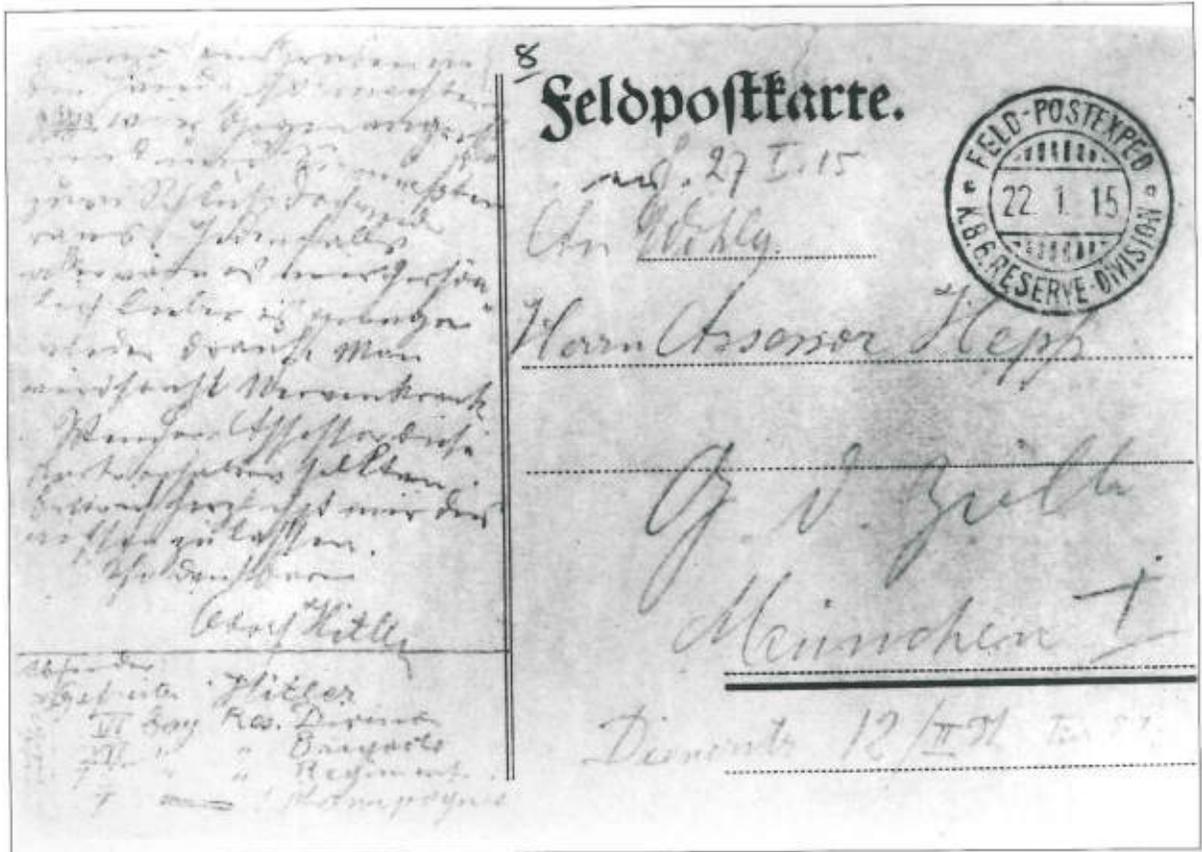
hecho nunca, por el mismo código que sus queridos soldados. Trabajadores de equipo en circunstancias casi industriales, los marineros se habían dado prisa en sindicarse en la vida civil, en hacer causa conjunta «amotinada» en los barcos militares. La acción de la tripulación del *Potemkin* (1905) fue una inspiración para la Revolución rusa y, en 1931, se produjo una importante revuelta en la Marina Real británica en Invergordon. Y, como sugiere el relato de Hitler, un motín marineró (en el puerto naval de Wilhelmshaven, Baja Sajonia) precipitó la proclamación de una república alemana en octubre de 1918. Para Hitler, sin embargo, el hecho

histórico armoniza con su estrategia simbólica para excluir a los soldados marinos de su *frontgemeinschaft* sagrada. Parece ser que esta comunidad estaba reservada para los que habían luchado en el frente literalmente; el servicio y sacrificio de los marineros no había significado nada.

Como comandante supremo de su país, sería notable su actitud poco entusiasta (por no decir desastrosa) hacia la Marina. ¿Se reducía todo a un prejuicio profundo?

Hitler vio en el motín de Wilhelmshaven, que estalló antes de que acabase la guerra, una prueba de la naturaleza poco patriótica de los marineros alemanes.





Adolf Hitler envió esta postal al frente a su compañero mensajero Karl Lanzhammer cuando se estaba recuperando en la retaguardia.

De nuevo, barro y sangre en el discurso, en lo que respecta a la caracterización mítica de lo ocurrido por parte de Hitler, el conflicto había sido exclusivamente una guerra terrestre.

¿Y qué es eso de «los soldados de agosto y septiembre de 1914»? ¿Qué pasa con los que se alistaron o fueron llamados a filas en los meses y años siguientes? De nuevo, como con los marineros de su país, las preocupaciones de Hitler parecen limitarse a una selección de héroes alemanes. Sin despreciar de forma explícita a los que llegaron más tarde, Hitler sentía claramente que era miembro fundador de aquella alianza

de hermanos. Y destaca repetidas veces la contribución de los «veteranos» (como él mismo) con especial elogio. Tampoco se corta al decir que el refuerzo de los que se alistaron en las últimas etapas de la guerra era «en su mayor parte inútil» y que «su llegada, en vez de producir un aumento de la combatividad, tenía el efecto contrario».

No es muy probable que Hitler quisiera realmente menospreciar o desdeñar la contribución de los que se unieron más tarde, es solo que estaba más interesado en dar una significación semi-mítica al sacrificio de los veteranos. Encuentra espacio para

compadecerse del dolor de «las madres alemanas», otro arquetipo mítico:

«¿Pudo esa haber sido la razón de ser del sacrificio ofrecido a la Patria por las madres alemanas, cuando con el corazón sangrante despedían a sus más queridos hijos, para jamás volverlos a ver? ¿Debió suceder todo eso para que ahora un montón de miserables se apoderase de la Patria?».

En realidad, la importancia de la Primera Guerra Mundial para Hitler no radica en sus implicaciones históricas, por inestimables que sean, sino en su poder mítico.



INICIOS POLÍTICOS

En retrospectiva histórica, el ascenso de Hitler al poder puede parecer algo inevitable: ciertamente habría sido más difícil para él subirse al carro de una Alemania de posguerra más próspera y estable. Sin embargo, en cada etapa de su ascensión, tuvo que recurrir a su astucia implacable y a su genuino genio como orador público.

A puñalados por la espalda; no había otra forma en la que los héroes de Hitler pudieran haber sido derrotados más que a manos de los que su país había criado como a hijos propios. Miles de nacionalistas desencantados compartían esa opinión: la idea de que Alemania pudiese simplemente haber perdido la guerra era inconcebible. A pesar de las dificultades y costes de librar una guerra de cuatro años con dos frentes abiertos, con las potencias industriales más ricas del mundo aliadas al oeste y el imperio ruso al este, la invencibilidad de Alemania era incuestionable. Para que cayese la patria, tenía que haber habido un parricidio.

Página anterior: Hitler recorta una silueta dominante, apoyado en la barandilla de un barco de vapor en esta fotografía de 1921.

Lo que pasaría a conocerse como *Dolchstoßlegende* (el «mito de la puñalada por la espalda») caló hondo en la conciencia conservadora del período de posguerra. De algún modo, la idea se asoció a la historia del legendario héroe Sigfrido, célebremente revivida por Richard Wagner en *El anillo del nibelungo*. Igual que el héroe griego Aquiles tenía su talón, la piel invulnerable de Sigfrido solo podía perforarse por un pequeño punto en el centro de su espalda; por ahí lo atraviesa a traición su asesino en *Götterdämmerung* («El ocaso de los dioses»).

Los judíos y los comunistas iban en el mismo saco, el de un astuto enemigo, pérfido y sin escrúpulos. Cosmopolitas por naturaleza, aunque forasteros por tradición, los judíos alemanes desechaban la idea de una nación a la que el pensamiento

marxista había hecho una objeción ideológica. Karl Marx (1818-1883), que era judío, claro, había insistido en que el estado de los trabajadores sería internacional. Para sus seguidores, las recientes hostilidades habían sido una riña de capitalistas. «Una bayoneta es un arma con un trabajador por los dos lados», dijo supuestamente Lenin. ¿Qué les importaba a las masas quién «ganase» la guerra? Para esa gente, la adversidad nacional no era más que una oportunidad. Los sindicalistas se habían encargado de debilitar la economía de guerra. Ahora se habían salido con la suya: Alemania era una república izquierdista llena de judíos y (tal vez al mismo tiempo) un Estado ruinoso y derrotado.

EL ESPÍRITU DE WEIMAR

Sobre el papel, la cosa pintaba bien, pero para los observadores



Las elecciones alemanas de 1919 fueron las más libres de la historia, pero la euforia duraría poco. Enseguida, el país se hundiría en una crisis económica.



menos fanáticos que lo veían desde fuera. La derrota del Reich belicista de Guillermo era una victoria para la civilización y la democracia y las elecciones del 19 de enero de 1919 fueron las más libres de la historia. No solo podían votar los hombres de todas las clases, sino también las mujeres. Aunque el Partido Socialista obtuvo la mayor parte de los votos, no fue suficiente para poder formar gobierno, así que tuvo que crear una coalición con los progresistas liberales y el *Zentrum* o Partido de Centro. La moderación estaba garantizada y los augurios eran buenos.

Weimar estaba a una distancia segura de la agitación política de Berlín

La nueva asamblea nacional se reunió en Weimar el 6 de febrero de 1919. La ciudad natal de Goethe fue elegida, con buen criterio, como capital de la nueva República de Alemania. Con su arquitectura pintoresca y asociaciones literarias era un buen recordatorio de lo que la civilización alemana había conseguido en una época anterior, más pacífica, antes de la irrupción de la codicia por el poder militar. También tenía la ventaja de estar a una distancia segura de la violenta agitación de Berlín. La asamblea nacional necesitaba poder seguir con su trabajo sin distracciones. Había que redactar una constitución,

nombrar a un presidente, formar un gobierno y ponerse de acuerdo en un tratado de paz con las potencias vencedoras.

Pero otra forma de interpretar la lejanía de Weimar era como irrelevancia; su decencia bien intencionada parecía debilidad y su gobierno de coalición, un compromiso constante. Tampoco le iba bien económicamente: puede que la imagen icónica del trabajador que lleva el salario a casa en una carretilla sea exagerada, pero la hiperinflación de 1921-1924 no fue un simple mito. Se empezaba a imponer una sensación de crisis importante.

ESTRÉS POSTRAUMÁTICO

Los soldados alemanes recibieron golpes muy duros. Los antiguos camaradas de Hitler quedaron, en el mejor de los casos, confusos y perplejos. Muchos tenían heridas terribles o sufrían «neurosis de guerra» (o, como diríamos ahora, TEPT). Incluso los más afortunados tuvieron dificultades a la hora de volver a su antigua vida. Los problemas psicológicos de los veteranos que regresaban ya eran viejos conocidos. Tras la vida en la zona de guerra, la vida en tiempos de paz parecía paradójicamente difícil de soportar. El sufrimiento podía haber parado, haberse disipado el miedo a morir en cualquier momento, pero permanecía un residuo de estrés aparentemente indeleble. Por lo menos, en el frente, el soldado sufridor podía buscar apoyo en sus camaradas, pero en casa nadie parecía entenderle.

Además, la vida en el frente puede ser más cómoda en otros



En febrero de 1919 se inauguró la asamblea de Weimar. A partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

aspectos: te dirigen la vida, todo el tiempo, cada soldado tiene su sitio. Los veteranos que regresaban después de un conflicto importante han supuesto un problema para la sociedad desde la Edad Antigua. Sin embargo, solo recientemente se ha reconocido la profundidad y complejidad de sus problemas psicológicos.

Hitler tuvo que hacer frente a muchas de estas dificultades a su regreso a Múnich; sin su ocupación durante los últimos cuatro años, sin hogar, sin trabajo, sin

una dirección clara que seguir. No tenemos base para afirmar que sufría TEPT o cualquier otro tipo de trastorno psicológico; no existe prueba alguna que apoye el diagnóstico. Pero estaba desarraigado, abandonado en Múnich, sin trabajo ni relaciones en la ciudad y sin un objetivo concreto.

Al mismo tiempo, a la aflicción se sumaba el sentimiento de decepción y disgusto que sentía por la capitulación de su país, lo que le llevó al borde de una crisis nerviosa. En ese sentido, no parece tan disparatado ver su mala situación (igual que hace él mismo) como un reflejo de la de Alemania; como narrador de *Mi*

lucha, se convierte en una especie de «cualquier alemán» simbólico.

Como su país, Hitler estaba machacado, derrotado, profundamente frustrado por la sensación de que, justo cuando parecía más importante ponerse a reconstruir una vida en ruinas, hubiera tan poca claridad sobre qué dirección tomar.

«Durante esta época, infinidad de planes pasaron por mi mente. Días enteros meditaba sobre lo que podía hacer, pero llegaba siempre a la conclusión de que, debido al hecho de ser yo un desconocido, no reunía los requisitos indispensables para garantizar el éxito de cualquier actuación».

EL AGENTE SECRETO

Al final, Hitler encontró su ámbito de actuación sin hacer nada nuevo. Se había convertido en soldado y soldado seguiría siendo. Cuando se volvió a alistarse en el ejército, en julio de 1919, empezó a trabajar en inteligencia como agente del *Aufklärungskommando* (comando de reconocimiento). Su misión específica consistía en infiltrarse en el Partido Obrero Alemán (DAP), un pequeño grupo, bastante insignificante todavía, que había fundado unos meses antes Anton

Drexler (1884-1982), un mecánico y cerrajero natural de Múnich, donde se centraban mayormente las actividades del DAP. También tenía aspiraciones literarias y escribía poesía, pero convirtió en el centro de su vida la lucha por promover la nación alemana y denunciar los expolios de los judíos. Encontró un aliado elocuente y capaz en el periodista Karl Harrer (1890-1926).

Hitler, como hemos visto, ya pensaba en una línea parecida: unirse al DAP y trabar amistad con sus líderes no fue solo una

obligación, sino también un placer. Como soldado, decía, aportó al partido un nuevo espíritu optimista: «En mi vocabulario no existían las palabras: “No es posible”, o “será imposible”, “no debe intentarse”, “es todavía muy peligroso”, etcétera», que permitió a los miembros del DAP «pensar en grande», como no lo habían hecho nunca. A su vez, él estaba descubriendo nuevos talentos que no se había dado cuenta de que poseía: «Tenía condiciones de orador», comprobó al hablar ante un público «electrizado».

¿EXCESOS EXPRESIONISTAS?

A pesar de la pérdida aparentemente inadvertida de Adolf Hitler, la vida artística de Alemania continuaba, aunque ahora tenía como temas la muerte, la destrucción y la desintegración social. «¡Ya ha habido suficientes muertes! ¡No dejemos que ni un hombre más caiga!», gritó Käthe Kollwitz (1867-1945) tras la pérdida de su hijo Peter en la guerra. Después, esculpió en piedra un monumento en su memoria y en la de sus camaradas desaparecidos. Convirtió su dolor en el tema principal de su arte angustiado.

Inspirada por su ejemplo, surgió una nueva generación de artistas expresionistas alemanes decididos a capturar lo que veían. Sin embargo, para hombres como Max Beckmann (1884-1950) y George Grosz (1893-1959), solo las técnicas de lo que antes eran caricaturas podían hacer justicia a la sociedad

que veían. «Mis dibujos expresaron mi desesperación, odio y desilusión», recordaba Grosz. El legado de la Gran Guerra lo rodeaba por todas partes, esperando a que lo dibujase:

«Dibujé soldados sin nariz; lisiados de guerra con armas de acero parecidas a crustáceos, dos soldados médicos poniendo una camisa de fuerza hecha de una manta de caballo a un soldado violento. Dibujé un esqueleto vestido de recluta examinándose para el servicio militar».

Los veteranos lisiados y mutilados que vemos por la calle en las escenas de Otto Dix (1891-1969) simbolizaban el desmembramiento de una

Madre e hijo muerto, de Käthe Kollwitz, capturó la angustia de una nación.

sociedad entera. Hitler acabaría por tachar la mayor parte de este arte de malvado y «degenerado», pero su crítica a la sociedad de Weimar no era muy diferente a la que hacía él.



Parece que enseguida se le olvidó su responsabilidad de informar a sus superiores de inteligencia militar, aunque no se sabe con certeza hasta qué punto pasó eso. Es difícil precisar si lo que obtuvieron de su agente infiltrado en el DAP fue de utilidad a las autoridades: espiar es, por definición, una tarea secreta y oscura.

No cabe duda de que Hitler desempeñó su nuevo papel con entusiasmo: enseguida se implicó

en las políticas internas de un partido que se aproximaba a una separación. Aunque admiraba el intelecto de Karl Harrer, Hitler estaba harto de su elitismo esotérico, parecía más interesado en gobernar una sociedad secreta que en dirigir un partido masivo.

Aliándose con Drexler y su amigo Dietrich Eckart (1868-1923), trabajó mucho hacia la expansión de lo que pasaría a llamarse Partido Nacional Socialista

Obrero Alemán (NSDAP). Hitler echó mano de su talento como diseñador para crear la insignia del partido: una esvástica negra en un círculo blanco con un fondo rojo alrededor.

HUMILDES COMIENZOS, GRANDES ESPERANZAS

Con solo sesenta miembros, el NSDAP era a duras penas un partido; estaba muy lejos de ser el movimiento masivo con el que soñaba Hitler. Incluso después de abrir el censo del partido a quinientos miembros para dar una idea inflada de su tamaño, tuvieron problemas para conseguir afiliados durante un tiempo. Hess, Rosenberg y él estuvieron allí desde el principio, igual que Hans Frank (1900-1946), que después se convertiría en su abogado y en gobernador general de la Polonia ocupada.

El avance se produjo en febrero de 1919, cuando Hitler se dirigió a la mayor audiencia que habían conseguido en un mitin. «Quince minutos antes», recordaba Hitler, «ingresé en la sala de la "Hofbräuhaus", situada en la plaza de Múnich. Mi corazón saltaba de alegría, pues el enorme local se hallaba materialmente repleto de gente en un número mayor a dos mil personas».

Muchos, naturalmente, eran comunistas y habían ido a interrumpir el acto, como de hecho hicieron. Sin embargo, para regocijo de Hitler, cuanto más

Anton Drexler, un visionario antisemita, había fundado el DAP, pero le faltó la habilidad política necesaria para evitar el ascenso de Hitler.





Arriba: Pulcro y con aspecto de estadista, Hitler parece totalmente un político en esta foto de 1921, pero enseguida descartó esta imagen «blandengue».

Derecha: La tarjeta del DAP de Hitler de 1920 indica que era el miembro número 555, pero no pararía hasta ser el número 1.

hablaba, más se animaban y envalentonaban sus seguidores y, enseguida, sus vítores taparon los abucheos de los izquierdistas; los conversos nazis estaban despa-chando a los rufianes comunistas. Para el final de la tarde, Hitler supo, como dice, que «las bases del Movimiento estaban lanza-das en el corazón del pueblo». (Parece que Karl Harrer tam-bién se dio cuenta: eligió aquella noche para presentar su dimi-sión, sabiendo que «su» pequeño y secreto partido obrero alemán ya no existía). Para Hitler, había llegado la hora de la verdad:

«Quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán un día la Espada que le devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la Nación alemana».

La «puñalada por la espalda» de 1918 iba a ser vengada.

LA PROPAGANDA Y EL PUEBLO

Hitler consideró la reunión de la Hofbräuhaus importantí-sima cuando escribió la historia





Fechada en 1919, la primera filmación de Hitler lo muestra encabezando una manifestación del DAP.

correspondiente en *Mi lucha*. Nadie más lo hizo en su época; pasó más bien desapercibida en la prensa de Múnich. Pero Hitler no se preocupaba por los hechos; sintiéndose como en casa en un reino de mito y fantasía subwagneriana, asumió que la abrumadora masa de sus compatriotas alemanes sentía lo mismo que él. Aun así, se alzó por encima de ellos como si estuviese destinado a liderar a su pueblo y a que este le siguiera. No intentó esconder su desdén por la democracia, ni siquiera en declaraciones públicas como *Mi lucha*: «La capacidad receptiva de la gran masa es sumamente limitada y no menos

pequeña su facultad de comprensión; en cambio, es enorme su falta de memoria».

Una opinión quizás poco atractiva para alguien que espera liderar a su pueblo, pero completamente esencial para saber cómo era Hitler. Tenía malicia, un carisma oscuro, elocuencia y crueldad a punta de pala, pero eso no explica la extraordinaria escalada de su ambición ni el nivel al que llegaría su ascenso. Se podría decir que lo que más le acercaba a la genialidad era su valoración profunda y, en apariencia, instintiva de la importancia de la propaganda, y su total entendimiento de cómo funcionaba. De ahí su indignación

por el tipo de propaganda que Alemania había llevado a cabo durante la guerra. Según decía, había sido demasiado moderada, demasiado matizada, demasiado escrupulosa en su preparación para reconocer faltas y agravios por las dos partes. En cambio, la propaganda británica y francesa había sido un flujo constante de historias amenazadoras de las atrocidades de los «hunos» por una parte y de los actos de heroísmo de los aliados por otra.

La ineficacia de este esfuerzo propagandístico se había debido a un gran fallo administrativo y moral, según Hitler; otra traición de los que deberían haberse

OPINIONES OCULTISTAS

Anton Drexler y Karl Harrer tendieron un puente entre las versiones «callejeras» de las políticas de extrema derecha, como las del DAP, y un mundo mucho más minoritario representado por la Sociedad Thule. Llamado así por el país nórdico mítico de la leyenda griega clásica, este círculo celebraba el pasado nórdico y ario de Alemania, que sus miembros creían que se había originado en esta masa terrestre ya desaparecida.

Los etnólogos convencionales llevaban tiempo defendiendo (con buenas razones) que los arios procedían de las estepas del centro y el oeste de Asia. Pero, para una nueva generación de místicos alemanes, esos orígenes «orientales» eran inaceptables, así que desarrollaron elaboradas teorías para demostrar que las naciones del norte de Europa descendían de una antigua raza llamada hiperbórea, cuyo nombre era una referencia a sus orígenes «más allá del norte».

Por absurdo que parezca ahora, esa especulación fue muy popular en el período de posguerra y no solo en Alemania. Tampoco estaba limitada a los incultos: entre sus devotos se incluían escritores como Arthur Rimbaud (1854-1891) y William Butler

Yeats (1865-1939). La sensación de que la civilización se estaba yendo por un sumidero llevó a muchos pensadores a explorar alternativas posibles o realidades ocultas; las pérdidas masivas de la guerra habían ayudado a fomentar la moda de la clarividencia y el espiritismo, con sus promesas de contacto real con los

muertos. Muchos futuros luminarios nazis, como Rudolf Hess (1894-1987) y Alfred Rosenberg (1893-1946) fueron miembros activos de la Sociedad Thule, mientras que otros asistían o participaban en las reuniones del círculo. Dicho esto, no hay ninguna prueba de que Hitler fuese uno de ellos.



Centrado en la esvástica, el emblema de la Sociedad Thule sugiere un inquietante movimiento a caballo entre la filosofía mística y la violencia.



«Mis mejores deseos desde la Hofbräuhaus», dice esta postal enviada por Adolf Hitler desde el escenario de uno de sus primeros triunfos más importantes.

hecho cargo. Lo que hizo la dictadura de Hitler tan poderosa fue su dominio de los medios de comunicación y la habilidad con la que se convirtió en el «narrador» de todo lo que sucedía.

VERSALLES VENGATIVO

El impacto de la derrota de Alemania en la moral popular fue devastador, teniendo en cuenta, especialmente, todo el sufrimiento que llevaban. Pero la gente era fuerte, en general, y estaba dispuesta a mirar al futuro y dejar atrás el pasado en vez de obsesionarse con los desastres anteriores.

Pero los aliados victoriosos no iban a aprobar este tipo de recuperación. ¿Por qué debería irse de rositas el gran agresor (como ellos lo percibían)? Alemania estaba castigada internacionalmente y así debía seguir. Los que negociaban los términos de la nueva paz en Versalles, a las afueras de París, lo tenían claro.

MOTIVACIONES CON GÉNERO

La democracia es siempre limitada: no se puede preguntar a todo el mundo sobre todas las decisiones. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no puede llegar tan lejos en realidad. Así pues, cuando hablamos de «voluntad» democrática, lo hacemos en un sentido general o incluso metafórico. Las democracias modernas salen del paso buscando el mejor equilibrio posible entre la consulta y la necesidad política para que las cosas marchen y se hagan.

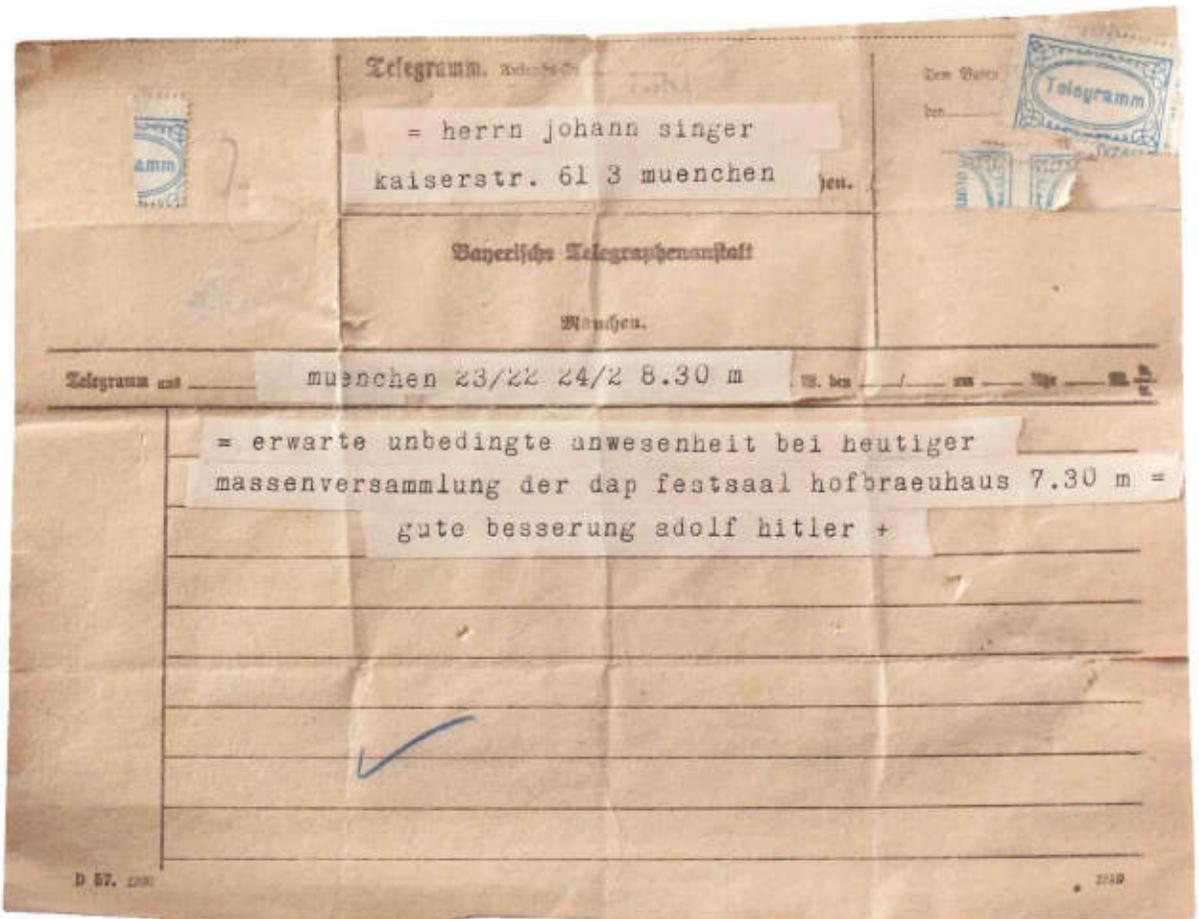
Pero para los extremistas, tanto de izquierda como de derecha, el hecho de que la democracia esté necesariamente limitada es una prueba de que no es más que una mentira piadosa. Es bien

conocido el desprecio de Lenin por el liberalismo y su cacareada libertad: lo importante no era el individuo burgués, sino la clase obrera. Para Hitler, en cambio, lo crucial era Alemania *über alles* («por encima de todo»): los ciudadanos del país existían para servir al Estado.

Aquí vemos una de las diferencias entre el elitismo antidemocrático de la izquierda y el elitismo antidemocrático representado por Hitler y la derecha. Ambos afirman haber movilizado el poder político del «pueblo». Sin embargo, para la izquierda, la masa de trabajadores es masculina, una fuente de fuerza bruta indómita que tiene que ser controlada y guiada por un líder. (De

ahí los saludos con un musculoso puño cerrado en los pósteres del partido).

Por el contrario, para Hitler, el pueblo «es, por naturaleza y criterio, de índole tan femenina que su modo de pensar y obrar se subordina más a la sensibilidad anímica que a la reflexión». Como a la esposa o la hija en una familia, debe guiarlo y dirigirlo una voluntad masculina superior, que acabaría encarnando él como Führer. En retrospectiva, ese oportunista maridaje de la filosofía subnietzscheana del «superhombre» y los valores familiares anticuados parece una broma, pero habla muy directamente de Hitler y sus secuaces.



Telegramm. Adressat
 = herrn Johann singer
 kaiserstr. 61 3 muenchen

Bayerisches Telegraphenamt

München.

Telegramm am muenchen 23/22 24/2 8.30 m

= erwarte unbedingte anwesenheit bei heutiger
 massenversammlung der dap festsaal hofbraeuhaus 7.30 m =
 gute besserung adolf hitler +

D 57. 1919

2119

Las intenciones punitivas del acuerdo final, sellado por un tratado el 28 de junio de 1919, quedaron demasiado patentes. Alemania tendría que desarmarse y ceder territorios a sus antiguos enemigos y, encima, tendría que compensarlos con la friolera de más de 130 000 millones de marcos. Se ha sugerido que la dureza en el tratamiento a Alemania fue el resultado de un desacuerdo entre las potencias aliadas. Algunos por la parte francesa (tal vez comprensiblemente) querían ver a Alemania reducida a cenizas; otros apostaban por una línea más indulgente.

Esto estaría determinado por el pragmatismo y por la superioridad moral: primero, tenían que

Un telegrama enviado por Hitler a su compañero activista del DAP Johann Singer concreta los detalles de una reunión masiva en la Hofbräuhaus.

dar a Alemania la oportunidad de volver a unirse a la comunidad internacional; segundo, tenía que haber algún incentivo significativo para que mantuviese la paz y se esforzase. Así las cosas, daba igual lo mucho que trabajasen los alemanes para reconstruir su país, nunca tendrían la esperanza de ver mejorar su situación. No importaba lo decididos que estuvieran a mirar hacia delante, no podrían avanzar, refrenados por una reparación de guerra interminable. ¿Para qué trabajar? ¿Para qué invertir? ¿Para qué construir

un futuro que no llegaría nunca? Alemania estaba atrapada en una depresión económica.

DE EXTREMO A EXTREMO

El Tratado de Versalles se considera, generalmente, un desastre para Alemania y, a la postre, para toda Europa. Pero el descrédito que llevó a la política constitucional del país fue todavía más dañino que el impacto económico de las reparaciones que tuvo que soportar Alemania. Los partidos que querían mantener el orden y seguir un curso moderado y conciliador solo podían ofrecer más

de lo mismo: pobreza y sufrimiento. Los decentes miembros moderados de la asamblea que hicieron lo que pudieron para ayudar a su país a cumplir con sus obligaciones en condiciones imposibles eran ridiculizados como «políticos ejecutores», como mascotas de las potencias extranjeras.

Impaciente por mejorar, la gente escuchaba con entusiasmo las soluciones rápidas de la izquierda y la derecha

Impaciente por mejorar y harta de los partidos respetables que prometían beneficios en el horizonte político, la gente escuchaba con entusiasmo las soluciones rápidas de la izquierda y la derecha. Machacad el capitalismo, decían los socialistas, y terminará la agonía; levantaos contra el régimen liberal y los extranjeros opresores, urgían los nazis.

PROPOSICIONES ANTISEMITAS

Naturalmente, los judíos también se consideraban parte del problema, como una presencia dominante y siniestra en la vida alemana. El antisemitismo

En el esplendor del antiguo régimen de Francia, la paz en Europa pasó a ser historia. El Tratado de Versalles llevaría inevitablemente a otro conflicto.







no era nada nuevo: su historia europea se remonta a la Edad Media. Tampoco resulta especialmente sorprendente, en vista de la «Solución final», que se atribuyese a Hitler. Pero parece que tuvo un nuevo desarrollo. Quizá no deberíamos exagerar la importancia de la amistad que, supuestamente, mantuvo con judíos durante sus años en Viena, ya que podía haber coexistido con el prejuicio que entonces era normal en la sociedad centroeuropea. Aun así, no hay pruebas de que el odio a los judíos residiese en el corazón del pensamiento político de Hitler como empezaba a hacerlo ahora.

La retórica hitleriana de los años veinte reinventó un antiguo chivo expiatorio, un viejo estereotipo retocado para dar cuenta de los recientes desarrollos de la teoría de las razas y en las esferas ideológicas y económicas. Para Hitler y sus nazis, el judío era la encarnación del cosmopolitismo, tan crudamente codicioso como desarraigado. En cierto modo, un rasgo llevaba al otro: su falta de sentimiento de pertenencia a un lugar le dejaba sin lealtades locales ni conciencia por lo que respecta a la explotación de su país anfitrión. Cogía y arrancaba, sin el más mínimo duelo y con todo su poder.

Ese internacionalismo instintivo que le habían inculcado cientos de generaciones de exilio

Página anterior: El público sonríe con superioridad mientras la policía hostiga a un judío a principios de la década de 1920. El antisemitismo iba in crescendo.

DEL CABARET A LA CERVECERÍA

Para muchos de nosotros, la Alemania de Weimar cobra vida en toda su decadencia y atrevimiento en las obras del escritor inglés Christopher Isherwood (1904-1986) o en el musical de Broadway *Cabaret* (1966; con versión cinematográfica en 1972), adaptación libre de su trabajo. En los cabarets, regentados por judíos, los intérpretes se saltaban a la torera los tabúes sexuales y racistas y hacían una burla irreverente de las normas

más sagradas de la sociedad, para deleite de una clientela poco sofisticada. Naturalmente, los ciudadanos honestos y respetuosos con la ley no frecuentaban semejantes sitios: para ellos había *pubs* normales y, cada vez más, grandes «cervecerías». A diferencia de la taberna tradicional, con su barra concurrida y rincones y espacios diminutos, estas eran grandes salones donde miles de personas podían juntarse para beber, bromear y cantar.

le permitía abarcar sin esfuerzo las contradicciones entre los dos grandes males del mundo moderno. A pesar de sus diferencias, el capitalismo y el comunismo compartían la indiferencia hacia las naciones y hacia la vida y el bienestar del «hombre pequeño»: iban unidos en el lexicón de odio de Hitler. Y ambos estaban controlados por los judíos, los que dirigían los bancos y las entidades financieras y los que lideraban la revolución bolchevique en Rusia, que ahora amenazaba la paz mundial. Los judíos estaban «socavando» Alemania, decía Hitler; tenían que ser «apartados» de la sociedad; ya estaba sugiriendo que se les arrestase e internase.

Hitler también expresaba ya su antisemitismo ominosamente en términos que sonaban a genocidio. Él insistía en que no se discuten los puntos para ocuparse de parásitos y bacilos, simplemente se erradican lo más rápida

y exhaustivamente posible. Se lamentaba de que el judío era una presencia tóxica entre la gente, una «tuberculosis racial» que había que exterminar.

TOMANDO LAS RIENDAS

Un brote de patriotismo airado; una buena dosis de culpa sobre unos políticos de pacotilla; un toque de anticomunismo; grandes cantidades de bilis antisemita. La retórica de Hitler parecía una receta repelente, pero se la tragaban bien en los mítines de cervecería que daba. A medida que pasaban las semanas y los meses, se iba convirtiendo en una figura reconocida de la extrema derecha y en un activo esencial para el NSDAP. Pero, por aquel entonces, todo parecía todavía sin una dirección clara: Hitler despertaba excitación y emoción, pero para ningún fin concreto. Puede que estuviera diciendo la verdad cuando, en repetidas ocasiones, negaba cualquier ambición personal

«EL HOMBRE DEL SUR, ALLENDE LOS ALPES»

El papel de Italia en la Gran Guerra había sido complicado. Siendo una de las «potencias centrales», junto con Alemania, el Imperio Austro-Húngaro y la Turquía otomana, no compartió la decisión de ir a la guerra. De hecho, en la primavera de 1915 entró en el conflicto con el bando aliado, así que salió victoriosa. Pero no se sentía vencedora: con su economía exhausta, Italia había luchado para conseguir algún tipo de recompensa, sobre todo, después de que la conferencia de Versalles hubiese despreciado sus exigencias territoriales.

La polarización política era inevitable: había inquietud industrial y agraria, malestar entre la clase media urbana y los terratenientes rurales, y un gobierno

liberal sitiado por todas partes. Benito Mussolini (1883-1945), periodista y antiguo socialista que había ido a la cárcel por sus críticas a la participación de Italia en la reciente guerra «imperialista», estaba desencantado con sus antiguos camaradas de la izquierda. El Partido Fascista que fundó en 1919 tomó el nombre de las *fasces* (el haz de varas con el hacha para cortarlas) que lucían como insignia de autoridad los ediles que habían mantenido el orden en la Antigua Roma.

El atractivo del fascismo era su autoritarismo, y la denominación de Mussolini como *Il Duce* («El Líder») era clave para su mensaje. Era autoritario explícitamente y de una forma estética,

o eso parece a juzgar por sus jóvenes Camisas negras pavoneándose por las calles y plazas de las ciudades. Todo se puso más serio cuando, en la tarde del 27 de octubre de 1922, diez mil de estos *Camicie Nere* confluyeron en la capital del país. Cuando el gobierno pidió a Víctor Manuel III que declarase un estado de emergencia, el rey se negó rotundamente. Había dejado la puerta abierta para que Mussolini estableciera la primera dictadura fascista en Europa y el objetivo político al que también apuntaría Hitler.

La marcha de Mussolini sobre Roma enseñó a Hitler cómo una demostración de fuerza puede comportar poder real.





Hitler y unos simpatizantes posan junto a un monumento decorado con una corona alrededor de 1920: los nazis se apropiaron del valor de los héroes del pasado.

más allá de ser el «tamborilero» cuyo ritmo hipnótico pondría en marcha a sus compatriotas.

Sin embargo, en el verano de 1921, los disidentes del partido aprovecharon la ausencia de Hitler en Berlín con Dietrich Eckart para intentar fusionarse con el Partido Socialista Alemán (DSP), que, a pesar del nombre, era otro grupo de extrema derecha. No tenemos forma de saber si ese había sido siempre su plan o fue solo una reacción improvisada ante los últi-

mos acontecimientos, pero Hitler aprovechó la crisis para hacerse con el poder. Amenazando a Drexler con su dimisión si no le entregaba el liderazgo, dejó al fundador del DAP sin opciones reales. Hitler se había hecho tan fundamental para la suerte de su partido que era inconcebible dejar que se fuera.

Ya al mando, empezó a dar rienda suelta a sus fantasías de poder, fijándose en Italia, donde Benito Mussolini estaba dejando

huella. Fascinado por la «marcha sobre Roma» del Duce, observaba: «¡Cuán diminutos aparecen comparados con Mussolini nuestros actuales pseudoestadistas en Alemania y cómo nos sentimos indignados cuando esas nulidades se atreven a criticar a un hombre mil veces superior a ellos; y cuán doloroso es pensar que eso sucede en un país que hace poco menos de medio siglo tenía un dirigente del tipo de Bismarck!».



Hitler posa de pie, flanqueado por dos de sus Camisas pardas en 1923. Para entonces ya ejercía un poder real.

LA POLÍTICA COMO ESCENIFICACIÓN

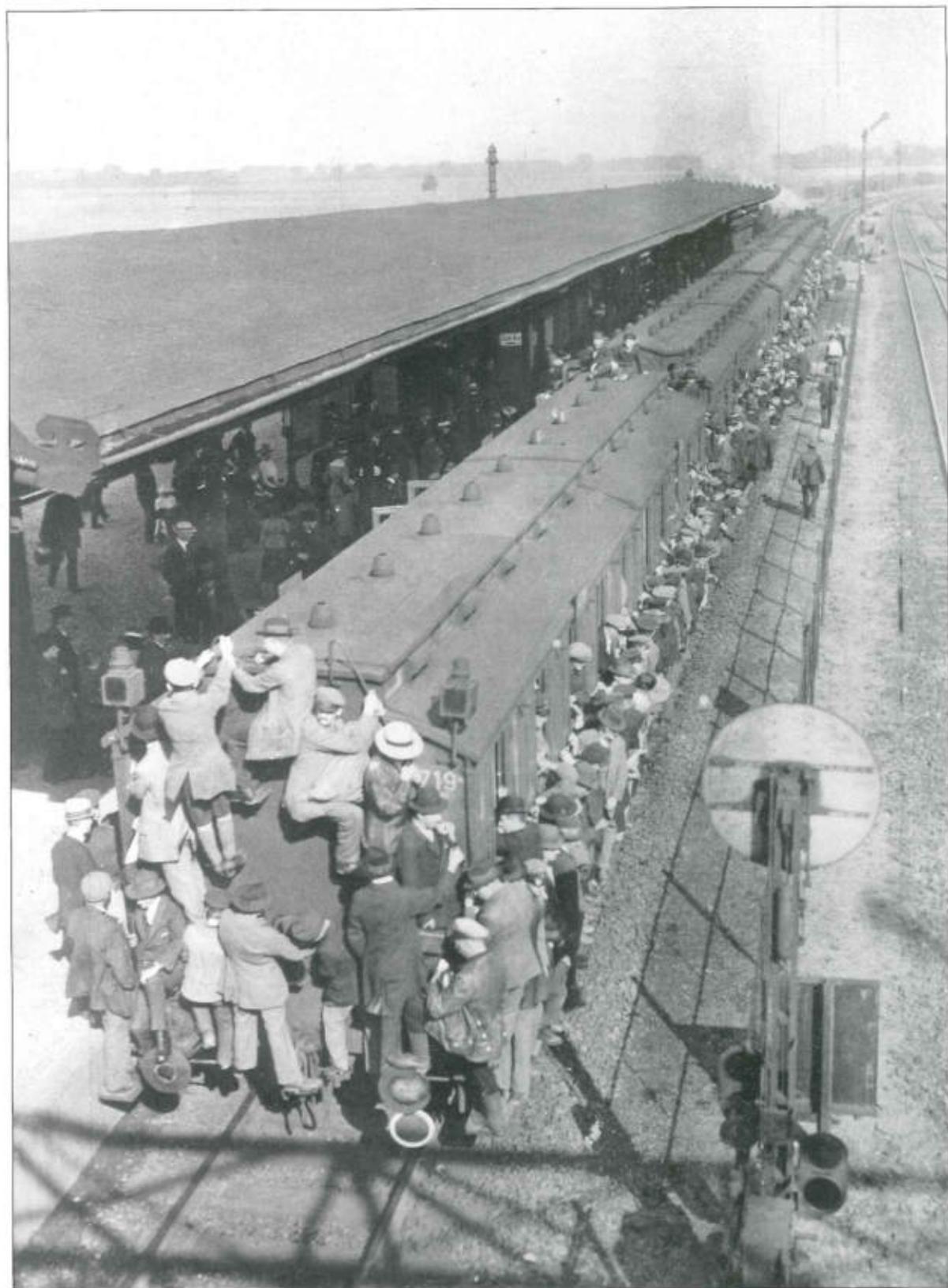
La marcha de Mussolini sobre Roma no había sido un golpe cualquiera. Los Camisas negras no se habían hecho realmente con el poder. Lo que escenificaron en la capital italiana fue una simple demostración de fuerza. Sin embargo, al mismo tiempo, en lo que a política se refiere, la percepción de la fuerza es lo que cuenta en realidad. Hitler ya había seguido el ejemplo del Duce dotando de un estilo paramilitar a su *Sturmabteilung* (SA). Esta «guardia de asalto», formada por vándalos uniformados indispensables para dar palizas

a los judíos y defender las reuniones nazis contra enemigos izquierdistas, era igual en todo a los Camisas negras, salvo en el color de la camisa, pues la suya era marrón.

Aunque esta moda paramilitar sentaba bien a las fantasías de macho de los jóvenes seguidores de Hitler, también atrajo a muchos civiles ordinarios. La aparente impotencia de los políticos parlamentarios y la parálisis de una economía golpeada por constantes huelgas alimentaron el anhelo de una política que actuase con decisión para «que se hicieran las cosas». Tal vez, paradójicamente, el ejército era la

única institución a la que nunca se culpó de la derrota de Alemania. Muchos confiaban en el militarismo para sacar al país del caos. Recordemos que los SA no eran verdaderos soldados, pero era la percepción lo que importaba. Mussolini había demostrado que un ardid dirigido con habilidad podía contribuir a asegurar el poder político real. Hitler estaba decidido a hacer lo mismo.

Página derecha: Las huelgas de 1922, aunque en apariencia eran una demostración de fuerza de la izquierda, dieron a Hitler y sus Camisas pardas la oportunidad de ganar influencia.





Página anterior: El apoyo de Ludendorff a Hitler fue una sorpresa para muchos alemanes, pero compartía con los nazis el sentimiento de que su patria había sido traicionada.

REALIDADES DESALENTADORAS

No sorprende que este tipo de teatro atrajese: no había nada ni lo más mínimamente tranquilizador en la vida alemana en ese momento. Para finales de 1922, la

inutilidad de los políticos «ejecutores» había quedado patente. En diciembre, Alemania no realizó las entregas de madera y carbón que tenía que hacer a Francia y Bélgica y estos vecinos mostraron su enfado enviando tropas a la cuenca del Ruhr. Era una ignominia y, cuando el gobierno de Weimar pidió a la población de esa región minera e industrial que ofreciese resistencia pasiva, la respuesta fue espectacular: las huelgas resultantes duraron semanas, meses.

Pero cualquier atisbo de satisfacción duraría poco. En julio de 1923 quedó más claro todavía lo cara que estaba pagando Alemania esta expresión de orgullo patriótico. Para septiembre, la lucha ya le costaba 40 millones de marcos de oro al día en beneficios. Al fabricar más dinero para pagar a los huelguistas por ser poco productivos, la República estaba alimentando la hiperinflación. Una barra de pan costaba 200 000 000 000 de marcos.

PUTZI Y MÚNICH

Uno de los amigos más íntimos de Hitler en esta época fue el joven editor germano-americano Ernst Hanfstaengl (1887-1975). «Putzi», como se le conocía popularmente, había nacido y crecido en Múnich, pero en la adolescencia pasó varios años en EE. UU., de donde era oriunda su madre; estudió en Harvard y se graduó en 1909.

Estando al frente de la oficina en Nueva York de la casa editorial de su padre, conoció a personalidades como el senador Franklin D. Roosevelt (1882-1945) y la escritora bohemia Djuna Barnes (1892-1982), con quien llegaría a prometerse. Sin embargo, molesto por el sentimiento antialemán en América, rompió el compromiso y volvió a casa después de la guerra.

Aun así, tenía amigos americanos; de hecho, fue por ayudar a un diplomático conocido suyo que acudió a escuchar hablar a Hitler en 1922. Se convirtió de



Durante años, el germano-americano Ernst Hanfstaengl estuvo al lado de Hitler, para quien fue un importante enlace con un mundo político más amplio.

inmediato y enseguida entabló amistad con el futuro dictador. Sin embargo, cuando los nazis llegaron al poder, se enemistó con Joseph Goebbels (1897-1945). Al final, creyendo que era víctima

de un complot para asesinarlo, huyó. Los británicos lo arrestaron y pasó los años de la Segunda Guerra Mundial encerrado, hasta que lo liberaron y repatriaron a Alemania.

EL PUTSCH DE MÚNICH

En este contexto, Hitler empezó a planear lo que pasaría a la historia como «el *putsch* de la cervecería». (*Putsch* en alemán es «golpe de Estado»). Su creciente ambición y poder persuasivo se vieron acentuados por el éxito al reclutar al distinguido general Erich von Ludendorff (1865-1937) para su conspiración. Ludendorff era conocido por su adopción intensamente nacionalista de la teoría de la «puñalada en la espalda» para

la derrota de Alemania, así que, desde un punto de vista ideológico, su participación no resulta sorprendente. Pero era una figura de fama nacional y, por lo general, respetada por su integridad. Conseguir su respaldo fue un gran logro.

Ni Hitler ni Ludendorff eran bichos raros por su frustración con la situación económica y el *statu quo* político. Los conservadores de toda Alemania ya estaban en pie de guerra. Baviera, a través de su comisionado con-

Hitler marchó a la cabeza de seiscientos soldados de asalto nazis

servador Gustav Ritter von Kahr (1862-1934), amenazaba con abandonar la República. Había anunciado una gran convención en la *Bürgerbräukeller* de Múnich (una enorme cervecería que solían utilizar para este tipo de eventos) para la tarde del 8 de noviembre, con el fin de fomentar el entusiasmo por el movimiento.

Adolf Hitler flanqueado por Alfred Rosenberg (izquierda) y el veterinario Friedrich Weber, que conspiraron con él en el *putsch* de Múnich.





Los soldados de asalto esperan, desafiantes, la señal para entrar en acción antes del *putsch* de Múnich de noviembre de 1923.

Al final, secuestraron la reunión; su atrevido plan fue eclipsado por uno más osado todavía cuando Hitler marchó a la cabeza de seiscientos soldados de asalto. No contentos con la secesión bávara, él y sus correligionarios (entre los que se incluían Hermann Göring y Rudolf Hess) exigían una verdadera «revolución nacional». Von Kahr, encantado al principio por lo que parecía la aparición de un refuerzo político y una fuerza militar formidables, se echó atrás cuando comprendió la magnitud del fervor de los nazis y retiró su apoyo rápidamente.

EL GOLPE FRACASA

Hitler pidió a todos los presentes que se uniesen a él y su guardia de asalto para marchar, al estilo de Mussolini, sobre Berlín, donde precipitarían la dimisión del Gobierno y se harían con el poder. Llegaron hasta un barracón del ejército cercano y lo ocuparon, igual que la comisaría de policía local, armándose para la siguiente fase de su marcha triunfal hacia el poder.

Al final, todo acabó ignominiosamente a la mañana siguiente, cuando, al verse rodeados por las fuerzas gubernamentales, se dispersaron y huyeron. No fue

para nada el encuentro heroico que había prometido Hitler. De hecho, casi habría resultado hasta cómico de no haber sido por la pérdida de vidas: cuatro agentes de policía cayeron en el asalto a la comisaría y dieciséis nazis murieron en la breve batalla con las tropas.

Hitler, a quien encontraron escondido en la casa cercana de su amigo y coconspirador Ernst Hanfstaengl, fue arrestado y llevado a juicio, acusado de alta traición. Fue declarado culpable de planear la caída del Estado y condenado a cinco años de cárcel, que cumpliría en la prisión de Landsberg, fuera de Múnich. Había empezado la caza para Hitler.



MI LUCHA, MI TRIUNFO

El *putsch* de Múnich había resultado ser un fiasco y la marcha sobre Berlín un anticlímax, pero el entusiasmo de Hitler permanecía decididamente (tal vez, de modo demente) intacto. A pesar de la gravedad de sus deficiencias, su capacidad para dejar los fallos a un lado y seguir presionando sería clave para su triunfo definitivo.

La reacción de Hitler a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial había sido muy extravagante, pero también racional. Había reconocido la humillación de su país como lo que era. Podemos hacernos idea de hasta qué punto llegaba su desilusión personal viendo cómo parece haber percibido su detención y encarcelamiento como una especie de victoria heroica, una que merecería la pena recordar en unas memorias con el casi cómico título de autoglorificación *Mein*

Página anterior: El Führer alimenta a un cervatillo; el futuro arquitecto del holocausto aparece aquí retratado como un protector solícito y benevolente de la prístina naturaleza alemana.

Kampf («Mi lucha»). Cuando se publicó en 1925 (aparecería un segundo volumen al año siguiente), este tocho lleno de despotriques no tuvo muchos lectores, pero en pocos años Hitler llegaría al poder y su libro se convertiría en un *best seller*.

ANTEPASADOS ILUSTRES

Boecio escribió *La consolación de la filosofía* cuando el rey godo Teodorico lo envió a prisión en Constantinopla en el año 524. Siglos después, Martín Lutero aprovechó su confinamiento en el castillo de Wartburg para traducir el Nuevo Testamento del griego al alemán. Napoleón Bonaparte, que acabó su vida prisionero en Santa Elena, dictó allí su versión de una de las mejores biografías de la era moderna. Si

estos héroes de pensamiento, fe y acción militar habían podido hacerlo, Adolf Hitler también podría. Parece ser que, para él, el encarcelamiento fue una especie de vindicación; un reconocimiento oficial de su importancia y de su condición de mártir.

Esa era la tradición en la que, consciente o inconscientemente, *Mi lucha* estaba pensada para encajar. Más que un género, la «literatura de prisión» es un «club» exclusivo al que Hitler estaría comprensiblemente encantado de tener la oportunidad de pertenecer. La ambientación en la prisión muestra el compromiso heroico del autor-protagonista, su autonegación asceta, su renuncia a las libertades y placeres mundanos y a la sociedad en el nombre de una causa enfatizada

simbólicamente por el suelo de baldosa y las paredes grises de su celda. Su propia situación pone de manifiesto la amenaza que su filosofía representa para las autoridades y su *statu quo*: él habla de principios que ellos no pueden dejar salir.

Naturalmente, la realidad puede ser bastante diferente: la condena a cinco años de Hitler ter-

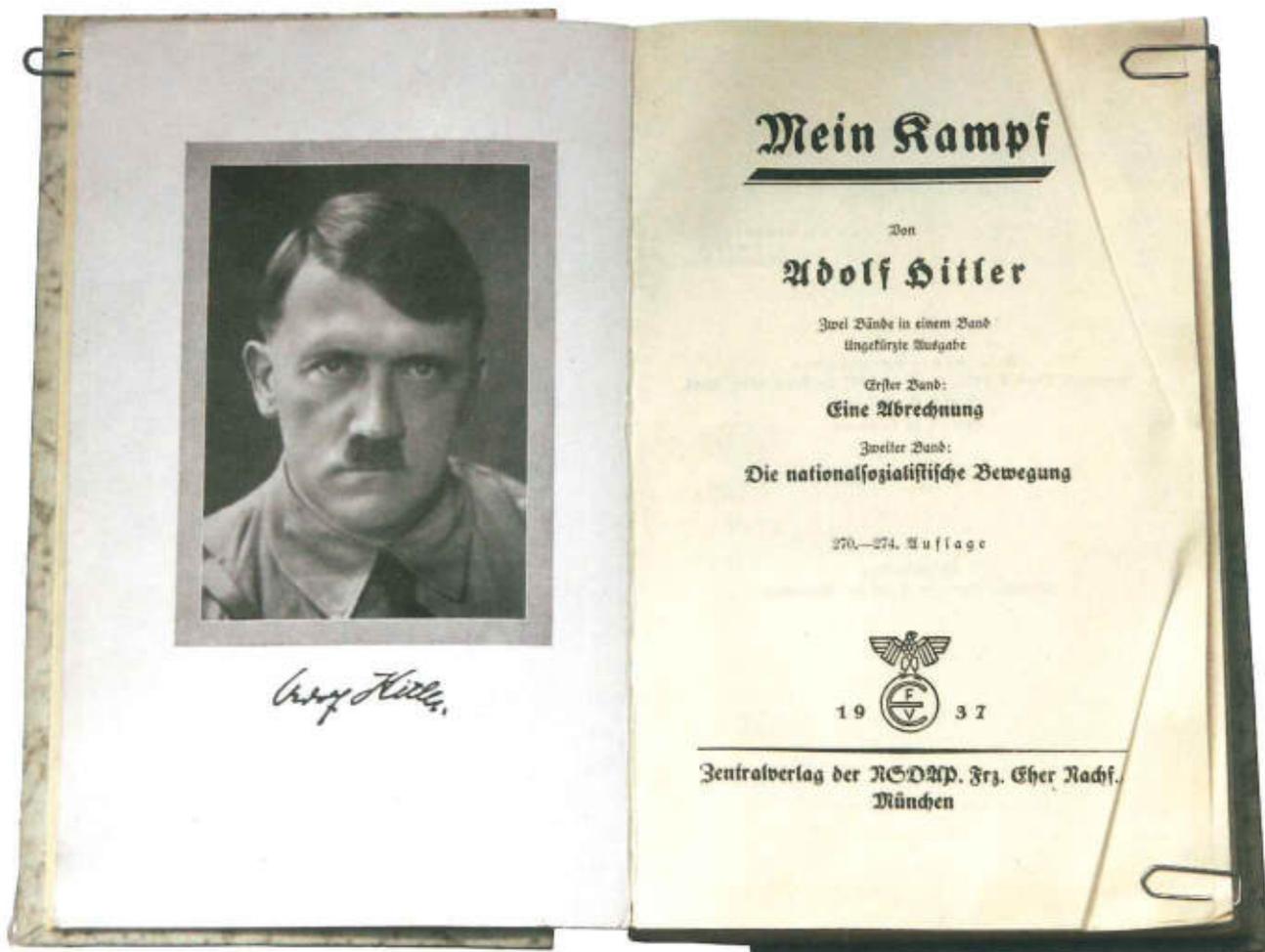
De nuevo destacan los ojos en la foto de portada de *Mi lucha*, unas memorias que vienen a ser un comentario explicativo de esa mirada cautivadora.

minó en menos de nueve meses, Landsberg no era tan mala como otras prisiones y, lejos de ser un rebelde, Hitler parece haber hecho bastante la pelota a los guardias, más sorprendidos por su notoriedad que escandalizados por sus opiniones.

Tan lejos estaba de ser un contemplativo solitario que pudo dictar sus memorias a su leal secretario, Rudolf Hess, que estaba con él dentro. Da igual: la literatura de prisión ya tenía su caché bien marcado y el poder de autodramatización de Hitler haría el resto.

CONTEMPLAD EL MANIFIESTO

¿Y qué pasa con el propio libro? Como sugiere el subtítulo, *Retrospección*, el primer volumen es un resumen, un inventario: el contenido biográfico solo interesa para las conclusiones generales a las que lleva. El problema para el lector imparcial ahora no es tanto la cuestionable fiabilidad de una narración que se basa en la autoestima como la clara subordinación que hace de lo personal a lo político. No nos da en absoluto ninguna idea de Hitler como individuo, ni nos la



Hitler fue un preso modélico, pero la cárcel le «convirtió» en un héroe para sus seguidores, dando credibilidad a su filosofía política.

podemos hacer nosotros, aunque el «yo» sea una presencia constante en el libro.

Su contenido autobiográfico establece lo que es, de una forma bastante evidente, una personalidad pública y política y una plataforma desde la que se puede predicar una filosofía de «nación» y «raza». Estamos familiarizados con lo básico: Alemania, un país otrora orgulloso venido a menos, con su población de raza pura vendida por las maquinaciones de los judíos, está envuelta en el socialismo internacional y las altas finanzas.

Al principio las ventas iban despacio, pero eso no era relevante para un volumen cuya importancia en ese momento era más como talismán que como cualquier otra cosa. Por útil que pudiese resultar como cartilla propagandística para reclutar nuevos nazis, su principal virtud era el aire de legitimación que confería a Hitler como autor y a su NSDAP en una época y cultura que todavía respetaba la palabra escrita. Igual que Martín Lutero había sacado adelante su reforma mediante la publicación de su Biblia en alemán, Hitler esperaba hacer la historia moderna de Alemania con *Mi lucha*.

¿SEGUIR LA MARCHA O HACER TIEMPO?

La respuesta inmediata fue decepcionante. *Mi lucha* había dado aliento a Hitler y los nazis para



sentir que todavía valía la pena luchar, pero no parecía que fuesen a cautivar a los alemanes. La afiliación al partido, que en 1921 era de unos 2000 miembros, había subido a 6000 para finales de 1922, antes de dispararse a 55 000 en la época del *putsch* de Múnich. Pero, desde entonces, había caído a menos de la mitad.

Aunque las reuniones interminables en las cervecerías y los tratos en la trastienda continuaban, no tenían perspectivas de éxito en un futuro cercano.

Tampoco ayudaba que las dolencias económicas de Alemania fuesen mejorando cuando el país entró en lo que se conocería como «los felices años



Las autoridades de Landsberg no podían haber puesto a Hitler más cómodo. Aquí se está relajando con Rudolf Hess (segundo por la izquierda) y otros.

veinte». En 1924, el plan Dawes (llamado así por el vicepresidente de EE. UU. Charles G. Dawes [1865-1951] que lo introdujo) había contribuido a reducir la carga de las reparaciones de guerra. Al final, un movimiento que se había originado en el caos que siguió a la Primera Guerra Mundial y el Tratado de Versalles no podría ganar impulso si no sucedía otro desastre.

PERSONALIDAD Y CULTO

El comentario que fue atribuido a Goebbels («¡Mitad plebeyo, mitad

dios!») cuando terminó de leer *Mi lucha* en octubre de 1925 refleja la peculiar mezcla de adoración y desdén que sentía un seguidor por su líder Adolf Hitler. A Joseph Goebbels (1897-1945) le llamaban medio en broma el «pequeño doctor» por su baja estatura; además, la polio le había dejado el pie izquierdo lisiado en la infancia y su humillación se agravó cuando lo rechazaron para el servicio militar en la Primera Guerra Mundial. Se cree que su arrogancia personal, antisemitismo virulento, cinismo

corrosivo y suspicacia exagerada eran una forma de compensar un profundo odio a sí mismo. Aunque era también un bohemio fracasado, fue un intelectual más convincente que su líder. Escribía poesía y ensayos y, en 1926, publicó hasta una novela.

En un principio, más atraído por el «socialismo» del NSDAP que por su nacionalismo, Goebbels había apoyado al sector anticapitalista del partido, liderado por Gregor Strasser (1892-1934). Creían que, cuando se consiguiesen los derechos

SALUDO PERSONAL

El saludo con el brazo extendido, desaprobado incluso en países en los que no es explícitamente ilegal, está asociado de forma intrínseca al nazismo, a pesar de que Hitler y sus seguidores lo habían adoptado de Mussolini y sus fascistas, para quienes había sido el (convenientemente nativista) saludo «romano». No hay

pruebas arqueológicas que justifiquen esa etiqueta, pero parece el tipo de cosas que podrían haber hecho los antiguos romanos.

Sin embargo, Hitler lo hizo suyo, igual que haría con su partido y su país. Obligatorio a partir de 1926, se conocía en Alemania como el «saludo a Hitler» y tenía que ir

acompañado del grito «¡Heil Hitler!». De ese modo, daba al Führer una presencia, al menos simbólica, en todas las interacciones, ya fueran oficiales o simplemente sociales, entre los miembros del partido (y al final, en la época del estado totalitario de la década de 1930, entre todos los ciudadanos alemanes).



Listos para empezar las excavaciones para la construcción del Reichsbank, los obreros saludan a su líder con el brazo extendido al estilo nazi.

de los trabajadores y la justicia social, surgiría un sentimiento orgánico de nacionalidad. Mientras Hitler estaba en Landsberg, Strasser y sus seguidores habían logrado llevar al partido en la dirección que ellos querían. En 1925, incluso habían organizado un golpe izquierdista contra Hitler, pero perdieron la oportunidad y su autoridad se restituyó rápidamente.

Que Hitler y Goebbels pudieran superar esta traición para entablar una buena relación política y personal dice mucho de la flexibilidad ideológica del primero y del pragmatismo del segundo. Con su inteligencia intuitiva, a pesar de su conocida volatilidad y furia, Hitler podía, si hacía falta, hacer la vista gorda a una ofensa personal cuando había en juego objetivos más a largo

plazo. (Que podía guardar rencor también quedó demostrado con la suerte que corrió Gregor Strasser en la noche de los cuchillos largos una década después, entre otros muchos ejemplos). Ciertamente, Goebbels demostró ser un activo enorme y se esforzó más que nadie para hacer realidad la visión de su líder de un movimiento nacional socialista que conjugaría estética, emociones y política «pura».

Goebbels demostró ser un activo enorme para la visión de su líder

Por ejemplo, fue Goebbels quien transformó la historia de Horst Wessel, un activista asesinado en una pelea callejera en 1930, en un potente mito de martirio y, como director de propaganda del NSDAP en el Reich, fue el mayor mitificador de Hitler. «Nación», «sociedad», «Alemania», los «obreros»,..., todas las palabras del nombre del NSDAP eran abstracciones efectivas. En la personalidad del Führer encontraban un emblema y una fuerza viva. En la naturaleza

Izquierda: Obstinado como nadie, Gregor Strasser tenía sus propias ideas sobre la dirección política que debía seguir el partido y, al final, le llevaron a un fatal desenlace.

Página derecha: Goebbels compensó su pequeño tamaño y poco carisma con devoción personal, fervor político y genio propagandístico.





Convertido en héroe por sus hazañas como piloto en la Primera Guerra Mundial, Hermann Goering fue un notable comandante de la SA en 1923.



del nazismo, el mito, la retórica y la realidad se relacionaban íntima y dinámicamente. Un discurso demagogo de Goebbels encendería la mecha de la *Kristallnacht* en 1938.

ALTOS VUELOS

Otro amigo de aquellos tiempos fue Hermann Goering (1893-1946), que llegaría a ser comandante en jefe de la *Luftwaffe*. Era un as de la aviación, un héroe de la Primera Guerra Mundial y, en 1922, fue elegido para liderar a los Camisas pardas de la SA. Veterano del *putsch* de Múnich al año siguiente, derramó sangre por la causa nazi cuando le dispararon (con la consiguiente ignominia) en

Goering había derramado sangre por la causa nazi tras recibir un disparo en la pierna

la pierna. Después de esos inicios un tanto ridículos, ayudó a establecer algunas de las instituciones secretas de represión del estado nazi, incluida la Gestapo; también participó en la planificación

y puesta en marcha de los primeros campos de concentración. En 1934, fue el cómplice de Hitler en la organización de la noche de los cuchillos largos y también fue el gran beneficiario, ya que le supuso el ascenso a una posición de liderazgo dentro de la SA. Junto con Hitler y Goebbels, fue uno de los principales arquitectos de la «Solución final». Tras ser condenado en 1946 por sus crímenes de guerra, se suicidó en su celda.

Rudolf Hess (1894-1987) fue ministro de Estado a partir de 1933. Conoció a Hitler en 1920 y enseguida encontraron

Rudolf Hess (en el centro) posa con otros conspiradores fuera de la *Burgerbräukeller* en las horas previas al fallido *putsch* de Múnich.





Rodeado de soldados de asalto, Heinrich Himmler sostiene el estandarte del nazismo en el punto álgido del *putsch* de Múnich en 1923.

intereses comunes en la extrema derecha. Hess, que estudiaba Geografía después de haber servido en la Primera Guerra Mundial, tuvo una gran influencia en la formulación de las teorías de *lebensraum* de su amigo.

Aunque después se hiciese famoso en Occidente por su vuelo en solitario a Escocia en 1941 en busca de la paz (o, al menos, de la alianza aria), Hess era un discípulo dispuesto y entusiasta de Adolf Hitler. A su lado, durante el

putsch de Múnich, cumplió condena con Hitler en Landsberg, donde, como su secretario, transcribió al dictado *Mi lucha*.

Entre los presentes en la *Bürgerbräukeller* para el *putsch* de Múnich, también se encontraba Heinrich Himmler (1900-1945), que ejercería un poder inmenso y cruel como *Reichsführer-SS* y jefe de la Gestapo. Pero, de momento, con sus gafas y aspecto serio, parecía una figura anónima, incluso tímida. La idea de «talento

administrativo» podría haber sido un oxímoron para Hitler o Goebbels, tal vez por eso quedaba claro que necesitaban en el partido a alguien con esa cualidad. Desde luego, Himmler la tenía. Sin él, ni el NSDAP ni el estado nazi se habrían convertido en lo que fueron. Su instinto organizativo quedó espeluznantemente patente en la ambición detallada de sus planes para perfeccionar la raza superior germánica por medio del asesinato masivo y la reproducción selectiva.

Reinhard Heydrich (1904-1942) llegó al poder a la estela de

Himmler. Relativamente tarde, entró a formar parte de la causa de NSDAP tras ser expulsado de la marina alemana con deshonor a principios de la década de 1930. Lo del deshonor es discutible: por dolorosa que fuese la decisión de romper el compromiso con otra mujer para casarse con Lina Mathilde von Osten (1911-1985) el matrimonio resultó ser duradero.

Fue un matrimonio de dos fascistas y parece ser que Heydrich entró en los círculos nacional-socialistas por mediación de la amplia familia de Lina. Allí, su contoneo militar y estereotípico aspecto «ario» llamaron la atención de Himmler (¿como un «alter ego» idealizado?). Pero, a pesar de eso, siempre le persiguieron los rumores (nunca probados, pero persistentes) de que

tenía una «impureza» ancestral judía. Es posible que estos rumores alimentaran la inseguridad crónica y paranoia viciosa que no se entendería de otro modo en un individuo que parecía el auténtico «superhombre» nazi.

En Europa oriental se conocía a Heydrich como la «bestia rubia». Empezó a organizar la reclusión y el exterminio de los judíos de Polonia justo después

AMOR Y LEALTAD

Nadie llegó tan lejos con el Führer como Ernst Röhm (1887-1934). Se encontraron por primera vez en 1919. Ambos jóvenes tenían mucho en común, no solo sus experiencias durante la Primera Guerra Mundial. Se ha sugerido que la homosexualidad, que estaba latente (si es que estaba) en Hitler, era abierta y descarada en Röhm. Ni él ni su adjunto Edmund Heines (1887-1934) ocultaron una sexualidad que ellos entendían como una expresión extrema de camaradería militar. Lejos de ser afeminados, en esta concepción, los homosexuales eran hiper-masculinos, en vez de tiernos y gentiles, eran capaces de una violencia brutal.

Hitler, que era notablemente reservado, incluso secreto con sus sentimientos y los aspectos íntimos de su vida, no

hizo ningún esfuerzo por demarcar del comportamiento de su amigo. Al contrario, permitía a Röhm (y solo a Röhm

entre todos los dirigentes nazis) tutearlo. No tenemos forma de saber si esto demuestra cuál era su orientación sexual, como han apuntado algunos historiadores, o simplemente obedece a la negativa del Führer a someterse a los mismos tabúes sociales que hombres inferiores. Además, para 1934, ya daba igual. Si el continuo apoyo de Hitler a Röhm frente a las críticas había demostrado una lealtad duradera, igual de impresionante fue su voluntad de renunciar a esa aparente lealtad cuando le convino: temiendo el poder que su amigo empezaba a acumular al frente de la SA, marcó a Röhm como primer objetivo en «la noche de los cuchillos largos».

Ernst Röhm parece haber estado más cerca de Hitler que ninguna otra persona, pero esa cercanía acabaría hundiéndolo.





El hombre de acción ario Reynhard Heydrich, fotografiado aquí con su traje de esgrima, era prácticamente la encarnación del ideal masculino nazi.

de la invasión alemana en 1941, antes de trasladarse a Praga para ver la «pacificación».

Al año siguiente, durante un trayecto rutinario por la ciudad en un coche descapotable, fue asesinado por agentes checos respaldados por Gran Bretaña que le dispararon y lanzaron una bomba debajo de su coche. A consecuencia de aquello, miles de personas murieron en Checoslovaquia y en Berlín como represalia.

«MÁS FUERTE CUANDO ESTÁ SOLO»

En retrospectiva, el desarrollo más relevante de estos años por lo demás tranquilos en la historia del NSDAP fue la cimentación constante de la supremacía de Hitler en el partido, no solo como dirigente político, sino también como ideólogo: Hitler insistía en que el líder de los nazis debería ser ambas cosas. El segundo volumen de *Mi lucha* destaca por

su insistencia en la necesidad de *lebensraum*, o «espacio vital» para la Alemania expansionista, pero también trabaja para hacer entender la necesidad de un «gran líder».

Hitler insistía en que el líder nazi tenía que ser un teórico

«El fuerte es más fuerte cuando está solo», dice citando al poeta romántico alemán Friedrich Schiller (1759-1805) al rechazar la sugerencia de que el NSDAP debería aliarse con otros grupos. Pero se sentía igual respecto a compartir el liderazgo. Independientemente de cuántos miembros llegase a conseguir el partido, debía ser siempre una «pirámide» con un único líder en la cúspide, afirmaba.

La insistencia de Hitler en que el líder nazi tenía que ser un «teórico» puede parecer absurda dada la banalidad de todo lo que se publicó como su «pensamiento». Pero realmente es lo que creía, no solo un astuto cálculo de que esta regla ayudaría a evitar su usurpación oportunista. Se tomaba muy en serio su estatus visionario.

DEPRESIÓN... Y EUFORIA

El *crack* de Wall Street en octubre de 1929 era el desastre que Hitler estaba esperando. La caída de la bolsa de Nueva York provocó un terremoto en todo el mundo. En ningún sitio fue más devastador que en Alemania, donde

la tasa de desempleo se disparó a la estratosfera al tiempo que el poder adquisitivo de la moneda caía en picado. La demanda cayó abruptamente, generando oleadas de despidos. Cuando el impacto del *crack* dio paso a la profunda recesión que se conocería como «la Gran Depresión», la fe del pueblo en las instituciones

se derrumbó rápidamente. De nuevo, como después del desastre de la guerra, los paliativos que ofrecían los políticos constitucionales parecían desafortunadamente inadecuados al lado de las promesas de los extremistas de izquierda y derecha.

Huelgas y paros, cierre de fábricas, una caída de la inversión,

un Gobierno en una evidente espiral de impotencia y pánico... ni en los sueños de Hitler y sus secuaces podía haber un escenario mejor para promover su ideología de odio. Cuando se disparó el desempleo (que llegó hasta cuatro millones a finales de 1931), también lo hizo el apoyo al NSDAP, que para entonces se jactaba de contar con 800 000 miembros. «Jactarse» es la palabra adecuada, ya que existe la

Soldados repartiendo comida a personas que se sentían doblemente derrotadas: primero en la Gran Guerra y ahora en la Gran Depresión.



sospecha de que los dirigentes del partido exageraban la cifra. Aun así, los investigadores calculan que había, como mínimo, unas 300 000 personas con el carné nazi.

¿CASADO CON SU TRABAJO?

Hitler ya era político, una figura pública. ¿Qué pasaba en su vida privada en aquella época? Ya entonces, a él le gustaba dar a entender que sus responsabilidades como líder no le dejaban tiempo para una vida personal y puede que en parte fuese cierto. Parece ser que vivía para su trabajo, encadenado a una rutina inagotable de mítines y reuniones, y leía y escribía con un entusiasmo voraz. Como hemos visto,

el NSDAP era todo suyo; no era simplemente su cara pública, sino también sus entrañas y su cerebro. No delegaba, posiblemente no podía hacerlo por culpa de su paranoia, quería controlar a todos sus miembros y todos sus movimientos.

Un personaje así tendría muy poco tiempo para relaciones personales; seguramente, no le parecerían importantes para su vida. Los camaradas de Hitler le recordaban en sorprendentes posturas tímidamente galantes cuando trataba con mujeres, flirteando y piropeándolas, pero sin admitir jamás a ninguna en su círculo privado ni, por lo que parece, compartir momentos íntimos.

Si, como se ha dicho, su sexualidad era una preocupación adi-

cional o temía no estar a la altura, no es difícil imaginarlo dejando que corriera el aire en sus relaciones íntimas. Sin embargo, hay indicios que apuntan a que su imagen de hombre casado con sus responsabilidades era exagerada. Muchas especulaciones se han centrado en su relación con una sobrina.

¿UN ASUNTO FAMILIAR?

Geli Raubal (1908-1931) era la hija de Angela, hija de Alois y Fanni Matzselberger. También se llamaba Angela («Geli» es un diminutivo habitual), lo que hace tal vez que todo suene más raro. Angela madre, que llevaba años distanciada de su hermanastro, fue a visitarle a Landsberg y parece que retomaron la relación.

¿LA QUE SE ESCAPÓ?

Maria Reiter (1911-1992), que cuando conoció al líder nazi era una dependienta de dieciséis años en la alpina Obersalzberg, estaba destinada a convertirse en una presencia enigmática pero persistente en su vida. Incluso si creemos su testimonio (revelado muchos años después), solo estuvieron juntos como amantes breve y ocasionalmente. Siguiendo con lo que parece haber sido un patrón habitual entre las compañeras sentimentales de Hitler, Maria intentó suicidarse en 1928. Se ahorcó, pero su hermano la encontró y cortó la cuerda. Después, parece que se reconcilió con las vicisitudes de una relación de «sí pero

no», que era más tiempo no que sí. La relación sobrevivió al matrimonio de Maria con el oficial de la SS Georg Kubisch en 1936: parece ser que Hitler siguió viéndola hasta 1938 (cuando, según Maria, empezó a contar sus penas a Eva Braun). No tenemos forma de confirmar si es cierto que, como sostenía Reiter, Hitler le había pedido varias veces que se casase con él, pero su hermana Paula corroboró la importancia que tuvo en su vida.

Maria Reiter, una dependienta que, por lo que parece, enseguida se convirtió en la amante del Führer. En realidad, se sabe muy poco de aquella historia.





Hitler relajado en una tumbona junto a su sobrina, Geli Raubal, en algún momento cerca de 1930.

En 1925, empezó a trabajar para él como ama de llaves con sus dos hijas, Geli y Elfriede. Geli tenía solo veintiún años, casi la mitad que su tío, cuando en 1929 se trasladó a su nuevo piso en Prinzregentenplatz. En las semanas y meses siguientes, se les vio a menudo juntos por Múnich, paseando o en los bares en los que Adolf quedaba con sus amigos. Decididamente, se llevaban bien; de hecho, se veía que estaban muy unidos. El cotilleo era inevitable, aunque no haya pruebas de nada.

Seguramente, la psique de Hitler estaba muy influida por su origen en un complejo contexto familiar con una cercanía que rozaba lo siniestro, que él estaría

agrandando si tuviese relaciones sexuales con Geli. ¿Hace eso que una relación entre ambos fuese menos probable o más? Es imposible de decir. Parece que la vida emocional e íntima de Hitler era compleja; el impacto de su entorno familiar podría haber sido muy perverso.

Fuese cual fuese la naturaleza de su relación, llegó al final más abrupto cuando el 19 de septiembre de 1931 Geli fue hallada muerta de un disparo con la pistola de Hitler. Se dice que había estado hablando de abandonar Viena, harta de lo hiperposesivo que era su tío. ¿La había matado él? O, dado que todos los testimonios lo sitúan en Núremberg en el momento de la muerte de

Geli, ¿había dado orden de que la asesinaran? O, tal vez lo más probable, ¿se había suicidado ella...? Para entonces, Hitler ya se había granjeado una colección de enemigos y entusiastas tan grande y locuaz que era imposible adivinar la verdad entre la calumnia y la especulación. Esa posibilidad se desvaneció en la histeria historiográfica del período de posguerra. Este sigue siendo uno de los muchos misterios de la vida de Hitler.

POR SIEMPRE EVA

La sustituta de Geli como novia de Hitler (si es que lo era y alguna vez lo fue Geli), Eva Braun (1912-1945) entra en la historia en este punto. En realidad, puede que conociese a Hitler mucho antes, en 1925, cuando trabajaba como asistente de su fotógrafo personal.

Eva Braun, a todo color, como merece la chica del Führer, sujeta en el regazo un cursi (¿pero picaro?) galito.



Aunque no hay indicios de ningún otro contacto en aquel momento, parece que volvieron a encontrarse y empezaron a verse, al menos ocasionalmente, en 1929. En aquella época ella tenía diecisiete años y él cuarenta, pero no sería el primer hombre «fuerte» que prefiere compañeras jóvenes y manejables. Tras la muerte de Geli, Eva podría haber empezado a ser una especie de compañera: parece ser que empezaron a verse con mucha más frecuencia.

Por parte de Eva, al menos, había una relación y era muy intensa

Es imposible determinar con exactitud la naturaleza de su relación o lo que hacían en la cama, si es que llegaron a meterse juntos. La especulación sobre los posibles complejos y problemas sexuales de Hitler ha sido rica y variada y no hay forma de despejar las dudas.

Por parte de Eva, al menos, había una relación y era muy intensa. El compromiso de Hitler podría haber sido más tibio, o tenía que serlo dada su decisión de presentarse como el líder casado con su país, el hombre duro sin lado tierno. Esa sería la conclusión lógica que se desprendería de un (¿deliberadamente?) chapucero intento de suicidio en agosto de 1932 en el que Eva se disparó en el pecho. ¿Es una coincidencia el eco del suicidio de



Geli? No podemos saberlo, pero parece improbable. Eva haría un segundo intento en 1935, esta vez con una sobredosis de somníferos. No tenemos forma de saber la determinación que tuvo en este intento, pero presumiblemente obedecía a las continuas frustraciones en su relación con Hitler.

De nuevo, no podemos asegurar de dónde procedían esas frustraciones, a pesar de las teorías de toda clase que hay, como la del «micropene» de su amante. Lo cierto es que, independientemente de lo feliz y realizada que se sintiese Eva en sus momentos

Los estilismos de Hitler no siempre han perdurado, en su día, sin embargo, este retrato cuidadosamente compuesto transmitía idealismo y fuerza de juventud.

íntimos con Hitler, esos momentos eran escasos y distanciados en el tiempo. Siempre consciente de las apariencias, parece que el Führer sentía que tenía que apartarla del público; sus idas y venidas debían producirse siempre en secreto. Para Erich Kempka (1910-1975), chófer de Hitler entre 1934 y 1945, Eva era «la mujer más infeliz de Alemania».



Hitler y Goebbels charlan en una cena «de plato único». Promovida por los nazis para fomentar la conciencia social, el dinero reunido fue para los pobres.

REQUISITOS DIETÉTICOS

Aunque no se sabe exactamente desde cuándo, no cabe duda de que, al menos en sus últimos años, Hitler era un vegetariano estricto y predicador. No se conformaba con servir a sus invitados menús sin carne (aunque muy bien cocinados), también les ofrecía largas disquisiciones sobre las virtudes de su filosofía. Por lo que se ha podido comprobar, esta actitud se basaba en una preocupación ética por los animales, sus vidas y su bienestar y en extrañas

teorías sobre la pureza de la dieta humana. Según Goebbels, parte de su plan para la Europa de la posguerra iba a ser convertir a todo el mundo al vegetarianismo, una medida demasiado radical como para intentarse antes de conseguir la victoria alemana.

No es de extrañar que los analistas posteriores hayan jugado mucho con la paradoja de que uno de los peores genocidas de la historia expresase tamaña preocupación por ovejas, vacas y pollos. Pero, por cáusticos que

queramos ser con lo que puede parecer una incoherencia, no podemos acusarle de no ser sincero en sus opiniones. Abundan los testimonios de quienes lo vieron hacer gestos de dolor ante la visión de crueldad animal o llorar de emoción con el pensamiento de una mascota sufriendo.

No está claro de dónde exactamente provenían estas opiniones ni cómo esa sensibilidad llegó a ser tan importante en su filosofía. Es verdad que su idolatrado Richard Wagner había sido vegetariano y, sorprendentemente, su caso también presenta las mismas contradicciones. Para el compositor, la prohibición de

la carne parece haber sido un recordatorio diario de la empatía o «afinidad solidaria» que experimentaba por otros. Decía que, cuando veía a un animal

maltratado, sufría con la víctima. «La compasión», explicaba, «es la característica más fuerte de mi ser moral y supongo que también es la fuente-matriz de mi

arte». Por raro que nos parezca pensar en el genio corrosivo de Wagner como fruto de la compasión, él no parecía ver ninguna incongruencia en su postura.

EL MEJOR AMIGO DEL FÜHRER

Los soldados solían tener perros en la Primera Guerra Mundial porque servían muy bien de correo canino y detectores precoces de gas. Los terrier eran especialmente valiosos por su capacidad de mantener a las ratas a raya. Se cree que fue persiguiendo a uno de estos roedores cuando un Jack Russell terrier, propiedad de un inglés, entró en la trinchera de Hitler en Francia.

Hitler se hizo amigo suyo y lo llamó Fuchsi («Zorrillo»).

La ternura de Hitler hacia los animales siempre ha intrigado a los historiadores, dada su cruel reputación en lo que respecta a los humanos. Hay testigos que aseguran que el hombre que iba alegremente a ver cómo torturaban y ejecutaban a sus enemigos políticos y colgaban los cadáveres en ganchos metálicos era

incapaz de ver escenas grabadas en las que se hería o mataba a animales.

Tal vez la crueldad y el sentimentalismo se unían en su especial gusto por el pastor alemán, una mascota afectiva y un depredador lobuno en una misma raza. Hitler tuvo varios perros de estos, siendo la más famosa Blondi, que le acompañó en el búnker en sus últimos días. Tras hacer que la sacrificaran horas antes de su propio suicidio, Hitler quedó desconsolado.

Adolf y Eva adoraban a sus perros; el de él es un imperioso pastor alemán, el de ella un Highland terrier, más femenino y juguetón.





LLEGADA AL PODER

Superados unos inicios vacilantes, el ascenso al poder de Hitler parecía imparable; estaba predestinado a la supremacía final. Eso es lo que quería que pareciera: en realidad, incluso en esta última etapa, tuvo que emplear toda su astucia y crueldad para conseguir sus objetivos.

En Año Nuevo de 1932, Hitler afirmaba que el NSDAP tenía 800 000 miembros y solo en enero se unieron otras 50 000 personas. Incluso admitiendo una posible exageración (los escépticos sugieren que la cifra real estaba más cercana a 500 000), los nazis empezaban a representar un problema para los partidos principales.

DE MARGINAL A PRINCIPAL

Más importantes que estas cifras de afiliados son las que muestran un creciente interés electoral entre la población general. En las votaciones de la década de 1920, el nazismo tenía un nicho pequeño.

Página anterior: Las elecciones podían ser un fastidio, pero eran un medio crucial para conseguir un fin. Aquí, Hitler cautiva a unos escolares en la campaña electoral de 1932.

El mejor porcentaje de votos del NSDAP en las elecciones al Reichstag (el parlamento alemán) fue un 6,5 por ciento en 1924, pero, por lo general, era bastante más bajo. Sin embargo, en las elecciones de septiembre de 1930, aumentando tan rápido como caían las perspectivas económicas del país, el porcentaje nazi de los votos llegó al 30 por ciento. Esto aseguraba al partido 107 de los 577 escaños del Reichstag. En marzo de 1933, ganaron con un 43,9 por ciento de los votos, lo que significaba 288 de 647 escaños, casi la mitad.

Así pues, era una fuerza parlamentaria a tener en cuenta. Pero los nazis no tenían prisa por dejar a un lado su imagen de camorristas o matones de cervecería. Al contrario, parece que su improvisada aproximación al proceso político fue parte importante de su atractivo. Igual que prosperaba

el partido, la SA crecía de forma desproporcionada. Para mediados de 1932, la SA sola ya contaba con 400.000 miembros. Si, como se ha sugerido con bastante credibilidad, hubiese tenido dos millones para finales de 1933, habría superado en número al ejército alemán veinte veces. Las capacidades militares del país se habían limitado mucho en virtud del Tratado de Versalles, así que los antiguos soldados se unieron en masa a la SA para tener comida, ropa y paga. Ya era de todo menos marginal; el nazismo tenía influencia democrática real y, gracias a la guardia de asalto, también influencia antidemocrática.

HINDENBURG RESISTE

Paul von Hindenburg (1847-1934) era el gran caballero de la política alemana. Había vuelto después de jubilarse para actuar como presidente a partir de 1925.

Antes de esto, había tenido que dejar la jubilación para liderar al octavo ejército en el frente oriental en la Primera Guerra Mundial. En 1932 ya tenía más de ochenta años, pero parece que se vio presionado para presentarse de nuevo por última vez tanto por la izquierda liberal y el centro como por sus seguidores más conservadores. Pensaban que solo un hombre con unas credenciales militares intachables como él podía hacer frente a la retórica belicista de Hitler y sus nazis. Como soldado de profesión ya

entrado en años, tenía todos los ingredientes para ser una especie de irascible «coronel Blimp», pero seguía creyendo firmemente en la democracia. Parece que se sentía personalmente agraviado por el estilo de Hitler, así que tampoco haría falta presionarlo mucho para que le plantase cara.

Von Hindenburg consiguió evitar la llegada de Hitler a la presidencia cuando tuvo al líder nazi como oponente en las elecciones de marzo y abril de 1932. Sin embargo, a pesar del apoyo de distintos aliados democráticos, no

Página derecha: El leal granjero alemán limpia la nación aventando financieros judíos y agitadores comunistas en un póster electoral nazi de 1932.

consiguió impedir que el NSDAP se convirtiese en el partido más votado en el Reichstag, posición que consolidó en las siguientes elecciones, en julio del mismo año. Cuando fracasó un nuevo intento de salir del punto muerto en noviembre, no tuvo alternativa y nombró a Hitler canciller de Alemania en enero de 1933.



El estilo de Hitler como orador era objeto de mofas en el extranjero, pero millones de alemanes lo encontraban hipnótico. Aquí está dando un mitin electoral en 1932.





ALARMA DE INCENDIO

Si la ascensión de Hitler ya era una ignominia para el Reichstag, la cosa empeoró enseguida. El 27 de febrero se quemó el edificio del parlamento. En el escenario del crimen se detuvo al comunista holandés Marinus van der Lubbe (1909-1934), que fue juzgado y condenado por provocar el incendio; fue ejecutado al año siguiente. Pero, desde el principio, se sospechó que los nazis estaban detrás del incendio que acabaría

por permitirles (al menos metafóricamente) prender fuego a la constitución. De hecho, durante la posguerra se defendió a Lubbe como víctima de un error judicial cínicamente deliberado y al final se le absolvió formalmente en 2007. Sin embargo, pocos historiadores comparten la confianza del gobierno alemán en su inocencia, aunque reconocen que es probable que Van der Lubbe, obrero inculco con dificultades de aprendizaje, fuese utilizado como

El incendio del Reichstag dejó a la democracia alemana con un armazón destruido: Hitler lo utilizó para justificar el poder despótico que ejercería.

papanatas por los provocadores nazis.

El incendio del Reichstag, por el que se culpó a los comunistas, fue la excusa que Hitler necesitaba para reprimir a los opositores de la izquierda y eliminar varias libertades fundamentales. Hindenburg consideró que no tenía más remedio que firmar el «Decreto del incendio del Reichstag», que suspendía el derecho de asociación e introducía poderes de reclusión sin juicio. Tras resistirse durante semanas, al final cedió y rubricó una «ley orgánica» que permitía a Hitler gobernar por decreto.

PRESCINDIENDO DE LA DEMOCRACIA

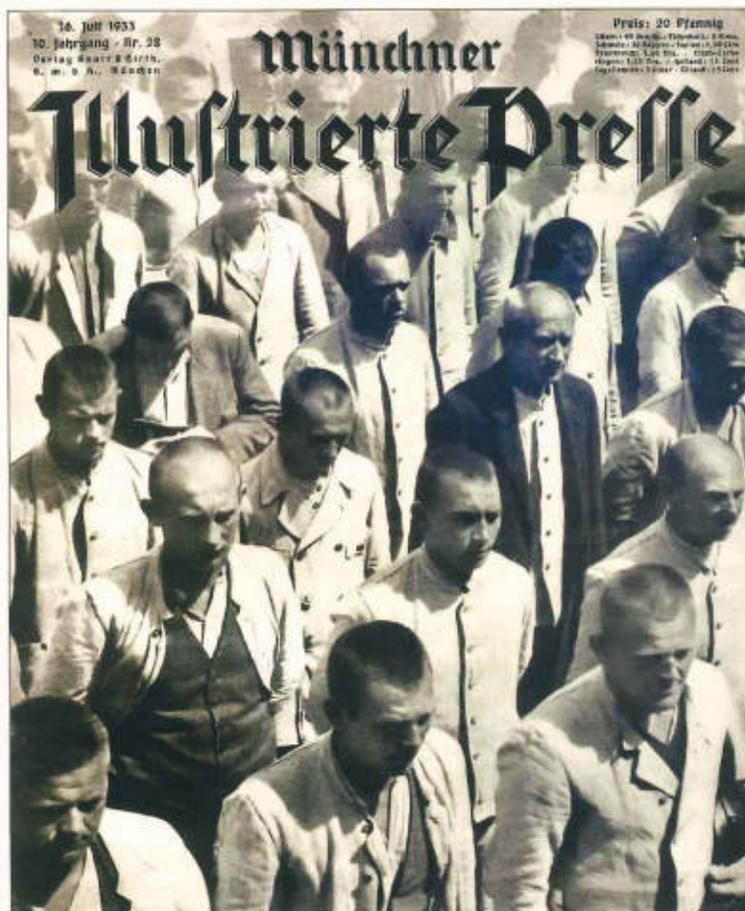
Aunque se presentó como una legislación de emergencia, la ley orgánica estaría en vigor cuatro años, así que no parecía para nada una medida «temporal». Es más, respaldado por un gobierno autoprotegido por los términos de la ley, el NSDAP pudo ampliar su campaña de violencia e intimidación a pie de calle. SA armados se posicionaron dentro del parlamento para tener todo vigilado cuando el Reichstag se emplazó temporalmente en la ópera Kroll de Berlín. Hitler consiguió la mayoría parlamentaria que buscaba cuando el Partido de Centro Católico le dio su apoyo con la condición de que Hindenburg mantuviera el derecho al veto.

Una «dictadura electa» podía ser tan brutal y represiva como una «de verdad». El 2 de mayo la guardia de asalto destruyó las oficinas de los sindicatos, arrestaron

a sus dirigentes y los llevaron a campos de concentración. Luego les llegó el turno a los partidos socialdemócratas más moderados. Acosados y amedrentados,

tuvieron que echarse atrás. El siguiente grupo en sufrirla fue la cúpula de la SA, sobre todo el antiguo compañero de Hitler en la lucha callejera Ernst Röhm,

DE COLONIA DE ARTISTAS A CAMPO DE CONCENTRACIÓN



La publicación ilustrada *Münchener Illustrierte Presse* habla alegremente del régimen «educativo» en Dachau el 16 de julio de 1933.

«Primero se llevaron a los comunistas...», en las famosas palabras del pastor Martin Niemöller. Lejos de mantener en secreto la primera oleada de arrestos

arbitrarios y detenciones sin juicio, el gobierno de Hitler presumía de su cruel eficiencia. Estaba bien, insistía el jefe de policía Heinrich Himmler (1900-1945),

sacar a los izquierdistas de la circulación en aras de la «tranquilidad» de toda la sociedad. La sociedad tampoco parecía presentar una fuerte objeción.

Dachau, que tuvo el dudoso honor de ser el primer campo de concentración nazi, abrió sus puertas el 22 de marzo de 1933, solo unas semanas después del incendio del Reichstag. Los que tenían reclusos allí, al menos en ese momento, eran activistas de la izquierda radical. Luego se les unirían los testigos de Jehová, los homosexuales, los gitanos y miles de judíos. Pero, de momento, la «Solución final» todavía tenía que diseñarse.

Hasta la época de Hitler, el nombre de Dachau era sagrado, sobre todo para los artistas. El joven Hitler podría perfectamente haber soñado con instalarse allí, en una ciudad no muy lejos de su Múnich adoptiva, pero asociada con célebres pintores, como Carl Spitzweg (1808-1885), Ludwig Dill (1845-1940), Adolf Hölzel (1853-1934), Arthur Langhammer (1854-1901) y Lovis Corinth (1858-1925). Ahora es un nombre maldito que se identifica con el campo en el que murieron miles de personas.

que fue purgada en una serie de ejecuciones sumarias en «la noche de los cuchillos largos» (noches, en realidad, del 30 de junio al 2 de julio de 1934). Esto habría satisfecho más a los enemigos del Führer de no haber sido obvio que el baño de sangre solo estaba asegurando su posición. Nunca sabremos cuántas vidas se cobró finalmente «la noche de los cuchillos largos»; se cree que al menos ochenta, pero podría ser esa cifra multiplicada.

EMPUÑANDO EL CUCHILLO

A pesar de la violencia machista de sus soldados de asalto en las calles, la cúpula de la SA tenía un tono bastante diferente. Ernst

Ernst Röhm, una figura extravagante, nunca mantuvo su homosexualidad en secreto

Röhm, una figura extravagante, nunca mantuvo su homosexualidad en secreto, como tampoco lo hicieron muchos de los amigos de los que se rodeó en el escalafón más alto de la SA. Tímidamente

sofisticados y ostentosamente libertinos, se hicieron famosos por su estilo de vida de ricos y los banquetes decadentes que les encantaba celebrar, aparentemente con la bendición del Führer.

¿Cuán íntima era su relación? Los rumores de homosexualidad habían perseguido a Hitler desde la Primera Guerra Mundial y lo que parecía su estilo de vida de soltero desde entonces invitaba a la especulación, igual que la brutal liquidación de Röhm y compañía en la purga de «la noche de los cuchillos largos» de 1934.

Hitler sale de un colegio electoral de Múnich tras depositar su voto en unas elecciones de 1932. Los nazis se convirtieron enseguida en el partido más importante del Reichstag.



¿Había actuado Hitler para anticiparse a la presión (o incluso el chantaje) de sus antiguos amigos? No es imposible, pero en cualquier caso podría haber temido el ascenso de Ernst Röhm a una autoridad intolerable: la SA se estaba convirtiendo en su ejército privado.

PERDÓN CRISTIANO

Aquel verano, Hitler firmó el infame «concordato» con el Vaticano. El papa Pío XI estaba ansioso por garantizar los derechos de los católicos en Alemania; por lo que parece, más que por enviar un mensaje claro sobre lo que era ya claramente un régimen maligno

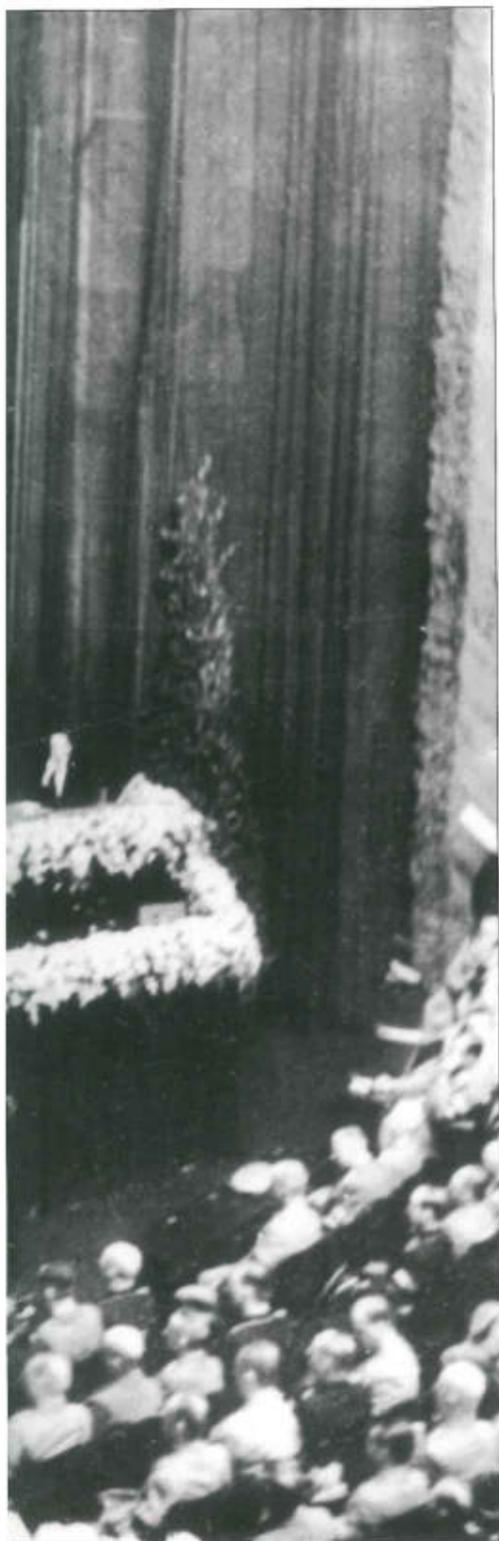
Derecha: La sociedad entre Hitler y Röhm terminaría con la liquidación del último, pero en este momento tenían una relación personal y política cercana.

Abajo: Siendo el dios de su propia religión, Hitler despreciaba el cristianismo. Veía el «concordato» con el Vaticano como un compromiso necesario.





La oposición de Hindenburg se había quedado sin impulso incluso antes de su muerte. Hitler pudo convertir su funeral en un mitin nazi.



HOMBRES DE HIERRO

El título de *cancellarius* o «canciller» se otorgaba en la Europa medieval al secretario de un monarca o a un importante prelado porque trabajaban en una «cancillería», o antecámara separada por un cancel de la sala del trono. En la Inglaterra moderna, el título pasó a designar al ministro responsable específicamente de la administración económica del reino; en Alemania se otorgó al jefe de gobierno, el hombre (siempre eran hombres entonces) que regía el país.

El primero en ostentar el título en el sentido moderno fue Otto von Bismarck, entre 1871

y 1890. No solo unificó los dispares estados de Alemania en la década de 1860, sino que además lo hizo bajo el estandarte del militarismo prusiano. Duro y quisquilloso en su estilo personal, era tan agresivo en la diplomacia como obstinado en las políticas domésticas, construyendo la economía con el eslogan «Cañones antes que mantequilla». Hasta cierto punto, imprimió su carácter de «Canciller de hierro» en el cargo. En Bismarck encontramos el precedente perfecto de un canciller instintivamente autocrático que domina un Reich autoritario y militarista.

que no sentía más que desprecio por los valores cristianos. La realidad es que, independientemente de las reservas que pudiera tener sobre aspectos importantes de la política nazi, la Santa Sede simpatizaba con sus objetivos anticomunistas. En 1937, un arrepentido Pío XI publicó una nueva encíclica, *Mitbrennendensorge* («Con viva preocupación»), condenando a los nazis. Pero, para entonces, el ascenso de Hitler ya era imparable.

En ese tiempo, Hitler ya había neutralizado también la oposición potencial de las iglesias protestantes, poniéndolas a todas bajo la «protección» de una organización paraguas, la «Iglesia del Reich», a la vez que promovía su propio movimiento cristiano alemán.

Aunque nominalmente eran una iglesia protestante, los cristianos alemanes rezaban a un Cristo ario en vez de judío y creían en una cristiandad que defendía los ideales nacionalsocialistas.

Se estaba haciendo difícil ver dónde podía haber una oposición efectiva, con la izquierda encerrada y los cristianos intimidados o comprados. Hindenburg ya era más un espectador impotente que una fuerza activa en el gobierno y su veto oficial era meramente teórico. El 2 de agosto murió a la edad de ochenta y seis años. Aunque sería exagerado decir que nadie lo notó, su muerte tuvo muy poco impacto en la vida alemana. A Hitler solo le afectó en que ahora podía dejar de fingir respeto por las libertades civiles.



¿Estadista o soldado? Hitler se tomó muchas molestias en presentarse como ambas cosas, como en este retrato oficial de B. von Jacobs (1933).

Hitler había trabajado mucho en el culto a su persona desde la década de 1920: *Mi lucha*, el «saludo a Hitler», los constantes brindis de sus camaradas... Todo esto estaba dirigido a ensalzarlo como mito. Sin embargo, en un momento dado, lo que había sido una excentricidad curiosa de una minoría marginal se convirtió en política normal; ahora, con su ascenso al poder, era el estilo alemán. Esa dimensión personal y emocional de la adulación de

sus seguidores estaba igual de presente que cuando Goebbels se maravilló de su majestuosidad al terminar *Mi lucha*, salvo que ahora se había extendido a amplios sectores de la nación alemana. Lo exaltada que estaba su autoridad en aquel momento queda claro si nos fijamos en una canción (más bien un «himno») popular entre las Juventudes Hitlerianas del que se hizo eco un decaído obispo católico de la época:

*Somos las alegres Juventudes
Hitlerianas,
no necesitamos las verdades
cristianas,
porque nuestro Führer Adolf
Hitler, nuestro Führer,
intercede siempre por nosotros.*

UNA PIRÁMIDE DE PODER

Hitler se veía a sí mismo como la cúspide de una pirámide de poder, apoyada en su cancillería y personal privado. Por debajo de él había un par de subalternos, con su personal correspondiente, que presidían un nivel de dieciocho dirigentes del Reich con responsabilidades en todas las organizaciones del partido (desde la SA y la SS hasta la Asociación de Mujeres Alemanas y las Juventudes Hitlerianas) y organismos afiliados (incluidas agrupaciones profesionales aprobadas por el Estado y «sindicatos» de trabajadores). Debajo, iban los líderes de distrito y, subordinados a ellos, los de condado, ante los que respondían los locales. Y así seguía bajando por los «líderes de bloque», que representaban (e informaban de) los miembros del partido y el público general, hasta los miembros individuales en sus hogares.

Aunque esta pirámide representaba solo la organización jerárquica del partido, también era el paradigma del poder en el país. El 14 de julio, cuando se aprobó (o decretó) una ley contra la formación de nuevos partidos políticos, el NSDAP era el único partido legal en Alemania.

TRANSFORMACIÓN TOTAL

«Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado».



Hitler se dirige a los trabajadores de la planta de Siemens en Berlín en 1933. Detrás del estrado vemos a su guardaespaldas de la SS.



Un mitin en Núremberg desde el punto de vista de un megalómano: si los discursos de Hitler electrizaran a sus seguidores, ¿qué le haría a él su adulación?



Así había articulado elegantemente Mussolini en 1928 los principios de lo que se conocería como «totalitarismo». Decir que Hitler buscaba el control sería quedarse cortos. Una regla de un único partido hacía posible la imposición de una visión política, social, económica e incluso estética única. El Hitler artista podía ponerse a trabajar en su mayor creación. Para cuando hubo terminado, no quedaba rincón de la vida cotidiana ni momento que quedase intacto. De ahí la formación de un estado corporativo: la empresa privada entró en una sociedad de mutuo apoyo con el gobierno nazi. De ahí también la creación de las Juventudes Hitlerianas, para inocular los valores del nazismo a los jóvenes, y de la Liga de las Mujeres Nacionalsocialistas, para asegurarse de que los mismos valores se mamarían con la leche materna.

Lo de «socialista» en el nombre del NSDAP ha sido muy controvertido. Hitler no era socialista en el sentido en el que se entiende generalmente el término. En otras palabras, no había una economía compartida administrada por el Gobierno, ni una redistribución de la riqueza, ni «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades». Pero la palabra reflejaba la buena disposición del estado nazi a intervenir en todos los aspectos de la vida del país, desde la construcción de autopistas hasta la financiación de campañas de salud públicas. Tales intervenciones no se hacían a lo tonto: incluían acciones contra la contaminación industrial, programas

de detección del cáncer de mama y campañas contra el tabaco. La otra cara de la moneda era una intrusión sin precedentes del escrutinio oficial en lo que antes era vida «privada».

La interferencia del Estado no era para nada tan benigna siempre. El sistema educativo se convirtió en un adoctrinamiento en el pensamiento nazi en todo, desde los valores familiares hasta la teoría de las razas. La «sanidad» incluía la esterilización de quienes podían transmitir enfermedades mentales o físicas para la «protección» de la nación alemana en su conjunto. La categoría de enfermedades «mentales» incluía no solo lo que ahora entendemos como trastornos reales, sino todo desde la delincuencia hasta la promiscuidad.

«SANGRE» Y «HONOR»

Por supuesto, luego estaban las políticas raciales. El antisemitismo, que durante siglos había sido una costumbre arraigada, se convirtió en la actitud oficial del Estado alemán. Ya en 1933, Hitler había hecho un llamamiento a un boicot nacional a las tiendas y negocios regentados por judíos que afectó mucho a la comunidad. Ahora, con los nazis en el poder, los efectos fueron más devastadores. En el verano de 1935, lo que había sido una turbia red de suspicacias, resentimiento y odio irreflexivo cobró fuerza legislativa con las leyes de Núremberg (llamadas así por el escenario del mitin en el que se anunciaron). Una «Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes» prohibía los matrimonios mixtos y



Núremberg no iba solo de grandes discursos planificados. Aquí, Hitler charla con Gertrud Scholtz-Klink, de la Liga de Mujeres Nazis.

en general las relaciones sexuales entre distintas razas.

Una nueva ley de ciudadanía del Reich estipulaba que solo quienes tuviesen sangre alemana podían reclamar derechos de ciudadano. Los judíos quedaban excluidos explícitamente para tener dichos derechos, lo que significaba que no podían trabajar en las profesiones principales ni ser funcionarios. Muchos judíos de clase media se hundieron en la pobreza. Su nuevo estatus de no-persona legitimaba el acoso y los abusos. Como la respuesta más obvia era la emigración, el gobierno se anticipó y

hasta cierto punto la frustró: los extranjeros tenían que entregar hasta el 90 por ciento de sus ahorros como «impuesto» de salida.

La popularidad de semejantes medidas entre las masas de alemanes hace que cualquier intento de absolver a la nación en conjunto o marcar a Hitler como el único autor de lo que se convertiría en el Holocausto parezca una burla. No obstante, él fue el único autor de un libro real, *Mi lucha*, en el que se detallaba meticulosamente la naturaleza del «problema judío» y la necesidad de «resolverlo». No cabe duda de que las leyes de Núremberg, igual que

desacreditaban a Alemania en general, representaban el horrible triunfo del pensamiento racial de Hitler.

BELLEZA Y FANFARRONADA

Sería ingenuo pensar que la filosofía de las razas se extendía solo a la biología humana o la etnografía. Hitler también veía características «raciales» degeneradas en el arte. Hasta cierto punto, sus hostilidades parecen poco más que racionalizaciones muy teorizadas de la suspicacia que los miembros respetables de la clase media mundial siempre han tenido respecto a lo nuevo y lo desconocido. «Juzguen ustedes mismos», decía el eslogan de

la exposición de arte «degenerado» que organizó el partido en Múnich en 1937. Esta «galería de granujas» incluía a Picasso, Matisse, Van Gogh y otros muchos de los que consideramos titanes de la pintura del siglo XX, pero el hombre del tranvía de Heidhausen era el que medía aquí el valor artístico.

Pero las objeciones de los nazis iban más allá de las fanfarronadas pequeñoburguesas. Hitler expresó su espíritu filisteo en sus términos más idiosincráticos y siniestros. La opinión del arquitecto nazi Paul Schultze-Naumburg (1869-1949) de que

una obra con verdadero mérito artístico podría atraer por igual al «sano hombre de la SA» y a cualquier entendido deja claro cómo había penetrado el pensamiento estético militarista. El extraño uso de la palabra «sano» aquí subraya lo hondo que llegaban las raíces de la pureza, lo saludable y (por otro lado) la degeneración.

IDEAS INCENDIARIAS

Estas ideas ponen de manifiesto la suspicacia del estado totalitarista nazi respecto a cualquier comunidad artística o intelectual que pretendiese ser autónoma,

sin referencias a las opiniones o valores oficiales. La gran quema de libros del 10 de mayo de 1933, organizada por Goebbels, fue una reivindicación oficial de autoridad por parte del nuevo gobierno y un ataque específico contra las ideas que desaprobaban.

Muchos de los autores de los libros quemados eran reconocidos izquierdistas, como el dramaturgo Bertolt Brecht (1898-1956) y el novelista Alfred Döblin (1878-1957), o judíos, como Heinrich Heine (1797-1856), Franz Kafka (1883-1924), Stefan Zweig (1881-1942) y Joseph Roth (1894-1939). O, claro está,

La guardia de asalto, iluminando la ciudad con antorchas, insta a limpiar las calles de Alemania de judíos (1935).



podían ser ambas cosas, como Rosa Luxemburg (1871-1919) y Walter Benjamin (1892-1940) o el abuelo ideológico de todos ellos, Karl Marx (1818-1883).

Cosmopolitas en su desprecio de las ideas, los nazis quemaron numerosos libros de autores extranjeros, desde H.G. Wells (1866-1946) hasta André Gide (1869-1951). Los libros de Ernest Hemingway (1899-1961) y James Joyce (1882-1941) también fueron pasto de las llamas, sus crímenes (presumiblemente): manifestar simpatías izquierdistas y oscuridad literaria respectivamente. No parece coincidencia que la figura central de la novela multigénero de Joyce, *Ulises* (1922), fuese un tal Leopold Bloom, un judío de Dublín. Tampoco que

*Cosmopolitas
en su desprecio
de las ideas, los
nazis quemaron
numerosos libros de
autores extranjeros*

fuese Sigmund Freud, descendiente de generaciones de rabinos, el que primero formulase y teorizase la idea del subconsciente y todos los deseos e instintos malsanos que bullían y surgían de ahí. Por supuesto, las obras de Freud fueron quemadas, igual que las de otros enemigos de la decencia, como Albert Einstein (1879-1955) y León Tolstoi (1828-1910).

La palabra de Hitler, la doctrina del partido; ningún alemán decente querría nunca indagar más. Ese era el mensaje implícito en las quemas de libros.

NOTAS TRISTES

Luego estaba la respuesta al jazz, abrazado tanto por músicos sofisticados como por la élite social de las grandes ciudades de Alemania. La música jazz, una nueva importación americana con tonalidades extrañas y ritmos sincopados, debió realmente impactar a sus primeros oyentes alemanes, por mucha mentalidad abierta que tuvieran.

Sin embargo, Hitler se aferró al color de sus intérpretes más famosos (afroamericanos, naturalmente) y a los orígenes judíos de compositores tan célebres como los hermanos Gershwin, George (1898-1937) e Ira (1896-1983) e Irving Berlin (1888-1989). La «degeneración» se estaba convirtiendo en la norma, se lamentaba Hitler en un discurso de 1928; «la música de negros gusta, pero, si la comparamos con una





sinfonía de Beethoven, la victoria está clara».

Mucha gente culta de la época, no solo en Alemania, sino en todas partes, encontraba las obras de Beethoven «más elevadas» y, por consiguiente, «mejores» que cualquiera de esas bandas de *ragtime* o *swing*. Muchos cabezas de familia respetables temían la cultura de exceso alcohólico y moral laxa que asociaban con esta música y el tipo de clubes en los que sonaba. Y sería inútil pretender que la presencia de intérpretes negros no incomodase al burgués alemán medio, aunque para sus hijos rebeldes sería una fascinación. Hitler cogió este miedo y lo convirtió en una teoría completa sobre el *jazz* como mestizaje musical.

Los mismos prejuicios se extendieron por toda la jerarquía

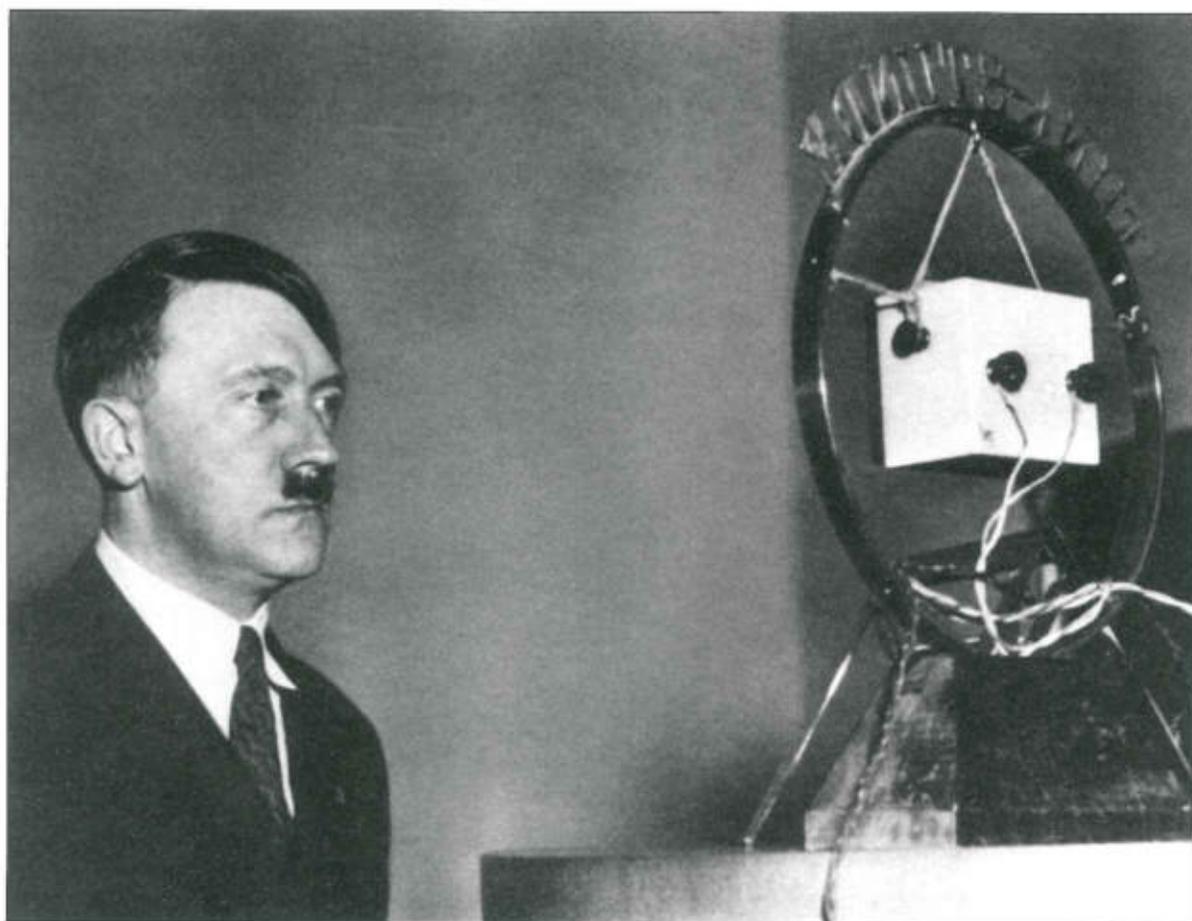
Duke Ellington improvisa con amigos, 1939: la anarquía improvisadora del jazz era casi tan amenazadora para los nazis como su «impureza» racial.

artística. El expresionismo alemán se recuerda ahora como una de las glorias artísticas del siglo XX, pero en su momento también se tachó de «negroide». ¿Cómo puede un cuadro o una escultura mostrar el carácter o las cualidades de una etnia o raza humana? Para muchos tenía sentido, pero por analogía intuitiva más que por lógica.

Lo que hizo el *jazz* con sus virtuosos músicos negros lo estaban haciendo los nuevos movimientos en las artes visuales con su deliberada indiferencia hacia las convenciones antiguas y una anarquía improvisadora que encajaba con la energía temeraria del *jazz*. Como explicaba Paul Schultze-Naumburg,

la dificultad de ese arte (con sus extraordinarias desviaciones de las normas convencionales y su tendencia a la abstracción y, en consecuencia, a la oscuridad) reflejaba el anhelo judío de lo salvaje y, por consiguiente, del «negro» y su mundo «salvaje».

Es cierto que muchos artistas modernos, siendo tal vez el más famoso Pablo Picasso (1888-1973), se habían visto seducidos por la franqueza e inmediatez emocional del llamado arte «primitivo». Otros, desde surrealistas como Max Ernst (1891-1976) hasta expresionistas como Wassily Kandinsky (1866-1944, maestro ruso que desarrolló gran parte de su carrera en Múnich) y su discípulo Paul Klee (1879-1940),



Hitler hace su primera intervención en la radio para «su» pueblo como canciller del Reich tras llegar al poder el 1 de febrero de 1933.

habían buscado lo «salvaje» en formas que no tienen nada que ver con esta idea antropológica del «salvajismo». No hay nada en estas obras que se pueda considerar «negroide» (en cualquier sentido de la palabra).

¿JUDÍO O SIMPLEMENTE DIFÍCIL?

En su mayoría, las obras marcadas con la acusación de «arte judío» no eran obra de judíos, con la notable excepción de las de Marc Chagall (1887-1985). Parece ser que la purga estaba inspirada por la sensación de que

el arte universal era en general judío, por la red de marchantes, críticos y conservadores que se ocupaban de él.

Además, como vimos con los «judíos chinos» de Chamberlain, en el momento en el que la raza empieza a ser todo para un pensador, acaba no significando nada. De ahí que los críticos acabasen encontrando la cualidad de «judío» en las obras del pintor expresionista alemán Emil Nolde (1867-1956), a pesar de que era miembro del NSDAP desde 1920. Las opiniones políticas de Nolde son dignas de mención, ya que

eran insultos antisemitas que dirigía contra los artistas judíos. Era una vergüenza de persona, pero no hay nada descaradamente «nazi» en su obra creativa. En cambio, fue lo bastante innovador como para suspender la prueba del «sano hombre de la SA» de Schultze-Naumburg: entre sus obras no hay muchachas rubias con las mejillas sonrosadas ni paisajes idealizados.

Para ser justos con hombres como Nolde, hay que decir que muchos de los grandes escritores y artistas del siglo XX tenían opiniones políticas que resultan muy desafortunadas en retrospectiva. Célebres novelistas como D.H. Lawrence (1885-1930) y Joseph

Conrad (1857-1924), que irónicamente fueron víctimas de las quemaduras de libros nazis, y poetas de prestigio internacional como William Butler Yeats (1865-1939) y T.S. Eliot (1888-1965) compartían la impaciencia de Hitler con lo que veían como la degradación de la existencia en el capitalismo moderno. También compartían, hasta cierto punto, su anhelo de un pasado menos escéptico y cínico y más mítico y orgánico. No tuvieron la oportunidad que tuvo Nolde de conocer de primera mano los efectos de este tipo de filosofía política, pero desde luego compartían algunos prejuicios.

Ni su antisemitismo feroz ni su pertenencia al NSDA pudieron proteger a las obras de Nolde del estigma de «arte judío» en el caótico orden estético de los nazis.

DIFERENCIAS ARTÍSTICAS

La arbitrariedad del código artístico por el que se podía acusar de «judías» a las obras de un antisemita como Emil Nolde hace que nos preguntemos si influían otros factores en esta reacción violenta contra las artes. Parece ser que también entraban en juego políticas internas del partido. Hitler, al inicio de su «carrera» artística, aunque era bastante conservador en su obra, no había sido



especialmente hostil con la vanguardia. Las películas y la propaganda nazi eran muy innovadoras en diversos aspectos y Joseph Goebbels albergaba esperanzas como poeta.

Parece ser que Goebbels defendía un arte bastante atrevido, como el de Nolde, pero encontró la oposición de Alfred Rosenberg (1893-1946). Rosenberg, una especie de protonazi, se había unido a lo que entonces era el Partido Obrero Alemán nueve meses antes que Hitler y había cuidado del NSDAP mientras este estaba en Landsberg. Rosenberg era más hitlerista que Hitler en el misticismo demente de su pensamiento sobre todas las cosas, desde la raza y la sociedad hasta el arte moderno.

Según él, era una «enfermedad», en sentido literal, no figurado. A modo de ilustración, comparaba las caras de hombres y mujeres en las pinturas

Alfred Rosenberg ganó el debate interno sobre el arte en el Partido Nazi. Defendía un conservacionismo sofocante y atrofiante.



contemporáneas con fotografías de personas con rasgos desfigurados o defectos de nacimiento y favorecía el clasicismo idealizado del arte académico del siglo XIX.

No nos sorprende que el arquitecto del estado nazi se interesase por su arquitectura en el sentido literal

Con su propia vocación aparentemente olvidada, el Führer se hizo a un lado para observar cómo discutían el tema Rosenberg y Goebbels; venció el primero en la lucha territorial en la arena del arte alemán.

CONSTRUYENDO EL FUTURO

Desde el principio, el Führer se había interesado por todos los aspectos del «estilo» nazi, desde el diseño de los uniformes de sus seguidores hasta la insignia del partido y su presentación en mítines masivos. No nos sorprende que el arquitecto del estado nazi se interesase por su arquitectura en el sentido literal.

Los edificios públicos eran un foco de interés natural para un estilo que pretendía glorificar al Estado: la escala masiva y la grandeza enfatizaban el poder del pueblo cuando se dirigía bien. Aunque fuese nuevo, el estilo de construcción nazi era conservador, imitando el de la Grecia y la Roma clásicas. Ambas civilizaciones habían elevado lo

público y lo imperial sobre las esferas privada e individual. Regulares y simétricos, estos edificios no indicaban profundidad, ni sutileza ni significados ocultos. Eran seguros y fáciles de comprender.

Tal vez el mejor ejemplo de la estética nazi sea el estadio olímpico de Berlín, construido para albergar los Juegos de 1936. Al final, el estadio fue el escenario de la humillación de Hitler por parte del atleta afroamericano Jesse Owens (1913-1980), que aguló su desfile de triunfos arios con sus cuatro medallas de oro.

Pero hubo otros ejemplos: la intención de Hitler era plasmar su autoridad y la del estado nazi en la cara de Alemania. En 1937, encargó al arquitecto Albert Speer (1905-1981) remodelar toda la ciudad de Berlín.

OBJETIVOS EXPANSIONISTAS

Hitler también tenía planes para la arquitectura de Europa. Era una humillación insoportable, decía, que la Sarre germano-parlante y la Renania occidental estuviesen administradas por Francia. El acuerdo alcanzado en la conferencia de Versalles era explícitamente punitivo, así que las objeciones de Hitler no eran inusuales ni irracionales.

En 1935, tras años de agitación, la Sociedad de Naciones autorizó un plebiscito en el que los habitantes de Sarre eligieron ser parte de Alemania. Envalentonados por este paso, Hitler y sus soldados ocuparon Renania al año siguiente para probar la respuesta francesa. No pasó nada, el ascenso de Hitler había dejado a la Europa occidental

ÍDOLO DE LA GRAN PANTALLA

Aunque nunca se demostraron los rumores de una relación romántica entre ambos, lo que es innegable es la profunda y sincera admiración de Hitler por Leni Riefenstahl (1902-2003). Esta veneración era compartida por varios de los profesionales y críticos más distinguidos del cine de la posguerra, que por lo general consideraban como clásicos los filmes de la directora alemana. Riefenstahl, por su parte, correspondía totalmente a los sentimientos del Führer: sus películas eran claramente obras de amor, incluso aunque la constitución exacta de ese amor sea oscura.

Mientras que *El triunfo de la voluntad* (1935) recoge y dramatiza con pasión los acontecimientos del congreso del Partido Nazi de 1934, *Olympia* (1938) es una épica de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Aunque ahora chirríen, estas películas capturaron vívidamente la excitación de aquella época tóxica. Además, en cierto modo, no han envejecido. Convirtiendo la creatividad real en propaganda de mal gusto y la genuina innovación artística en la articulación de un mensaje conocido, Riefenstahl dio vida a la visión de Hitler en la gran pantalla.



El cine era el único campo en el que los nazis aceptaban la innovación. Leni Riefenstahl fue lo más parecido a un artista importante que produjeron.

paralizada por el pánico y el Reich reabsorbió el territorio.

Aunque el resto de Europa le superaba en número, Hitler tenía la tranquilidad de saber que con la Italia de Mussolini su país formaba un «eje» estable en el corazón de Europa. Dicho Eje, se ratificó en un tratado en 1936 y a las dos potencias europeas se les sumó después Japón.

Con un clasicismo anticuado y hormonado, la arquitectura nazi en la forma del estadio olímpico de Berlín causó asombro, pero poco más.

Estas maniobras en la frontera occidental alemana no fueron más que una demostración de fuerza preliminar, a pesar de la importancia simbólica de recuperar territorios perdidos. Sin embargo, en la segunda parte de *Mi lucha*, Hitler había hablado de Alemania haciéndose con una vasta área de *lebensraum* («espacio vital») en los territorios eslavos hacia el este. «La naturaleza no conoce fronteras políticas», explicaba, sino que la competición, o lo que él llamaba «el libre juego de las fuerzas», daba las

tierras mejores y más grandes a la raza o especies «superiores».

A pesar de semejantes fantasías subdarwinistas, Hitler estaba preparado para apelar al «título» precedente y hereditario cuando le convenía. Se remontó a la historia antigua con el fin de revivir la idea del Oium, una enorme expansión de territorio por el límite oriental de Europa y en las estepas más occidentales de Asia arrebatado a los ostrogodos germánicos por los eslavos. Sostenía que debía pertenecer a Alemania.



EN CASA CON HITLER



Dejando momentáneamente a un lado las preocupaciones de su cargo, Hitler se relaja en Berghof. Cada aspecto de su imagen se manejaba meticulosamente.

A medida que crecía el peso político de Hitler, también lo hacían las ventas de *Mi lucha*. Lo que antes parecían los desvaríos de un perdedor era ahora el convincente manifiesto del nuevo gran líder. Con el dinero lloviéndole, el Führer empezó a construirse una vida privada adecuada a la posición pública que ocupaba. Como canciller, tenía una impresionante e imponente residencia oficial en Berlín, pero también estaba creando un culto a la personalidad a su alrededor. Eso suponía un foco en su carácter y su vida en su totalidad: sus

momentos libres eran tan importantes como sus funciones oficiales. La idea de la vida privada como una especie de teatralización es parte esencial de la actual cultura del famoseo, pero en la década de 1930 era todavía una novedad.

El instinto de Hitler para manejar la imagen no le falló. Se hacía fotografiar pensativo entre libros encuadernados en cuero y cargado (estoicamente) de responsabilidad entre cuadros históricos en la Cancillería. Pero también permitía echar una ojeada reveladora a sus momentos

de ocio en el saludable entorno y aire puro de los Alpes. Llevaba yendo a Obersalzberg (donde conoció a Maria Reiter) desde la década de 1920, pero ahora podía comprar Haus Wachenfeld, el chalé de montaña que antes alquilaba, para convertirlo en un fondo adecuado en el que presentarse como un hombre de gustos sencillos, «relajándose» en el jardín con sus mascotas. A partir de 1937, empezó a reformar Haus Wachenfeld y lo amplió para convertirlo en una residencia de categoría conocida como Berghof.



Los aliados del Eje dan un paseo: la admiración de Hitler por la Italia de Mussolini no sobreviviría mucho tiempo al inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Por inconsistente que fuese en la justificación de su *Ostpolitik* («política del este»), permaneció inmutable en su insistencia de que era el destino de Alemania, incluso su deber, ampliar sus

fronteras hacia oriente. Los alemanes necesitaban espacio para respirar y tierras fértiles para cultivar los cereales necesarios para mantener a toda la población que requerirían para perpetuar su

dominio. Los eslavos, que evidentemente eran inferiores (*untermenschen*), podían ser liquidados o esclavizados.

EL REICH SE REARMA

La conferencia de Versalles se había esforzado para conseguir una Alemania desmilitarizada y los alemanes de cualquier signo político lo percibían como una ignominia. Incluso la República de Weimar había hecho lo que había podido (que era poco) para restituir fuerzas que el país pudiese ver como una fuente de orgullo patriótico. Pero los nazis tenían objetivos explícitamente militaristas. En *Mi lucha*, como ya hemos visto, Hitler había convertido la Primera Guerra Mundial en la base mítica para su nuevo estado nazi, con el ideal de *frontgemeinschaft* («comunidad del frente») como ética esencial. Desde su alistamiento en las Juventudes Hitlerianas, se animaba a los chicos y chicas alemanes a verse como soldados de su patria y de su Führer y la SA era una organización paramilitar. La doctrina del *lebensraum* y la ideología de la fuerza que la sustentaba dependían de la conquista bélica para cumplirse.

Al coincidir su ascenso al poder con lo peor de la Gran Depresión, Hitler utilizó el rearme a gran escala a modo de «nueva oportunidad» para Alemania. Los encargos de aviones, tanques, camiones, bombas, morteros, artillería pesada, armas pequeñas, munición, alambre de púas y otros materiales que harían falta supusieron la bonanza de la industria alemana. Otros proyectos, como

la construcción de autopistas, se sumaron a este esfuerzo bélico y a la prosperidad general que hizo tanto por avivar el entusiasmo por el gobierno nazi.

Cuanto más fuerte se hacía Alemania, más temerarios se volvían sus dirigentes y más nerviosos se ponían sus vecinos y sus aliados. Por el momento, no parecía que nadie tuviese ganas de desafiar a Hitler. El 29 de septiembre de 1938, el primer ministro británico, Neville Chamberlain

(1869-1940), voló a Múnich. Allí, en busca de «la paz para nuestros tiempos», aceptó permitir que Alemania anexionase los llamados Sudetes (una serie de distritos germanoparlantes independientes) de Checoslovaquia. No había perspectivas de paz para los judíos alemanes: la mañana después de la *Kristallnacht* (la del 9 al 10 de noviembre), las calles amanecieron llenas de cristales de las ventanas de casas y tiendas propiedad de judíos; más de

noventa personas habían sido asesinadas.

EL MEJOR DE LOS ENEMIGOS

Hitler y Stalin se recuerdan ahora como polos opuestos de la tiranía del siglo XX: el uno, la cara del fascismo; el otro, la de la represión comunista. Pero en el confuso clima diplomático de la década de 1930, esas obviedades parecían mucho menos claras.

De ahí el acuerdo alcanzado el 23 de agosto de 1939 y firmado por el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop, y su homólogo ruso, Vyacheslav Molotov. Desde luego,

Neville Chamberlain (delante, a la derecha) pasa entre la guardia de honor nazi para encontrarse con Hitler en Múnich para lo que se convertiría en un notable pacto diplomático.



el pacto nazi-soviético no era un acuerdo de amistad ni prometía apoyo mutuo. Comprometía a ambas partes a permanecer neutrales si una de ellas era atacada por un tercer país. Los historiadores han condenado (comprensiblemente) la disposición de Stalin a pactar con Hitler porque este pacto de «no agresión» era una señal de actos de agresión inmediatos por los firmantes, en el caso de Alemania contra Polonia y en el de la URSS contra los países bálticos.

El pacto de «no agresión» era una señal de actos de agresión inmediatos por los firmantes

Stalin no se hacía ilusiones con la actitud de Hitler hacia él ni hacia su estado soviético. Las democracias occidentales eran

Los cristales rotos que dieron nombre a la *Kristallnacht* fueron lo menos grave: muchos judíos fueron asesinados en esta matanza patrocinada por el Estado.

el mal menor desde su punto de vista. El compromiso para derrocar el capitalismo era clave en el comunismo. En los primeros años de la Revolución rusa, los estados occidentales habían hecho lo que habían podido para, en palabras del estadista británico Winston Churchill, «estrangular al bolchevismo en su cuna».

Sin embargo, no habían desvariado sobre el judeo-bolchevismo de la forma en que lo hizo Hitler, ni hablaban de la guerra como una especie de realización espiritual, ni con respeto del *lebensraum* (ampliamente ruso). De ahí que el dictador soviético hiciese propuestas cada vez más frenéticas a las potencias occidentales a través del ministro de Asuntos Exteriores Maxim Litvinov en la década de 1930, con la esperanza

EL CHICO DEL CUMPLEAÑOS

La división que siguió al pacto nazi-soviético produciría corrientes políticas e históricas peculiares que continuaron generaciones después de la historia principal.

La anexión rusa de los países bálticos provocó tanto resentimiento que los extremistas de la derecha de Estonia, Letonia y Lituania celebraron públicamente el cumpleaños de Hitler (el 20 de abril) durante

toda la era soviética. Y más allá, en Tartu y Tallin (Estonia), los «cabezas rapadas» han conmemorado este día hasta bien entrado el siglo XXI; en Vilna (Lituania) ha estado marcado por ataques a los cementerios judíos. Resulta irónico claro, dado el papel de Hitler en dar luz verde a la invasión «roja», pero el racionalismo nunca ha sido el punto fuerte de los nazis ni de sus herederos.





de que se uniesen a él en una alianza antifascista. Sin embargo, cuando rechazaron todos estos avances, Stalin quitó de en medio bruscamente a Litvinov (que era judío) y las negociaciones que finalmente llevaron al

«pacto Ribbentrop-Molotov». Al final, lo que estaba en juego era la supervivencia soviética.

Lo que se jugaba Hitler era la libertad de acción con la tranquilidad de saber que su frente oriental estaba blindado. Ya se

ocuparía de Rusia y sus comunistas en otro momento; mientras tanto, estaría atento a la Europa occidental, claramente desbarajustada con sus líderes presas del pánico ante la perspectiva de otra guerra.

AMIGOS EXTRANJEROS



Los admiradores británicos y estadounidenses de Hitler eran pocos, pero influyentes: Unity Mitford pertenecía a una famosa (y célebremente extravagante) familia aristocrática.

El presidente de EE. UU. Franklin D. Roosevelt (1882-1945) estaba realmente alarmado por el ascenso de Hitler, pero sus compatriotas no compartían en general su preocupación. Muchos americanos eran de origen alemán y la mayoría de los que no lo eran no tenía ganas de meterse en una guerra con un país contra el que no tenían nada. Si acaso, el anti-comunismo de Hitler les parecía encomiable, mientras que el antisemitismo no era algo que molestase a los americanos no judíos en una época de racismo abierto. Ninguno de sus simpatizantes más famosos de América, el industrial Henry Ford (1863-1947)

y Joseph P. Kennedy (1888-1969), embajador de EE. UU. en Londres y patriarca de la dinastía demócrata, parece haber llegado a conocer a Hitler.

Gran Bretaña también se resistía a ver el peligro: la pérdida de una generación en la Primera Guerra Mundial les había quitado las ganas de más guerras. Mientras tanto, muchos (sobre todo entre la élite tradicional, que creía tener más que perder) aplaudieron la oposición de la Alemania nazi al comunismo soviético. Sin ser socialista, aunque reivindicado por la historia como más previsor que muchos de sus contemporáneos, Winston

Churchill (1874-1965) se quedaba solo con sus advertencias contra el compromiso de Neville Chamberlain, que fueron ampliamente ignoradas. El «nazismo de la casa de campo» era una realidad: Unity Mitford (1914-1948) era solo una de las más notables de un rebaño de admiradores aristocráticos ingleses del «hombre más grande de todos los tiempos». No está claro si fueron amantes, pero, desde luego, Hitler y ella tuvieron una relación muy cercana.

Las mujeres no eran las únicas embelesadas por el glamur especial del Führer: para Harold Harmsworth, primer vizconde de Rothermere (1868-1940) y propietario del *Daily Mail*, era un rey honorífico: «Adolf el Grande». Pero Hitler contaba con reyes reales entre sus cortesanos, aunque Eduardo VIII (1894-1972) abdicaría a los pocos meses de su coronación en 1936 por su decisión de casarse con la americana divorciada Wallis Simpson (1896-1986). Como duque y duquesa de Windsor, los vínculos de la pareja con Hitler (a quien conocieron en 1937) generaron escándalo y suspicacia en Gran Bretaña tanto en la guerra como en la posguerra.

Vyacheslav Molotov firma el pacto nazi-soviético por la parte soviética bajo la mirada paternalista de Joseph Stalin en 1939.





VUELTA A LA GUERRA

Como la Primera Guerra Mundial había sido una inspiración decisiva para la visión de Hitler, solo una segunda podría hacer que se cumpliera definitivamente. El nazismo no era otra cosa que la movilización del pueblo alemán hacia la supremacía militar. Alemania lo conquistaría todo o moriría en el intento.

«**Q**uien desee vivir, que se prepare para el combate, y quien no estuviese dispuesto a eso, en este mundo de luchas eternas, no merece la vida». Hay cierta poesía salvaje en esta cita de *Mi lucha*, pero también hay (o debería haber) una advertencia. No son las palabras de un líder responsable, ni siquiera de uno temerario pero más o menos racional: es un grito rapsódico del anhelo romántico de la emoción de la guerra. Convertir la lucha en una filosofía existencialista, ver el conflicto

Página anterior: Eva Braun, que había sido ayudante de un fotógrafo, lleva una cámara compacta al salir de Berghof para dar un paseo con Hitler, 1940.

con la muerte como la única forma real de vivir es verdaderamente perverso y no es manera de gobernar una sociedad ni Estado en el mundo real. Sin embargo, parece que sí lo era para Hitler: la guerra no era solo el medio para conseguir un fin, sino un fin en sí mismo; no solo eso, el fin último, la aniquilación.

Analizar el ascenso de Hitler al poder es maravillarse de su habilidad en *realpolitik*, su resolución, su pragmatismo y su crueldad. Ver cómo sembró la discordia entre sus enemigos y se aseguró el apoyo de tantos intereses importantes en casa es asombrarse de su astucia y agilidad táctica. Pero, al final, tenemos también que sorprendernos por el sueño de destrucción (incluso deseo de morir) que parece haberle motivado con

más fuerza que cualquier pensamiento de conquista.

DEFENDERSE ATACANDO

Nadie puede negar la cruel astucia del Führer ni su resolución decisiva en las primeras etapas de lo que se convertiría en la Segunda Guerra Mundial. La tinta del pacto Ribbentrop-Molotov casi no se había secado todavía cuando, el 1 de septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia. No es que Hitler reconociese ninguna agresión: decía estar librando una «guerra defensiva» en nombre de los germanoparlantes de la Polonia occidental.

Gran Bretaña, su *Commonwealth* y Francia no tardaron mucho en declarar la guerra a Alemania para mantener su compromiso con sus aliados polacos.

EL 13 DE LA MALA SUERTE



El 8 de noviembre de 1939, Hitler y sus partidarios se reunieron en la *Bürgerbräukeller* de Múnich para celebrar el decimoquinto aniversario de su primer *putsch*. Las celebraciones terminaron en *shock* y caos cuando estalló una potente bomba que dejó seis oficiales nazis muertos y más de sesenta heridos.

El Führer se había ido pronto inesperadamente; si la bomba hubiese estallado trece minutos antes, la explosión le habría pillado. Pero, como salió así, Hitler

El complot de la bomba de Johann Elser le estalló en la cara: no solo no consiguió el objetivo que pretendía, sino que además contribuyó al aura de invencibilidad de Hitler.

pudo incorporar el incidente a su culto de invencibilidad. El ataque había sido obra (de varias semanas) del sindicalista Johann Georg Elser (1903-1945), que ya había explorado el lugar el año anterior. Aunque tenía formación de carpintero, Elser había trabajado buena parte de 1939 en una fábrica armamentística primero y luego en una cantera y aprovechó

estos trabajos para hacerse con explosivos y detonadores. Su bomba casera estaba cuidadosamente colocada en un hueco hecho en un pilar, detrás del podio desde el que hablarían los invitados de honor. Elser fue conducido a Dachau, donde permaneció el resto de la guerra, hasta su ejecución en la víspera de la derrota de Alemania en 1945.

Pero, por lo que parecía, la cosa acababa ahí. Palabras serias aparte, los aliados occidentales dejaron al ejército alemán seguir con su ocupación del país más o menos sin trabas. El bloqueo naval de puertos alemanes tuvo poco impacto y la pequeña «ofensiva del Sarre» francesa fue inútil. Los soviéticos entraron en Polonia por el este unas tres semanas después, en su caso con el pretexto de «recuperar» territorio que les habían quitado de las repúblicas soviéticas de Bielorrusia, Ucrania y Lituania. De nuevo, aparte de retorcerse las manos, no hubo una respuesta significativa de las

potencias occidentales. Esto no hacía más que animar a Hitler.

Tras un período de consolidación, Hitler pasó a la ofensiva. Los ocho meses de «guerra ficticia» terminaron abruptamente con la invasión de Francia y los Países Bajos el 10 de mayo de 1940. Célebremente, esta primera ofensiva en Occidente demostraría un triunfo de la *blitzkrieg* (literalmente, «guerra relámpago»), que se desarrolló a gran velocidad, con un arsenal blindado y motorizado.

La fuerza expedicionaria británica (BEF) desplegada en Francia buscaba seguridad, aislada como

estaba por el arco curvo de la operación «Corte de hoz». «Solo un milagro puede salvar a la BEF ahora», escribió el comandante del II cuerpo, el general Alan Brooke. Pero, en cierto modo, se obró el milagro. Entre el 26 de mayo y el 4 de junio, la evacuación de Dunkirk (dirigida por la Marina Real británica pero realizada con barcos civiles principalmente, desde pesqueros hasta ferris) salvó a casi un cuarto de millón de soldados franceses y británicos de ser capturados. Puede que no supusiera una gran diferencia desde el punto de vista militar (los aliados habían «perdido» igual), pero permitió a los británicos derrotados salvar la honrilla.

Listos para la acción: Hitler pasa revista a un cuerpo de infantería alemán justo antes de la invasión de Polonia en 1939.



AMBIVALENCIA ANGLOSAJONA

Los británicos se recuperarían mucho más en las semanas y meses que siguieron, mientras Hitler daba las primeras muestras de vacilación. Su retórica respecto a Gran Bretaña siempre había sido más conciliadora que la que usaba hacia otros países. ¿Albergaba la esperanza de que una Inglaterra anglosajona redescubriera sus raíces germánicas?

El 19 de julio de 1940 llegó incluso a hacer un «último llamamiento a la razón» en el Reichstag. Acto seguido, se lanzaron desde el aire copias de su discurso por el suroeste de Inglaterra. Hitler defendía que los nazis nunca habían deseado nada más que liberar a su país de los injustos castigos impuestos por el Tratado de Versalles y de «las cadenas de un pequeño sustrato de usureros capitalistas judíos y plutodemocráticos».

El historiador Andrew Roberts nos recuerda (en su estudio de 2009, *La tormenta de la guerra*) que Hitler era un sincero admirador de los logros imperiales de Gran Bretaña. Incluso aunque la lucha por Francia era intensa, él encomiaba la «civilización» que Gran Bretaña había traído al mundo. Robert va más allá explicando lo que califica como naturaleza «chapucera» del plan de invasión nazi como prueba de que el Führer no tenía en realidad agallas para esa lucha en particular.

«Dado que Inglaterra, a pesar de su desesperada situación militar, todavía no muestra signos de estar dispuesta a llegar a un acuerdo de paz», empezaba

su «Directiva de guerra número 16», «he decidido preparar una operación de desembarco contra Inglaterra, y, si es necesari-

«He decidido preparar una operación de desembarco contra Inglaterra»

rio, llevarla a cabo. El objetivo de esta operación es eliminar el territorio inglés como base para la continuación de la guerra contra Alemania, y, si fuera necesario, ocuparla completamente».

Hay una indirecta en el lenguaje de Hitler aquí («Dado que Inglaterra...») que se entiende como un último llamamiento a la razón; incluso cuando llega la amenaza directa, hay cierta vacilación: no dice «he preparado» o «he decidido llevar a cabo», sino «he decidido preparar», con la opción de «llevar a cabo» la invasión «si es necesario». Luego está el segundo párrafo explicativo, que parece querer suavizar, tranquilizar a Gran Bretaña diciendo que la ocupación se haría de mala gana y solo con un espíritu defensivo, «si fuera necesario».

UN LEÓN MARINO INCIERTO

Podría haber sido tacto diplomático, pero hay indicios de que la vacilación de Hitler era real: parece que tardó mucho en dar la señal para que comenzase la operación «León marino» (la invasión de Inglaterra).

El plan era que una fuerza anfibia desembarcaría en un «amplio frente que discurre aproximadamente desde Ramsgate al área al oeste de la Isla de Wight». A esa distancia del continente, la *Luftwaffe* se encargaría de la artillería, la marina alemana proporcionaría protección en el mar. Había mucho que hacer, destacaba el Führer, si la invasión iba a producirse en agosto:

- a) La fuerza aérea inglesa debía ser neutralizada física y moralmente para que no opusiese resistencia a la invasión alemana.
- b) Había que limpiar de minas los canales marítimos.
- c) Había que sellar con campos de minas las entradas a los estrechos de Dover y la entrada occidental al canal sobre una línea aproximada desde Alderney a Portland.
- d) Las zonas de aterrizaje debían estar cubiertas por artillería pesada en la costa continental.
- e) Las fuerzas navales británicas debían mantenerse ocupadas en el mar del Norte y en el Mediterráneo (por los italianos) durante el período anterior a la invasión.

En otras palabras, la marina alemana tenía que hacerse con todo el canal de la Mancha y asegurarlo. Eso suponía que la *Luftwaffe* tendría que controlar también el

Página derecha: Con París en su poder, Hitler podía tomarse un tiempo para hacer turismo cultural con el arquitecto Albert Speer (izquierda) y el artista Arno Breker (derecha).





Página anterior: Hitler y sus generales planean una estrategia en septiembre de 1939: en esta fase, la ejecución en el campo era una formalidad.

espacio aéreo sobre él, sobre todo porque Alemania no contaba con lanchas de desembarco hechas a los efectos: Hitler esperaba hacer todo usando el canal y barcazas fluviales. De las cerca de dos mil lanchas que la *Kriegsmarine* consiguió requisar en Alemania y en los países conquistados del Benelux, solo un tercio aproximadamente eran motoras y sus motores estaban diseñados para usarse en ríos navegables protegidos. Al resto habría que trasladarlas por el canal con remolcadores y otras naves potentes. Además, cuando llegasen a su destino, habría que ponerlas en posición con cuidado y precisión para que las tropas a bordo pudiesen desembarcar con seguridad y descargar los tanques, camiones, equipo y material pesado de todo tipo sin pérdidas. Este

tipo de maniobras no podían ejecutarse bajo el fuego ni en mares revueltos. Habría que hacerlo todo así.

Pero, al final, nada se hizo así: la *Luftwaffe* falló en el punto «a» de la lista de Hitler, lo cual hizo que todo lo demás fuese imposible o irrelevante. Todas las oleadas de ataques aéreos alemanes fueron contrarrestadas por la fuerza aérea británica; para finales de septiembre, el momento del león marino había pasado sin pena ni gloria.

ATENCIÓN DISPERSA

«El arte de todos los grandes conductores de pueblos», hacía notar Hitler en *Mi lucha*, «consiste, en primer lugar, en no dispersar la atención de un pueblo y sí en concentrarla contra un único adversario». Esa estrategia le había funcionado durante su larga lucha por el éxito político y habría hecho bien en mantenerla al dirigir la guerra. Pero, en vez de eso, mientras Gran Bretaña seguía

siendo, en sus propias palabras, una «base para la continuación de la guerra», abrió otro frente en el este unos meses más tarde. El 22 de junio de 1941 se inició la operación «Barbarroja». Rompiendo el pacto nazi-soviético, Hitler había invadido Rusia. Con 4,5 millones de hombres, 600 000 tanques, camiones y coches y más de medio millón de caballos, fue la fuerza de invasión más grande de la historia. Tenía que serlo, ya que iba a luchar en un frente de casi 3000 km de longitud por el país más grande del mundo.

También tenía que conseguir su objetivo deprisa, limpiamente y con la menor tardanza para que el «general Invierno» no acudiese al rescate de los soviéticos como había hecho célebremente con Napoleón en el siglo XIX. Hitler

Por formidable que fuese su fuerza de invasión, Hitler tenía que pasarla primero por el canal y, para ello, tendría que derrotar a la RAF británica.





Un granero ardiendo en los primeros días de la invasión de la Unión Soviética en 1941. Las tropas alemanas perderían enseguida este aspecto elegante y cuidado.

había dado a sus ejércitos cuatro meses para tomar Moscú; cuando tomaron Smolensk a primeros de agosto, parecía que iban en tiempo. Sin embargo, preocupado por la idea de que, al avanzar tan deprisa, sus ejércitos hubiesen expuesto sus flancos, Hitler ordenó una pausa mientras se abrían paso al norte hacia Leningrado y al sur hacia Kiev. Lo hizo desoyendo los consejos de generales experimentados, como Franz Halder (1884-1972), Fedor von Bock

(1880-1945) y Heinz Guderian (1888-1954), que temían que se perdiese impulso en el avance hacia Moscú.

El contraataque que permitió la vacilación de Hitler no triunfó de inmediato, pero supuso un retraso en el avance de los alemanes hacia Moscú y en la consecución de su objetivo. Igual que con la evacuación de Dunkirk de los aliados occidentales, era un pequeño contratiempo militar para las fuerzas alemanas, pero

había dado esperanza a su enemigo derrotado. Suficiente esperanza, por lo que parece, como para endurecer su determinación a defenderse a muerte: aunque Kiev cayó a finales de septiembre, Leningrado resistió 872 días de sitio. Mientras tanto, el Ejército

Página derecha: Hitler dirigió la operación «Barbarroja» desde la «Guarida del lobo», un búnker blindado en los bosques de Prusia oriental.



Rojo se estaba reagrupando alrededor de Moscú. El tiempo corría del lado de los soviéticos: a medida que pasaban las semanas y el tiempo empeoraba, las fuerzas alemanas se vieron atrapadas en el barro y retrasadas por temperaturas que congelaban los motores y la artillería, mientras los

soldados poco abrigados sufrían las temidas congelaciones. Incluso ahora, con los soviéticos presionando para repelerlos, en vez de optar por el plan B estratégico recomendado por los generales, Hitler se empeñaba en mantener una línea defensiva sólida. ¿Otra vez la «perspectiva de trinchera»?

Desde luego, aquí Hitler demostró sus limitaciones, no solo como estratega, sino como líder real. Tanto Bock como Guderian estuvieron entre los 40 oficiales de alto rango que pagaron el precio de haber tenido razón perdiendo su puesto tras el fracaso final del ejército en la toma de Moscú.

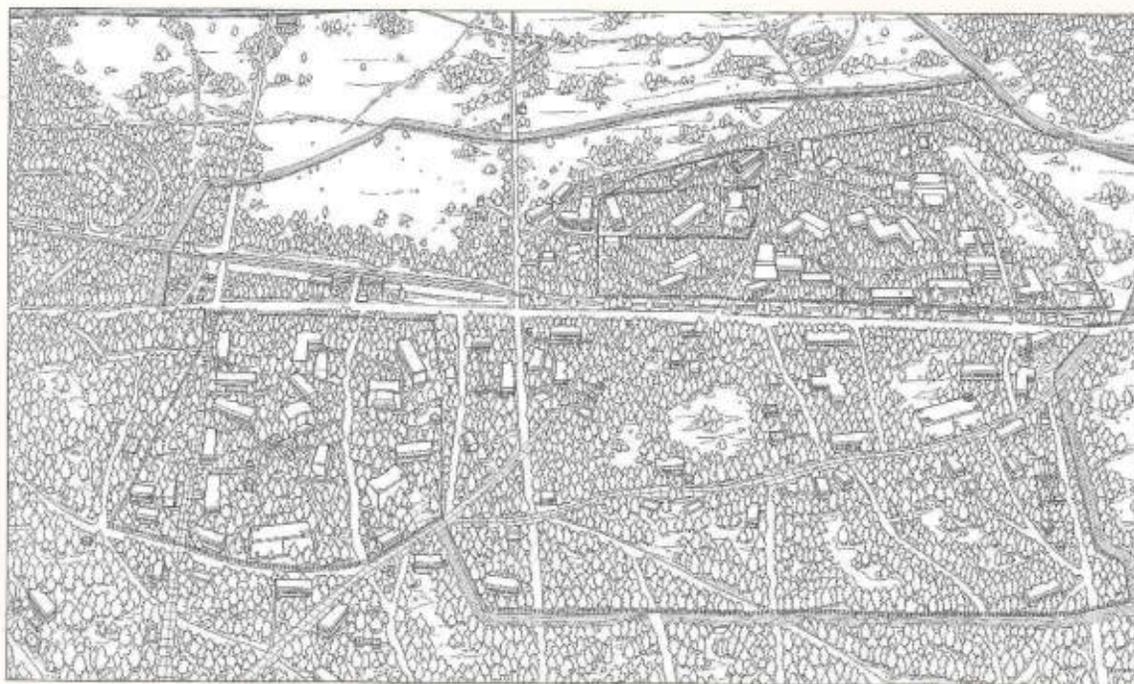
LA «GUARIDA DEL LOBO»

Hitler nunca estuvo cohibido respecto a lo que ahora vemos como la puerilidad ingenua de algunas de sus autodramatizaciones. Sirva como ejemplo el apodo «Lobo» que se atribuyó sin ningún tipo de vergüenza. Tenía cierto sentido que, cuando hizo falta un cuartel militar secreto para el frente oriental con el inicio de la operación

«Barbarroja», fuese en parte como una «caverna» y se llamase oficialmente la «Guarida del lobo». Lejos de todo, en un paisaje boscoso y rocoso en el interior remoto de Prusia oriental, era una guarida tan salvaje como desearía cualquier depredador alfa. Alrededor, había más de 6 kilómetros cuadrados de centro administrativo muy

bien camuflado en el que trabajaban más de dos mil personas.

No hay que confundir la «Guarida del lobo» con el «Nido del águila», ni con el chalcito que se hizo el Führer en un pináculo rocoso de vértigo sobre Berghof, ni con el búnker que se construyó debajo del castillo de Kransberg, en la cordillera del Taunus, en el estado de Hesse.



La «Guarida del lobo», propiamente dicha, era el centro de un amplio complejo secreto.

RESPONSABILIDADES ALIADAS

Como hemos visto en el capítulo 5, Hitler secundaba la opinión de Schiller de que «el fuerte es más fuerte cuando está solo», así que puede que las naciones fuertes también lo fuesen. Sin embargo, en los años que precedieron a la guerra, la Alemania nazi había sentido cierto grado de seguridad

en grupo. De ahí que forjase lazos con aliados del Eje, como Italia y Japón. La admiración de Hitler por Benito Mussolini era genuina y duradera y tenía intereses comunes con el Japón imperial (la suspicacia hacia la Unión Soviética, la competitividad con

los aliados occidentales). Pero, más adelante, cuando cambió la marea de la guerra, empezaría a ver a los italianos como una «vergüenza» e incluso a encontrar a sus aliados irritantes en ciertos aspectos. La invasión de Grecia por parte de Italia en

En 1940, con el Eje en auge, el Führer y el Duce eran todo sonrisas, pero las relaciones con Italia acabarían deteriorándose.



el otoño de 1940 encontró problemas enseguida y Alemania se vio arrastrada a una prolongada campaña en los Balcanes. También por solidaridad con Italia, Hitler se embarcó en la guerra del desierto occidental del norte de África en la primavera de 1941. Mussolini pretendía ocupar Egipto tras la invasión de Etiopía (1935) para crear una franja continua de África italiana, pero la realidad de la guerra del desierto fue mucho más dura de lo que esperaba.

Pero lo más importante (y tal vez también lo más incomprensible) fue cuando, el 11 de diciembre de 1941, Hitler insistió en hacer honor a su compromiso con el Eje declarando la guerra

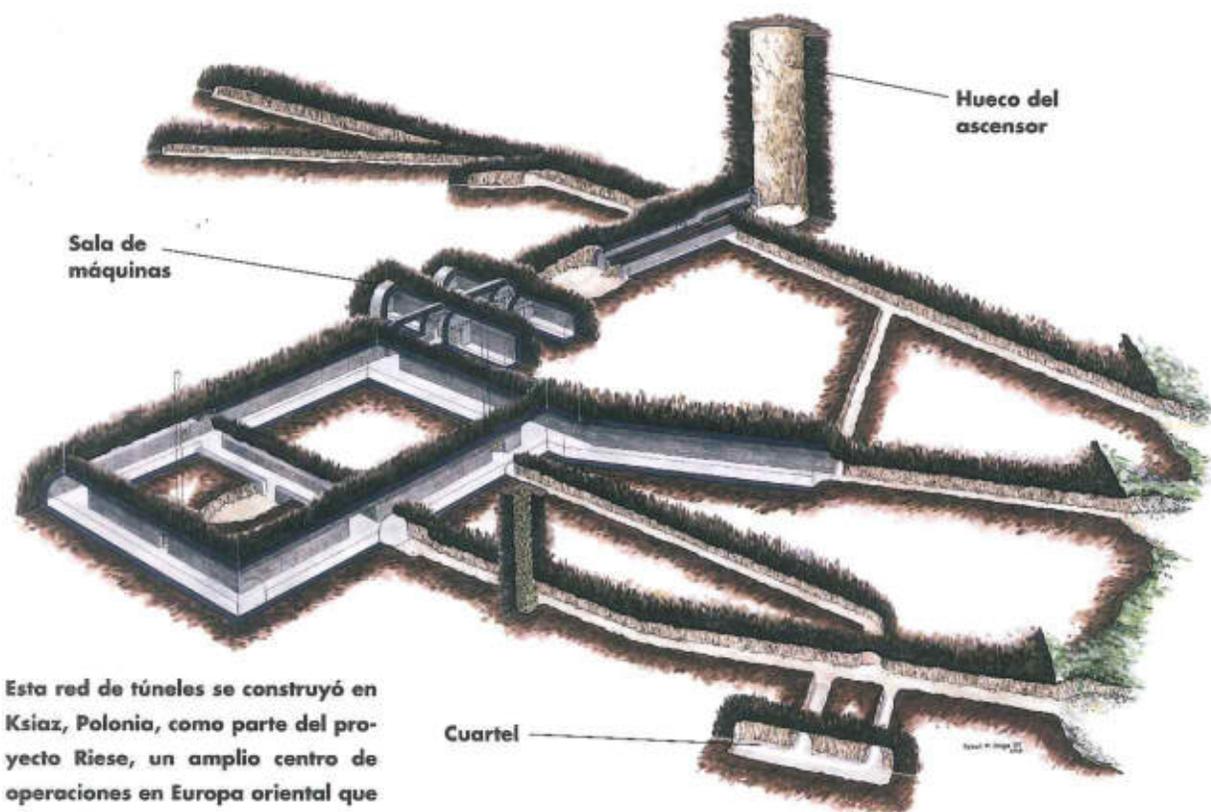
a EE. UU. cuatro días después de que los japoneses atacaran Pearl Harbor. Su decisión ha dejado siempre perplejos a los historiadores: aunque técnicamente estaba obligado por las condiciones del tratado del Eje a ayudar a Japón contra sus enemigos, esta decisión atrajo a América a la guerra europea.

COMODIDADES DOMÉSTICAS

Por mucho que se hablase de *frontgemeinschaft*, no había ni punto de comparación entre las condiciones soportadas en el frente oriental (donde las temperaturas invernales bajaban de $-40\text{ }^{\circ}\text{C}$) y las que disfrutaban el Führer y sus altos mandos en Alemania.

Era inevitable cierta brecha (no podría hacerse una guerra de otro modo), pero la diferencia se notaba demasiado en esa ocasión, así que Hitler tuvo que llevar una especie de doble vida, quitando importancia a las comodidades domésticas que disfrutaba, sobre todo las de su hogar con Eva Braun.

Lo suyo parecía un matrimonio de clase media en toda regla, salvo por la ceremonia y el apellido. Eva estaba en Berghof, donde Adolf se reunía con ella con tanta frecuencia como podía. Hasta cierto punto, no ocultaban su relación (ella actuaba como anfitriona para un reguero de visitantes importantes que iban y venían cada fin de semana), pero jamás



Esta red de túneles se construyó en Książ, Polonia, como parte del proyecto Riese, un amplio centro de operaciones en Europa oriental que jamás llegó a completarse.

Eva Braun disfruta de la serenidad alpina de Berghof, a años luz de la guerra y sus sacrificios.





Adolf y Eva miran fotos en la paz e intimidad de Berghof: este tipo de imágenes transmitían mensajes de confianza y tranquilidad.

fue vista en público al lado de Hitler. De nuevo, el Führer parece haber sentido que tenía que mantener su imagen austera de jefe guerrero, sin ningún tipo de ternura femenina. Una lógica creíble, tal vez, aunque el hecho de que para Hitler superase a la idea de la mujer fuerte y poderosa que monopoliza al macho alfa hace que resulte inusual, incluso entre dictadores. La sexualidad

de Hitler llevaba años siendo objeto de especulación y algunos visitantes de Berghof pusieron mucho énfasis en el hecho de que la «pareja» no compartiera dormitorio. Sin embargo, esto no era poco habitual en la época y otros invitados (con más conocimiento de causa o simplemente más leales) insistían en que las habitaciones separadas de Braun y Hitler estaban comunicadas.

LAS ADICIONES DE ADOLF

Los enemigos de Hitler tenían mucho interés en exagerar sus rarezas, pero ni siquiera sus amigos más íntimos negaron que siempre fue un hipocondríaco y que su obsesión por la salud fue empeorando al final de su vida. El servicio de inteligencia militar estadounidense recopiló un dossier con 74 medicinas diferentes que tomaba, aunque algunos testigos hablan de unas 90. Como era de esperar, los sensacionalistas se han aferrado a la cantidad de drogas ahora ilegales a las que parece que Hitler era adicto, como la cocaína, la heroína y las anfetaminas inyectables (incluida la metanfetamina o «cristal»). Sin embargo, es potencialmente más turbador el tratamiento hormonal que seguía (en respuesta, por lo que parece, a teorías médicas muy poco ortodoxas), con testosterona, estradiol (una hormona femenina) y fármacos corticoides.

Esta colección de medicamentos puede sugerir cierta preocupación por el rendimiento sexual, la potencia o la fertilidad, aunque no está claro cómo le habría ayudado. También podría apuntar una preocupación menos sexual con mantener el nivel de energía en un cargo tan exigente y una apariencia de líder joven y vigoroso. En cualquier caso, todos están relacionados con respuestas fisiológicas y de conducta impredecibles, lo cual se cree que podría haber influido en su creciente inestabilidad y paranoia. Tampoco es que falten causas posibles para su crisis nerviosa: algunos echan la culpa a la sífilis. Pero también puede que

Los sensacionalistas se han aferrado a la cantidad de drogas a las que parece que Hitler era adicto

simplemente fuese la factura que estaban pasando a Hitler la presión de su cargo y el estrés de dirigir una guerra grande, compleja y cada vez más difícil de ganar.

Ese estrés también podía haber causado los problemas digestivos que padecía y que podrían haber influido en su elección de una dieta

vegetariana. Parece ser que sufría dolorosos retortijones y, según apuntan algunos historiadores, una flatulencia espantosa. ¿Hasta qué punto estas sugerencias están cargadas de un deseo (comprensible pero poco académico) de menospreciar al dictador?

EMPIEZA EL HOLOCAUSTO

El 20 de enero de 1942, los dirigentes nazis se reunieron en una asamblea especial en Wannsee House, una bonita casa de campo a las afueras de Berlín. Ahora se considera que la «conferencia de Wannsee» marcó el inicio

del Holocausto. No es que no se hubiera perseguido a los judíos y otras minorías antes: la violencia, los abusos e incluso los asesinatos eran intrínsecos al estilo nazi. Ya había pasado casi una década desde que se abrió el primer campo de concentración, siete años desde que el antisemitismo se hizo oficial con la entrada en vigor de las leyes de Núremberg.

Sin embargo, hasta entonces, la guerra del partido contra las «razas inferiores» se había librado a lo loco. En la operación «Barbarroja» se había aco-rralado y ejecutado a judíos en

En Berghof, toda una pareja burguesa: Eva atenta con decoro y disposición; Adolf dormitando después de un largo día.



masa en el oeste de Rusia, pero también a decenas de miles de «partisanos» (civiles, por lo general desarmados). Convocada en nombre de Hitler por el jefe de seguridad del Reich, Reinhard Heydrich, la conferencia codificó la «Solución final» al «problema judío» y puso en marcha procedimientos para garantizar que se llevaría a cabo de una forma sistemática y coordinada.

El antisemitismo había sido una constante en el pensamiento nazi desde la fundación

del NSDAP después de la Primera Guerra Mundial. Hoy en día, incluso los que no saben casi nada de Hitler, son conscientes al menos de sus crímenes históricos durante el Holocausto. Así pues, puede resultar sorprendente lo tarde en la historia nazi que este rencor racista se convirtió en una política de Estado de asesinato sistemático. Durante la década de 1930, el pensamiento del partido había transcurrido más por las líneas de establecer un territorio separado para que viviesen

Página derecha: Auschwitz, tal vez el memorial más notable de Hitler ahora, era entonces una tumba a la que judíos y otros marginados eran arrojados a diario.

los judíos, dentro del Reich (en un «gobierno general» de Varsovia) o en una colonia en el extranjero como Madagascar. En 1940, miembros del alto mando, como Himmler, habían contemplado la deportación de los judíos de Europa y lamentado la «cruel» naturaleza de semejante medida.

EL CÓDIGO MORELL

Hitler tenía su propio médico personal oficial, Karl Brandt (1904-1948), que acabaría ahorcado por los crueles experimentos médicos que había llevado a cabo en los campos. Pero, por monstruoso que fuese, era un ejemplo del racionalismo científico y rigor en comparación con el hombre que usurparía su lugar en la confianza hipocondríaca de Hitler. Theodor Morell (1890-1948) llegó al Führer por mediación del antiguo jefe de Eva Braun, su fotógrafo oficial, más que por cualquier recomendación médica. Al examinar a Hitler por primera vez en 1936, le dijo que los retortijones que experimentaba eran consecuencia de un «completo

agotamiento del sistema digestivo». Su prescripción incluía hormonas, vitaminas, fósforo y dextrosa en grandes cantidades. A pesar de las advertencias de Brandt, Hitler estaba convencido de que Morell le había salvado la vida.

A medida que pasaba el tiempo sin que el Führer mejorase,

Morell necesitaba constantemente aumentar la dosis de los extraños medicamentos que extraía de los intestinos, testículos y otros órganos de animales. No contento con diagnosticar como un matasanos, rentabilizó su relación con Hitler construyéndose un emporio basado en las curas de su paciente.



Hitler con Theodor Morell, el asesor médico del que pensaba que le había «salvado la vida», pero que era tan poco ortodoxo como muchas de sus recetas.





Página anterior: Hitler con su secretario privado, Martin Bormann (izquierda), una de las figuras menos conocidas, pero más poderosas del Tercer Reich.

Desde entonces, se ha debatido mucho sobre el grado de culpabilidad personal de Hitler por los crímenes cometidos en su nombre, y no solo por quienes tienen un interés ideológico en minimizar su culpa. Algunos no quieren ver al pueblo alemán eximido de su responsabilidad como «verdugos voluntarios» (en las célebres palabras de Daniel Goldhagen); está claro que el Führer no lo hizo solo. Además, hay otras cuestiones sobre cómo estaba distribuida la autoridad y cómo se transmitían las órdenes a través de lo que podría ser una cadena de mando irregular

y caótica. La elegante «pirámide» del Estado de Hitler era, en realidad, una estructura mucho más desvencijada, en la que los jefes de sección y oficiales locales y regionales gozaban de cierta autonomía. Paradójicamente, la preeminencia del Führer en la cúspide de la pirámide solo servía para subrayar este efecto: sus caprichos tiránicos, sus repen-

Para Hitler, la nobleza de la guerra trascendía la razón

tinios cambios de humor y sus intervenciones entrometidas contribuyeron a entorpecer el buen funcionamiento del estado nazi

y dejaron a los oficiales inferiores con más cosas que hacer y un ámbito de toma de decisiones más grande. Nada de esto hace que el hombre de la cúspide sea inocente del principal cargo que se le imputa. Nadie cuestiona que el Holocausto fuese obra de Hitler.

MUERTE O GLORIA

Dejar huella en la población civil era una cosa, pero luchar contra fuerzas aliadas enormes y bien equipadas en dos frentes era otra bien distinta. En el campo de batalla, todo empezaba a empeorar. En el norte de África, donde hasta hacía poco el intrépido Erwin Rommel (1891-1944) se llevaba todo por delante, los aliados se habían reagrupado y habían dejado sin refuerzos ni abastecimiento a un ejército Panzer al que ahora superaban en número. Derrotado en El Alamein (23 de octubre-11 de noviembre de 1942), Rommel dio la orden de retirada, anticipándose a las instrucciones de mantenerse firmes que sabía que vendrían de Hitler. Así, según su razonamiento, él y sus hombres vivirían para luchar otro día.

Este no era el tipo de lógica que parecía comprender Hitler, pero, para él, la nobleza de la guerra trascendía la razón. El heroísmo que prefería la muerte al deshonor por el que abogaba (o al menos, por el que esperaba que lo hiciesen sus generales y ejércitos) se remontaba a una era perdida de guerras legendarias. Si hubiera tenido alguna relevancia para el combate moderno, se podría decir que había sido en los campos de Flandes en la Primera

UNA SOMBRA SINIESTRA

Hitler no era un títere, pero algunos de su entorno ejercieron mucho poder, ninguno más que Martin Bormann (1900-1945). A pesar de su relativa juventud (se había unido al NSDAP en 1927), se convirtió en una presencia indispensable en la oficina del Führer. Desde 1941 era el jefe de la Parteikanzlei («cancillería del partido») y, en 1943, fue nombrado secretario privado de Hitler, después de que el vuelo de Rudolf Hess a Gran Bretaña hubiese dejado vacante ese puesto clave. Este ascenso meteórico sorprendió a sus otrora superiores, aunque se

podría decir que su desdén había facilitado el ascenso de un astuto manipulador descartado demasiado pronto como tosco matón (igual que Stalin en Rusia). Bormann se hizo muy influyente como fervoroso protector de los intereses del Führer (y los suyos propios). Igual que había salido de la nada, Bormann desapareció de escena al final de la guerra. Se cree que lo abatió una patrulla soviética mientras huía de Berlín. Sin embargo, nunca se demostró; aunque se certificó su muerte en 1973, había rumores persistentes de que vivía en el exilio.

Guerra Mundial. Quizá allí las batallas se habían ganado realmente manteniéndose firmes. De nuevo, el triunfo de la «perspectiva de trinchera».

Con toda su osadía, avances a alta velocidad y asaltos con una fuerza abrumadora, el estilo de combate de Rommel había sido hasta el momento la esencia de la *blitzkrieg*. Sin embargo,

Hitler parecía más cómodo con un enfoque más cauto y estático, como el que tenía cuando retrasó el avance a Moscú el año anterior. Igual que había una contradicción entre la filosofía vanguardista de la *blitzkrieg* que él creía patrocinar y el método más tradicional que había aprendido como soldado de infantería, también había tensión entre su

concepto de la guerra como un arte y como una mera prueba de valor. «¿Cómo puede ser alguien tan cobarde?», preguntó al enterarse de la rendición del mariscal de campo Paulus en Stalingrado el 1 de febrero de 1943. «Ha sido necesario que mueran muchos hombres para que luego este individuo emponzoñe el heroísmo de tantos otros, y esto en

El «Zorro del desierto», Erwin Rommel, «adorado incluso por la prensa enemiga», en palabras de Goebbels, encadenó una serie de victorias en el norte de África.



el último minuto». ¿Se estaba librando esta guerra para asegurarse la tierra y los recursos que tanto necesitaba Alemania o era simplemente una oportunidad para que sus hombres se pusieran a prueba (en un extraño sentido caballeresco)?

Los historiadores coinciden en que Stalingrado marcó un punto de inflexión en el conflicto. Hitler estuvo a la defensiva a partir de entonces. Se cree que la propia «batalla», que, con una

duración de más de cinco meses, había sido tan sangrienta y larga como algunas guerras, se cobró más de un millón de vidas. Pero se recuerda sobre todo por el encarnizamiento del combate, de casa en casa y mano a mano. El sexto ejército de Paulus había llegado a Rusia equipado para la *blitzkrieg*, pero acabó teniendo que avanzar lentamente hacia Stalingrado (ahora Volgogrado) entre una resistencia feroz y sobre un terreno impracticable.

Cuando llegaron a la ciudad, los rodearon los rusos y, sin combustible ni apenas munición, no tenían posibilidad de escapar. Se vieron obligados a «cavar» trincheras y fortificaciones improvisadas, al estilo de la Primera Guerra Mundial.

Paulus comprendió que la única solución racional para semejante situación era la rendición. Pero no hubo ni un ápice de racionalidad en la negativa furiosa de Hitler. Al final, el comandante de tierra hizo lo que por desgracia tenía que hacer, pero parece que su Führer ya no se avenía a razones.

MAREADO

Entretanto, la *Kriegsmarine* iba a la deriva. Los publicitados estragos de las «Wolfpacks» con submarinos en el Atlántico podían haber levantado la moral en casa (y preocupado realmente a los aliados occidentales), pero, cuando todo estaba dicho y hecho, esto fue una guerrilla. Se suponía que no iba a ser así. En 1935, los negociadores de Hitler habían acordado un tratado naval anglo-germano que permitiría a Alemania reconstruir su marina, siempre y cuando el tonelaje total no superase el 35 por ciento del de la Marina Real británica. Una vez aceptado el principio de rearme, Hitler se tomó el brazo en vez de la mano que le daba el tratado: el «plan Z» que ideó en 1937 preveía el mayor programa de construcción naval desde la crisis de Dreadnought (véase el capítulo 3).

La nueva marina alemana tendría mucho más que el 35 por ciento del tonelaje de la flota





Soldados alemanes participando en el asalto de Stalingrado en agosto de 1942. Cinco meses después, la estrategia de Hitler quedaría hecha trizas.



«CIENCIA JUDÍA»

Por rimbombante que fuese su retórica racial, Hitler era bastante ignorante en lo que a ciencia se refiere y defendía una «física» de leyes firmes, sin tonterías newtonianas. La física moderna, abierta a las ideas de la «relatividad», matizando lo que parecían hechos sólidos, difuminando lo que parecían líneas claras, era una transgresión. Obviamente, no era coincidencia que estas nuevas teorías hubiesen llegado de la mano de los judíos, sobre todo de Albert

Einstein (1879-1955), ni cabía duda de su intención de atacar lo que los nazis denominaban la «ciencia nórdica».

Hitler no tuvo escrúpulos para echar a los «no arios» de sus cargos académicos en las universidades alemanas en la década de 1930, ni lamentó su partida a otros países, principalmente a Estados Unidos. «¡Si la destitución de los científicos judíos significa la aniquilación de la ciencia alemana contemporánea, nos pasaremos unos cuantos años sin

ciencia!». Y, en cierto modo, así fue: perdieron la ocasión de crear la bomba atómica y de hacer otros muchos avances.

Dejando la ética a un lado, lo que nos sorprende ahora es la obstinada inflexibilidad de Hitler, su negativa a contemplar ideas diferentes a las que ya se había formado él. En el terreno intelectual, igual que en el campo de batalla, se vanagloriaba de ser vanguardista, pero se negaba en redondo a aceptar nuevas realidades.

británica. La lista de la compra de Hitler incluía:

- Cuatro portaviones, dos de ellos con capacidad para desplazar 33 500 toneladas.
- Seis barcos de guerra de hasta 110 000 toneladas.
- Tres cruceros de combate (aproximadamente unas 35 000 toneladas).
- Doce cruceros más pequeños de «clase P» y otros dos cruceros pesados.
- Seis cruceros pequeños (aproximadamente 10 000 toneladas).
- Seis destructores grandes.
- Unos 250 submarinos.

Astutamente, Hitler había decidido decantarse por la cantidad en vez de por el tamaño de los barcos: la Marina Real británica seguiría siendo mucho más grande, tanto en tonelaje total como medio. Los buques de guerra de Gran Bretaña eran muy potentes, los de Alemania iban a tener que pasar apuros cada vez que

asomaran la proa fuera del mar Báltico. Tenía sentido no poner todos los huevos marítimos en la misma cesta, de ahí la decisión de tener más, aunque fuesen más pequeños. Además, al ser pequeña, la *Kriegsmarine* haría inevitablemente el papel del pirata: la velocidad y la maniobrabilidad tendrían más importancia que el peso o la potencia.

Era un proyecto ambicioso, pero pronto se extinguió. Por una parte, el plan Z tardó mucho en iniciarse y, por otra, enseguida lo sobrepasaron los acontecimientos. Alemania no tenía capacidad industrial para construir tantos barcos en tan poco tiempo. Luego estaba el déficit de atención de Hitler, un problema al que se enfrentaban sus consejeros a diario, pero que quizá esté perfectamente ilustrado por el hecho de que empezase una guerra dos años después de la inauguración de un proyecto naval a diez años.

(Ni uno solo de los barcos encargados en 1935 estaba listo cuando comenzaron las hostilidades).

No ayudaba que Hitler no entendiese a la marina ni le tuviese ninguna simpatía. Por lo que a él respectaba, todos los barcos de guerra eran iguales y las innovaciones, con frecuencia brillantes, de sus diseñadores no le parecían tan emocionantes como para mantener su interés. La *Luftwaffe* de Goering siempre salía favorecida (hasta donde el Führer podía ser constante con algo); el capaz pero prudente gran almirante Erich Raeder, alto mando naval, no tenía la habilidad de su equivalente en la fuerza aérea para manejar a Hitler.

CONDICIONES VARIABLES

Para cuando estalló la guerra de verdad, los alemanes tenían tres «acorazados de bolsillo» (cruceros pesados) anteriores al plan Z: el Admiral Graf Spee, el Admiral



Su flota de submarinos dio a Alemania una historia de éxito poco habitual en el mar: una marina descuidada luchaba para tener impacto.



Hitler inspecciona un buque de guerra alemán en 1935. El inicio de la guerra se adelantó a la expansión que planeaba para la marina.

Scheer y el *Deutschland*. También tenían otros dos cruceros, el *Gneisenau* y el *Scharnhorst*. Del lote del plan Z, solo había dos acorazados (el *Bismarck* y el *Tirpitz*) a punto de completarse en 1939; el primero fue botado en 1940 y el segundo en 1941. También estaba en construcción el portaviones *Graf Zeppelin*, pero, aunque se botó en 1938, nunca se completó.

La pérdida del *Graf Spee* en Montevideo en 1939 fue un golpe durísimo, igual que lo habían sido antes las derrotas en la costa de Noruega. La *Kriegsmarine* se vio ya mermada en la primera fase de la guerra. Sin embargo, el

éxito de los submarinos alemanes (gracias en parte al genio del almirante Karl Dönitz [1891-1980] y en parte a los aliados, que anduvieron lentos para organizar un sistema de convoy funcional) dio pie a Hitler para cancelar el plan Z por completo. Dio la orden de reducir a chatarra los barcos que estaban en construcción y de poner a todos los astilleros de Alemania a construir la flota de submarinos. Aunque, en cierto modo, fue un movimiento inteligente, también fue derrotista y relegó a la *Kriegsmarine* a un papel relativamente secundario de hostigamiento.

CAMBIO DE MAREA

Mientras tanto, en tierra firme la cosa empezaba a pintar mal para Alemania. El intento de recuperar la iniciativa en Rusia fracasó con la derrota en la gran batalla de tanques de Kursk, al suroeste de Moscú (julio-agosto de 1943). Unas semanas más tarde, el 3 de septiembre, Stalin por fin consiguió algo parecido al «segundo frente», por el que clamaba cuando los aliados occidentales llegaron por primera vez al sur de Italia. La presión sobre la Unión Soviética, insostenible desde hacía tiempo, empezaba a reducirse y sus ejércitos comenzaron a avanzar. Los alemanes, que de ninguna manera estaban todavía derrotados, provocaron muchas bajas,

pero estaban en retirada y los rusos seguían presionando.

El verano siguiente se abrió el «segundo frente» con una venganza cuando, el día D (6 de junio), las fuerzas aliadas desembarcaron en las playas de Normandía y empezaron a luchar por Francia. Quince días después volvió la ofensiva rusa sobre la Bielorrusia soviética por el este con la operación «Bagration»: los ejércitos alemanes recibían ataques feroces por todas partes. En cuanto a la

población civil, llevaban tiempo siendo atacados sin cesar desde el aire, con los aliados lanzando bombas explosivas e incendiarias sobre grandes ciudades industriales, como Hamburgo (allí se registró la primera «tormenta de fuego» en julio de 1943) y pequeños centros civiles, como Kassel (diez mil personas murieron allí en una sola noche de octubre

de 1943) y Darmstadt (dos tercios de su población se quedaron sin hogar tras un solo ataque en septiembre de 1944). Y, siempre que tenían ocasión, bombardeaban Berlín.

Con todo en contra como lo tenían tan aterradoramente ahora, ningún comandante en jefe alemán habría luchado por ideales. Hitler parecía despojado

Tropas estadounidenses en la playa de Omaha, en Normandía, el día D (6 de junio de 1944). La derrota alemana parecía ya inevitable.



de su gastada retórica sobre la lucha. Cuando intentó una jugada valiente con la ofensiva de las Ardenas (o «batalla del bulto») aquel diciembre, fue con una fórmula reciclada de la Primera Guerra Mundial. Fracasó en cualquier caso y el Año Nuevo llegó con las fuerzas aliadas rozando

Un arma con la que podrían haber ganado la guerra si la hubiesen tenido lista unos meses antes: el V2 alemán proclamó una nueva era de tecnología militar.

por fin la victoria. Los soviéticos avanzaban deprisa desde el este mientras la resistencia alemana se derrumbaba. La antigua capital de Prusia oriental, Königsberg (Kaliningrado), cayó tras cuatro días de sitio. Para febrero, ya estaba rodeada de territorio soviético. El frente oriental se extendía 900 km por la costa báltica hasta los Cárpatos de Rumanía. Seis millones de soldados soviéticos se enfrentaron a dos millones de alemanes con unos 190 000 aliados del Eje. Sin embargo, en

el crucial sector central entre los ríos Vístula y Óder, los alemanes se encontraron más superados todavía en número y armamento: sus generales calculaban una proporción de 11 a 1 en términos de infantería, de 7 a 1 en tanques y de 20 a 1 en artillería pesada.

AL FINAL DEL DÍA

En el oeste, el panorama que tenían los generales no era mucho mejor. Allí también se estaba congregando una fuerza formidable. Tras repeler al *Wehrmacht* en las Ardenas, el ejército de Eisenhower avanzaba incesante hacia el Rin. Con 1,5 millones de soldados americanos, 400 000 británicos y 100 000 franceses liberados, su avance era secundario, pero distrajo a los alemanes de su lucha a vida o muerte en el este. Los nazis sabían que habían iniciado una guerra de razas en los países eslavos y que no podían esperar clemencia de las tropas rusas.

Y no la hubo, aunque fue la población civil la que pagó el pato. Entusiasmados por estar por fin en suelo enemigo, las tropas soviéticas iniciaron una oleada de masacres y violaciones que no terminó hasta que sus comisarios políticos decidieron que la disciplina militar estaba amenazada.

Pero la guerra no había acabado, ni mucho menos. Aunque la derrota de Alemania se daba por sentada, todavía había que conseguirla. Más aún teniendo en cuenta que los alemanes sabían que no podía salir nada bueno de la conquista rusa: las exigencias ya habituales de Hitler



UN GOLPE CONTRAPRODUCENTE



Que la derrota estaba ya delante de Alemania debía de ser evidente para todos menos para Hitler. Los oficiales superiores no tenían ninguna duda. Claus von Stauffenberg (1907-1944) siempre se había mantenido a cierta distancia de los verdaderos creyentes nazis. No es que fuese liberal en ningún aspecto, ni mucho menos izquierdista, pero, habiendo nacido en la aristocracia (era conde), veía con desdén a Hitler y sus seguidores. Cuando quedó clara la inutilidad de la causa de Hitler, entró a formar parte de la llamada «resistencia alemana», un grupo de oficiales del ejército que esperaban derrocar a los nazis con

un golpe. Dieron a su conspiración un nombre clave oportunamente wagneriano (operación «Valkiria») y planearon hacerse con el poder en el caos que seguiría a uno de los bombardeos cada vez más encarnizados de los aliados.

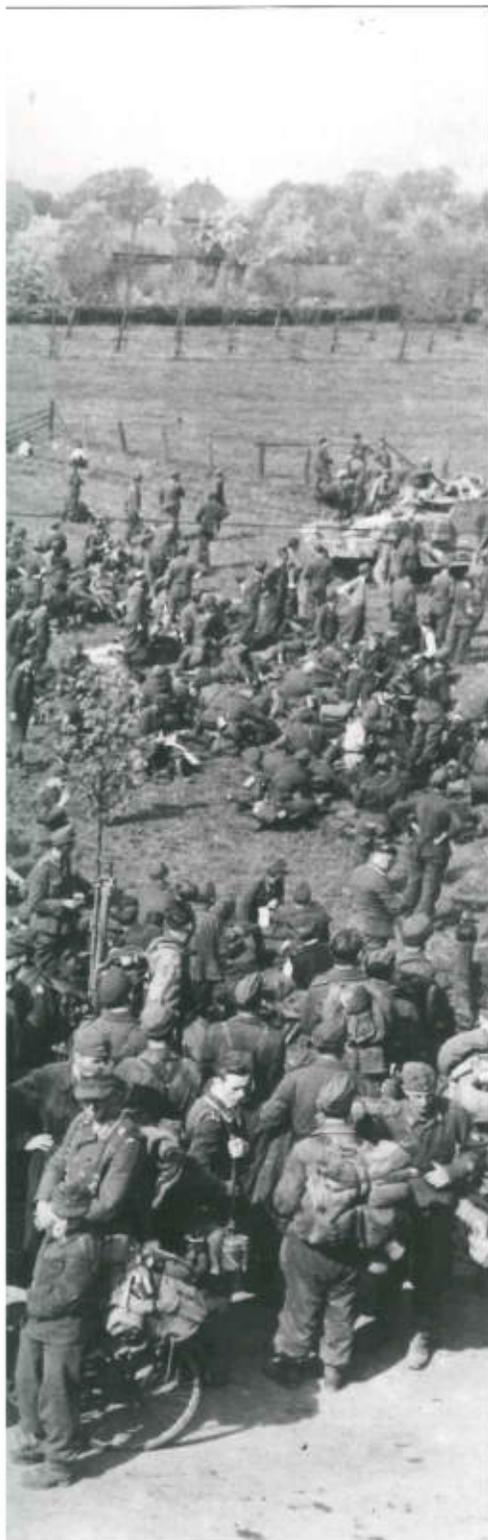
Para que su plan triunfase era vital asesinar Hitler, para lo que pondrían una bomba en la Guarida del lobo. Temiendo ser descubiertos, los conspiradores sentían que no podían esperar el momento adecuado indefinidamente, así que hicieron rápidamente los preparativos para actuar en la noche del 20 de julio de 1944, cuando Hitler estaría allí para una conferencia con

La bomba de Stauffenberg causó daños impresionantes, pero no consiguió acabar con su objetivo humano.

sus oficiales. Stauffenberg fue interrumpido cuando ultimaba los preparativos y tuvo que prescindir de algunos de los explosivos que pensaba utilizar, lo cual restó potencia al maletín bomba que había planeado. Al final, cuando el dispositivo detonó, la mesa bajo la que lo habían escondido sirvió de parapeto para Hitler en la explosión. Él sobrevivió, pero no los casi cinco mil oficiales contra los que tomó represalias en los días siguientes al descubrimiento de la Valkiria.



Prisioneros alemanes reunidos por sus captores aliados en la cuenca del Ruhr. En esta última etapa, pocos tenían ganas de seguir a su Führer hasta la muerte o la victoria.



IDEAS PEREGRINAS

En los últimos meses de la guerra, la señal de advertencia estaba muy clara para la Alemania nazi. Naturalmente, Hitler se negaba a ver una realidad tan deprimente. Solo el heroísmo podría ayudarle a salvar a su país: una lucha épica a escala mítica, todo eso del sueño y la leyenda. ¿Qué otra cosa podía explicar la fe depositada por el Führer en el potencial de la milicia *Volkssturm* («fuerza de asalto del pueblo») que había fundado en septiembre de 1944? Todos los hombres de entre dieciséis y sesenta años tenían que unirse, llevando su propia ropa, mochila, manta y utensilios de cocina. La visión podría haber sido inspiradora

en otras circunstancias, pero los alemanes corrientes ya no creían en las promesas de su líder; iban hacia la derrota y despreciaban su retórica del último cartucho con cinismo hurafío. Pero tenían que servir igualmente (reunidos a punta de pistola por la Gestapo), así que la *Volkssturm* partió hacia el campo. Sin estar bien equipados, armados ni entrenados, tuvieron que entrar en acción contra algunas de las tropas aliadas más experimentadas y curtidas en la batalla. Más de 175 000 de sus soldados murieron. El reclutamiento, cada vez más frenético, continuó a medida que pasaban las semanas, llevándose a chicos más jóvenes e incluso a chicas.

de defenderse a muerte cobraban sentido. Solo la ofensiva sobre Prusia oriental se cobró 584 000 víctimas soviéticas y más de 300 000 cayeron en operaciones más al sur: Alemania estaba decidida a morir matando.

Pero estaban muriendo demasiado descaradamente. En febrero, los aliados occidentales habían cruzado la frontera oeste alemana y avanzaban rápidamente hacia el Rin, demasiado deprisa como para organizar una resistencia eficaz. Muchas tropas alemanas se habían trasladado al este oriental y las que quedaban estaban concentradas en la cuenca del Ruhr. Enseguida se puso en marcha un movimiento para acorralarlas

allí. Mientras el ejército británico de Montgomery encabezaba el ataque desde el norte, cruzando el Rin por Rees y Wesel en la operación «Plunder», el duodécimo ejército americano de Omar Bradley (1893-1981) cruzó el río por el sur, en Remagen, un revés fatal para los planes de autodefensa de Alemania.

UNA ÚLTIMA JUGADA

Lo más cercano a una esperanza racional que les quedaba era una de las múltiples armas milagrosas que estaban desarrollando equipos de ingenieros en laboratorios secretos y fábricas de trabajos forzados. Tras el golpe de Kursk, ya no tenía sentido



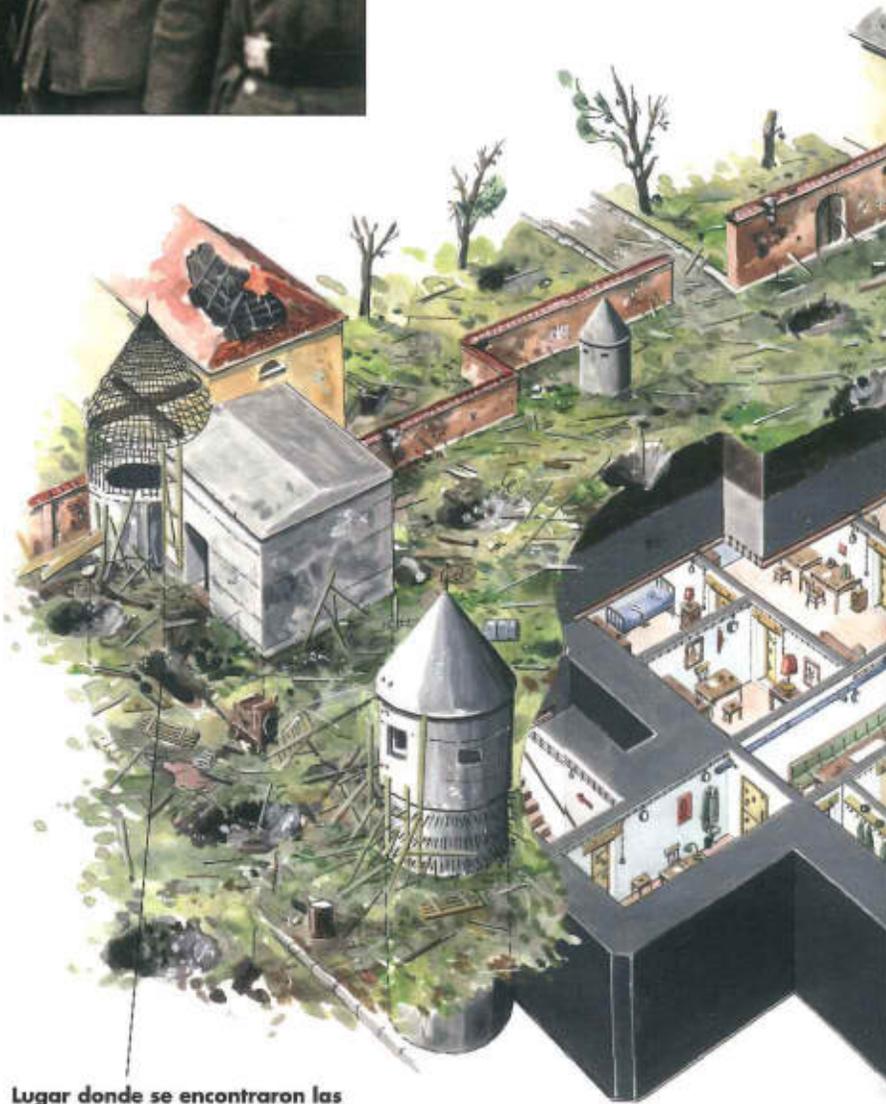
Héroes de las Juventudes Hitlerianas felicitados por su comandante en marzo de 1945: aunque valiente, su servicio era muestra de la desesperación alemana.

hacer el Panzer VIII, un tanque de doscientas toneladas. Pero, si el momento del *Maus* (como lo llamaban humorísticamente) había pasado, era difícil que el Messerschmitt Me262 estuviese listo a tiempo. Este primer avión de combate/bombardero de reacción podría haber marcado realmente la diferencia si la guerra hubiese durado más.

Mientras tanto, por primera vez en años, los alemanes estaban sembrando el pánico en el sureste de Inglaterra con el V1 (de *Vergeltungswaffe*, «arma de represalia»), conocido como «la bomba zumbadora» por el ruido que hacía. Esta bomba voladora era, básicamente, una versión primitiva del misil de crucero. Luego estaba el V2, un cohete que salía disparado al espacio para caer ruidosamente a cuatro

veces la velocidad del sonido, causando una devastación inusitada donde caía.

Tanto el V1 como el V2 fueron utilizados en la guerra y causaron una cantidad de víctimas terrible, además de un trastorno enorme por el pánico y la confusión

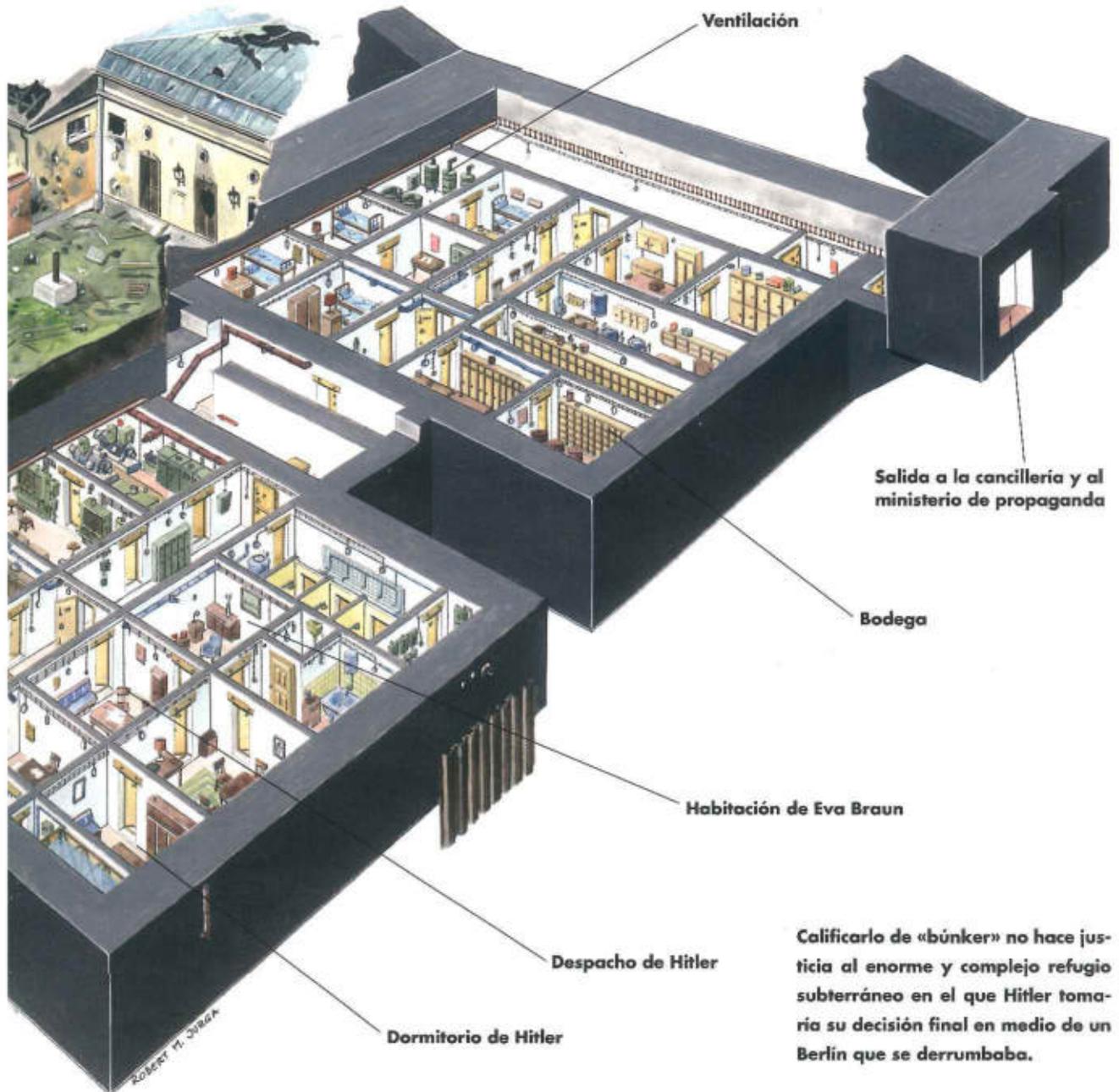


Lugar donde se encontraron las cenizas de Hitler y Eva Braun

que generaban. Quién sabe qué habría pasado si los hubieran fabricado antes. Si los hubiesen utilizado antes o si Hitler hubiese tenido la bomba atómica, ¿habría tenido todo un final diferente? Es una pregunta imposible de responder, como la de si el interés

de Hitler en estos proyectos fue más una ayuda o un estorbo para los diseñadores, como sugieren algunos investigadores señalando su entusiasmo voluble y su déficit de atención (aunque las mismas críticas podrían hacerse a Winston Churchill). Parece

claro que el antisemitismo costó a Hitler la bomba atómica, pero es más difícil determinar si también fue él quien obstaculizó el desarrollo del motor de reacción; los proyectos tan ambiciosos y complejos suelen avanzar despacio.



Calificarlo de «búnker» no hace justicia al enorme y complejo refugio subterráneo en el que Hitler tomaría su decisión final en medio de un Berlín que se derrumbaba.

ROBERT H. JÜRGEN

EL FIN

Cuando se acercaba la primavera de 1945 y Hitler ya no podía negar el destino fatal de su país, se manifestó la extraordinaria magnitud de sus delirios. Alemania había demostrado no merecer ese destino, ni a él,

Papeles quemados y desperdigados cubren un escritorio abandonado en el interior del Führerbunker de Berlín. Tras la guerra, los soviéticos trataron de destruir el búnker.

según su razonamiento, así que era necesario un acto de auto-inmolación nacional. Insistía en que antes que dejar que sirviera a invasores rusos u occidentales, la infraestructura industrial del país debía ser destruida deliberadamente. No quedaría Alemania que pudiese ocupar ningún conquistador. Pero Albert Speer, encargado de llevar a cabo esta tarea, acordó con los principales industriales desobedecer la orden.

El 29 de abril, con los rusos ya a las afueras de Berlín, Hitler y su personal se atrincheraron en el *Führerbunker*. Había decidido quitarse la vida antes que caer en manos del enemigo. Se dice que había quedado turbado por el ahorcamiento sin ceremonias de Mussolini a manos de los partisanos italianos, pero es difícil imaginarlo capaz de soportar que lo capturasen en cualquier caso. Intentó arreglar la huida de Eva, pero ella insistió en





quedarse en el búnker para morir a su lado. Ese gesto romántico tuvo su recompensa: la pareja se casó ahí en ese mismo momento.

Paranoico hasta el final, se cree que Hitler temía que las cápsulas de cianuro que le habían dado sus contactos de la SS fuesen falsas, así que probó una con Blondi, su querida pastor alemán. Se convenció al ver que moría al instante, pero también quedó desolado, más conmovido por la muerte de un animal que por la de cualquier humano.

Soldados del Ejército Rojo muestran a los corresponsales de guerra la tumba detrás del búnker en la que se hallaron los restos de Hitler.

Parece ser que, con total tranquilidad, al oír que las tropas soviéticas se estaban acercando al búnker, dio a Eva su cápsula de cianuro y vio cómo la ingería antes de pegarse un tiro en la cabeza. Unos fieles empleados trasladaron los cuerpos a un espacio abierto detrás del búnker, los rociaron con gasolina y les prendieron fuego: ni siquiera muertos podría cogerlos el enemigo.

Intentó arreglar la huida de Eva, pero ella insistió en quedarse en el búnker para morir a su lado



UN LEGADO DIFÍCIL

El terrible Ocaso de los dioses de Hitler dejaría a Alemania sumida en la oscuridad y proyectaría una sombra alargada y maligna sobre el mundo de la posguerra. Para muchos, supuso una desagradable advertencia, pero, para una minoría fanática, Hitler seguiría siendo un punto de convergencia, un ejemplo de lo que podría conseguir el extremismo.

Alemania aún no se había rendido. La radio nacional afirmaba que Hitler había muerto luchando por su país, un día después de que se suicidase de un disparo. Era necesario hacer que los soldados siguiesen luchando; se temía que se sintieran desmoralizados y abandonasen las armas si se enteraban de que Hitler había abandonado la causa por la que les había dicho que deberían estar preparados para morir.

Además, se estaba preparando una nueva narrativa: los nazis supervivientes esperaban persuadir a los líderes occidentales de que deberían olvidar los problemillas

del totalitarismo, el *lebensraum* y los campos de exterminio: su partido se había dedicado a la derrota del bolchevismo y la defensa de la libertad. Habían entendido que, aunque la Segunda Guerra Mundial no había acabado del todo, la Guerra Fría ya estaba en marcha, y los aliados occidentales tenían las miras puestas en el conflicto que se avecinaba. Así que la historia de Hitler acaba, igual que empezó, con la reescritura de la historia. Y, hasta cierto punto, sigue siendo así.

El sucesor de Hitler designado como cabeza de Estado, el almirante Karl Dönitz (1891-1980), hizo lo que pudo junto con antiguos camaradas (además de algunos conservadores que no eran nazis) para improvisar un gobierno de coalición que contase con la aprobación de Occidente. Hitler no había sido el único iluso. La idea de que tantas transgresiones

de la ley internacional, tantas inhumanidades a semejante escala, podrían ignorarse sin más era de una ingenuidad pasmosa. Aun así, aunque los peores criminales de guerra comparecerían ante la justicia durante los juicios de Núremberg, había participado demasiada gente como para que solo unos pocos se convirtiesen en ejemplo.

LA HUIDA

Algunos nazis con habilidades especiales para todo, desde la ingeniería espacial hasta el espionaje, acabaron trabajando con los estadounidenses o los soviéticos, sin que se tuviera en cuenta su pasado. De nuevo, la Guerra Fría había comenzado; las prioridades estaban cambiando. Otros, sin esperanzas de poder hacer lo mismo, utilizaron redes de contactos secretos que habían establecido durante el nazismo

Página anterior: Flanqueado por otros oficiales, el comandante alemán *Generaloberst Alfred Jodl* (centro) firma la capitulación de Alemania en Reims, Francia, el 7 de mayo de 1945.

THURSDAY, MAY 1, 1945
Evening Standard
 PRICE 1000 AND 1100 (incl. delivery) 1000
 LONDON: W. 1. 1100
 ONE POINT
 FINAL NIGHT EXTRA
 What would happen if you SHOULD SPECIALISE IN...
NORWAY: Doenitz hint may mean surrender
'STRUGGLE IN THE WEST IS NOW SENSELESS'
Germans told 'Only one fight left—against the Russians'
CEASE FIRE
PRAGUE MYSTERY
DR. BEST Gives himself up
DR. FRICK Captured
LONDON GETS READY
Up comes the alibi
A GREAT STRAIN
THE LAST TALK: SURRENDER GENERALS DISCUSS OUR TERMS
TRANSPORT 100 VE-HAYS
THE BODY THEY CANNOT FIND
More sale
THE LAST TALK: SURRENDER GENERALS DISCUSS OUR TERMS
TRANSPORT 100 VE-HAYS
THE BODY THEY CANNOT FIND
More sale

y Eva Braun. Pero ¿quién sabe si decía la verdad? ¿O si la decían los rusos? Los corrillos historiográficos odian el tipo de vacío que se ocasiona cuando hay cuerpos quemados de por medio.

Pronto el cuerpo político alemán quedó también irreconocible. El país estaba desmembrado, dividido entre el este comunista (la llamada República Democrática Alemana, RDA) y el oeste capitalista; Berlín, un pequeño exclave en el este, estaba también dividido. Aun así, había cierta continuidad: oficialmente, se seguía una política de «desnazificación»; en la práctica, el calado del totalitarismo del partido había sido tan profundo que prácticamente cualquiera con alguna responsabilidad en la vida pública o empresarial había sido miembro o había alcanzado algún tipo de acuerdo con las autoridades. Muy pocos podían afirmar que estaban totalmente limpios.

UN EMBLEMA DEL MAL
 Las autoridades comunistas derribaron enseguida la antigua cancellería del Reich, en el Berlín del este, administrado por los soviéticos. Querían borrar el recuerdo de Hitler y su Reich. Sin embargo, de manera simbólica (aunque cuesta imaginar que fuera algo intencionado), el *Führerbunker* no quedó destruido. Ese escondite no se demolió hasta finales de la década de 1980. Hasta entonces, al igual que su antiguo ocupante, resistió como una presencia bajo el suelo. El recuerdo de Hitler se había convertido en un tabú, lo que significaba que era también una fuente de fascinación;

La «insinuación» de Dönitz de que la lucha ya no tenía sentido en Occidente podría ser acertada, pero ¿desde cuándo se preocupaba Hitler por el «sentido»? La rendición alemana todavía era una ilusión del *London Evening Standard*.

para escapar a lugares seguros. Muchos, como Adolf Eichmann (1906-1962), parecen haber acabado en Latinoamérica, donde los regímenes opresores estaban dispuestos a hacer la vista gorda respecto a lo que habían hecho. No hay forma de saber cuántos escaparon a través de estas «rutas de las ratas».

Algunos sospechaban que el propio Hitler había escapado;

que trabajaba tranquilamente como vendedor en Buenos Aires o administraba una hacienda en la Pampa. El fuego había hecho su trabajo: los restos hallados detrás del búnker podrían haber pertenecido a cualquiera. Los soviéticos localizaron al dentista de Hitler que, a partir de sus registros, pudo determinar que unos restos de mandíbula escasos habían pertenecido a Adolf Hitler

un tema en el que miles de personas sentían que debían ahondar, no solo porque compartiesen sus ideas sobre los «problemas» judío o bolchevique (aunque es cierto que los neonazis estaban empezando a existir, mientras que otros nunca se habían ido), sino también porque, como todo conocimiento «prohibido», ejercía una fuerte influencia en la imaginación.

El Führerbunker no se derribó hasta finales de la década de 1980

Freud, que había muerto en 1939 tras huir de la amenaza nazi solo un año antes, habría entendido sin problema este atractivo crónico. En la historia, al igual que ocurría en la vida, la presencia simbólica de Hitler parecía trascender sobremanera su significado real, por muy importante que este fuese. No era solo un dictador; ni siquiera era solo un genocida. La equivalencia que algunos eruditos conservadores quisieron establecer entre él y Stalin no parecía convincente, aunque el dictador soviético hubiese sido un monstruo malvado. Sin embargo, el reconocimiento del siglo xx de que tenía un «ello» violento ingobernable, una pulsión de muerte

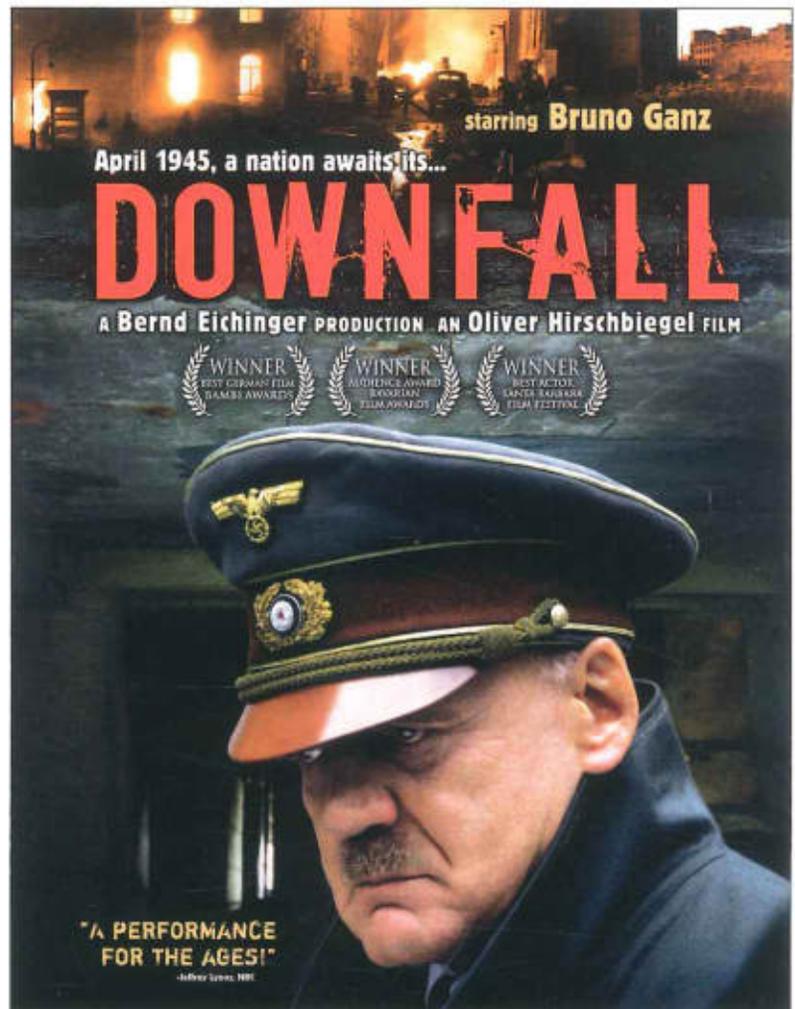
La aclamada película de 2004 *El hundimiento* plasma de forma dramática los últimos días del régimen nazi y el suicidio de Hitler en el *Führerbunker* junto a Eva Braun.

destruccion, parece haber encontrado en el recuerdo de Hitler un icono universal.

Nuestro subconsciente rebelde, egoísta y bestial puede o bien psicoanalizarse o bien suprimirse; puede aceptarse y abordarse con honestidad o barrerse bajo la alfombra consciente. Los demócratas, que eran gente decente, intentaban comprender cómo Hitler había conseguido llegar al poder en una democracia moderna y cómo había obtenido el consentimiento (e incluso la ayuda entusiasta) de gente civilizada para cometer sus crímenes.

Otros preferían la negación; decidieron explicar su influencia (como habría hecho él mismo) como una reacción a la humillación nacional infligida por la derrota en la Primera Guerra Mundial y la austeridad impuesta por un Tratado de Versalles vengativo. Y, por supuesto, el aumento resultante de la política de izquierda en Alemania.

Muy pocos llegarían a respaldar la persecución de los judíos por parte del Führer. De hecho, los simpatizantes explícitos suelen negar este aspecto de su legado o restarle importancia. La



«negación del Holocausto» ha pasado a considerarse delito en muchos países (Alemania incluida). Se han ofrecido explicaciones muy elaboradas para demostrar que el Holocausto fue un engaño y nunca ocurrió, que lo cierto es que podría haber pasado, pero que Hitler no lo sabía, o que había pasado «algo» pero a una escala mucho menor que la que nos han contado.

UNA MEDIDA MORAL

Si la negación es un peligro, también lo es la hipérbole historiográfica que nos haría ver a Adolf Hitler como único. Por extraño que resulte pensar que alguien tan culpable de sus crímenes de

una forma tan obvia e indiscutible pueda ser de alguna forma un chivo expiatorio, la idea de que representa algún tipo de mal absoluto puede sentar un precedente peligroso. El requerimiento de recordar siempre el Holocausto como el acto de inhumanidad definitivo, sin precedentes ni paralelismos, puede hacer que acabe eliminado de la historia por completo. ¿Cómo va a servir de advertencia para las generaciones venideras si otros genocidios (como los de Ruanda o Sudán del Sur, por ejemplo) nunca pueden estar al mismo nivel? La singularidad del Holocausto en lo que respecta a su escala y deliberación es difícil de discutir, pero ¿se trata

realmente de una diferencia de tipo moral o solo en grado?

Al contrario, cuando los políticos occidentales quieren comparar a cualquier dictador Fulano, Mengano o Zutano con Hitler, podemos llegar a sentir que nuestra moneda ética se está devaluando. Encontrar una medida apropiada es todo un reto. Hillary Clinton tiene mucho trabajo por hacer para poder justificar las comparaciones con Hitler que ha establecido a veces, pero ¿se justifican estas comparaciones alguna vez? El dictador iraquí Saddam Hussein (1937-2006) hacía que torturasen y matasen a los disidentes, sacó un arma en una reunión de su gabinete y disparó a un oficial que no estaba de acuerdo con él, utilizó armas químicas contra su propio pueblo y comenzó una guerra con Irán que se cobró un

Sentados en la primera fila, de izquierda a derecha, Goering, Hess, Ribbentrop y Keitel escuchan sus sentencias en los juicios de Núremberg (desde noviembre de 1945 hasta octubre de 1946).





Soldados soviéticos patrullan lo que queda de Berlín durante los días posteriores a la derrota. Toda Alemania estaba, literalmente, en ruinas.



millón de vidas o más: ¿está permitido compararlo con Hitler o no? Los cínicos señalan que, antes de enemistarse con él, los gobiernos occidentales habían elogiado a Saddam por la estabilidad que había llevado a una región volátil: ¿invalidó eso la comparación con Hitler cuando la hicieron?

CONCLUSIONES Y PREGUNTAS

Ninguna biografía puede permitirnos responder preguntas como estas de forma definitiva, sobre todo una tan breve y esbozada como esta. Y por muy compleja y contradictoria que fuese su personalidad, Hitler no parece ser único en ningún caso. Si podemos llegar a alguna conclusión es que se moldeó, como su maldad, a partir de una concatenación de diferentes circunstancias familiares, sociales, políticas, históricas y culturales. Si intentamos justificarle a él o a sus crímenes por cualquiera de estos factores, no encontraremos una explicación adecuada. Millones de hijos en la historia han recibido malos tratos y han visto cómo los recibían sus madres y no se han convertido en asesinos de masas; muchos han soportado condiciones de pobreza más duras o han llevado vidas llenas de ambiciones frustradas, muchos miles de ellos solo en la Viena de principios del siglo XX.

Página anterior: Para algunos, el imaginario de 1929 provocaría una reacción emocional y política mucho tiempo después. A día de hoy, Hitler sigue siendo un icono de la extrema derecha.



Saddam Hussein se dirige a los iraquíes antes de su derrocamiento por parte de las fuerzas de coalición en 2003. Los tiranos vienen y van, pero Hitler sigue siendo la vara con la que los miden.

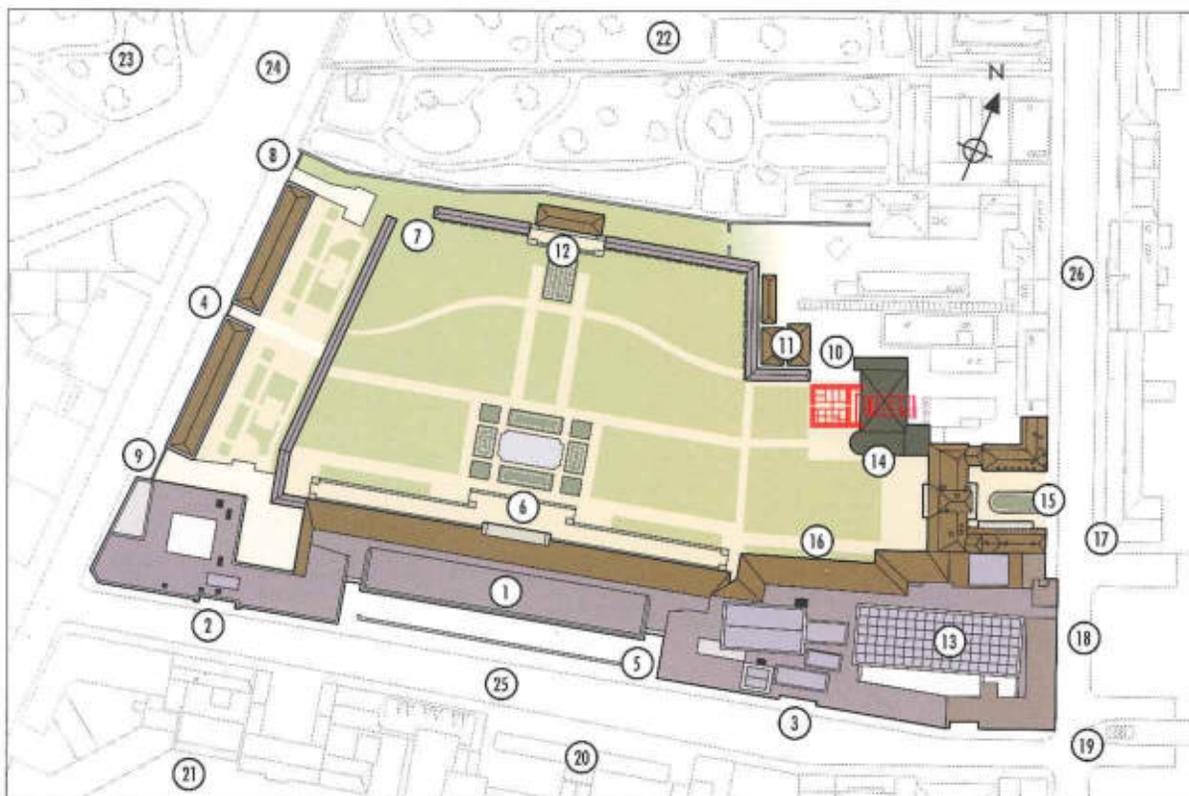
Dicho esto, el daño sufrido por Hitler durante su niñez es más que evidente y debe haber sido inmenso, como ya hemos visto, mientras que, en retrospectiva, esa extraña mezcla temperamental de carácter soñador y de furia con la que creció parece tener una inestabilidad inherente. Y, si bien es cierto que fue solo uno de los innumerables europeos que habían mamado la teoría de la raza, su personalidad radical hacía que esas ideas fuesen especialmente peligrosas para él; al igual que su imaginación romántica le convertía en un objetivo arriesgado para los fragmentos del Nietzsche bastardeado que conocía y las imágenes instantáneas que tenía de Klimt. Al

igual que él, toda una generación de austriacos germanoparlantes habían asumido que tenían que compartir «su» país y su imperio con un «popurrí de naciones», pero la mayoría habrían encontrado otras cosas en las que centrar su existencia, otros objetos de admiración y otros objetivos para su resentimiento. Aun así, si tenemos en cuenta la vida y la época de Hitler, es imposible ignorar que esas dos cosas estaban muy conectadas de forma inextricable y crucial. Por eso, aunque sabemos que un libro como este no puede explicar de forma adecuada todo lo relativo al hombre y sus maldades, es lógico que intentemos averiguar todo lo que podamos.

APÉNDICE: LA CANCELLERÍA DEL REICH

La *Reichskanzlei* (cancillería del Reich) era el edificio gubernamental de Hitler en Berlín. Era un complejo muy amplio, diseñado para intimidar a los visitantes con su grandeza. Este plano de la cancillería muestra el edificio después de la reconstrucción masiva llevada a cabo por Albert Speer, una remodelación que consolidó la influencia del arquitecto

dentro del Tercer Reich. Hitler estaba interesadísimo en todos los aspectos de su diseño, ya que sentía que debía expresar la ideología nacionalsocialista (en una ocasión afirmó que Berlín debía cambiar su cara para adaptarse a esa nueva misión). Finalmente, la cancillería fue demolida por los ocupantes soviéticos tras la guerra.



- | | |
|---|---|
| 1 Mittelbau mit Marmorgalerie (Galería de mármol del Mittelbau). | 13 Ehrenhof (Patio de honor). |
| 2 Eingang zur Reichskanzlei (Entrada a la cancillería del Reich). | 14 Festsaal mit Wintergarten (Salón de baile con terraza interior). |
| 3 Eingang zur Präsidialkanzlei (Entrada a la oficina del presidente del Reich). | 15 Alte Reichskanzlei (Antigua cancillería del Reich). |
| 4 Kasernenbauten (Barracones). | 16 Speisesaal (Salón comedor). |
| 5 Hebebühne zu den Katakomben (Ascensor a las catacumbas). | 17 Propagandaministerium (Ministerio de propaganda). |
| 6 Gartenportal zu Hitlers Arbeitszimmer (Pórtico del jardín a la oficina de Hitler). | 18 Erweiterungsbau zur Reichskanzlei (Extensión de la cancillería del Reich). |
| 7 Bauzufahrt zum Führerbunker (Entrada al búnker del Führer). | 19 U-Bahn-Eingang Wilhelmplatz (Entrada de metro Wilhelmplatz). |
| 8 Zufahrt - Tiefgarage und Führerbunker (Acceso: Aparcamiento subterráneo y búnker del Führer). | 20 Kaufhaus Wertheim (Grandes almacenes Wertheim). |
| 9 Einfahrt - Tiefgarage und Feuerwehr (Entrada - Aparcamiento y cuerpo de bomberos). | 21 Leipziger Platz (Plaza Leipziger). |
| 10 Zufahrt - Führerbunker (Acceso - Búnker del Führer). | 22 Ministergärten (Jardín del ministerio). |
| 11 Haus Kempka (Casa Kempka). | 23 Tiergarten (Jardín zoológico). |
| 12 Gewächshaus (Invernadero). | 24 Hermann-Göring-Straße (Calle Herman Göring). |
| | 25 Voßstraße (Calle Voss). |
| | 26 Wilhelmstraße (Calle Wilhelm). |

BIBLIOGRAFÍA

- Browning, Christopher R. *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1936-March 1942* (Londres: Heinemann, 2004).
- Dwork, Debórah y Van Peit, Robert Jan. *Holocausto: Una historia* (Madrid: Algaba, 2004).
- Evans, Richard J. *La llegada del Tercer Reich* (Barcelona: Península, 2017).
- *El Tercer Reich en el poder* (Barcelona: Península, 2017).
- *El Tercer Reich en guerra* (Barcelona: Península, 2017).
- Gilbert, Martin. *La noche de los cristales rotos: El preludio de la destrucción* (Madrid: Siglo XXI, 2008).
- Johnson, Eric y Reuband, Karl-Heinz. *What We Knew: Terror, Mass Murder and Everyday Life in Nazi Germany* (Londres: John Murray, 2005).
- Kershaw, Ian. *Hitler 1889-1936* (Barcelona: Península, 1999).
- *Hitler 1937-1945* (Barcelona: Península, 2002).
- Merridale, Catherine. *La guerra de los Iuanes* (Barcelona: Debate, 2007).
- Overy, Richard. *Russia's War* (Londres: Allen Lane, 1998).
- Roberts, Andrew. *La tormenta de la guerra: Historia de la Segunda Guerra Mundial* (Madrid: Siglo XXI, 2012).
- Roseman, Mark. *La villa, el lago, la reunión* (Barcelona: RBA Libros, 2001).
- Stern, J.P. *Hitler: The Führer and the People* (Londres: Fontana, 1975).
- *The Heart of Europe: Essays on Literature and Ideology* (Oxford: Blackwell, 1992).
- Wasserstein, Bernard. *On the Eve: The Jews of Europe Before the Second World War* (Londres: Profile, 2012).
- Willett, John. *The Weimar Years: A Culture Cut Short* (Londres: Thames & Hudson, 1984).
- Wistrich, Robert. *Who's Who in Nazi Germany* (Londres: Routledge, 1995).
- *Between Redemption and Perdition: Essays on Modern Anti-Semitism and Jewish Identity* (Londres: Routledge, 1990).
- Wolf, Hubert y Kronenberg, Kenneth. *Pope and Devil* (Cambridge, MA: Belknap, 2010).

ÍNDICE

- | | | |
|-------------------------------------|----------------------------------|----------------------------------|
| Academia de Bellas Artes, 45-46, 51 | el refuerzo de la lectura, 49-50 | <i>Aufklärungskommando</i> , 105 |
| acorazados de bolsillo, 198-200 | en la música, 39 | Auschwitz, 190 |
| Admiral Graf Spee, 198-200 | historia del, 41 | Austria, 16, 23 |
| Admiral Scheer, 198 | Arras, batalla de, 88 | avión, 206 |
| África, reparto de, 56-58 | arte | |
| Alemania | arte judío, 162-163 | barcos de guerra, 198-200 |
| barcos de guerra, 82 | diferencias artísticas, 163-164 | Beierl, Florian, 32 |
| desmembramiento, 212 | excesos expresionistas, 105 | Benjamin, Walter, 64, 159-160 |
| elecciones de 1919, 103 | galería de granujas, 158-159 | Berghof, 167, 187-188 |
| unificación, 38 | hacia la totalidad, 62 | Berlín, 164, 212, 215 |
| aliados occidentales, 175-177 | llamando a Roller, 58-61 | biografías, 8-9 |
| ancestros judíos, 16-17 | postsecesión, 70-71 | Bismarck, 199 |
| antisemitismo | salvajismo, 161-162 | Bismarck, Otto von, 37, 153 |
| como actitud oficial, 157-158 | secesión de Viena, 61, 72 | <i>blitzkrieg</i> , 94 |
| después de la Primera Guerra | arte negroide, 161-162 | Bloch, Eduard, 26 |
| Mundial, 112-115 | aspiraciones arias, 53-56 | Bloch-Bauer, Adele, 72 |

- Biondi, 143, 209
 Bock, Fedor von, 182, 184
 bomba en la *Bürgerbräukeller*, 176
 Bonaparte, Napoleón, 125
 Bormann, Martin, 193
 Bradley, Omar, 205
 Brahms, Johannes, 57
 Brandt, Karl, 190
 Braun, Eva, 139-141, 175, 186-188, 209
 Braunau am Inn, 29
 Brecht, Bertolt, 159
 Breker, Arno, 178
 Bruckner, Anton, 57, 61
 Bulgaria, 81
 búnker de Berlín, 207-209, 212

 Cabaret (Isherwood), 115
 Camisas pardas, 9, 118-120
 campos de concentración, 149
 cancilleres, 153
 católicos, derechos de, 151-154
 Chagall, Marc, 162
 Chamberlain, Houston Stewart, 53-56
 Chamberlain, Neville, 169
 Churchill, Winston, 172
 ciencia, 198
 ciudades del Führer, 30
 civilización/salvajismo, 56-57
 Clinton, Hillary, 214
 comunismo, 170, 172
 conciencia paneslava, 37
 concordato con el Vaticano, 151-154
 conferencia de
 Berlín de 1884, 56, 58
 Wannsee, 188-190
 congreso del Partido Nazi, 1934, 164
 Conrad, Joseph, 162-163
 contrato del matrimonio, 75-77
Conversación nocturna (Jung), 75
 Corinth, Lovis, 149
 Cornish, Kimberley, 35
crack de Wall Street, 136-138
 criminales de guerra, 211-212
 cuentos de los Grimm, 38

 Dachau, 149
 Darmstadt, 201

 Darwin, Charles, 53, 73, 74
 darwinismo social, 53, 73
 decreto del incendio del Reichstag, 148
 democracia, 108, 110
 prescindiendo de, 148-150
 desempleo, 138
 deseo de morir, 77
 desierto occidental, 186, 193
 desnazificación, 31, 212
 Deutschland, 198
 Día D, 200-201
 Dill, Ludwig, 149
 Dios, muerte de, 51
 Dix, Otto, 105
 Döblin, Alfred, 159
 Dodd, Martha, 7
Dolchstoßlegende, 101
 Dönitz, almirante Karl, 200, 211-212
 Dowling, Bridget, 37
 Dreadnought, 81-82, 195
 Drexler, Anton, 105, 106, 109, 117

Ecce Homo (Nietzsche), 50-52
 Eckart, Dietrich, 106, 117
 Eduardo VIII, 172
 educación, 157
 Egipto, 186
 Eichmann, Adolf, 31, 211
 Einstein, Albert, 160, 198
 Eje, 166, 168
El anillo del nibelungo (Wagner), 101
El secreto de Hitler (Machtan), 91
 elecciones de 1932, 145-146, 150
 Eliot, T.S., 8, 163
 Ellington, Duke, 161
 Elser, Johann Georg, 176
 enfermedad sexual, 77-78
 enfermedades mentales, 157
entente cordiale 1904, 81, 83
 Ernst, Max, 161-162
 espacio vital, 33
 estadio olímpico, 164, 166
 estados bálticos, 170
 Estados Unidos, 172, 186
 esterilización, 157
 estilo nazi, 164
 Estonia, 170
 esvástica, 109

 Etiopía, 186
 evacuación de Dunkirk, 177
 evolución, 53, 73
 Expresionismo, 161

 familia Frankenberger, 16-17
 fascismo, 116
 Federico III, 30
 «felices años veinte», 128
 figura paterna, 11
 Ford, Henry, 172
 Francia, 81
 Francia, invasión de, 177
 Francisco Fernando, archiduque, 85
 Frank, Hans, 16-17, 19, 106
 Freud, Sigmund, 57, 59, 77-78, 160
 Fromm, general Friedrich, 93
frontgemeinschaft, 168
 fuerza expedicionaria británica, 177

Gesamtkunstwerk, 64
 Gestapo, 133
 Gide, André, 160
 Glas-Hörer, Anna, 21, 23
 Gneisenau, 200
 Godwin, Mike, 8
 Goebbels, Joseph
 arte, 163
 aspecto, 128, 130
 creador de mitos, 130-132
 en política, 64
 Putzi y, 121
 y el NSDAP, 128-130
 Goering, Hermann, 132-133, 214
Graf Zeppelin, 200
 Gran Bretaña
 ambivalencia anglosajona, 178
 barcos de guerra, 81-82
 invasión planeada, 178-181
 paz para nuestros tiempos, 169
 poetas bélicos, 89-90
 primera crisis de Marruecos, 83
 propaganda, 108
 revuelta naval, 98
 Gran Depresión, 137-138
 gran quema de libros, 159-160
 Grecia, invasión de, 186
 Grosz, George, 105

- Guarida del lobo, 183-184, 203
 Guderian, Heinz, 182, 184
 Guerra Fría, 211
 Guillermo I, 82
 Guillermo II, 23, 81, 83
- Halder, Franz, 182
 Hamburgo, 201
 Hanfstaengl, Ernst, 121, 123
 Harmsworth, Harold, 172
 Harrer, Karl, 105-107, 109
 Haus Wachenfeld, 167
 Heidegger, Martin, 34
 Heil Hitler, 129
 Heine, Heinrich, 159
 Heines, Edmund, 135
 Hemingway, Ernest, 160
 hermanos Gershwin, 160
 Hess, Rudolf
 - aspecto, 128, 133
 - en Gran Bretaña, 193
 - historia, 133-134
 - juicios de Núremberg, 214
 - memorias en prisión, 126
 - ocultismo, 109
- Heydrich, Reinhard, 134-136, 190
 Hiedler, Johann Georg, 15, 17-18
 Hiedler, Johann Nepomuk, 18-19, 23-24
 Himmler, Heinrich, 134, 149
 Hindenburg, Paul von, 145-149, 153
 hiperbórea, 109
 hiperinflación, 103, 121-122
 Hitler, Adolf
 - adicciones, 188-189
 - adolescente, 45
 - amistades judías, 69-70
 - amor por los animales, 143
 - ascendencia, 15-26
 - aspecto, 7, 53, 86, 126, 154
 - casado con su trabajo, 138
 - como artista, 13, 45-49, 58-68, 84, 91
 - como canciller, 148
 - como soldado de infantería, 8, 86
 - como soldado de primera, 86-88, 91
 - comodidades domésticas, 186-188
 - desertor, 84-85
 - elecciones de estilo, 141
 - en el colegio, 28, 29, 32, 34-38, 41-42
 - en Múnich, 84
 - en prisión, 123, 125-126
 - en refugio de indigentes, 68-69
 - espacio vital, 33
 - estilo de orador, 146
 - filosofía, 12-13, 34
 - gestión de la imagen, 167
 - hermanos, 24-26, 33
 - hipocondría, 188
 - infancia, 25
 - intentos de asesinato, 176, 203
 - manía, 74
 - muerte de, 209, 211
 - nacimiento, 24, 29
 - niño de mamá, 26-28
 - realistado, 105
 - refuerzo de la lectura, 49-50
 - relaciones, 74-75, 138-139, 164
 - requisitos dietéticos, 142-143
 - resumen, 217
 - rumores de homosexualidad, 150-151
 - vida contra tiempo, 12
 - y la religión, 41-43
- Hitler, Alois
 - cambio de nombre, 15, 18-19
 - en movimiento, 28-29
 - historia, 16-17, 19-21
 - matrimonios, 21-26
 - muerte, 41
 - tirano, 29-34
 - y la religión, 41
- Hitler, Alois, hijo, 24, 37
 Hitler, Paula, 26, 27
Hitlerjugend, 64
Hitler's Youth (Jetzinger), 17
 Hoffmann, Heinrich, 190
 Hoffmann, Joseph, 61, 62
 Holocausto
 - inicio, 189-193
 - la mujer detrás del, 75-77
 - medida moral, 213-216
- Holz, Arno, 61
 homosexualidad, 11, 91, 135, 150
- iglesia del Reich, 153
 Imperio Austro-Húngaro, 23
 imperio otomano, 81
 incesto, 24
 infancia, 15
 Invergordon, 98
 Isherwood, Christopher, 115
 Italia, 116
- Jacobs, B. von, 154
 Japón, 185, 186
 jazz, 160-162
 Jetzinger, Franz, 17
 Joyce, James, 160
 judíos
 - aspecto, 57
 - en Dachau, 149
 - gran quema de libros, 159-160
 - impuesto por salir, 158
 - ley de ciudadanía, 157-158
- judíos nobles, 26
 juicios de Núremberg, 211, 214
 Jung, Moriz, 75
 Juventudes Hitlerianas, 154, 157, 168, 206
- Kafka, Franz, 159
 Kandinsky, Wassily, 161
 Kassel, 201
 Keitel, 214
 Kempka, Erich, 141
 Kennedy, Joseph P., 172
kindermord, 86
 Klee, Paul, 161
 Klimt, Gustav, 61, 70-72
 Kollwitz, Käthe, 105
 Königsberg, 202
Kriegsmarine, 178, 195-198, 200
Kristallnacht, 169, 170
 Kursk, 200
 Kurth, Gertrud, 33
- la Sarre, 164
 Lamarck, Jean-Baptiste, 73
 Lambach, 29
 Langhammer, Arthur, 149
 Lawrence, D.H., 162-163
lebensraum, 33, 136, 166

- Leoding, 35, 42
 Letonia, 170
 ley
 contra la formación de nuevos
 partidos políticos, 154
 de ciudadanía, 157-158
 orgánica, 148
 leyes de Núremberg, 157-158
 Liga de las Mujeres
 Nacionalsocialistas, 157
 Liga de Mujeres Nazis, 158
 Linz, 30-31
 literatura de prisión, 125-126
 Lituania, 170
 Löffner, Siegfried, 69
Los fundamentos del siglo XIX
 (Chamberlain), 53-56
 los Sudetes, 169
 Ludendorff, general Erich von,
 121-122
 Lueger, Karl, 69
Luftwaffe, 198
 Lutero, Martín, 41, 125
 Luxemburg, Rosa, 159-160
- Machtan, Lothar, 91
 Maeterlinck, Maurice, 61
 Mahler, Gustav, 58
 Marruecos, 83
 Marx, Karl, 77, 101, 160
 masacres soviéticas, 202-205
 matrimonios mixtos, 157
 Matzelsberger, Franni, 23
 Meiners, Christoph, 41
 Mend, Hans, 91
Mi lucha
 antepasados ilustres, 125-126
 automitificación, 11
 democracia, 108
 lebensraum, 136, 166
 manifiesto, 126-127
 personalidad y culto, 128-133
 Poetsch y, 37
 Primera Guerra Mundial, 85-86, 97
 prostitución, 75
 publicación, 125
 respuesta a, 127-128
 ventas, 167
- Mitford, Unity, 172
 mítines de Núremberg, 9, 157-158
 mitos, 11-12
 Molotov, Vyacheslav, 170, 173
 Morell, Theodor, 190
 Moser, Koloman, 61-62
 motín de Wilhelmshaven, 98
 motivaciones con género, 110
 movimiento romántico, 38-39
Münchner Illustrierte Presse, 149
 Múnich, 84
 música, 39-41, 57-58, 160-162
 Mussolini, Benito
 aspecto, 185
 muerte de, 208-209
 gran hombre, 116, 117
 influencia de, 118, 129, 185-186
 totalitarismo, 154-157
- nacionalismo europeo, 37, 39
 negación del Holocausto, 213-214
 neonazismo, 42, 212-213
 Neumann, Josef, 69
 Nietzsche, Friedrich, 13, 34, 50-53, 58
 noche de los cuchillos largos, 133, 150
 Nolde, Emil, 162-163
 Norte de África, 186, 193
- objetivos expansionistas, 165-168
 ofensiva
 de las Ardenas, 202
 del Sarre, 177
 sobre Bielorrusia, 201
 Oium, 166-168
 opciones ocultistas, 109
 Operación
 «Bagration», 201
 «Barbarroja», 94, 181-184, 189
 «Corte de hoz», 177
 «León marino», 178-181
 «Plunder», 205
 «Valkiria», 203
 Osten, Lina Mathilde von, 135
Ostpolitik, 168
 Owen, Wilfred, 89-90
- pacto soviético, 169-173, 175, 181
 París, 178
- Parteikanzlei*, 193
 Partido de Centro, 148-150
 Partido Nacional Socialista Obrero
 Alemán (NSDAP)
 apoyo, 115, 138, 145
 expectativas, 106-107
 personalidad y culto, 128-133
 único partido permitido, 154
 Partido Obrero Alemán (DAP),
 105-108
 Partido Socialista Alemán (DSP), 117
 Passchendaele, batalla de, 88
 Paulus, mariscal de campo, 194
 Pearl Harbor, 186
 películas, 164
 perdón cristiano, 151-154
 perros, 143
 Picasso, Pablo, 161
 Pío XI, 151, 153
 pirámide de poder, 154, 193
 plan
 Dawes, 128
 Schlieffen, 82, 83
 Z, 195-200
 planta de Siemens, 155
 playa Omaha, 201
 poder, pirámide de, 154, 193
 Poetsch, Leopold, 37-38
 Polonia
 estructuras subterráneas, 186
 invasión de, 175-177, 186
 Pözl, Klara, 23-28, 30, 41, 43, 45-46
Potemkin, 98
 primera crisis de Marruecos, 83
 Primera Guerra Mundial
 batallas, 88-89
 camaradas, 81
 camaradas de campo, 90-91
 derrota y daños, 97-99
 el camino a la guerra, 81-83
 estrés postraumático, 103-104
 inicio de, 85
 inmundicia y necesidad, 90
 Italia y la, 116
 la mayor villanía, 97
 marineros, 98
 mito de la puñalada por la
 espalda, 101

- perspectiva de trinchera, 93-94
 punto crucial, 96-97
 tregua navideña, 92-93
 prisión de Landsberg, 123, 126, 128
 problema judío, 41
 propaganda, 107-110
 prostitución, 74-78
 protestantismo, 41
 proyecto Riese, 186, 208
 psicoanálisis, 59
putsch de Múnich, 122-123, 133-134
 Putzi, 121
- Raeder, gran almirante Erich, 198
 RAF, 181
 Raubal, Geli, 138-139
 raza superior, 53, 56
 rearme, 168-169
 regimiento List, 86
 Reichstag, 145, 148
Reigen (Schnitzler), 78
 Reiter, Maria, 138
 Renania, 164
 República de Weimar, 101-103, 115
 República Democrática Alemana, 212
 resistencia alemana, 203
Retrato de Adele Bloch-Bauer
 (Klimt), 70
 revolución rusa, 98
 Ribbentrop, Joachim von, 169, 214
 Riefenstahl, Leni, 164-165
 Rilke, Rainer Maria, 61, 77
 Rimbaud, Arthur, 109
 Roberts, Andrew, 178
 Röhm, Ernst, 135, 150-151
 Roller, Alfred, 58-61, 62
 Rommel, Erwin, 193, 194
 Roosevelt, Franklin D., 172
 Rosenberg, Alfred, 109, 122, 163-164
 Roth, Joseph, 159
 Rothschild, Salomon Mayer von, 16, 17
 Ruhr, 121, 205
 Rusia, 81
 invasión de, 181-184
- Saddam Hussein, 214-217
 saludo a Hitler, 129
 sanidad, 157
- Sarajevo, Bosnia, 83-84
 Sassoon, Siegfried, 89-90
 Scharnhorst, 200
 Schicklgruber, Alois *véase* Hitler, Alois
 Schicklgruber, Maria Anna, 15, 18, 20
 Schiller, Friedrich, 136, 185
 Schmidt, Ernst, 91, 93
 Schnitzler, Arthur, 77, 78
 Scholtz-Klink, Gertrud, 158
 Schultze-Naumburg, Paul, 159, 161
 secesión de Viena, 61, 72
 Segunda Guerra Mundial
 cambio de marea, 200-202
 expansión naval, 198-200
 fin de, 207-209
 inicio de, 175-177
 lista de la compra, 195-198
 muerte o gloria, 193-195, 205
 última jugada, 205-207
 segundo frente, 200-202
 sífilis, 74, 77-79
 Simpson, Wallis, 172
 socialismo, 157
 Sociedad de Naciones, 164
 Sociedad Thule, 109
 Solución final, 190
 Somme, batalla del, 88
 Speer, Albert, 164, 178, 208
 Spitzweg, Carl, 149
 Stalin, Joseph, 7, 48, 169-173, 200
 Stalingrado, 194-197
 Stauffenberg, Claus von, 203
 Stern, J.P., 34
 Steyr, 43
 Strasser, Gregor, 128-130
 Strauss, Richard, 58
Sturmabteilung (SA), 118, 145,
 149-150, 159
 submarinos, 195-198, 199, 200
 superhombre, 51-52, 53
 supremacía, ciencia de la, 56
- teoría de los gérmenes, 77
 teorías raciales, 41, 115
 testigos de Jehová, 149
The Jew of Linz (Cornish), 35
 Tirpitz, 200
 Tirpitz, Alfred von, 81
- Tolstoi, León, 160
 totalitarismo, 154-157
 Tratado de Versalles, 110-112, 168
 tratado naval anglo-germano, 195
 triple alianza, 81
Tristán e Isolda, 40
 Trotski, León, 48
- VI, 206
 V2, 202, 206-207
 Van der Lubbe, Marinus, 148
 vegetarianismo, 142-143
Ver Sacrum, 61, 62
 verdad, fin de la, 50-51
 Víctor Manuel III, 116
 Victoria, Reina, 81, 82
 Viena
 arte, 58-67
 ciudad multiétnica, 46-48, 54
 metro, 62, 63
 negocios, 52
 prostitutas, 74-75
 vista de, 22-23
Volkssturm, 205
 Von Kahr, Gustav Ritter, 122
- Wagner, Otto, 62, 63
 Wagner, Richard, 39-41, 58, 101,
 142-143
 Wasserberg, Jakob, 69
 Weber, Friedrich, 122
 Weber, Thomas, 88
 Wells, H.G., 160
 Wessel, Horst, 131
Wiener Werkstätte, 62
 Wittgenstein, Ludwig, 32, 34-35
 Wolf, Hugo, 57-58
 Wollstonecraft, Mary, 77
- Yeats, William Butler, 109, 163
 Ypres, primera batalla de, 86
- Zweig, Stefan, 159

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

- Alamy:** 10 (Pictorial Press), 13 (Reuters), 19 (Mary Evans Picture Library), 29 (F1online digitale Bildagentur GmbH), 34 (Pictorial Press), 38 (Imagebroker), 42 (I TAR-TASS), 43 (EPA), 44 (Keystone Pictures USA), 48 (dpa picture alliance), 53 (Vintage Cover), 58 (World History Archive), 59 (Photo Researchers Inc), 61 (Art Archive), 62 (Peter Horree), 63 (Gunter Kirsch), 71 (Heritage Image Partnership), 74 (Print Collector), 76 (Lebrecht), 79 (Chronicle), 82 (Pictorial Press), 83 (Granger Collection), 98 (dpa picture alliance), 99 (Granger Collection), 104 (Chronicle), 105 (Imagebroker), 106 (World History Archive), 108 (Art Archive), 117 (Everett Collection), 120 (Art Archive), 123 (Mary Evans Picture Library), 129 (Photo 12), 130 (Classic Image), 131 (David Cole), 147 (Pictorial Press), 149 (Peter Horree), 150 (dpa picture alliance), 152/153 (Photo 12), 154 (Print Collector), 158 (Art Directors & TRIP), 165 (A.E. Archive), 166 (Chronicle), 173 (Everett Collection), 174 (Prisma Bildagentur AG), 187 (Prisma Bildagentur AG), 188 (Prisma Bildagentur AG), 191 (Pictorial Press), 192 (Keystone Pictures USA), 203 (AKG Images), 206 (Sureshots), 212 (John Frost Newspapers), 213 (A.E. Archive), 215 (Pictorial Press), 217 (Jack Sullivan)
- Alamy/Interfoto:** 12/13, 17, 20, 35, 37, 40, 46, 60, 78, 89 abajo, 91, 92, 93, 102/103, 110, 111, 183
- Art-Tech:** 181, 182, 202
- Cody Images:** 6, 9, 11, 14, 21, 24 abajo, 25, 28, 64/65, 85, 87, 96-97 ambas, 107 arriba, 127, 128, 132, 136, 144, 156/157, 162, 176, 177, 196/197, 199, 200, 214, 216
- Dreamstime:** 126 (Gegapix)
- Getty Images:** 22/23 (Imagno), 66/67 (AFP/Behrouz Mehri), 73 (Corbis), 137 (Popperfoto), 141 (Time Life), 159 (Mondadori Portfolio), 161 (Archive Photos), 189 (AFP), 208 (William Vandivert/Time Life), 210 (Archive Photos)
- Getty Images/Bettmann:** 24 arriba, 27, 114, 121, 142, 170/171
- Getty Images/Hulton:** 30/31, 36, 50-52 todas, 54-55, 57, 69, 70, 72, 75, 100, 116, 118, 122, 133, 134, 138, 163 abajo, 168, 204/205, 209
- Getty Images/Hugo Jaeger/Time Life:** 16, 18, 46/47, 49, 68, 107 abajo, 140, 167, 169
- Getty Images/Ullstein Bild:** 32/33, 56, 119, 124, 135, 139, 143, 151 ambas, 163 arriba, 172, 180, 190
- Robert M. Jurga:** 184, 186, 206/207
- Biblioteca del Congreso de EE. UU.:** 39
- Mary Evans Picture Library/Sueddeutsche Zeitung:** 8, 86, 88, 89 arriba, 109, 146, 155
- Bertil Olofsson/Krigsarkivet:** 94/95
- Departamento de Defensa de los Estados Unidos:** 112/113, 148, 160, 179, 185, 194/195



Incluye 180 fotografías, retratos, ilustraciones y otro material gráfico.

En este compacto volumen, Michael Kerrigan analiza la vida de Hitler desde el principio, incluyendo sus años de formación en Austria, sus intentos por hacerse un nombre como artista, su servicio militar durante la Primera Guerra Mundial y su llegada al poder como cabeza del Partido Nazi, que finalmente desembocó en la cancelería de un imperio alemán devastado por la guerra, la lucha política y la agitación social.

¿Qué movía a Adolf Hitler en su ansia de poder, su creencia en la superioridad de la raza aria y su convicción de que los alemanes deberían dominar Europa? ¿Cuál era el origen de su antisemitismo, su persecución a los homosexuales y los gitanos y su creencia de que la guerra era un fin en sí misma?

EL DICTADOR QUE DESTRUYÓ EUROPA

Un Adolf Hitler de diez años (fila trasera, centro) posa con algunos de sus compañeros de cuarto grado.

